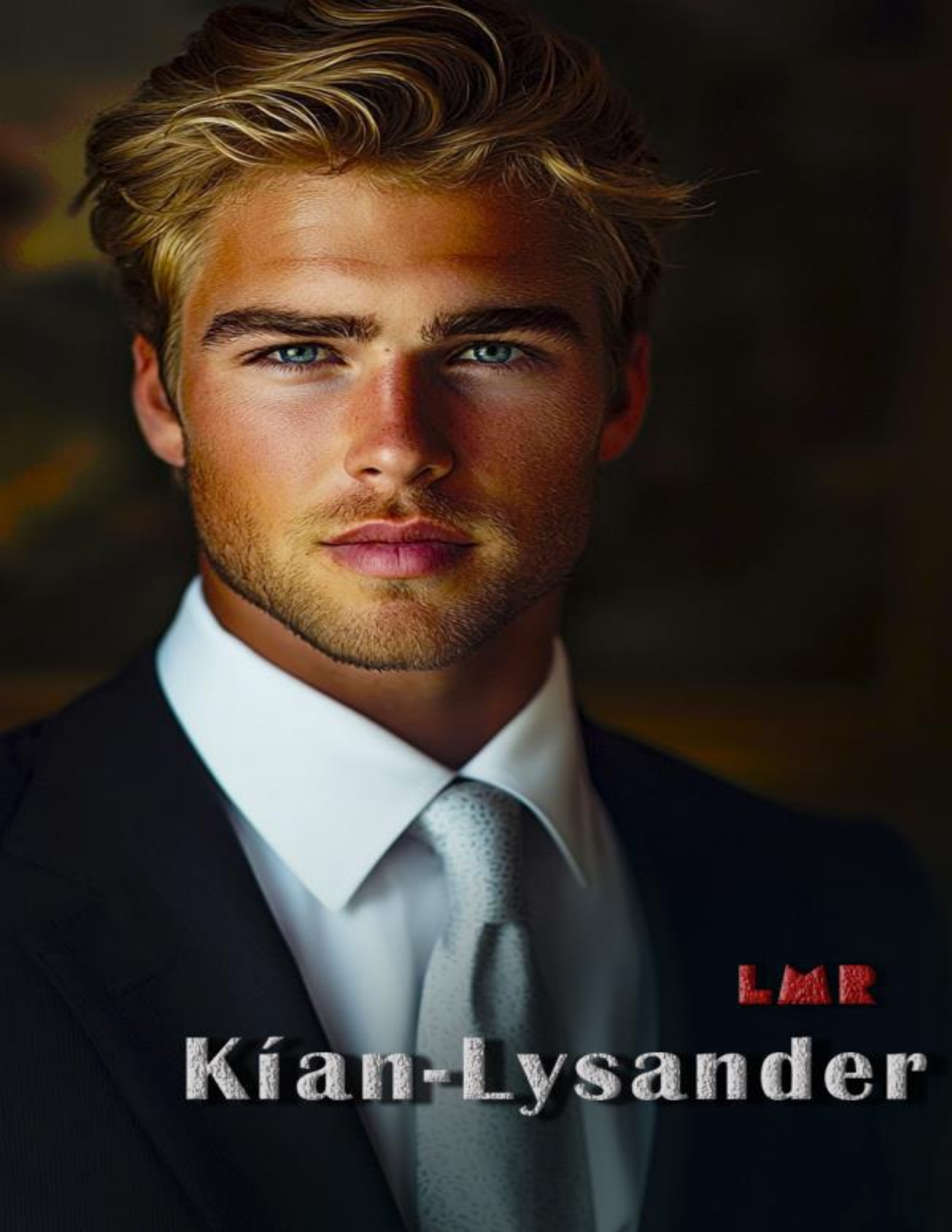

LMR
Kían-Lysander

Kían-Lysander

© 2025 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Playlist · Kían&Lay

Cupid (Twin Ver.) - FIFTY FIFTY (2:54)
*A New Day Has Come - **Céline Dion** (4:19)*
A Thousand Years - Christina Perri (4:45)
Taste - Ari Abdul (3:06)
Standing Next To You - Jung Kook (3:26)
*My Heart Will Go On - **Céline Dion** (4:40)*
Love On The Brain - Rihanna (3:43)
Water - Tyla (3:20)
Love Again - Dua Lipa (4:18)
*Because You Loved Me - **Céline Dion** (4:33)*

C R O N O S

Esta novela empieza unos ***catorce años después*** *de que el camino de Daisy Dooren se cruzara con el de John-Luke MacAlister.*
Digamos que… al llegar la primavera.

Mi querida y mentirosa Aurora…

1

Láhria



Mi vida es un desastre apestoso, absoluto y cochambroso, pero mientras giro el volante y dejo atrás la ciudad de Maine, rezo porque al llegar a Saltwater nadie se dé cuenta. Llueve y mi coche ha patinado ya dos veces. *Yupi*. Resulta penoso que ni siquiera pueda engañarme a mí misma y fingir que no estoy huyendo. Jamás creí que esta sería mi realidad a los veintiséis, pero hay algunas que en vez de con estrella nacemos estrelladas. *Al menos Cleo ya estará en la mansión cuando llegue*.

Quito el GPS de la pantalla del coche y busco algo de música. Que la primera canción que suene sea mi favorita: *My Heart Will Go On,* es una ironía un tanto excesiva por parte del universo teniendo en cuenta mi situación romántica actual, pero hasta me da la risa. La lluvia aprieta cuando cruzo el cartel de «estás en Saltwater».

En la siguiente curva pronunciada, ahí es cuando sucede.

Un coche esmeralda aparece de la nada en sentido contrario. Pánico. Doy un volantazo. Las ruedas resbalan por la lluvia. Pierdo el control del coche. El terror me atraviesa el pecho con su afilada daga. Grito, lucho contra el volante, pero el coche apenas responde.

Es viejo y yo voy directa hacia el barranco.

Todo pasa tan deprisa que apenas tengo tiempo de reaccionar. Pongo el freno de mano a la desesperada, imaginando el coche dando vueltas de campana, pero no es eso lo que sucede. Una de las ruedas delanteras frena más que la otra, lo que hace que el coche gire de forma violenta hacia la derecha. Las ruedas resbalan. Patinan. *Dios*. Trato de esquivarlo, pero lo siguiente que oigo es el morro de mi coche estrellándose contra el grueso tronco de un árbol.

Inmediatamente después… oscuridad.

Au. Oigo el parabrisas zumbando desde el más allá, llega junto con un dolor de cabeza lacerante. *Mmm, coche malo*. Consigo abrir los ojos y me toco la frente mientras mis pulmones intentan expulsar algo desagradable haciéndome toser con fuerza. Me empapo los dedos de algo que sé que no puedo mirar a menos que quiera perder el conocimiento otra vez. *Estoy viva*. Atontada, sangrando, pero viva.

Tardo un puñado de segundos en darme cuenta de por qué sigo tosiendo y por qué hace tanto calor: la parte delantera del coche está ardiendo. Y no, la lluvia no le gana el pulso al fuego bravo y furioso, ni de coña.

Las órdenes que le doy a mi cerebro son rápidas, pero la reacción de mi cuerpo es lenta, torpe, insuficiente. No puedo desabrocharme el cinturón, ni abrir la puerta del conductor y ahí no acaba la cosa: la parte trasera del coche está peligrosamente cerca del acantilado.

Empiezo a hiperventilar, a sentir el cosquilleo previo al ataque de pánico absoluto y

apocalíptico. Mi cabeza va a mil por hora y las lágrimas me inundan los ojos. Le doy con el codo a la ventanilla. El dolor irradia por todo mi brazo izquierdo como respuesta y el cristal ni se inmuta. El aire se está llenando de humo y la tos casi no me permite coger oxígeno.

Por favor, no quiero morir. Que alguien me ayude.

Estoy buscando mi móvil para golpear la ventanilla con él cuando una sombra aparece de la nada, grito y tardo unos segundos en darme cuenta de que es un bombero con máscara de humo y todo.

—¡Por favor, ayuda, no puedo salir!

—Tranquila, vamos a sacarte de aquí.

Algo pasa con el motor de mi coche y una llamarada más grande empieza a quemar las hojas del árbol contra el que he chocado. *Oh dios mío.* Una voz grave y gutural distinta ordena que traigan extintores mientras el bombero de mi ventanilla se quita el casco, la malla ignífuga de debajo y la máscara. Que una voz en mi cabeza remarque lo atractivo que es en un momento como este solo puede significar una cosa: que voy a morir siendo una completa idiota.

—¿Cómo te llamas?

—¡Lay!

—Lay, soy Raylan, ¿te duele algo?

—La cabeza.

—Puedo ver por qué. —Sonríe. Es alto, moreno, con el pelo rapado por los lados y la parte más larga de arriba atada en uno de esos moños que gritan eh-tengo-una-personalidad-pintoresca—. Vale, tápate la boca con tu camiseta y haz respiraciones cortas, te vamos a sacar.

No me he dado cuenta, pero otro bombero ha aparecido en la puerta del copiloto con una especie de sierra. Le oigo dar órdenes y me percato de que es la misma voz que ha pedido los extintores. El fuego se ha escampado rápido por las ramas del árbol y el calor se vuelve insoportable, por no hablar del humo.

—Lay, ¿me oyes? —dice de nuevo el bombero a mi izquierda mientras toso pensando que si salgo con vida, nunca me libraré de la sequedad en los ojos—. Cúbrete la cara, voy a romper el cristal.

La ventanilla se hace añicos en cuanto hago lo que me dice.

Hago una respiración profunda cuando una ráfaga de aire más limpio entra en el vehículo, pero lo que sale del capó enseguida lo enturbia. Lo siguiente que sé es que está cortando mi cinturón de seguridad. Por lo visto mis últimos intentos de esquivar el árbol solo han logrado que el impacto se extienda más allá del morro y deforme la estructura de mi lado del coche. Van a tener que sacarme por la parte del copiloto. *La más cercana al barranco.*

—Danos un segundo y te sacaremos, te lo prometo —dice Raylan con tranquilidad tajante, si es que eso existe—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Es la mejor edad, te lo digo yo que tengo treinta y nueve —se acerca a la ventanilla y tose tanto como yo, pero no se pone la máscara, está muy ocupado colocándome un collarín en un solo movimiento.

Hay muchos bomberos rodeando el coche, dándose indicaciones, haciendo mucho que no veo. Estoy más que dispuesta a intentar salir por la ventanilla cuando el de la

sierra desencaja la puerta del copiloto por completo. La echa a un lado como si fuera Hulk, sin esfuerzo alguno, y detrás va la sierra. *Vale, soy oficialmente una damisela en apuros y tú el superhéroe.* Se mete dentro del vehículo ardiendo y extiende su brazo hacia mí, ofreciéndome su mano para que la coja.

Lo hago y durante un instante se congela, más o menos cuando cruzamos miradas. En realidad, yo apenas veo nada a través de su máscara enturbiada por el humo, pero él a mí sí me ve.

Justo en ese momento, la emisora hace el amago de volver a encenderse y el final de la canción de Céline Dion suena entrecortado haciéndole el coro al caos que nos rodea.

2

Kían-Lysander



La figura de la mujer se vuelve más nítida en cuanto me deshago de la puerta y me meto en el coche. Al darme cuenta de quién se trata, la sangre se me congela en las venas.

No me lo puedo creer, es ella.

¿Qué hace aquí metida?

Hostia puta, ¿y cuándo ha crecido tanto? La última vez que la vi era una adolescente de diecisiete, pero ahora… ahora es toda una mujer.

Una desprotegida, luchando por nadar hasta la superficie mientras el océano de humo y miedo la succiona. La fragilidad que rebosa de su mirada azul, pálida e inteligente me pone enfermo. Me enfurece a un nivel visceral y me dan ganas de clavar el puño en el techo de esta mierda de chatarra que ha estado utilizando como vehículo de transporte. Cómo le tiembla todo, desde las largas pestañas de princesa Disney hasta los labios carnosos pintados con un brillo suave.

Aviva mis demonios.

Ver esta vulnerabilidad en mujeres es algo que me puede, que me toca las cicatrices más profundas y me afecta de una forma muy dolorosa desde que viví *todo aquello* un escaso tiempo después de casi-perder a mi hermano mayor.

Por una razón o por otra, estoy seguro de que no voy a llegar a viejo.

Mi instinto toma el control. Me meto más y agarro la mano que me ofrece prometiéndome a mí mismo que puedo ponerla a salvo a tiempo, que no voy a oír su último grito desesperado por vivir y que no es demasiado tarde.

Esta vez no.

3

Láhria



No consigo recordar quién me dijo que los coches en la vida real no explotan, que eso solo pasa en las películas, pero el mío parece más que dispuesto a contradecirle. El bombero me agarra la mano, luego el antebrazo, y yo hago lo mismo. *Estoy a salvo*. Ese es el pensamiento irracional que grita mi cabeza.

—Muévete despacio —pide su voz áspera amortiguada por la máscara.

—¿Despacio? —repito incrédula.

Una gota de sudor me resbala directa al ojo y me limpio. Un gesto inofensivo hasta que me miro los dedos y compruebo que no es sudor.

Es sangre.

El rojo se cuela entre mis uñas. El aire se desvanece. Mi peor pesadilla vuelve a reproducirse ante mis ojos. *No, por favor.* El zumbido en mis oídos crece hasta cubrirlo todo, me encuentro mal, me siento peor. Estoy cayendo sin freno. *¿Dónde? No lo sé, pero el rojo se funde con el negro…*

En un mar de ir y venir de conciencia, consigo abrir los ojos un breve instante para ver que ya no estoy en el coche, sino en los brazos de un bombero.

—Vamos, Lay, quédate conmigo. ¡¿Dónde cojones están los paramédicos?! —ruge.

Quiero aliviar la preocupación, pero antes de que me dé cuenta vuelvo a ceder a la nada más absoluta. *Allí se está demasiado bien. Allí las pesadillas no pueden alcanzarme.* Dudo cuánto tiempo me pierdo.

—Por favor, abre los ojos.

Lo hago.

Estoy sentada en la parte trasera del camión de bomberos cuando veo a uno de ellos con casco y máscara, pegado a mi cara, y a Raylan yéndose de vuelta al jaleo. *Espera, quiero darte las gracias.* Lo primero de lo que me doy cuenta es de que el desconocido no lleva guantes y está apretando un pañuelo manchado de no-quiero-saber-qué en su puño.

—Abiertos. —No puedo evitar sentir algo cuando suspira aliviado porque siga respirando.

Halagador.

—Enseguida te llevaremos al hospital, ¿de acuerdo? En cuanto ponga una puta queja a la ambulancia cuarenta y siete —esto último lo murmura entre dientes, pero lo hace tras la máscara y apenas le oigo.

—Tranqui, no me he desmayado por el accidente. —Toso porque el humo sigue en mis pulmones—. Ha sido por la sangre.

—¿Una enfermera puede tener miedo a la sangre?

—¿Cómo sabes que soy…?

Se quita la malla y la máscara, y se lleva consigo el aire de mis pulmones. *Boom*.

MacAlister. Hacía nueve años que no veía esos ojos. Los recordaba azules, pero *no* son azules. El cielo más impoluto y el océano más oscuro y bravo hicieron un pacto de una sola noche de pecado para crear semejante iris. *¿Hacemos una lista?*

Labios carnosos capaces de dejar sin pulso a cualquier humano. Alto, sí, tanto como para que pueda imaginar cómo ven el mundo las hormigas. Fuerte como un muro y furioso como si hubiera pisado la cola de su mascota más querida, lo cual le da un aspecto sexy que no veas. El fuego ha tenido que esculpir su mandíbula de hielo para dejarla tan afilada, tan capaz de derretir el acero y el sentido común. *Se ha quedado con todo lo bueno él solo, qué abusón*.

¿Hablamos de ese montón de pelo rubio, despeinado y sexy que le cae sobre su peligrosa mirada? ¿De la barba recortada más típica de hombres de negocios que de en-una-vida-pasada-fui-vikingo? ¿De las pecas que...? Espera, ¿hay un desfibrilador cerca de aquí?

—Daisy me dijo que ibas a venir a ayudar a Alice.

—K... ¿Kían?

—Sigue respirando, Láhria y no hables —dice, pero es a él a quien parece costarle respirar mientras saca una botella de agua del camión sin apartar la mirada, ni dejar de maldecir por lo bajo.

Órdenes a mí.

—Hace mucho... —toso—, tiempo que no nos veíamos —mi voz se rompe y toso más.

Qué vergüenza. Se saca los guantes, frunce el ceño, me coge de las mejillas y se agacha porque por seguridad no puede alzarme la cabeza.

—Que *no* hables.

¿Por qué la gravedad me aplasta el cuerpo y me lo pega a tierra firme?

Le conocí cuando era pequeña, luego lo vi un par de veces siendo adolescente. En todas esas ocasiones sonreía y también hacía bromas, pero yo era una niña y ahora ya no lo soy. Supongo que eso cambia las cosas.

—Bébetela. Toda —ordena, esta vez más cortante—. ¿Cómo te encuentras? Hazme señas.

—Estoy bien.

—¿Te traigo un retrovisor en el que puedas mirarte? No estás bien.

—Estoy viva, ¿no?

—De puto milagro, Láhria. ¿A quién se le ocurre conducir semejante chatarra en un lugar como este?

Qué cosquillas. Su preocupación no debería ser irritante y sexy. Debería elegir una de las dos. Las sirenas de la ambulancia suenan en la distancia, aproximándose. *Qué bien, por fin voy a poder desmayarme a gusto*.

—Lo siento, no tenía pensado tener un accidente.

—¿Es que acabas de sacarte el carnet de la vida? ¿Cómo puedes ser tan imprudente? Pero si ese montón de metal ni siquiera debe ser legal.

—Oye, Lysander —toso—, podrías ser un poco más amable conmigo, ¿no?

—No te lo mereces. No después de que casi te matas por tomar la decisión voluntaria de subirte a *eso*.

—Eh, mi coche funciona bien si el clima no me obliga a convertirlo en una barca. Además, no ha sido todo culpa mía. Otro coche se me cruzó en dirección contraria.

Silencio. Las puntas de su pelo gotean lluvia igual que sus ojos derraman peligro.

—¿Qué?

—Pues eso, que di un volantazo para no estamparme contra el vamos-a-jugar-a-los-autos-de-choque, versión esmeralda.

Resopla y se le hunde el pecho. Creo que acabo de enfadarlo más. El uniforme de bombero no ayuda en nada a esta conversación.

—Dame la matrícula.

—Oh, sí, claro, sin problema. ¿Sabes? Es curioso que haya tenido tiempo de hacerle un reportaje a su matrícula desde varios ángulos mientras veía mi vida pasar en diapositivas. ¿Quieres que las imprima? ¿Tipo polaroid te valen?

Resulta evidente que no es momento para el sarcasmo cuando la vena de su largo cuello parece a punto de reventar. *Menuda nuez. Una vez leí que en inglés se llama «Adam's apple» porque en realidad fue él quien mordió la manzana, culpó a Eva y Dios decidió castigarle con ese pedazo de manzana atravesándole en el cuello el resto de la eternidad.*

—¡Teniente, la manguera está empujando el coche y va a caer por el barranco! —suena por su radio.

Él la coge con una mano grande, llena de venas y la aprieta como si fuera el susodicho coche esmeralda.

—Que nadie se ponga en medio, si se tiene que caer que se caiga. Avery busca un árbol lo bastante robusto para que nos sirva de ancla, el resto centraos en apagar el fuego, Raylan ven al camión y quédate con la víctima hasta que lleguen los paramédicos. —Se gira hacia mí—. No te muevas de aquí, Láhria Taylor.

4

Kían-Lysander



No lo niego, una parte de mí querría haber dejado caer el coche de la inconsciente y habría disfrutado viéndolo chocar contra las rocas. La mano negra de mis demonios me aprieta más la garganta a medida que revivo las imágenes.

—Es una suerte que hubiéramos salido a repostar, teniente, y que la brigada haya llegado tan pronto. La víctima es solo una cría —dice Cameron, cincuenta y cuatro años, padre de seis chavales tan buena gente como él, no sabe hablar sin ese aire paternal.

—Para que luego no creáis en los ángeles de la guarda —Avery, de veintiocho, chista la lengua ocupándose de la manguera.

—Un coche tan viejo como este se habría convertido en un horno bien rápido. Ha sido una suerte. —Tina se pasea junto al cadáver carbonizado—. Cuando eres joven tienes tantas ganas de conducir, de tener tu libertad, tu coche, que aceptas cualquier basura.

—Tienes treinta y tres, ¿no eres un poco joven para hablar como un carcamal? —se burla Cameron mientras a mí se me quedan los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

Un horno.

Con ella dentro.

Hoy necesitaré meterle piedras al saco de boxeo.

—Ten las llaves. Después de que se lleven el coche, conducid el camión de vuelta al parque, yo iré cuando salga del hospital —me largo hacia la ambulancia. Jane, paramédica al mando, camina hasta mí cuando me ve—. ¿Cómo está la víctima?

—Oye, ¿os conocéis? Porque hablaba de ti como si…

—¿Que cómo está, Jane?

—Se ha dado un buen golpe en la cabeza, pero no hay indicios de que sea grave. Tal y como ella dice, parece estar bien, pero en estos casos nunca nos la jugamos. Vamos a llevarla al Saltwater para que le hagan algunas pruebas.

—Voy con vosotras. —La dejo atrás.

—¿No vas a contestarme? —se enfurruña y a sus cuarenta y uno, su cara todavía adquiere un aspecto aniñado.

—Nop.

—Eres un muermazo de tío, que lo sepas, MacAlister.

—El aprecio es mutuo, Jane.

Camino hasta ella consciente de que cada centímetro de Láhria Taylor parece reclamar mi atención en silencio.

—No tienes que darme las gracias —oigo decir a Raylan.

—Vaya que sí, para empezar, de no ser porque has aparecido en mi ventanilla me

habría roto el codo intentando salir. —Se encoge cuando Winifred, segunda paramédica de la ambulancia, le recoloca el collarín sin ningún puto cuidado.

—Es nuestro deber ayudar, pero me alegra ver que estás bien —dice Raylan y ella le sonríe.

La luz que desprende esa sonrisa es cegadora. *De repente me urgen unas ganas viscerales de lanzar a mi amigo por el barranco.*

—Estamos listos para ir al Saltwater —dice Winifred.

—Perfecto, voy con vosotras —intervengo—. Raylan, vete al camión antes de que Tina se largue sin ti.

—Teniente, no osaría desobedecerle, pero la víctima y yo hemos generado un vínculo —baja el tono—. Me parece que se sentirá más a salvo con alguien que conozca un poco más.

—Nosotros ya nos conocíamos. Nuestro vínculo es *mayor*. Ahora vete.

—¿Os conocíais? —el tío se alegra—. Explícate.

Joder.

—Soy amigo de su familia —gruño, pero no se larga.

—Eso suena a mentira, teniente.

—En realidad, su hermano John-Luke está casado con Daisy, la hermanastra de mi madrastra, Nina. Somos prácticamente familia.

Me enciende como una cerilla.

—No compartes ni una gota de ADN con Nina, mucho menos todavía con mi hermano o conmigo. En *ningún* escenario posible somos familia.

Jane y Raylan intercambian una mirada, pero no les presto atención porque Winifred le quita el oxígeno y vuelve a hacerle daño, cargándose sus intenciones de replicar a mi contestación con otro sarcasmo de los de antes.

—Winifred, ¿unas palabras?

—Tendrá que esperar, teniente MacAlister, tenemos prisa —cierra una puerta de la ambulancia con un golpe sonoro y luego camina hasta el asiento del conductor.

La sigo.

—Podrías tener más cuidado.

—¿Disculpa?

Le corto el paso.

—En tu forma de tratar a tus víctimas, podrías ser más cuidadosa. Le hacías daño, ¿no te has dado cuenta o es que no te importa?

—La última vez que lo comprobé no eras mi jefe. —Frunce sus finos labios siempre apretados.

—Si las únicas personas a las que escuchas son los que están directamente por encima de ti, tu carrera va a ser muy pobre.

—De momento no he matado a nadie.

—¿Qué has querido decir con eso, Winifred?

—Nada, teniente, solo que la chica tiene que irse y usted está retrasando la atención médica que necesita. —No es lo que dice, es lo que sé que hay detrás.

Cada dos por tres asusta a los pacientes dándoles el peor pronóstico posible, rara vez pierde el tiempo en consolar a las víctimas o en procurar no hacerles daño.

—Este no es un trabajo en el que nadie vaya a hacerse rico, Winifred, si no estás aquí para ayudar, no sé qué narices haces aquí.

—No, no lo sabes. —Tira de la puerta con brusquedad y se mete en la ambulancia.

Juro que hay días que son un pulso a mi paciencia tras otro.

Raylan se larga, Jane y yo subimos a la ambulancia y nos largamos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —le pregunto mientras monitorea a Láhria—. Hemos dado el aviso nada más llegar.

—Hemos tenido una pequeña discusión sobre qué ruta era más rápida. Tranquilo, hablaré con Hayden, esto no se volverá a repetir.

La compadezco porque sé bien lo que es trabajar con alguien incompetente, aunque mi equipo de ahora sea un puto sueño.

—¿Te duele algo, Láhria?

—La lengua, de repetirte que estoy bien.

Pues toma asiento, cariño.

Llegamos al hospital. Jane y Miss Simpatía se van a rellenar el papeleo del caso y yo me quedo con Láhria, que ya está sentada en una camilla a la espera de su examen. Estas urgencias no parecen poder darse la prisa que deberían y eso me pone de mal humor. Miro a Láhria, pálida, callada, con la respiración medida. *¿Por qué tiene que parecer tan indefensa? ¿Qué le traigo? ¿Querrá un zumo? ¿En qué momento se ha subido a esa tartana?*

—Oigo los engranajes de tu cabeza, ¿sabes?

No, qué va.

La última vez que la vi era una adolescente de diecisiete llena de vida y obsesionada con el rosa, pero ahora encuentra su mayor confort en la sección masculina: cuanto más grande y oscuro mejor. *Y aun así irradia feminidad.* Dudo que exista una bolsa de basura que pueda ocultar el increíble cuerpo de mujer lleno de curvas que se gasta, pero ese no es el quid de la cuestión. Está atormentada y está resultándome cada vez más difícil ignorar mis ganas de saber por qué.

—Pareces un león enjaulado. Sabes que no hace falta que estés aquí, ¿verdad?

Recorro la salita pensando en lo que voy a hacerle al dueño del coche esmeralda. Intentado calmar mi respiración.

—En serio, no quiero ser una molestia. Tu trabajo ni siquiera implica lo de acompañarme en la ambulancia.

—Puedes ahorrar saliva, Láhria Taylor. Voy a quedarme contigo.

—Puedes llamarme Lay —hace una mueca—. Se me hace raro que me llames Láhria teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace años. ¿Por qué te empeñas en poner distancia entre ambos?

—Porque la hay. Tú eres una Taylor y yo soy un MacAlister, fíjate cuánta distancia.

—Daughbeth Taylor —me corrige, quisquillosa con los detalles—, pero en cualquier caso, hemos compartido unas cuantas cenas familiares a lo largo de los años.

—También he cenado con el jefe del parque de bomberos y eso no lo convierte en mi padre. Además, hace nueve años que fui a la última —la miro de arriba abajo—, y la adolescente que conocía no se parece en nada a ti.

—No, ¿verdad? —Sonríe a medias, triste.

Sé que el rosa está debajo de toda esa ropa de chico. Se ve a la legua. ¿Por qué estará ocultándolo?

—¿Por qué te vistes como si no tuvieras derecho a tener ilusión por nada en la vida, Láhria?

—¿Por qué dejaste de aparecer en Navidad, Kían-Lysander?

—Hola, cielo, ¿cómo te encuentras? —Natasha entra en la habitación con su despliegue de amabilidad aparentemente infinito saliéndole del corazón.

La conocí cuando era solo una residente en el hospital, llevamos siendo buenos amigos desde entonces.

—Me duele la cabeza y el hombro, pero estoy bien. Ni siquiera tendría que estar aquí gastando recursos.

—Vas a hacerte las pruebas y a gastar los recursos que haga falta —inquiero.

Me lanza una mirada asesina a lo no-me-digas-lo-que-tengo-que-hacer y estoy a punto de explicarle en qué cojones consiste ser un puto teniente.

—Qué pendientes tan bonitos, a mí también me gustan los tulipanes. ¿A qué te dedicas, cielo?

—Soy enfermera.

—Entonces mejor que nadie sabrás lo peligrosas que pueden ser las contusiones no tratadas. —Le sonríe con ese aura maternal suya y le quita el collarín—. Antes de que empecemos el examen, ¿tienes alergia a algún medicamento o al látex?

—No soy alérgica a ningún medicamento.

—Perfecto, ¿y al látex? —pregunta comprobando sus pupilas.

—No lo sé —dice tras un breve silencio.

—¿No? —Otra sonrisa maternal, Natasha baja la linterna—. Es el material más típico de los guantes de hospital… y de los preservativos.

—En el hospital en el que trabajo usamos guantes de nitrilo —contesta.

Durante el siguiente silencio mantienen una conversación telepática a base de miradas. *¿Qué cojones está pasando aquí?* Natasha se gira hacia mí y extiende su brazo hacia la puerta.

—Kían, cielo, voy a tener que pedirte que nos dejes a solas.

—Un momento.

—Nada de momentos, necesito estar a solas con mi paciente para el examen.

Bordeo a mi amiga y encaro a la inconsciente.

—¿Sabes lo peligroso que es fiarse de cualquier gilipollas mentiroso que te asegure estar limpio solo para meterse entre tus piernas? La píldora no sirve para todo, ¿sabes lo que pueden pegarte por no usar preservativo? ¿Es que no tienes un mínimo de sentido común en el cuerpo, mujer?

—Soy virgen —suelta con una ceja alzada, las mejillas ligeramente ruborizadas y una seguridad desbordante en sí misma.

—¿Eres v…? ¿Vir…?

5

Láhria



Natasha, según su placa, vuelve hasta la camilla tras cerrar la puerta y lo hace con cara de querer morirse.

—Eso ha sido un fallo mío, no debería haber empezado con mis preguntas estando él aquí. Me disculpo.

—Tranquila, no es ningún secreto —*aunque tampoco voy gritándolo a los cuatro vientos*.

—Él lo tratará como si lo fuera, créeme no es de los que cuchichea. —Se ríe.

Decido no comentar nada ante ese halago, ya bastante tengo con que no haya empezado a criticar lo antipático que puede llegar a ser ese gruñón. Supongo que apenas conoce a Sr-tú-y-yo-no-somos-familia.

—Aunque lo fuera.

—No lo es. Probablemente ni se atreva a mencionarlo nunca.

Vale, está claro que Natasha no conoce a Lysander en absoluto. ¿Kían y "no atreverse" en una misma frase? Venga ya.

—Me has dicho que te duele el hombro y la cabeza.

—Sí, tengo un pinchazo agudo taladrándome las sienes y noto el hombro izquierdo como si me hubiera estampado contra una puerta intentando tirarla abajo.

—Bien, veamos de qué se trata.

Me realiza el examen con suma delicadeza y no encuentra nada preocupante, un par de hematomas, una contusión leve y una herida que ni siquiera necesitará puntos. Si el hombro hubiera recibido el golpe un poco más arriba, se me habría salido del sitio, pero eso no es culpa del accidente, sino de mis articulaciones laxas de gelatina. *Alice, tesoro, espérame que ya casi estoy ahí.*

Al terminar, voy hasta la recepción para rellenar el papeleo, pero me dicen que alguien se ha ocupado de los gastos.

—¿Quién?

—Yo. —Me doy la vuelta y lo encuentro ahí parado a un escaso palmo de distancia.

Llenándome los pulmones de leña quemada.

Se ha quitado la chaqueta y el pantalón del uniforme. La camiseta gris de debajo se le ajusta al cuerpo de un modo pecaminoso. Se queda con mis bragas y ahora le odio aún más, porque son preciosas.

—Quita esa cara, no te lo estoy regalando. Le voy a pasar la factura a Daisy, ella se la pasará a Nina y será cosa de *tu* familia.

—Sé que querías ayudar y agradezco tus intenciones, pero no deberías haberlo hecho. Esto no es cosa de mi familia, soy mayorcita. Sé cuidar de mí misma. ¿Qué es eso?

—Tu móvil, ¿no lo ves?

—Sí, lo veo. En tu mano. —También veo, *y huelo,* otra cosa. Un café. Uno humeante que siendo de aquí es im-po-si-ble que esté tan bueno como me imagino, pero una se arriesgaría a probar—. ¿Q-qué…? ¿Qué haces con él?

Me pone el vasito de café en mi mano y rectifico: ahora se ha quedado con mis bragas. Un nudo enorme me atraviesa la garganta. *Creo que podría echarme a llorar.*

—Tina lo vio al acabar y pensó que lo necesitarías, yo solo soy el mensajero. Se me cansa el brazo.

—Muchísimas gracias. Por todo. No sé qué decir. ¿Por qué me das un café?

—Para que bailes con él, ¿a ti qué te parece? —Cuando ve que no cojo el móvil, se exaspera y cuando toca mi mano —*siempre en un estado de hipotermia inminente*—, me da un calambre vibrante y cálido.

Las cosquillas suben por mi antebrazo, eléctricas y huracanadas. Qué inoportuno pensamiento intrusivo…, *¿sentimiento* intrusivo?

Mensaje de Nolan
[11 llamadas perdidas]
10:07 ¿Un accidente?
10:08 Láhria Taylor, coge el teléfono.
[8 llamadas perdidas]

No me lo puedo creer. Mis siguientes capítulos son un compendio de ira, rabia y destrucción. ¿Qué digo, capítulos? ¡Se viene una temporada de las feas!

—¿Has…? ¡¿Has avisado a mi hermano?!

Me aparta de en medio para que pasen con una camilla.

—Ha estado sonando desde que he salido de ahí dentro y Daisy MacAlister es de las que pone el «perseverante» en «ultraperseverante». Sabía que te habías retrasado y desde luego, había oído lo del accidente en la entrada del pueblo.

—Dios, las noticias vuelan en Saltwater —digo toqueteando mi colgante bloqueador de estrés—. Maldita sea, no quería llegar tarde justo hoy. Alice me necesita.

—Has tenido un accidente, Láhria, está más que justificado. —Su voz profunda y convincente retumba por mi cabeza y baja por mi cuerpo frenándose donde no debería.

—Aun así, tenía muchas cosas preparadas y debíamos empezar pronto —miro el reloj de mi muñeca—. Este retraso se ha cargado buena parte del horario.

—¿Horario? —Alza una ceja y estrecha la mirada como si acabara de meterle todo el abecedario a sus problemas de matemáticas.

—Sí, horario. Puede que sea familia, pero he venido a trabajar. En cualquier caso, imagino que Daisy ha llamado a mi hermano.

—En cuanto ha colgado conmigo, sí. Eh, en vez de mirarme así podrías empezar a darme las gracias.

—Y tú podrías no disfrutar tanto con esto.

—De no haber hablado con ella se habría presentado con las niñas y tu hermano ya estaría en el aeropuerto.

—Tienes razón, Lysander, eres un encanto, no sé qué habría hecho sin tu amabilidad.

—Kían está bien.

No sabes lo que acabas de hacer. Sonrío para mis adentros, pero todo se viene abajo cuando Nolan descuelga. Busco un asiento y me alejo del demonio.

—¿Qué ha pasado, Lay? ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Es un honor recibir tantas llamadas de un tío importante como usted doctor Taylor, pero esto está empezando a parecer acoso.

—No des rodeos, Lay, ¿qué ha pasado? —su tono adquiere cincuenta sombras de preocupación y desasosiego.

—Ha sido un pequeño accidente, te aseguro que nada más. Bueno, para mí, el coche sí ha quedado un poco mal. —*No me sale mentirle*.

—¿Un pequeño accidente? ¿Sabes cuántas veces he oído eso en el hospital? Detalles, Lay, quiero detalles.

Me tapo un oído para escucharle por encima del jaleo, ocupo la primera silla que encuentro para dejar de ser un estorbo.

—Te prometo que no soy uno de esos casos y te recuerdo que el estrés es súper perjudicial para la salud.

—Hay algo que no me estás contando.

—Vale, te seré sincera, me he dado un golpe en la cabeza, pero ni me han dado puntos, figúrate. La contusión ha sido leve y…

—*Vuelve*.

—¿Qué?

—A Mountville. Vuelve. Ahora.

—No estaba en Mountville cuando me fui, «volver» no sería lo que yo…

—Láhria Taylor.

—Hola, preciosa, soy yo —la dulce voz de mi madrastra suena a través del teléfono—, tranquila, estamos bien si tú estás bien. Aunque vaya susto nos has dado.

—Ella *no* está bien. —Nolan suena de fondo.

—Un segundo, ¿contradices la sabiduría de un bombero? —le pregunta.

—KL no es médico.

—Pero la ha visitado una, ¿cierto?

—Cierto —corroboro teniendo un déjà vu con aspecto de Lay-y-Cleo-tienen-edad-para-ir-solas-a-esa-fiesta-Nolan-Kane y perfumado con tienes-una-hermana-no-un-animal-que-atar-a-un-poste-dejarás-que-vaya-a-la-universidad-que-ella-quiera.

Tengo la mejor madrastra de todas. *Apúntate esa historia, Disney, que no la tienes*.

—¿Es acaso una cuestión de género, Nolan-Kane? ¿Es porque era doctora?

—Nins, he dicho mil veces que Abbie nos habría dejado sin trabajo a Benedict y a mí de haber querido. Es solo que Lay podría haberse…

—Tengo que dejarte, preciosa —susurra Nina al teléfono mientras Nolan habla de los altísimos índices de muerte por mala praxis médica.

—Te quiero horrores.

—A ese juego te gano siempre. Y por favor, no vuelvas a coger ese coche.

—Veré lo que puedo hacer. Ah, una última cosa, si Daisy os dice algo de una factur…

Cuelga. *Vale, te lo escribiré por carta*.

Me quedo sonriendo unos segundos, con un ruido en el pecho zumbando a través de mi cuerpo. *Cariño. No se les gasta, tienen la fuente infinita*. Me trago el bicho que se me ha debido atascar en la garganta, me hago un selfie convincente y se lo mando a Daisy para que esté tranquila.

Espero que esté disimulando su preocupación porque sus hijas son muy intuitivas, sobre todo Alice.

Vuelvo hasta Kían más blandita. Lo encuentro de espaldas a mí, apoyado en una

pared junto a una máquina expendedora mirando a unos bebés adorables mientras habla por teléfono. Sé por la forma en la que los músculos de su kilométrica espalda se contraen, que es una conversación tensa.

Desconozco lo que dice de mí el hecho de que cuando cuelga y se gira, tengo que tomarme unos segundos para digerir el peso de su mirada. *¿Cómo dices que se respira?*

—¿Estás lista?

—¿Para qué? ¿Otro accidente?

—Voy a llevarte a la mansión MacAlister.

—No es necesario, puedo pedir un taxi. —*Y dar un par de órganos para pagarlo.*

—No vas a irte sola, Láhria. No puedo dejarte.

Debería ser ilegal desprender tanta sexualidad masculina en una voz. Ayer las voces solo eran voces. Ahora son otra cosa.

—Oye, ¿te encuentras bien? —Sus dedos rozan mi antebrazo—. Estás un poco pálida, ¿has visto algo que desagradable?

—Soy enfermera, he visto mucho más de lo que pase por aquí.

—¿Cómo puedes hacer tu trabajo si te da aprensión la sangre?

Decido no contestar a eso, retrocedo y me pongo las manos en las caderas.

—Lo de llevarme, ¿puedes hacerlo estando de servicio? ¿Y por qué ibas a tomarte la molestia? ¿Y por qué no lo llamas «casa» si vives ahí?

—Hace diez minutos que ha acabado mi turno, voy a llevarte porque tu hermano volverá a llamar y quiero asegurarme de poder decirle que te dejo en buenas manos, y no lo llamo «casa» porque no vivo allí. —Cruza los brazos por encima del pecho y le crecen músculos nuevos—. ¿Algo más?

—Sí: muchas gracias, Kían.

Me aguanta la mirada.

—De nada.

—Espera —le cojo del brazo cuando echa a andar. *Mala idea, mala idea*—. Imagino que a estas alturas mi coche ya no estará en la carretera, ¿tienes idea de dónde han podido llevarlo?

—Al desguace, para convertirlo en un cubo de chatarra. Ya estará hecho, así que puedes ir a recoger tu cubo cuando quieras.

—¿Mi…? —Le suelto, los ojos casi se me salen de las órbitas—. Será una broma.

—Por desgracia. Se lo ha llevado la grúa, puedes hacer lo que quieras con él, pero yo que tú tendría muy en cuenta lo del cubo.

—*Eres… Eres…*

—Menos inconsciente que tú, ya que no conduzco un ataúd con ruedas.

—Te gusta mucho dar tu opinión cuando no te la piden.

—Igual que a ti encariñarte de objetos inanimados que pueden causar tu muerte.

Me lleno los pulmones de paciencia.

—Te dije que alguien vino en contra dirección.

Avanza un paso hacia mí y un delicioso aroma a arena mojada después de la tormenta se mezcla con el de la leña quemada y juntos me rodean un abrazo del que no puedo, *ni quiero,* escapar.

—A ese coche esmeralda es a lo que voy a dedicar mi tiempo libre, Aurora. —Se acerca más, agacha su cara al nivel de la mía—. El culpable de tus heridas no va a irse de rositas.

—¿Hablas en serio?

—Siempre hablo en serio, pero necesito que entiendas que la vida no avisa por segunda vez, a veces ni siquiera por primera.

—Créeme, lo sé muy bien.

—Entonces demuéstralo. Has tenido mucha suerte, no me obligues a tener que recoger tus pedazos de la carretera.

Lo dice como si fuera una cría idiota y no una chica de pocos recursos que hace lo que puede con lo que tiene mientras lucha por ser independiente. Me irrita hasta decir basta. *Como si no supiera que cuanto más pequeño es tu coche, más probabilidades tienes de acabar siendo un sándwich en caso de accidente.*

—¿A dónde vas? —pregunta cuando retrocedo—. La salida no es por ahí.

—Te sorprenderá bastante la cantidad de cosas que ya sé.

—Láhria.

Algo en su forma de decir mi nombre es burbujeante de un modo enfermizo y provoca ciertas vibraciones efervescentes un pelín perturbadoras.

—Voy a buscar un contenedor donde poder reciclar esto —alzo el vaso de café vacío —, y a por mi chaqueta, me la he dejado en la sala de pruebas.

—Bien, te espero abajo.

—Bien.

—No tardes.

Mi móvil vibra, pero al leer la pantalla se me revuelve el estómago y cuelgo. Rabio más con cada paso y la cosa no mejora cuando llego a la salita del examen. La doctora sigue allí, tecleando en el ordenador.

—Perdona, me he dejado la chaqueta.

—No es problema, cielo, pasa. —Mi móvil vibra otra vez.

Ni caso. Encuentro mi chaqueta extra grande tras la camilla. Las palabras salen de mi boca contra mi voluntad estoica y calmada.

—Pregunta, ¿Kían siempre es así con sus víctimas?

—Sí, siempre es dulce y comprensivo. Las enamora a todas porque te mira con ese «voy-a-salvarte-de-todos-los-peligros» al que es difícil resistirse.

Resistirse a escupirle sí que es difícil.

—Me alegra que hayas encontrado tu chaqueta. Ha sido un placer conocerte, Lay, ojalá te vaya bien con Alice.

¿Qué pasa, acaso hay gente con prismáticos y radio haciendo de reporteros de Saltwater? Empiezo a dudar si voy a salir viva de esta.

Me despido y salgo a paso ligero.

6

Kían-Lysander



Raylan, que me ha traído mi moto, está ayudando a una anciana a dejar atrás la silla del hospital y luego a meterse en un coche, cuando le veo. Les hecho un cable porque el hijo tiene demasiadas bolsas que sujetar. El coche se va y saludo a mi amigo en condiciones.

—Gracias por traérmela, tío. Es una suerte que vivas cerca de aquí y que vayas a llevarte mi uniforme.

—No te acostumbres, pienso mudarme, no me gusta nada mirar por la ventana y ver enfermos. Teniendo en cuenta a lo que me dedico, es como llamar al mal tiempo. Y en cuanto a tu moto, es un placer pasear a esta belleza —me da las llaves y los guantes, y los cuelgo del manillar—. Pídemelo las veces que quieras, diré a todas que sí.

Lleva los cuatro meses que hace que la tengo babeando por ella, ya sabía que no me diría que no.

—He hablado con Alejandro, por cierto —policía, un buen tío y ex-compañero mío de clase.

—¿Qué te ha dicho?

—Que las cámaras de seguridad de la zona no son prometedoras, duda que alguna alcanzara a grabar algo útil. Se lo va a decir a su equipo, pero tienen un caso abierto del que tienen que ocuparse primero.

—Solo hay una casa en la entrada de Saltwater y da la casualidad de que su dueño también tiene un coche verde.

—Sí, Morgan —aprieto los puños.

El hijo de puta que amenazó con matar a Zelle y a sus cachorros si volvían a pisar su terreno.

—Quieres que nos tomemos la justicia por nuestra mano?

—No. Hayden saldría mal parado.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Dejarlo estar seguro que no —admito—, para empezar…

—Hola. —Láhria aparece con su chaqueta inmensa y Raylan se olvida de la policía y de todo.

—¿Cómo está esa cabecita, Fórmula 1?

—Como nueva, me han pedido que dejara de malgastar recursos —sonríe hasta con la mirada—. Muchas gracias por todo, Raylan. Me has tranquilizado mucho cuando pensaba que iba a morir horneada como una pizza.

—¿Y yo qué? —Frunzo el ceño y desvía la mirada hacia mí.

—Me has dejado los tímpanos resentidos de tantos gritos, pero muchas gracias por el café —me lanza una mirada envenenada que no me horroriza.

—Es un placer ver que estás bien, Lay —sigue Raylan.

—Eres un encanto Raylan Demon. —Le da un rápido beso en la mejilla y quiero pasar por encima de mi amigo con la moto hasta que deje de respirar.

—Nos vamos, Láhria. Sube.

Mira mi moto como si estuviera en llamas, pero obedece. *Y tengo que reconocer que eso me deja un poco tonto*. Lo hace con una destreza que no esperaba, con una sensualidad lenta inintencionada que me obliga a replantearme mis elecciones de vida. *Quiero pedirle que se baje solo para verla subir otra vez.*

—¿Te pasarás algún día por el parque?

—Claro, me encantaría ir a verte.

—Vale, tío, gracias por todo —digo empujándolo lejos—. Eres un buen amigo.

—Y tengo prisa, al parecer —dice por lo bajo, riéndose en mi cara mientras retrocede —. ¿Por qué me corta el rollo, teniente? Tú no puedes salir con ella.

—No he dicho que tenga ningún interés en hacerlo, pero nos estás retrasando y quiero dejar de ser su canguro, ¿entiendes?

—¿Quieres que la lleve yo? Oye, no podría estar más dispuesto.

—Que. Te. Largues.

Lo hace, pero con una sonrisa de gilipollas que no se aguanta. Arrepintiéndome de haberle pedido el favor, vuelvo con ella para encontrarla pegada a un móvil que no deja de hacer ruido.

—¿Es Nolan?

—No, son pacientes.

—¿No saben que estás de vacaciones?

—Son pacientes antiguos que traté hace años o que han dejado de ser mis pacientes por una razón u otra. —Sonríe a su teléfono.

En serio, menos a mí, sonríe hasta las piedras.

—¿Y por qué te escriben, Láhria? —Me pongo el casco.

—Lay, es Lay. Porque somos amigos.

Amigos. Como bombero, seguir el recorrido de las víctimas es sinónimo de acabar hecho polvo. No todos los accidentes terminan con una recuperación absoluta y doy fe de que la muerte no es lo peor que puede pasarte.

—Es una idea terrible.

—¿Por qué no me sorprende que te lo parezca?

—Mantener contacto con todos aquellos que han subido a otras plantas, cuyas enfermedades han pasado a manos de otros especialistas o directamente, están a punto de perder la vida, repercutirá en la tuya. Será un dolor tras otro con el que tendrás que cargar y que acabará matándote.

—Eso no es verdad. A veces es triste, pero… es mi decisión, ¿vale?

—Claro, elige torturarte si quieres. No es cosa mía, Aurora, y tú tampoco.

—Es cierto, no lo es. ¿Y a qué viene lo de Aurora? Me llamo Lay. L-a-y. ¿Tan difícil es para tu lengua juntar esas tres letras?

—Aurora, diosa romana del amanecer, del nuevo comienzo. Apodamos así a las víctimas que se salvan.

La mueca se disuelve en su delicado rostro.

—Imagino que los tíos estarán encantados con ese apodo.

Me limito a no contestar y a quitarle el móvil de las manos.

—¡Ehh!

—No veo que tengas bolsillos con cremalleras, ¿quieres que salga volando? —pregunto guardándomelo en la chaqueta al tiempo que arranco la moto y ella me sirve otra taza de escudriñamiento envenenado.

—Eres un encanto.

Mis ojos caen hasta su boca.

—Si quieres quedártelo en la mano, por mí no hay problema.

—No, gracias.

—Lo que suponía.

Me quita el casco de las manos diciéndome que puede sola al tiempo que me recuerda con su piel que no llevo los guantes puestos. Juro que, cinco segundos después, cuando no encuentra el cierre del cuello, mi ego se empalma. Es cierto que es culpa del casco, que lo retuerce y lo deja oculto, pero preferiría sufrir un infarto a reconocérselo. Láhria se resigna, resopla y se le caen los hombros.

—¿Te importa? —Silencio—. Por favor.

—Sin problema.

Siento cómo sus faros de aguas cristalinas me atraviesan cuando me acerco a ayudarla. Una suave ráfaga de viento me hace imposible no percibir el olor a miel que desprende su cuello y me sabe a recompensa que no merezco.

—Gracias, *Lysander*.

Joder, ¿de dónde le sale este carácter?

Me subo a la moto con los nudillos blancos. Antes de ponerme los guantes busco sus manos, las coloco alrededor de mi cintura y doy un tirón. Tenía todas mis fichas apostadas a que se apartaría, pero se aferra a mí con fuerza.

—No aproveches la situación para meterme mano —le digo—, sería violento.

Murmura algo que parece un insulto.

Sonrío como el imbécil que soy y acelero.

7

Láhria



Su seguridad en la carretera es horrorosamente sexy. *¿Cómo toma las curvas? ¿Cómo sale de las rotondas? No. Me. Hagas. Hablar*. Había oído a la tía Lexi contar maravillas sobre como conducía Levi-Ryan, pero creí que era un fetiche suyo por ser ingeniera mecánica de coches lujosos. *Me siento traicionada por mis propias hormonas.*

Kían-Lysander MacAlister baja de la moto cuando todavía estoy en trance. Antes de que me dé cuenta estoy en sus brazos: me coge de la cintura, me levanta como si fuera una pluma y me deposita en el suelo con una delicadeza inesperada en un hombre que trabaja con sierras. *Nadie se imagina a Hulk pintando figuritas de cerámica en miniatura, ¿a que no?*

—¿Sigues conmigo? —agacha la cabeza hasta que estamos a la misma altura y sacude la mano frente a mis ojos.

Me quito el casco y se lo devuelvo.

—¿Tan terrible ha sido?

—No, para nada. Es solo que es la primera vez que me subo a una moto y reconozco que no ha sido tan aterrador como creía. Ha sido incluso un poco divertido.

—¿Nunca? —repite y oigo el peso de esa palabra en su voz.

—No, nunca.

—¿Por qué? ¿Te da miedo? —No juzga, no hay retintín.

De hecho me mira como si fuera un Bambi recién llegado al mundo de los huérfanos, que ha acabado atrapado en un cepo. Huérfana sí soy, pero ese no es el quid. *Si seguimos hablando de motos, ¿por qué no lo parece?*

—¡Laaaaaay!

Tres gritos suenan al unísono acompañados de un montón de adorables pisotones acelerados. Mi corazón se da la vuelta cuando veo a…

—¡Ayris, Bonnie, Alice! —de doce, once y diez, me agacho antes de que lleguen a mí y acabe en el suelo como un saco de patatas—. Pero qué guapísimas estáis, ¡y cuánto habéis crecido!

—Yo siete centímetros —dice Ayris.

—Yo ocho —dice Bonnie.

—Yo aún tengo que dar el estirón —dice Alice.

Se me hace un nudo en la garganta.

—No, no lo deis. Ninguna. Lo tenéis prohibido. Quedaos así de pequeñas para que pueda meteros en una maleta y llevaros a Mountville conmigo.

Se carcajean mientras las beso por toda la cara. Van guapísimas, peinadas con coletas y trenzas, siempre adornadas con alguna pequeña florecilla. *Dios, qué preciosas son.*

—¿Y para mí no hay abrazos? —pregunta su tío.

—Síiiiiii —Bonnie sale escopeteada hacia él, pero las otras dos se me enganchan al cuello.

—Lo siento tito, hace mil siglos que no vemos a Lay. Tiene preferencia —sentencia Ayris.

Bonnie salta al llegar a Kían y él la coge en brazos, se la pega a un costado y sonríe como para… *guau*. Como para matar a alguien. *Los hoyuelos deberían estar prohibidos. Dios, y encima qué imagen tan dulce, no puedo*.

—Te hemos echado mucho de menos —dice Alice pegando su carita suave a la mía.

—Y yo a vosotras. Me moría de ganas de que llegara este día.

—Mamá dice que como vienes a trabajar no podremos jugar mucho contigo —Bonnie hace pucheros.

Que los quite ya o le daré cuanto pida.

—Podremos hacer todo, hay tiempo de sobra —prometo.

—¿Y qué pasa con los deberes? —pregunta la que faltaba.

Me pongo en pie y las dos mosqueteras aprovechan para correr hasta el bombero. Me doy la vuelta y la señora MacAlister me deja sin aliento. A sus cuarenta y un años, no sé cómo se las apaña para estar cada día más guapa.

—Tía Daisy —se me llenan los ojos de lágrimas de la condenada emoción.

Esta vez soy yo la que la placa a ella en un abrazo apretado.

—Nunca me cansaré de oírte llamarme eso, pequeña.

—Mamá, ni un solo día me he despertado con la súper necesidad de usar el seno, el coseno o la *tansente*.

—Tangente.

—Esa tampoco.

Canturrean Bonnie y Ayris en los brazos de Kían.

—Los deberes no están pensados para que cada micro cosa que leáis os sirva el día de mañana, hijas. Os enseñan a aprender, para que así tengáis herramientas y podáis escoger vuestro camino —dice sin soltarme.

—Yo ya sé mi camino, es *ese* —Alice señala la entrada de la casa—. Siempre el que vuelve aquí

Ay mi corazón, que me lo estruja. Daisy chista la lengua.

—Estás preciosa, Lay. ¿Cuándo has dejado de ser una de ellas, a ver? —me pasa una mano por el pelo y no sé si se da cuenta de todo lo que transmiten sus ojos, pero tengo que fingir que me ha entrado algo en el ojo.

—Siento que hace siglos.

—Pues para mí fue ayer —se inclina y baja la voz, esta saliéndole más seria, más firme —. Hablaremos del accidente cuando se vayan.

—D-de acuerdo, tía Daisy —digo ignorando la voz dulce que oigo de fondo, que *no* puede ser de Kían—. Gracias por cubrirme.

—Prima Lay, ¿nos has traído regalitos?

—Por supuesto, Ayris, ¿qué te pensab…? —*Boom*—. Oh, mierda, mi bolsa.

—¡Ha dicho mierda! —saltan las tres a la vez entre risas.

—¿Láhria? —Kían las suelta una a una, porque sí, podía con las tres, y se acerca.

—Me la he dejado en el coche. En el maletero.

—¿Has aparcado muy lejos? —pregunta Ayris.

—Sí —su tío resopla—, súper lejos. Tan lejos que nunca más encontrará su coche.

—No te preocupes, puedo dejarte todo lo que necesites —dice mi tía.

—Pero los regalitos… —Bonnie abre mucho los ojos mirando a sus hermanas.

—Niñas, ¿por qué no vais a la cocina a seguir con la sorpresa que preparábamos con Stef y Patty?

Salen disparadas de vuelta a la casa y no puedo creer lo que ven mis ojos cuando llegan a la puerta y las recibe…

—¿Esa de ahí es Mhílena? ¡Pero si ya era súper mayor cuando yo era pequeña! —exclamo en susurros.

—La misma. Un día de estos vendrán a estudiarla para crear el elixir de la vida eterna. —Me coge de ambos brazos, aprieta y frunce su ceño pecoso—. Láhria Daughbeth Taylor.

—Esos son muchos nombres. —Kían echa a andar con intenciones de dejarme a mi suerte.

—¿En qué demonios estabas pensando al entrar en Saltwater con ese coche de juguete? ¿Es que no sabes lo peligrosas que son estas carreteras?

Pellizco la camiseta de Kían cuando pasa justo por al lado.

—Échame un cable, anda. ¿A que no ha sido para tanto?

—Daisy, no lo ha sido —sentencia con voz casi fúnebre—. A menos que un coche a punto de saltar por los aires convertido en una bola de fuego te parezca «para tanto». Entonces sí, lo fue. Me largo.

Capullo.

—No te haces una idea del susto que me he llevado cuando me ha llamado Katrisha la repostera —insiste Daisy mientras el traidor se aleja—. ¿Sabes todo lo que se me ha pasado por la cabeza? Mira que yo tengo un pase, pero el pobre Nolan-Kane está a dos capítulos de los cincuenta, no le puedes dar estos sustos.

—Ni a mí tampoco —dice la que faltaba saliendo de detrás de mi tía.

Mi faro en la oscuridad, mi número de la esperanza, el diente de león que soplas en primavera y las palomitas más dulces de todo el cine.

—Cleo. —*Estás aquí.*

—Pero pensándolo bien, señora MacAlister, Lay aquí es la víctima. Víctima de un perturbado conductor temerario que casi nos la roba —me pasa un brazo por encima de los hombros—, ¿no es él el verdadero villano al que debemos odiar con toda nuestra alma?

—Sí, al menos mientras viva —murmura Daisy.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada —mueve la mano frente a su cara—, cuanto menos sepáis mejor.

—Por lo visto Daisy espera ansiosa a que Kían tome cartas en el asunto —me cuenta Cleo—. Se ve que tiene muchos contactos, incluso en la policía.

—¿De verdad estás bien, Lay?

—Como una rosa, tía Daisy.

—Pues vamos dentro —desvía la mirada hacia Cleo—, tiene que ver lo que han preparado las niñas.

—Te va a encantar.

En cuanto Daisy se da la espalda, Cleo Wilson me rodea en plan araña y empezamos a dar vueltas con gritos silenciosos.

—¡Estás muy rubia! —le digo.

—¿Creías que era un filtro del móvil?

—¿Por qué todo te queda bien? Eres odiosa. —La aprieto fuerte—. ¡La he echado tanto de menos, señorita Cleo!

—¡Espero que sigas pensando lo mismo cuando me cargue tu licencia de conducir, cabra loca!

Levanto del suelo a mi profesora de matemáticas favorita, pero sin dejar de girar, así que nos va de un pelo de acabar en el suelo. *Ha venido. Ella siempre está ahí, conmigo, bajo cualquier tormenta.* Cada vez que la veo pienso en la suerte que tienen mi madrastra y sus hermanas. No puedo ni imaginarme lo que sería tener a tres Cleos a mi lado.

Pasamos por la cocina, nos manchamos las manos terminando unos dulces con formas peculiares pero buenísimos de sabor. Acabo manchada de todo lo manchable, así que Cleo se ofrece a llevarme a su habitación para prestarme algo limpio.

—Láhria, hola —John-Luke MacAlister nos intercepta en el pasillo—. Perdona no haber salido antes, estaba en una videollamada reunido y no podía dejarlo. Me alegra mucho tenerte en casa.

Dios con los MacAlister, es que te juro que no me acostumbro. ¿Será por ser de Saltwater? ¿Por el agua que beben? ¿La lluvia que los moja? ¿Son una versión de los gremlin evolucionados? ¿Los mojas y se vuelven modelo en vez de monstruo?

—A mí también, tío John —le abrazo y como de costumbre, es cálido y reconfortante, similar a Daisy.

Como si fueran un pack, como si después de tantos años juntos hasta sus abrazos se hubieran vuelto uno. En cuanto me alejo, quiero decirle algo alentador respecto a Alice, pero en mi profesión no puedes hacer promesas si no tienes la certeza de poder cumplirlas.

—Oh-oh —Cleo señala la nueva mancha en la camisa de JL.

—Lo siento.

—Tranqui, así tengo la excusa para jugar con las niñas —dice remangándose—, ¿volvéis a bajar?

—Enseguida —prometo.

Llegamos a la habitación y me pregunto cómo una casa tan enorme puede estar tan llenísima de vida, teniendo en cuenta la historia de sus dueños. *El amor y su poder, lo cambia todo, supongo.*

—Vas a tener que dejarme algo de ropa antes de que manche a más gente. —Me río mientras froto frente al espejo del baño.

—Seguro que puedo encontrar una camiseta ancha y horrorosa que sea de tu agrado, aunque algo me dice que vas a tener tu propia ropa muy pronto, guapita —hace un movimiento de cejas seductor e insinuante—. ¿A dónde crees que ha ido el bombero?

—¿Estás de broma, no? —resoplo siguiéndola fuera del baño—. No lo haría ni en un millón de años.

—Me lo ha dicho Daisy, ¿crees que se equivoca? ¿Que no lo conoce mejor que las dos juntas?

El puzle Lysander tiene montones de piezas con afiladas esquinas y cantidad de «prohibido el paso», pero a veces te encuentras una blandita y suave, y te quedas en plan, ¿ahora esto dónde lo coloco? ¿Seguro que no es de otro puzle?

No entiendo nada, pero me va el corazón a mil.

—Primero de todo y más importante, ¿de verdad no te has hecho nada grave? —se sienta en la cama.

—Te lo juro.

—¿De verdad? Ufff, bien. —Se arrodilla sobre la cama y empieza a dar botes ilusionada—. ¿Entonces podemos hablar del tío cañón que ha ido a salvarte? De ninguna manera es el mismo hombre que conocimos a los doce. Ni a los trece. Ni la última vez a los diecisiete. Ya era guapo, sí, pero ¿ahora?

—Pero si no le has visto.

—Le he visto de lejos y aún me duele la mandíbula de lo mucho que la he arrastrado por el suelo. ¿Cómo ha sido el rescate? ¿Ha sido épico? ¿Ha sido súper épico?

—Quien me ha sacado de mi coche no ha sido él, sino un bombero llamado Raylan y la verdad que ha sido bastante épico. La pena es que cuando me ha dejado en el camión ha tenido que irse para seguir trabajando y ha llegado el *teniente MacAlister* —digo con todo el retintín que me cabe en la boca.

—Raylan, tiene nombre de hombre guapo. ¿Vas a pedirle una cita?

—Eh, no me cases tan rápido que no todas queremos atarnos en la veintena.

—¿Por qué no? —se deja caer hacia atrás en plan melodramática—. Tiene pinta de ser maravilloso. ¿De verdad voy a casarme dentro de tres meses?

—Sí y no dejaré que nada lo impida.

¿La razón? Está loquísimamente enamorada de un ortodoncista adicto al ajedrez y al té macha que recomienda en una de cada tres frases que pronuncia. *Lo siento Josh, soy más de café. Llámame antigua.*

—Nunca creí que fuera a casarme y menos tan joven.

—¿De qué estás hablando? En cuanto viste a Josh quisiste que se arrodillara.

—Y siglo flipando porque lo haya hecho. Madre mía, todavía hay tanto que preparar. Oye, si me vuelvo una pesada con los preparativos de la boda, puedes decírmelo.

—Te lo diré si pasa.

Ni en un millón de años.

Ni siquiera soy capaz de contarle lo que me pasa porque no quiero ensuciar su burbuja de felicidad con mis problemas.

—¿Has oído eso? —la sonrisa de Cleo se expande al oír el rugido de una moto.

Llego abajo sola, por supuesto. Por eso me concedo unos segundos de quedarme embobada viendo cómo baja de la moto a cámara lenta y la deja a un lado como si no pesara un millón de toneladas.

Se descruza la bolsa (mi bolsa) del pecho y me la ofrece.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ese gracias suena raro, a ver, prueba otra vez.

—No tenías por qué. —*Estoy segura de que ahora va a oler a ti.*

—Venga que a la tercera va la vencida.

—No te he pedido que lo hicieras.

—¿Sabes qué, Aurora? No hace falta que me lo agradezcas.

—Sí, sí hace falta —exhalo—. Las niñas estarán muy contentas gracias a ti. Te agradezco mucho esto, Kían, yo… ¿y ese sobre? ¿Y todo ese dinero?

—Es tuyo.

—No lo entiendo, ¿y dónde están las llaves de mi…? —doy un paso atrás—. *No. No te*

habrás atrevido. —Sus ojos sonríen con malicia mientras escampa el silencio—. ¿Has vendido mi coche?

—No hace falta que me agradezcas que haya vuelto a salvarte la vida, porque no quiero que esto se vuelva redundante. Pero de nada.

—¡Oh, dios! —gruño, me paseo delante de él y vuelvo a gruñir—. No. *No*. Es mentira. Es imposible. Para empezar, sería ilegal. La dueña del coche soy yo y no puedes venderlo sin mi firma.

—En un pueblo pequeño como este, *todo* es posible. —Se encoge de hombros—. Le he asegurado a Donovan que éramos familia y no ha hecho más preguntas. Ha sido muy generoso soltando pasta, teniendo en cuenta la chatarra que le ha llevado la grúa.

Soy un volcán a punto de entrar en erupción. Mis conexiones neuronales solo dan lugar a error 404. *Diooooos. ¡¡Dios!!* Nunca pensé que podría tener cargos criminales, pero si no me largo ya voy a cometer un homicidio. Kían me alcanza interrumpiendo mis zancadas de ira.

—Lay, espera.

—Vete a la mierda.

Me corta el paso.

—Enfádate si quieres, pero escúchame antes.

—No, escúchame tú irrespetuoso y metomentodo montón de músculos —le clavo el índice en el pecho—. Era *mi* coche, ¿vale? *Mío*. El único que podía permitirme, el que me llevaba a todas partes sin obligarme a depender de ningún horario de autobuses. Uno en el que, por cierto, tenía mis cascos favoritos, mis snacks de supervivencia en la guantera y una pegatina con purpurina que Cleo pegó en el salpicadero el primer día que la llevé de compras creyendo que no me daría cuenta, pero me la di.

Se saca mis cascos de un bolsillo del pantalón.

—Lo siento —dice.

A mí me ha dado un aneurisma. En realidad sigo en el coche y nadie sabe nada del accidente.

—¿Qué acabas de decir?

—Siento haberlo decidido por ti. He cruzado una línea, no volverá a pasar. —Endurece la mandíbula—. Si quieres que devuelva el dinero a Donovan, lo haré. No es tarde. Pero solo para que conste, te iba a costar más pasta repararlo que lo que pagaste por él cuando lo compraste de segunda mano.

—Ya, que era muy viejo, lo pillo. —Me quejo, odiándome por el camino que estoy a punto de tomar—. Pero ahora no voy a poder volver a Virginia.

—¿Has venido con…? ¡Eso son doce horas conduciendo! ¿Es que te has vuelto loca?

—¿Sabes lo carísimos que son los vuelos?

—Vale, una última pregunta, ¿conoces a tu tía Amy?

—Es normal que no te haya quedado claro que soy una mujer independiente que se saca las castañas del fuego sola sin pedir ayuda, teniendo en cuenta el día que llevo hoy. Pero lo soy.

—No pides ayuda, pero aquí estás. En Saltwater, por Alice. Porque cuando te la piden a ti, sí la das. —Se acerca, estrecha la mirada—. Yo que tú iría a terapia, bonita, me da que hay algunos problemas graves bajo la superficie.

—¿Me estás psicoanalizando? ¿En serio? ¿El único MacAlister con miedo al compromiso me va decir a mí los problemas que tengo?

—Pídele a Amy que te consiga un vuelo gratis, Lay. Y acepta el dinero —me cierra la mano con la suya y camina hacia la mansión sin mirar atrás.

¿Me ha llamado Lay? ¿Lo ha dicho antes, pero estaba demasiado ocupada odiándole que no me he dado ni cuenta?

Tras una comida deliciosa de esas que te llenan el corazón además del estómago, me quedo a solas con Daisy en la cocina. Está preparando algo para las niñas y me quedo embobada mirando todos los gestos que comparte con Nina.

—¿Una tarta de Marie Curie? —pregunto.

—Es que no las veo muy entusiasmadas con la química o la física, y como científica, eso me asusta.

—Es lógico, ¿a qué niña no le interesaría eso? —Por respeto, me aguanto la risa.

Se remanga la fina chaqueta de flores y suspira.

—Vale, búrlate de mí si quieres, pero dejaré un reguero de sirope de arce que apunte directo hacia el laboratorio si eso hace que le den una oportunidad a la ciencia. La idea fue del mismo que ha ido a recoger tu bolsa hasta la otra punta de Saltwater, por si te interesa saberlo.

Me trago el sabor agridulce del paladar.

—Las niñas lo adoran —me obligo a admitir.

—Se lo ha ganado a pulso. Cuando no está organizando la gran búsqueda del tesoro en el jardín, está ejerciendo de guardaespaldas frente a los pretendientes de alguna de mis hijas.

—¿De verdad? —Lo que oigo no puede ser mi risa.

—Siempre está por aquí cuando alguna de las tres se pone mala —sonríe sacudiendo la cabeza—. Te puedo asegurar que mis hijas se curan antes. ¿Voy a comprarles las mismas latas de sopa que les trae él? El hechizo no funciona, porque *las suyas son suyas*. Luke quiere que vuelva a casa, pero no hay manera. Entiendo que quiera tener su espacio, su privacidad, pero ojalá volviera. No me gusta nada que esté solo, en su trabajo, igual que en el tuyo, hay días muy duros —me aprieta la mano y le devuelvo el gesto aunque me siento rara.

Me revuelvo en el asiento mientras ella se lava las manos, se seca en un trapo y coge los *toppings* de mini-fresas y corazones de conguito.

—Tía Daisy, ¿Kían te ha pasado la factura?

—¿Factura? ¿Pasarme la…? —Suelta la manga pastelera—. ¿Qué le han hecho comprar mis hijas esta vez? ¡La madre que las parió, que soy yo! ¿En qué momento se tuvo la malísima idea de la compra online? Esos tres bichos son un peligro, mira que se lo tengo dicho, que aunque sea precioso, que me lo enseñen antes de dar el sí. Pues no hay manera. ¡Niñas! —Sale de la cocina cual torbellino, su voz se vuelve lejana—. ¿Ya estáis en el jardín otra vez?

El ambiente pesa diferente.

Me doy la vuelta y lo veo oculto entre las sombras, junto al marco de la puerta. Me sostiene la mirada, luego deja el botellín de cerveza sobre la encimera de una cocina en la que ni siquiera entra del todo y se marcha.

Ni de coña.

—Lysander, espera.

No lo hace. No quiero gritar para no atraer la atención de nadie, pero quiero hacerlo. Gritarle, pedirle que se aclare, que elija un bando, que deje de mentir. Sus zancadas son

demasiado largas como para que lo alcance, pero de repente detiene sus pasos. Gruñe.

Y se desploma.

8

Kían-Lysander



Dejo el botellín de cerveza en la cocina y doy media vuelta con el corazón acelerado sin ningún motivo aparente.

—Lysander, espera.

«Lysander». Otra vez suena como si la palabra fuera suya. Como si el que le perteneciera no fuera mi nombre, sino yo. Contengo una sonrisa. *¿Qué me está haciendo esta mujer?*

No hay ni un solo gramo de compatibilidad entre nosotros, no debería jugar con fuego. Ni malinterpretar mis acciones. Lo único que he hecho es mi trabajo.

De repente la habitación empieza a girar como una peonza de oscuridad y luces que titilan. Me paro en seco sintiendo como mi cuerpo va por libre.

No. Joder, ahora no. Aquí no.

Noto la sangre saliendo de mi nariz, deslizándose hasta mis labios. Me limpio en la camiseta para que Lay no lo vea y el piano de Alex se vuelve borroso, inalcanzable.

Todo se desconecta. El mundo desaparece y yo con él.

La vuelta siempre es desconcertante.

Durante los primeros segundos estoy soñando y a la vez despierto.

—¿A dónde vas, Kían-Lysander? No puedes entrar ahí. Haz el favor de irte y cuidar de Alex.

—Pero JL y yo…

—Pero nada. John-Luke tiene que trabajar, no puede estar contigo.

—Pero ayer tampoco pudo.

—¿Otra vez con el pero? Va a ser así ahora y siempre.

—¿Por qué? —insisto comiéndome el «pero».

Se agacha delante de mí suavizando los rasgos faciales con una sonrisa que parece amable, pero no lo es.

—Escúchame bien, hijo. Tú no tienes que preocuparte por esas cosas de mayores tan complicadas, no sirves para eso. En realidad, no sirves para nada, y eso está bien, si lo piensas. No todo el mundo tiene que ser útil. Hay gente que solo… ocupa un espacio. Eso no te convierte en una mala persona. Te prometo algo, yo no te incordiaré si tu no me incordias a mí, ¿te parece?

—Sí, mamá.

—Sabía que lo entenderías, por eso te quiero tanto. Venga ve a jugar con Alex.

Oigo el sonido de la voz temblorosa y desesperada de Láhria llamándome desde lejos, colándose en mi pasado. *¿Qué hace ella aquí? No quiero que la toquen. No quiero que la hieran.* Hago todo lo que puedo para arrancarme de un cementerio lleno de fantasmas y tumbas abiertas.

—Kían, *dios mío*. ¡Ayuda! ¿Hay alguien? Kían, por favor, dime dónde te duele, yo puedo curarte. Por favor, abre los ojos.

—Baja la voz —murmuro digiriendo el punzante dolor de cabeza.

—Oh, menos mal —se aferra a mi cuello con fuerza. Su pelo me cae en la cara, inundándome los pulmones de dulce miel—. ¿Por qué has hecho eso? Te has desplomado. ¿Sabes el susto que me has dado?

—¡Señor! —un empleado aparece en la entrada de la habitación dando zancadas.

—Estoy bien, Gerald, tranquilo. Me he tropezado y me he caído, solo eso —insisto mientras aprieto la mano de Lay para que no se dé la vuelta. Gerald no las tiene todas consigo—. No ha sido nada, en serio, Láhria se asusta con facilidad. —Fuerzo una carcajada y solo entonces se marcha.

—No sé qué pretendes, pero voy a llamar a una ambulancia y tú vas a subirte a ella sin rechistar.

—No, no vas a hacer eso —me incorporo, pero ella no se aleja.

—Cuando yo estaba en tu situación no me has dado opción, ¿qué te hace pensar que yo te la voy a dar?

—Que no quieres preocupar a las niñas, no cuando sabes lo poco que le conviene a Alice estresarse.

Aprieta los labios, frunce el rostro y sé que le he ganado el pulso. Pero es como ganar frente a un cervatillo herido que apenas se sostiene sobre sus patas. Todavía tiene los ojos rojos por las lágrimas, aún sigue asustada, por eso no se da cuenta de lo cerca que está de conseguir cualquier cosa de mí.

—Lo mío es parte de mi oficio, Lay —insisto—. Nada más.

—¿Te había pasado alguna vez? ¿Es por cansancio?

—Sí, me ha pasado antes —mi mano se mueve sola y antes de que pueda frenarla estoy acariciando su mejilla, apartando la última lágrima—. ¿Puedes tranquilizarte?

¿Por qué reacciona así, como si la que fuera a morirse fuera ella? ¿Es esto lo que supone ser uno de sus pacientes?

—No has contestado a mi otra pregunta. ¿Por qué ocurre? ¿Y puedes conducir? ¿Trabajar? ¿Puedes controlarlo? ¿Se lo has contado a alguien?

Hay pepitas de plata en ese iris y se están quemando.

—Haces demasiadas preguntas, Aurora.

—Sí, y me encantaría que me las contestaras todas y por orden.

Separo los labios, aunque no sé qué cojones decirle. Menos todavía cuando me mira la boca como si tuviera sed.

—Pues si no habéis comprado nada, no entiendo la conversación que he tenido con vuestra prima —oímos a Daisy entrando en la mansión.

Nuestra sala está a un puñado de pasos.

—¿Seguro que le has dejado acabar la historia? —pregunta Ayris—. A mí a veces me dejas a medias.

—¿Yo? Qué cosas tienes, ¿cuándo he hecho yo eso, hija mía, querida? Jamás de los jamases.

—¿Qué, crees que «me tiré del tobogán y entonces» es el final de la historia? Uy.

Casi me choco con ellas en la salida.

—Os veo luego, chicas. —Acaricio el pelo de las tres MacAlister y me largo antes de que pueda pararme.

Conduzco hasta la verja y aparco justo fuera de la casa hasta que me relajo. *A Alice no es a la única a la que no le conviene ponerse nerviosa*. Un par de minutos después, arranco y voy hasta el cementerio acompañado del agudo dolor de cabeza.

El aire huele a hierba recién cortada mezclado con un toque terroso causado por la lluvia reciente. El sol se cuela entre las ramas de los cipreses proyectando sombras alargadas que se mueven con el viento. Camino hasta la tumba de Frederick Hayden y cuando la encuentro, vuelvo a sentir el mismo quemazón en la garganta. *Como un trago largo de tequila en un vaso de whiskey*. Cojo las flores marchitas y las aparto de la tumba.

—Debes estar contento, tu lápida es la única que no tiene ninguna grieta. Se nota que es de las nuevas. Perdona que no haya traído flores, he venido con prisa. —Me pellizco el puente de la nariz y me agacho frente a él dejando que mis botas se hundan en el barro.

Ha pasado un año, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Entrar en el despacho de mi jefe, Matt Hayden, el tío más duro que he conocido nunca, y verlo destrozado. El mismo que presenció el derrumbe de un edificio de ocho plantas y lo primero que dijo al asentarse el polvo fue «camión setenta y uno, vamos a sacar a los vivos», estaba hecho un puto mar de lágrimas. Su hermano pequeño iba a morir sin que pudiera evitarlo.

Se nos cae el casco, nos golpeamos la cabeza con frecuencia, pero nos hacemos daño en muchos sitios, nadie le dio importancia. Fred tampoco se la dio. Entonces empezó a tener insoportables dolores de cabeza, problemas de habla, de coordinación, de reflejos.

Empezó a desplomarse.

Su cerebro se había convertido en una bomba de relojería, un arma silenciosa que nadie podría desactivar. Eso dijeron los médicos. Le dieron tres meses de vida. Duró dos.

—He imaginado miles de veces cómo moriría, Fred. En un fuego descontrolado o salvando un autobús escolar, ayudando a una mujer en uno de esos ascensores en los que siempre me meto de cabeza. Nunca creí que me iría por lo mismo que tú.

9

Láhria



Alice entra en la habitación dando saltitos y me doy cuenta de lo buena que soy fingiendo que no me estoy muriendo por dentro. Nadie ha notado nada. Me siento tan en deuda con Kían como para guardarle el secreto, pero me odio por ello. Necesito hablar con él con urgencia, pero mi primera sesión con Alice no puede esperar.

—De acuerdo, granujilla, ¿estás lista para hacer gimnasia de niñas mayores?

—Síiii.

—Bien, tenemos muchos ejercicios diferentes que hacer —solo en la última semana he leído una docena de libros de psicología pensando solo en ella—. Lo cual significa que no vamos a aburrirnos.

—¿Te has puesto chándal porque también vas a hacerlos conmigo, prima?—pregunta.

—Por supuesto, ¿qué maestra sería si no lo hiciera?

Sonríe iluminando la habitación entera.

—¡Tenemos envidia! —Las voces de Ayris y Bonnie nos llegan desde el jardín, abajo, y ambas nos asomamos a la ventana.

—Lo sentimos, es un entrenamiento exclusivo —dice Alice, que no tardaría ni medio segundo en invitarlas si esto no fuera un tema serio.

—¿Qué os hemos dicho? —La voz de John-Luke llega hasta las niñas y salen escopeteadas al interior de la casa.

Acto seguido oímos risas descontroladas. *Si se lo pasan tan bien con un día de fiesta, ya me puedo imaginar cómo se ponen en verano*. Cierro la ventana.

—No lo saben —dice Alice colocándose de nuevo sobre la esterilla.

Me siento en plan indio y ella me imita.

—¿El qué no saben?

—Que me quedo ciega temporalmente. Saben lo de las migrañas, saben que ocurren cuando me enfado mucho o me pongo muy nerviosa, pero no saben lo de la vista. Mamá dice que si se lo contamos no dejarán de llorar y eso me pondrá más nerviosa.

Digiero el retortijón como puedo. La primera vez que oí la noticia me pasé tres horas llorando, pero ahora le sonrío.

—Tienes una madre muy lista que piensa en todo. Guardaré tu secreto.

—Los médicos dicen que si no tengo ningún episodio en meses es muy posible que se me vayan para siempre. Pero también dice que si son más seguidos… —hace una mueca y empalidece.

Se quedará ciega.

Le agarro de las manos.

—Vamos a trabajar juntas en esto. No voy a rendirme nunca, ¿vale? Tus migrañas han sido persistentes, pero nosotras lo vamos a ser mucho más.

—¿Qué es *persistentes*?

—Quiere decir que vamos a ser pesadas hasta que se aburra de nosotras y se largue con viento fresco.

—Muchas gracias por venir, prima Lay.

Daisy ha probado con montones de profesionales, pero Alice no se abría a ninguno.

—Es un honor estar aquí contigo, cariño. ¿Lista?

Asiente con lágrimas en los ojos. Antes de que me desborden las mías, pongo la música de meditación y le cojo las manos.

Hacemos ejercicios de respiración durante quince minutos, lo cual ya de por sí me parece asombroso teniendo en cuenta lo activa que es esta terremoto. Luego empezamos con los ejercicios de movilidad que son solo una distracción para la charla.

—Imagina que eres una cirujana buenísima, la mejor de todo Saltwater. Tú eres mayor, tienes que operar a tu padre porque se ha caído y se ha hecho mucho daño en la pierna. Tanto, que si no se le cura pronto morirá —Inmediatamente pone cara de susto —. ¿Cómo crees que operarás mejor a papá, asustada o tranquila?

—Tranquila.

—¿Y cómo puedes estar tranquila en un momento de tanto estrés?

—No lo sé.

Durante mis años como residente vi casos como el de Alice, en adolescentes. Nunca pude intervenir, pero mantuve largas conversaciones con alguien que sí.

—Convirtiendo el miedo en un jugador de tu equipo. —Saco de mi bolsa un peluche oscuro que encontré en Amazon buscando virus-mortal-blandito.

—¿Qué es *eso*? —lo mira arrugando su diminuta nariz.

—Es tu miedo. Muchas veces lo malinterpretamos, lo juzgamos antes de que pueda abrir la boca. *Pobrecito* —acaricio al peluche, pero sigue escéptica. Carraspeo—. Verás, en este caso, lo único que te estaría diciendo tu miedo sería «cuida de papá, lo queremos mucho». La voz que te hace dudar de si puedes hacerlo o no, es la de tu confianza. —Le pongo el peluche en las manos y la cojo de los hombros—. Alice, voy a convertirte en la niña más segura de sí misma de todo Saltwater.

Sonríe de oreja a oreja.

La primera sesión termina y ni siquiera finjo sorprenderme cuando encontramos a Daisy *casualmente* en el pasillo al salir. Ha estado escuchando, como haría cualquier madre preocupada y reconozco que busco con la mirada a ver dónde pillo a John-Luke. Mi tía me estruja entre sus brazos con fuerza como para romperme, pero no lo hace. Me da la clase de coraje y valentía que mueven el mundo.

Email para Darren.Kramer@VirginiaHealth.org

18:51 - [Hola, sé que ya está jubilado y que probablemente no se acuerde de mí, pero me llamo Láhria Taylor y usted fue el tutor de mi grupo de prácticas en el Virginia Health hace ya cinco años.

Verá, tengo una prima de diez años, Alice, con (MNN), Migrañas de Niebla Nerviosa, y los médicos le han dado un muy mal pronóstico. Sufre episodios cada semana de entre quince y veinte minutos, en los que pierde la vista y acaba con un dolor de cabeza muy fuerte. Si sigue así hay un noventa y cinco por ciento de probabilidades de que se quede ciega.

Necesito ayudarla. Necesito evitar que pase.

A continuación le envío el programa detallado que he ideado después de leer todo lo que hay publicado acerca del tema. Sé que la experiencia de una vida laboral como la suya vale más que cualquier libro, así que por favor, le ruego que me ayude.

Puede llamar o escribir a cualquier hora, cuando sea.

Gracias.]

Pregunto a Daisy la dirección de la casa de Kían y voy a buscarle. Es una suerte que se pueda llegar caminando y que no esté lejos.

—No tenías por qué venir. —Le digo a la sonriente e insistente Wilson emperrada en hacer el camino juntas.

—Tranquila, no interrumpiré la acalorada y malhumorada conversación que fijo mantendréis antes de…

—Cleo.

—Ya, ya, que me haga la loca y finjo no haber visto ningún flechazo.

—Loca sí estás, un rato largo.

El sonido lejano de una moto retumba por la lejanía.

—Mírate, tan preocupada de que no vayas a encontrarlo en casa. —Se carcajea—. ¿Sabemos si tiene novia?

—Para mantener una sobre un coche vendido no hace falta saber el estado civil de la otra persona. ¿Qué harás tú mientras tanto?

—Comprar algo rico para Josh en el pueblo y enviárselo cuanto antes para que me eche tanto de menos como yo a él, y luego ir al Ancla Oxidada a esperar con el resto de la familia a que llegue mi hermana —me guiña un ojo.

—Ufff, sí, me muero de hambre.

—Yo no, me he atiborrado de Marie Curie. Madre mía, tengo que empezar a hacer ejercicio, ¿y si engordo y no quepo en el vestido de diosa que va a hacer que Josh crea estar casándose con un ángel porno imponente?

—¿Por qué no sales a correr? Yo iría contigo, si quisieras. ¿Mañana? Podríamos hacer un horario y dedicar cuarenta y cinco minutos todos los días a…

—Me encantaría, pero no puedo, estoy muy ocupada con los trucus-lucus.

—¿Con los…? Mmm. —Estrecho la mirada y me cruzo de brazos—. No hagas eso.

—¿Hacer el qué?

—Decir cosas que no tienen ningún sentido para confundirme y que deje el tema.

—No lo hago, eso es un monocos-acocos.

—Tendrán que trasplantar tu cabeza al cuerpo de un robot cuando el azúcar sea lo único que te corra por las venas, pero vale. Una pregunta —saco el peluche del miedo de Alice—, ¿qué le harías a esto para ponerlo monísimo?

—¿Qué es?

Le cuento un poco de qué va la idea que he tenido y se echa a llorar.

—Tía, no me ayudas nada. Cierra el grifo y corta el rollo.

—¿Crees que debería decirle algo a Alice? ¿Que tiene todo mi apoyo o algo así? Porque creo que puede salir adelante, es una niña muy fuerte.

—Al revés. Tú tienes que fingir que no sabes nada, como hasta ahora. Lo más normal que se sienta, más la estarás ayudando.

—Pues… —sorbe sus emociones mientras le limpio el rímel que le ha bajado a las ojeras—. Pestañas postizas, para empezar y le cosería unas cuantas lentejuelas.

—Ahora empezamos a hablar el mismo idioma.

—Oye, si quieres puedo pasarme por algunas tiendas y buscar cosas que poder usar.

—Cleo —*voy a tener que buscarme las plataformas más altas que existan porque no hay forma de estar a la altura de mi mejor amiga sin ayuda*—. Gracias.

Tomamos distintos senderos y pronto descubro que, tal y como ha dicho mi tía, por

aquí solo hay una casa. Es bastante estrecho llegado el final, tengo una pared rocosa a mi izquierda y el océano enfurecido de aguas oscuras a mi derecha. Avanzo sin mirar abajo (porque, ¿hola? ¡qué vértigo!), y detengo mis pasos frente a su casa. *Solo digo una cosa: orgasmo arquitectónico.*

Incrustada en la montaña, un conjunto de piedras blancas, grandes ventanales y un par de columnas forman la que de ahora en adelante será la casa de mis sueños. Del tejado con raras formas geométricas y rústicas cuelgan montones de luces que bailan con el viento y resulta bonita y misteriosa, como si preservara importantísimos secretos.

¿Qué es esto? ¿Una salvaje cabaña de bosque manteniendo un tórrido romance con un pequeño palacio? ¿Una cueva de ermitaño encantada en su fase adolescente-rebelde-y-modernista? ¿Una mezcla de lo anterior? *No me extraña nada que Kían-Lysander viva aquí teniendo en cuenta que a él tampoco le entiendo.*

La única pega que le saco es que cuando me sitúo delante de la puerta y llamo al timbre, veo que el acantilado está a un par de metros escasos de mí. Me doy la vuelta y me acerco al borde.

—Pfff, socorro —jadeo—. ¿Y qué tal una barandilla? ¿O una pared de cemento?

—¿Qué haces tú aquí, Láhria Taylor?

Al final no voy a detestar tanto que no me llame Lay.

Me giro hacia la casa y veo piel dorada besada por el sol del atardecer. También unos pantalones de pijama a cuadros rojos y blancos, indecentemente bajos, justo en el límite entre lo atractivo y lo obsceno. *Es el maldito Hércules, ¿o qué?* Cada hendidura de su abdomen y esas condenadas líneas de sus caderas parecen esculpidas a propósito y con mimo. Tan marcadas que dudo que sean solo mérito de su profesión. Imagino que las cicatrices diversas que acarician la superficie, sí lo son. Quiero curarle todas su heridas, incluso las que lleva años cerradas, pero solo porque soy enfermera. Es meramente profesional.

—Lay.

—Sí, yo… perdona. No estaba… —*¿Babeando?*

Já, a otro con esas. Bajo la vista hasta mis pies, avergonzada. *Esto es nuevo para mí.*

—¿Necesitas un momento? —oigo el retintín en su tono.

Capullo. Atravieso su mirada con la mía.

—¿Por qué narices no vives en la mansión MacAlister? ¿Sabes lo que he tenido que caminar para llegar hasta aquí? —pregunto lo más melodramática que puedo mientras toqueteo los tulipanes que han tenido las agallas de nacer aquí, en la enredadera que abraza su puerta, frente al acantilado.

—No es asunto tuyo. ¿Puedes dejar de mirarme el cuerpo?

—No te lo miro y podrías ponerte una camiseta para atender la puerta, ¿no?

—No tenía ninguna a mano.

—Ya veo. Tú no te llamarás Jacob, por casualidad, ¿no?

—¿Qué?

—¿Te vas a transformar en lobo, Lysander?

—Adiós, Láhria.

Doy un paso más y pongo mi mano en la puerta para que no la cierre.

—Tenemos mucho de qué hablar. —Y sin más invitación que una arrogante ceja alzada, me cuelo en su casa—. Guau, el orden no es lo tuyo, ¿eh? —señalo el sofá con una mezcla de ropa y cojines que no aceptarían ni los del arte abstracto—. ¿Sabes lo que son

los cajones? ¿Las perchas? En serio, ¿te queda algo en el armario?

Un segundo después estoy contra una pared de su salón, Kían cogiendo mis muñecas para que no señale nada más. Las deja entre su cuerpo y él mío, a una altura que no…

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta cabreado.

Me obligo a no fijarme en esos labios que ya se han impreso en mi mente, pero me resulta difícil a esta distancia.

—Si tratas así a tus invitados debes tener pocos amigos en Saltwater.

—No eres mi invitada. —Su voz es peligrosa como un tigre hambriento frente al que estoy dejando mi cuello desprotegido y expuesto.

Exhalo.

—Estoy preocupada por ti.

Frunce el ceño como si acabara de proponerle robar un banco disfrazados de T-Rex.

—¿Por mí?

—Vivir solo es una idea terrible si te desmayas con frecuencia. Vivir solo junto a un acantilado ya es el colmo. ¿Tan poco aprecias tu vida?

Me suelta y da un paso atrás.

—No me desmayo con frecuencia.

Luego camina hasta la cocina abierta unida al salón y mi estómago se encoge al estar cara a cara con su espalda. *Es una montaña. Una de pura piedra maciza e irrompible.* Está claro que un puñado de hormonas han amordazado a mis neuronas y ahora tienen el absoluto control de mi cerebro porque me pierdo en las pecas y cicatrices. *Más cicatrices, ¿eh? Porque no te cansas de que te hagan daño si así salvas la vida de alguien, ¿no?*

—Kían, vas a contarme lo que te pasa, así que podrías ahorrarte los rodeos.

Pone dos tazas vacías en la isla y si las llena con café, tal vez le pida ser amigos.

—No es asunto tuyo.

—Pues tenemos un problema porque no voy a irme de aquí si no lo conviertes en un asunto mío. Así que yo que tú empezaría a hablar porque… Espera, ¿qué haces? ¿Por qué te acercas? Kían, ¿qué vas a…? —Mis pies dejan de estar en contacto con el suelo. Estoy en su hombro, cual saco de patatas, y desconozco la razón por la que este es el momento más humillante de mi vida, pero lo es—. Suéltame ahora mismo si no quieres que te mate.

Se ríe. El muy imbécil se echa a reír. Me coge fuerte, como si no hubiera nada que fuera a conseguir que me soltara. Le clavo los dedos en la espalda, chillo su nombre y todo lo que voy a hacerle. Tengo tiempo porque de repente, la puerta parece muchísimo más lejana. Odio cada segundo. El muy insoportable no me suelta hasta que llegamos a la entrada.

—Eres odioso.

—Te lo advierto, sigue hablando así y herirás mis delicados sentimientos.

Capullo, capullo, capullo.

El tiempo se detiene, va a cerrarme la puerta y aún no sé por qué se ha desmayado. Vuelvo a poner la mano en la puerta antes de que la cierre.

—Quiero pedirte algo, ¡espera, va en serio! ¡Kían! ¡Es una cita! —Se queda inmóvil—. Necesito que me ayudes a conseguir una cita con Raylan. Por favor.

—¿Raylan? —repite como si fuera la primera vez que pronuncia ese nombre.

—Me gustaría agradecerle que me haya salvado esta mañana. Ya sabes, un café a

cambio de un montón de años de vida. Es lo mínimo.

Su rostro se vuelve inexpresivo de repente, como si una ola del mar de las que se oyen a mi espalda se hubiera llevado consigo hasta el más mínimo rastro de emoción. Resulta intimidante.

—Has dicho que era un buen tío —añado incapaz de seguir aguantándole la mirada sin más.

—Lo es.

Las pulgas bailan un tango sobre el vibrante silencio.

—Entonces… ¿es un sí?

—Si es lo que quieres.

—No me mires así.

—¿Y cómo te miro, a ver?

—Como si estuviera planeando la forma más eficiente de secuestrar a Raylan para luego obligarle a ponerme un anillo en el dedo.

—No te miro así, Lay. —Se pasa una mano por el mar de mechones rubios oscuros y lo pillo.

Ya, que no te he dado una muy buena impresión y no quieres poner en un compromiso a tu amigo, lo entiendo aunque es un poco injusto teniendo en cuenta el día que llevo. Bajo un par de escalones más en la patética escala de mi deficiente autoestima.

—Solo es una cita —musito.

—Le gusta el dulce, llévale algo al parque y te pedirá salir él mismo —dice desviando la mirada.

—¿Que lo lleve al parque? ¿Qué es, un niño?

—De bomberos, Láhria.

—*Dios*, sí que necesito dormir. —Carraspeo—. Pero me gustaría algo más íntimo. Una cita en condiciones. Si pudieras darme su número yo…

Un músculo palpita en su mandíbula cuando asiente, se da la vuelta y vuelve a entrar en casa. Por supuesto, le sigo. Encuentra su móvil y mientras espero que busque el número de Raylan una minúscula criatura adorable llega hasta mis pies y me chupa.

—No me lo puedo creer. Pero ¿pero tú de dónde sales, bichito? ¿Pero tú de qué cielo te has escapado? —Me arrodillo derritiéndome y jurando que de ahora en adelante el pomerania de quince centímetros que tengo delante es mi amo y señor, mi dueño y mi jefe, mi todo—. ¿Cómo te llamas? ¿Bolita adorable y diminuta?

Ladra una vez. *Eso es un sí.*

Me chupa las manos como si me conociera de toda la vida. *¿Qué he hecho yo para merecer semejante privilegio?* Puede que los gemidos agudos y variados que oigo salgan de mi garganta, pero ahora mismo no soy capaz de controlarlos. *¡¡Es pequeñísimo!!* Se sube a mi regazo y encuentro mi nueva pasión en la vida: darle mimos.

—Joder —gruñe Kían y me da que no es la primera vez. Se arrodilla frente a mí y me alza la barbilla—. ¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer *eso* y escucharme?

De nuevo las cosquillas por su contacto. *No me libro ni una sola vez.*

—¿*Eso*?

—Los ruidos. Escúchame, mañana desayunas con Raylan en el Café de las Sirenas. De nada. Ahora vete.

—Guau, eso ha sido… —*rápido*—, ¿de verdad ha dicho que sí? ¿Seguro que sabe que

es conmigo? ¿Qué le has dicho? ¿Habéis salvado a más gente en el turno de hoy? Porque tal vez me esté confundiendo con otra rubia. A la gente le dices «rubia con ojos azules» y se imagina una diosa nórdica que yo no…

Me callo porque la mirada de irritación que me lanza es un tanto intensa.

10

Kían-Lysander



Esta mujer necesita un espejo y luego irse de mi casa. El mundo en el que vive debe estar del puto del revés para que se compare con una diosa nórdica y no sea para dejarla a la altura de su puñetero tobillo. ¿Es que no se ha mirado nunca en el espejo? ¿No se ha visto la boca? ¿Esa capaz de hacer que un hombre pierda la cabeza y estalle de deseo por comérsela entera?

—¿Estoy en peligro? —pregunta.

Joder sí.

—Láhria, por favor, vete de aquí.

Se levanta con Ck en brazos y se acerca tensándome cada puto músculo. Un segundo en mi casa y ya la he aprisionado contra la pared, le he olido el pelo y me la he subido al hombro sin su permiso lo cual me ha permitido hacerme una gran idea de las curvas que hay bajo la ropa holgada que lleva.

Tiene. Que. Irse. Ya.

—Láhria… —le advierto.

—Lay, es Lay. Venga que estabas haciéndolo muy bien —dice con una voz dulce que envía fuego directo a mi polla.

Quiero que vuelva a felicitarme. Quiero irritarla. Quiero hacer lo que haga falta para oírla gemir de nuevo.

R*ecuerda el puto código, imbécil: nunca salimos con una víctima. No, cuando están en desventaja.*

Se encuentran en una situación terrible, al borde de la muerte y yo las alejo de ella, es evidente que muchas confunden mero agradecimiento con algo más. Pero yo no me aprovecho de eso, nunca he cruzado esa línea y no voy a empezar ahora.

El problema está en que, por lo visto, ella no recuerda que fui yo quien la salvó. *Claro, se desmayó.* Eso crea un vacío legal en el contrato que me va a dar puto insomnio a mí, que soy capaz de dormirme hasta de pie.

—¿Vas a hacerme partícipe del monólogo interno que estás teniendo, capitán?

—Teniente, y *no*.

—Si cuadras los hombros así, pareces todavía más inmenso. —Mira a Ck—. Debes pensar que tu dueño es el Yeti, ¿eh, amigo? Tienes una nariz adorable, ¿puedo llamarte naricitas?

—*Amiga* —le corrijo—, y se llama Ck. Os parecéis mucho si lo piensas, porque ella tampoco hace ni puto caso a lo que le pido.

—Espera, ¿Ck? No has podido ponerle ese nombre horrendo a esta preciosidad. —Justo cuando «patidifusa» es la única palabra que se me viene a la mente para describir su cara, Ck se mueve y su collar sale a reducir—. ¿Cookie? ¿Kían-Lysander MacAlister

tiene una pomerania llamada… Cookie?

—No me mires así, fueron las MacAlister quienes escogieron el nombre.

Entonces pasa. Sonríe. No, *me* sonríe. *A mí*. Incluso sus ojos la siguen. Irradia dulzura, felicidad y debilidad, como si no fuera capaz de no ceder a lo que le digo.

Me quema entero.

Me atraviesan mil flechas al mismo tiempo y me clavan al suelo. Quiero quitarle a Ck de las manos y echarla, pero para eso tendría que acercarme y no le conviene que lo haga. Me contrae más mis, aparentemente inmensos hombros, y me deja la piel ardiendo.

—Tú también puedes ser adorable, Lysander. —Deja a mi perra en el suelo y se pone las manos en las caderas—. Mira, no tenemos por qué ser amigos, pero como parte de tu no-familia, podrías darme algunas pistas de lo que te ocurre.

—¿Por qué?

—Porque soy enfermera y puedo ayudarte.

—No, no puedes.

—Sé que no sabes lo increíble que soy como enfermera, así que no me voy a tomar a mal lo que acabas de decir. Pero un poco sí. —Camina hasta el sofá mientras Ck la sigue moviendo la cola.

—¿Qué haces? Te he dicho que quiero que te vayas. —Mil veces, la última vez que hice la cuenta.

—Ya, pues no voy a irme. —Se sienta con las piernas a lo indio—. Puedo quedarme aquí toda la noche. Aunque, si es posible, sería genial que me lo contaras antes porque en treinta y dos minutos tengo que salir de camino al Ancla Oxidada. Imagino que tú también.

—¿En treinta y dos minutos?

—Sí, y veintinueve segundos. —Se mira la muñeca—. Veintiocho.

—¿Te separas alguna vez de ese reloj?

—Por supuesto que no. —Entonces suena algo tan involuntario y humano que no puede esconderlo: le rugen las tripas. De inmediato se pone roja—. Perdón, no es que tenga hambre, ¿eh? Sueño sí, pero necesito saber qué te pasa o no podré pegar ojo esta noche. Antes de que digas nada, debo advertirte de que si no hablas conmigo del tema, le contaré a Daisy y a JL que te desplomaste. No voy a cubrirte las espaldas para que luego te mueras y me sienta culpable el resto de mi vida. Paso.

Eso es lo que estoy haciendo, ¿verdad? Compartir mi carga con ella.

Que hijo de puta.

¿Pero qué alternativa tengo? Se lo cuento y sin duda irá corriendo a hablar a todos. Alex volverá de Mountville hecho un puto mar de lágrimas. Daisy, como si no tuviera ya bastante con Alice, se romperá del todo. ¿Y si soy la puta causa de que Alice pierda la vista? ¿Acaso puedo estar seguro de que las niñas se quedarían al margen de todo? No. No puedo. De hecho, si estoy seguro de algo, es de que se enterarían.

Pero acabo de anclar a Láhria a esta mierda. Cuando mi familia esté frente a mi lápida, ella se sentirá muy culpable por no haber dicho nada. Soy escoria, pero no tengo alternativa.

—Otra vez con el monólogo interno. Esta vez parece más intenso. ¿Qué estás haciendo? ¿A dónde vas?

Si voy a joderte la vida, lo mínimo que puedo hacer es prepararte algo de cena.

La convenzo de que es por agotamiento, que solo me ha pasado un par de veces, cuando me exijo demasiado. Le hago prometer que no dirá nada a nadie.

—Te lo prometo. Pero tú prométeme que descansarás como es debido.

—Hecho.

—Dime, ¿tiene algún sentido que prepares la cena antes de ir a cenar con la familia?

—Yo no voy a ir y tú parecías muy dispuesta a echar raíces en mi sofá, así que…

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —revolotea a mi alrededor mientras aliño la carne en la sartén.

—No.

—Eres un hombre de pocas palabras, ¿eh? Conciso y directo —se sube al mármol de un salto—. Pues tú te lo pierdes, soy una cocinera estupenda.

Me centro en la sartén, en nada más. *No voy a separarle las piernas, invadir su espacio y colarme en su boca. Es una cría. Y virgen. Joder se me olvida por segundos, aunque normal. Sigo sin poder creerlo.*

Debería estar averiguando algo sobre Morgan. Raylan y yo no hemos podido colarnos en su barco porque no estaba en el puerto cuando llegamos, pero debimos esperar. Eso me ayudaría a no sentirme tan mala persona cuando la miro a los ojos.

—Se te dan bien las niñas pequeñas.

—No me odian.

—Te adoran. Daisy me ha dicho que siempre estás por allí y a Alice le viene bien distraerse, ¿crees que podrás seguir haciéndolo?

—Sí.

—Bien, bien. Eso es bueno.

—¿Tú crees que…? ¿Que vas a poder ayudarla? —durante unos segundos lo único que oigo es el fuego cocinando nuestra cena.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no darle otra alternativa a su cabecita —carraspea.

Un solo vistazo a esos ojos inundados de lágrimas me dejan claro que no está hecha para esta profesión, que va a acabar con ella, que se implica demasiado. *¿Cómo coño no se ha dado cuenta nadie? ¿Acaso Nolan-Kane ya no se ocupa de ella?*

—Es genial que te hayas puesto al fin una camiseta. ¿Está tan nueva porque no la usas?

No me gustan sus intentos por fingir que todo va bien cuando no es así, no me va. Pero esta mañana he decidido que odio verla triste, así que por ahora lo acepto.

—Sí. Supongo que ya no puedo ser ese tal Jacob.

—¿Ese tal Jacob? ¿No has visto Crepúsculo? ¿Es que has vivido en una cueva toda la vida?

—Deja de hartarte de pan, no te va a quedar espacio para comer nada de lo que estoy preparando y has dicho que los tacos te encantaban.

—Vale —estruja la bolsa y le pone una pinza—, pero tú deberías dejar de hacer *eso*.

—¿Hacer el qué?

—Cambiar tu voz, hablarme de manera dulce. Prefiero que mantengas el tono áspero que usas al ser irritante, así no me pillas desprevenida.

Aprieto el mango de la sartén. Siento el latido en las sienes, acelerándose. La migraña haciendo acto de presencia lejana. *Dos veces en un día no, por favor.* Noto las flaquezas de mi cuerpo, las evidencias de que necesito una larga noche de descanso.

—Tomo nota —gruño—. ¿Puedes poner la mesa?

—Claro.

Sale de la cocina y sesenta minutos después, mis problemas han crecido de manera exponencial.

El primer problema es que se ha quedado dormida en mi sofá. El segundo es que es de los pequeños, ya que la única que lo usa es Ck, lo cual significa que no puedo dejarla ahí toda la noche o se levantará con una contractura y ganas de apuñalarme.

Su móvil no para de sonar en la isla de la cocina y en ningún caso tenía intención de leer sus mensajes, solo de darle la vuelta para que se callara de una condenada vez.

Mensaje de Paciente nº 137 (Mamá de Rosalie)

23:53 Anoche Rosalie tuvo una recaída.

23:53 Hemos llegado al hospital esta madrugada, pero tu superior nos ha dicho que tú…

23:54 No he creído ni una sola palabra, Lay. Eres un encanto y ojalá podamos hablar pronto.

¿Su superior… qué? Mi cabreo con el puto Nolan-Kane aumenta. *¿No trabajan en el mismo hospital? ¿Acaso no puede mediar si acosan a su hermana pequeña? Tío, que solo tiene veintiséis años, en el mundo laboral aún va en pañales.*

Oigo un quejido, un llanto que durante un instante confundo con Ck, pero la pomerania duerme plácidamente en una de las sillas del salón. *Es ella.* Ya no parece tan en paz consigo misma. Su delicado rostro se frunce y aprieta con fuerza el cojín que abraza. *No me gusta.* Vuelve a emitir un quejido. No sé por qué masajeo su ceño hasta que se relaja, ni por qué le acaricio la mejilla con el pulgar cuando sé que ya no me necesita, pero lo hago. Y cuando se calma, la levanto.

—Uno creería que con tanta labia y conocimiento pesarías más que esto —murmuro, *podría sujetarla con una mano, joder.*

La dejo en mi cama con cuidado para que no se despierte.

Los minutos pasan y ella emite leves sonidos adormilados que demuestran lo a gusto que está y también lo hecha polvo. El tercer y cuarto problema llegan ahora. Necesito dormir y ni de puta coña voy a poder hacerlo a su lado. Me paseo por la habitación, le llevo la mano al pecho. *Lo cierto es que no tengo otro sitio.*

Una botella de tequila de mi cocina promete solucionar ese problema, pero luego está el de la luz. *No sé si va a poder dormirse con la lámpara de la mesita de noche encendida.*

Joder, qué desastre. ¿Y si se despierta por eso? ¿Qué le digo?

Mensaje de Daisy

20:13 Kían, ¿no vienes a cenar?

21:22 Cleo dice que Lay está contigo. ¿Es verdad?

21:23 Trátala bien, esa chica trae suerte.

21:23 Es mi Campanilla.

22:54 Por favor dime si Lay sigue ahí antes de que llame a la policía y monte un espectáculo por una falsa alarma.

Joder.

11

Láhria



La mano que agarra mi abdomen se tensa y aprieta más. *Un segundo. ¿Qué mano?* Abro los ojos como puedo, a lo zombie, y veo una enorme y calentita extendiéndose hasta el costado de mi torso, piel con piel, bajo la camiseta. Trago saliva y sigo el brazo unido a la susodicha mano, uno fuerte lleno de venas marcadas y piel tostada, y veo al que está atrayéndome hacia sí en sueños. Mi corazón deja de respirar al entender que Kían-Lysander MacAlister está durmiendo en la misma cama que yo.

Me quedé frita en el sofá, ¿verdad? ¿Él me trajo aquí? ¿Y luego decidió dormir conmigo? ¡¿Y eso que huelo es tequila?!

Nuevo plan: levantarse, salir de aquí, volver a la mansión MacAlister y fingir que esto nunca ha pasado. *Si hasta tengo la luz de la mesita de noche encendida, ni siquiera voy a tropezarme con nada, ¡la huida perfecta!* Puede que mi autoestima esté por los suelos, pero nunca me metería en la cama con alguien a quien no le caigo bien, ni aunque sea solo para dormir. El problema aparece cuando mis ojos logran pasar de sus brazos, sus hombros y su cuello, y llego hasta su cara. No muevo ni un músculo.

Reconozco una pesadilla cuando la veo y la suya le está pintando el rostro con acuarelas.

Imagino que es normal, dado el trabajo que tiene, pero aun así noto como me desmonta y cómo no puedo hacer nada para evitarlo. Siento cómo su vulnerabilidad libera la mía, como su debilidad activa mi instinto protector.

Alzo la mano hasta su mejilla.

—Shhh, todo va bien —susurro apartándole el pelo de la cara.

Sus dedos me aprietan más, me quiere cerca y me doy cuenta de hasta qué punto cuando mi cara choca contra su pecho. Me estremezco hundiéndome en un mar de cosquillas que muerden y dan calambres a cada rincón de mi piel. Llegué a dudar si no podía sentir nada, si tenía algún problema, pero: *dios mío. Menos mal que lleva camiseta.*

Con el corazón en la tráquea, cierro los ojos. *No me duermo así ni en un millón de años.*

—*Lo siento… Laylah, no…* —murmura casi ininteligible.

Alzo la vista sin separarme de él y veo una lágrima cruzando su rostro. No sé lo que me hace, pero necesito que pare. Le rodeo con una pierna, saco un brazo de la prisión de su cuerpo y paso a ser yo quien le abraza.

12

Kían-Lysander



Amaso su perfecto y redondeado culo mientras el roce de su entrada me termina de volver loco. Le beso el cuello, recorro su piel con la lengua y la saboreo mientras la aprisiono contra el sofá, luego la pared, para acabar en el suelo. Contra todo pronóstico, hace lo opuesto a lo que esperaría de ella. No se aleja. Se curva contra mí, me hunde la lengua en la boca y se mueve como una serpiente celestial, acompañándose con sus maravillosas caderas en un vaivén demoledor que se está grabando a fuego en mi carne.

—Esto no está bien, Láhria. —Cada franja de piel que toco es puro delirio, me destroza y quiero más.

—Lysander, no te lo repito más veces, deja de hablar —gruñe antes de comerme la boca, de mecerse contra mí, de llevarme hasta el límite en el que dudo si voy a poder darle lo que se merece antes de correrme.

Su gemido es fuerte y me despierto.

Confuso, sin saber qué es real y qué no.

Entonces la veo, a ella. A mí. A nosotros. *No, joder, no*. Estamos en mi cama, igual que anoche cuando me acosté a su lado, salvo por unas pequeñas diferencias.

Láhria no lleva pantalones, para empezar, y la camiseta ancha que llevaba puesta se le ha subido tanto que está a punto de revelar sus pechos. Estamos enredados, cara a cara y yo..., joder la tengo fuera. Dura, de cemento, y frotándola contra su entrada. De no ser porque lleva bragas *no sé* hasta donde habría llegado en sueños, pero si no me aparto de inmediato es porque *sí sé* lo que pasará si me muevo ahora.

Respiro hondo. Otra vez.

Imagino que la he desvestido yo, y me merecería una paliza por ello, ¿pero por qué se mueve contra mí? *La veo y sigo sin creérmelo*. Me doy cuenta cuando la aprieto para frenarla de que la estoy cogiendo del culo, pero lo hago por debajo de sus bragas y *dios*. Quiero quitárselas. Quiero arrancarle hasta el último grado de virginidad a su cuerpo.

Recordar ese detalle, su inexperiencia, me serena un poco. *Esto está mal*. Láhria me clava las uñas y baja el culo, acercándose más, consiguiendo que mi polla dé una sacudida. Durante un instante ni siquiera sé qué cojones significa la palabra «código de honor». El siguiente gemido le deja los labios separados de un modo indecente que hace que mi erección se haga todas las ideas equivocadas.

Estoy a una puta brisa de correrme.

Lay está prohibida, apártate. Saco la fuerza de donde no tengo, sin dejar de mirarla. Primero quito las manos de su culo, luego me sujeto la polla apretando lo necesario y frenando toda diversión. Finalmente, me empujo fuera de la cama.

Se mueve hacia el hueco que ha dejado mi cuerpo y cuando no me encuentra rueda hasta que su espalda queda contra la cama. Sus dedos buscan el punto exacto donde

estaba mi polla hasta hace un segundo. Sé que lo que haga dormida no es asunto mío y que no debería quedarme a mirar, pero sigo teniendo mi polla en la mano cuando ella juega con sus dedos sobre una superficie de tela mojada. No pienso con claridad. La erección me duele de las ganas que tengo de aliviarme. Ella arquea la espalda, su rostro se contrae de placer, grabándose a fuego en mi retina.

¿Qué cojones crees que pasará si se despierta? ¿Si te ve así?

Lo siguiente que oigo es el portazo que doy con la puerta del baño. Por esas últimas palabras de cordura empezaré a creer que tengo un ángel de la guarda en el hombro. En cuanto pongo una mano en la pared, utilizo la otra para masturbarme con la urgencia de un puto animal. No tardo nada, el primer vaivén ya me empuja tras el abismo, la siguiente sacudida alarga la caída hasta arrancarme un sonido gutural.

Cuando me meto en la ducha lo hago avergonzado y todavía cachondo.

Sí, tal vez haya un ángel, pero en mi otro hombro tengo un séquito de demonios buscándome la ruina.

Salgo de la ducha con una toalla rodeándome la cintura y la encuentro de camino a la puerta, de puntillas, en plena huida. Si ha tardado tanto en largarse, es que no la he despertado, que cuando ha abierto los ojos ha visto las pintas que tenía y se ha asustado.

—Láhria, espera —pido y su huida se paraliza.

A ver cómo se lo explico. Se gira despacio y en cuanto veo su cara, cuando veo sus mejillas enrojecidas, caigo en que existe otra posibilidad.

Que sí la haya despertado.

Que haya estado utilizando el tiempo haciendo lo mismo que yo.

En mi cama.

Imposible. La idea da una descarga violenta e incontrolable a mis huevos, por no hablar de lo que me hace la forma en la que se percata de que solo llevo una toalla.

—Dios, no puedo ni mirarte —jadea apartando sus ojos de mí.

¿Me ha oído? ¿Me odia? Joder, no me aclaro con qué está pasando.

—Láhria…

—Lo siento muchísimo, Kían.

—¿Cómo dices?

—Voy a taparme la cara mientras lo digo para no morirme, ¿vale? —Lo hace—. Puedo imaginar por qué te has visto obligado a salir de tu cama. Lo sé, me he… visto. Dios, qué vergüenza. Yo… lo siento. Muchísimo. Verás, estaba dormida y no sé exactamente lo que he hecho, pero puedo hacerme una idea de lo incómodo que habrá sido para ti despertarte y verme… *así* —suelta el aire y a la vez, parece estar ahogándose—. Voy a tirarme del acantilado de aquí enfrente, ¿vale? En mi funeral finge que no sabes nada.

—Láhria.

—Antes de que te niegues, te recuerdo que me lo debes, yo también te he guardado un secreto.

Le aparto las manos de la cara.

—No tienes que pedirme perdón —sé que la estoy apretando demasiado fuerte, pero es el clavo ardiendo al que se aferra mi autocontrol.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Me he despertado en una… situación similar a la tuya. *—¿Qué cojones? Una mucho peor, la tenía fuera—*. Mientras dormíamos nos hemos acercado el uno al otro y…

—No, fui yo, anoche. Tenías una pesadilla y te abracé.

—¿Me abrazaste?

—Sí, ahora si me perdonas, tengo un acantilado por el que…

—Lay, me da igual lo que hayas hecho en sueños —*sí y voy a masturbarme el resto de mi vida pensando en «todo lo que me da igual» que hace, dice o tiene Láhria Daughbeth Taylor*.

No me cree, tiene los ojos brillantes y está bastante cerca de entrar en pánico.

—¿Cómo puede darte igual?

—No significa nada porque estábamos dormidos, ninguno de los dos ha tomado la decisión de hacernos eso, ¿lo entiendes? Y jamás lo haríamos estando despiertos.

¿Verdad?

—Claro —corrobora hablando más flojo y un tanto inexpresiva.

La suelto y me yergo.

—Para mí esto no significa nada. Así que ahórrate lo de tirarte por donde sea. Darle importancia a esto sería de críos.

Esto último le arranca una mueca que pasa por su cara demasiado rápido como para analizarla, pero no lo suficiente como para que no sepa que la estoy cagando.

—En ese caso, gracias.

—No tienes por qué dármelas.

Me mira el cuerpo un instante y enseguida aparta la mirada hacia el lado opuesto de la habitación, luego cae en el reloj y maldice. *La cita*.

—No vas a tener tiempo de volver a casa de mi hermano antes de tu cita con Raylan, si quieres ducharte aquí puedes. Tengo dos baños —señalo el que no he usado yo, el que está en el extremo opuesto de la casa—. Puedo dejarte algo de ropa limpia.

—Una cosa es que vista con ropa holgada y otra que me ponga ropa tuya. Pareceré una niña con ropa de su padre.

No me pone nada esa referencia. No sería sano.

Y tampoco me la imagino con mi ropa. Joooder.

—No, es de una amiga. —No lo digo así para que se haga ideas equivocadas, pero se las hace.

—No quiero ponerme ropa de tus ligues.

—¿Por qué no?

—Porque yo no soy una de tus ligues —dice irritada.

Mucho mejor que en pánico.

—Es de Daisy —admito más contento de lo que debería cuando veo que se relaja—. A veces las niñas se quedan aquí a dormir y ella viene a ver una peli o a cenar y se queda frita en cualquier parte. Tenéis eso en común. A veces JL viene a buscarla. En fin, ¿la quieres o no?

13

Láhria



Mi sentido de la orientación no es muy brillante que digamos, así que a nadie debería sorprenderle cuando una vez duchada y vestida con lo más bonito que he llevado en años, salgo al pasillo en busca de Kían y me voy en dirección contraria. *Culpo a su decoración minimalista ultra-parecida*. Estoy a punto de dar media vuelta cuando un pequeño mueble me llama la atención por las formas geométricas raras que lo forman.

Parece una vitrina, pero no se ve nada a través, qué sinsentido.

Abro las pesadas y pequeñas puertas octogonales y se oye un chirrido. No es mío, claro, yo no emito sonido alguno porque en el instante en que veo el mar de recuerdos de las MacAlister, me quedo muda.

Hay fotos de cuando eran bebés, de cuando empezaron a gatear. Hay un lazo lila, un llavero hecho con cuentas muy dispares y también un chupete verde y roto. Hay varias cajas con ropita de bebé, otra con juguetes. Hay un sobre escrito en una letra casi ininteligible que pone «tito Kían», y en las fotos enganchadas a la otra puerta también sale él, sonriente de un modo funde-bragas-nivel-dios. Nunca le visto así. No creía que pudiera reflejar tanta alegría.

Le gustan los niños.

Las peques no son las únicas. También están Hileya, Bennet, Aquiles y Calíope, tanto de bebés como de adolescentes. Veo tantos recuerdos, a cada cual más adorable…

Le. Gustan. Los. Niños.

Hay flores que alguien ha tenido que plastificar para conservar durante años. *¿Quién ha podido ser ese alguien?* Quiero preguntárselo a Kían, pero lo cierto es que cuando vuelvo sobre mis pasos y le encuentro en el salón, cuando sus ojos se posan sobre mí, una ola de fuego me funde de pies a cabeza y me olvido de todo.

14

Kían-Lysander



Cuando digo que tengo un séquito de demonios en el hombro, lo digo por cosas como esta. Porque cuando he dejado el vestido azul con flores blancas frente a la puerta del baño, sabía que me estaba equivocando. Pero cuando veo a Láhria salir con él sé perfectamente dónde voy a pasarme la puta mañana.

Un montón de descaradas gotas caen de sus mechones de oro. Su piel, que ahora sé lo suave que es, nunca había estado tan expuesta y desprende una luz que casi te impide ver el puto vestido. Casi, pero no, porque sus curvas son… una perdición. *Esto es igual que llevar un pastel de chocolate a una reunión de diabéticos, con la diferencia de que el pastel lo traigo yo y el único asistente también soy yo.*

Gilipollas se nace.

—Sé que no soy Daisy, pero ¿tan mal me queda?

No soy ni capaz de recordar a Daisy llevando ese vestido, y eso que sé que era de sus favoritos cuando llegó aquí. *En ti parece nuevo.*

—Ni siquiera la ropa que traías ayer te quedaba mal, Aurora —digo lo más neutro que puedo antes de obligarme a apartar la vista y empezar a preparar el desayuno.

—Una mentira muy halagadora.

Tiene cojones la cosa.

—Te he dejado una de mis camisas blancas en el respaldo del sofá, por si tienes frío y quieres llevarla a modo de chaqueta. Cuando se nubla, las temperaturas bajan de manera considerable.

—Gracias. ¿Tienes secador?

—En el primer cajón a la derecha. —Su silencio me hace buscarla con la mirada—. Está aquí por Ayris, se resfría con mucha facilidad. ¿Qué? Tiene el pelo muy largo. No es por mí.

—Gracias, Lysander.

Sé que usa ese nombre para fastidiarme, pero esta vez suena íntimo. *Será por la sonrisa.* Llaman a la puerta en cuanto oigo el secador y dejo de fingir que sé lo que iba a hacer con esas dos tazas.

—¿Tú siendo madrugador? Ahora sí que lo he visto todo.

—¿Qué haces aquí, Raylan?

—Buenos días, teniente —hace el saludo oficial, el muy payaso—. Iba de camino al Café de las Sirenas para la cita con *mi Aurora*, pero me quería pasar por aquí antes para agradecerte tus labores de carabina.

—No es tu Aurora, ni siquiera la conoces.

—No hace falta, cuando me dijiste que quería salir conmigo, lo supe —se pone la mano en el pecho, pero escucha el secador y se le cambia la cara—. Uhhhh, veo que te

pillo liado. ¿Noche divertida?

—No, es Láhria, y antes de que preguntes no, no hemos hecho nada.

—Tranqui, sé que tú nunca rompes tu código de honor —me da dos golpes en el pecho y se autoinvita a entrar—. Qué suerte tengo de que la sacaras tú de ese coche. ¿Ha dormido aquí?

—Sí.

—¿Por qué? —roba una manzana de mi cocina y el cretino no puede estar más contento.

—Vino a hablarme de Alice y se quedó frita en el sofá. ¿Desde cuándo tengo que rendirte cuentas yo a ti? —Le quito la manzana.

—Dime, ¿este malhumor repentino que lleva contigo desde ayer es una de las primeras consecuencias de la sequía autoimpuesta de mujeres?

—No.

—Porque puedes tirar una moneda al aire y caerá sobre alguna mujer de Saltwater con la que te hayas acostado y quiera repetir.

—Comete la manzana, ¿quieres? —se la aplasto en la boca.

—¿Me recuerdas por qué nunca repites?

—H-hola, Raylan —dice Lay, con el pelo algo más seco que antes.

—*Hostia*.

—Muy elocuente —murmuro.

Intento no mirarla, pero me lo pone difícil. Está guapísima. No es que me importe.

—Perdona, Lay, me has dejado sin palabras. No estar en pánico te sienta genial.

—Gracias —se enrojece—, ¿me disculpas un segundo? Voy a por el móvil y el bolso.

Qué educada es cuando quiere. Saco la batidora, un montón de recipientes y más cuchillos de los que necesito.

—Claro, aquí estaré —dice Raylan con voz de idiota.

Ella desaparece y el segundo mejor en el camión setenta y uno empieza a hacer gestos raros.

—Deja de bailar. Me estás dando grima —abro el cajón de los cubiertos con demasiada fuerza y saltan algunas cucharas.

—Tío, ¿de verdad va a salir conmigo?

—Eso ha dicho, ¿no? —recojo las caídas y las suelto en el fregadero.

—¿Tan mal os lleváis para que a pesar de que fuiste tú el que la salvó quiera salir conmigo?

—No lo sabe, ¿vale? Y quiero que siga así. Además, nosotros somos familia.

—¿No fuiste tú el que le dejó claro que no lo erais?

—Tú la clase de «a caballo regalado no le mires el diente» te la saltaste, ¿verdad?

—Tienes razón —se carcajea, nervioso y emocionado—. ¿Quién sabe? Si la cosa va bien puede que esta tarde vaya a trabajar mucho más aliviado, ya me entiendes.

Lo estampo contra la pared y se le corta la risa.

—No es ese tipo de mujer, ¿de acuerdo?

—Eh, que no voy a obligarla a nada que no quiera. Ni que no me conocieras. ¿A ti qué te pasa?

Le suelto. *Sí, ¿a mí qué me pasa?*

Le pido perdón y en cuanto Lay aparece, Raylan vuelve a enfundarse en esa actitud estoica, falsa y “sexy” según él, que pone con todas las mujeres con las que sale.

Solo permito esto porque es un buen tío, porque me da igual y porque Láhria me lo pidió. ¿Quién soy yo para juzgar sus decisiones? ¿O maldecirlas?

Raylan echa a andar primero y Lay se queda en la puerta, dudosa, impidiéndome cerrarla cuando es lo único que quiero hacer. Luego se gira, me mira, se alza sobre sus talones y me da un beso en la mejilla.

—Gracias por el vestido, el secador y... por *todo,* Kían. —Cierra la puerta tras de sí y desaparece.

Me quedo mirando el hueco que ocupaba su cuerpo mucho después de que se haya ido.

15

Láhria



Al llegar a la cafetería, Raylan me abre la puerta y me invita a pasar. Se me hace raro, nadie lo hace nunca. Mientras él pide los batidos en la zona de la barra, *(algo a lo que tampoco estoy acostumbrada, ¿es por esto por lo que se tienen citas?),* veo que tengo mensajes de algunos pacientes. Algunos son buenas noticias, otros muy malas. Se me cierra el estómago y se me quitan las ganas de sonreír al leer el de Rosalie. *Debería estar allí, cumpliendo con mi obligación.* Me convenzo de que puedo ayudar a Alice, que no estoy aquí solo por mí.

Que huir traerá algo bueno consigo.

Entonces llego a los de la más loca.

Mensaje de Cleo (la única, la irrepetible)

23:13 Dios mío vas a pasar la noche en casa de Kían MacAlister.

23:13 !!!!!!!!

23:29 Mientras me hago la loca, ¿puedo sugerir que uséis protección?

23:33 Mañana tienes que contármelo TODO.

23:45 Fijo que folla como un dios, con esa pintas de puma rabioso que tiene.

23:46 Bombero nada menos.

00:00 Vale, me rindo, tenemos que vernos EN CUANTO SALGAS DE ALLÍ. Me da igual si son las tres de la mañana o las cinco, llámame.

00:10 Quéeeeeeeee fuerte es todo esto, estoy saltando de emoción, ¿sabes? ¡Así de fuerte es esto!

00:11 Kían va a conseguir en un día lo que tus ex no consiguieron en semanas y semanas #ElQueValeVale.

00:12 Que emoción, a esto lo llamo yo una llegada a Saltwater por todo lo alto.

Mi cabeza vuelve a esta mañana, al escalofrío de placer intenso y sofocante que me ha despertado en mitad del violento orgasmo cuyo fantasma todavía zumba por mi cuerpo.

Sí, justo al momento en que he abierto los ojos y me he dado cuenta de que no era su cuerpo el que estaba dándome placer, sino el mío, que estaba sola en su cama y que estaba en bragas. *Una pensaría que en la escalera del patetismo, existe un límite, pero oye, que no dejo de encontrarle plantas a este sótano.*

Después de despertarle con mis ruiditos y de obligarle a salir de su propia cama horrorizado, Kían ha dicho «darle importancia a esto sería de críos». Pues soy una súper cría porque le estoy dando importancia. Así que fíjate, tengo el humor perfecto para la cita de mis sueños.

Nunca mejor dicho.

—Un café largo con nata, caramelo, dulce de leche y más cosas que no me acuerdo

espolvoreadas por encima y trocitos de otra cosa mezclados con la nata.

Me arranca una carcajada. Raylan deja los batidos sobre la mesa cofre-del-tesoro y ocupa el asiento de cristal con forma de sirena cuya cola se curva formando los reposabrazos. Todo en esta cafetería es de mármol y cristal iridiscente cuyos colores cambian con la luz, igual que las escamas de un pez bajo el agua. Las lámparas suspendidas como burbujas dan el aspecto de estar flotando en el aire mientras iluminan la estancia con un suave resplandor turquesa. *No es el Ancla, pero también me gusta.*

—Entonces, dime, Lay. ¿Cómo es posible que un cerebro como tú, con una sonrisa como esa, esté soltera?

Pienso en el peluche que guardo en el bolso. *No te creas, granujilla, me haría falta otro para mí también.*

—Podría preguntarte lo mismo a ti, Raylan.

—Yo estuve casado, pero no funcionó. Me divorcié hace un año.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Mi ex se parece un poco a ti, en realidad. Tenéis la misma edad, las dos sois rubias y de estatura similar.

—Qué casualidad.

—Se llamaba Dhorothy, en el nombre no coincidís. Aunque mejor si no hablamos de mi ex, ¿no te parece? Va, cuéntame de ti, ¿fuiste muy alocada en la universidad?

—No, solo salí con dos chicos y lo cierto es que no duró mucho.

Sean y Hector. Correctos, puntuales, madrugadores y bastante listos. Hector organizaba la ropa en su armario por colores y Sean tenía todos sus libros por orden alfabético.

A día de hoy sigo sin saber por qué no despertaban esa necesidad abrumadora de quitarles la ropa con los dientes. *Esas cosquillas, ese fuego*. Hector aguantó más que Sean, todo hay que decirlo. Tenía muchas esperanzas puestas en que el sexo sería tan genial que compensaría la espera.

Pero nunca pude. Cada vez que pensaba en hacerlo con alguien sentía que eran deberes, pero sin la diversión. *No pongas esa cara, el porcentaje de mujeres universitarias que alcanzan el orgasmo en comparación con los hombres que llegan es de chiste.*

A partir de entonces, si alguien me pedía salir, decía que no. Odio hacer daño a la gente y odio que se enfaden conmigo. *¿Qué veinteañera no quiere sexo, a ver? El problema era mío.*

Cleo aseguraba que era un bloqueo mental por la presión de la universidad, ya que en el instituto sí hubo algunos besos robados por los que nos pasamos la noche hablando y riendo. Pero desde los dieciocho me he centrado en decidir qué clase de profesional quiero ser, así que en mi cabeza no suele haber espacio para nada más.

Lo he dado todo y aun así no ha servido de nada. Debería estar disfrutando de la carrera de mis sueños, no huyendo de ella. Que maldito desastre.

—Ufff —Raylan tiene la cabeza ladeada y parece que lleva un rato mirándome así, como compadeciéndose de mí—. ¿Te estoy trayendo malos recuerdos a la memoria? Qué desastre, Lay, perdona. Soy un novato en el mundo de los divorciados.

—Tranquilo.

—No, encima que Kían me consigue una cita contigo —chista la lengua—. Me siento

fatal, deberías haberte quedado con él.

—Es mejor que no, somos más de discutir que de hablar.

—Es su manera de demostrar aprecio. Sus gruñidos suelen venir acompañados de buenas acciones. ¿Cuando ve que estás triste y no se inmuta, ni dice ni una palabra? Entonces la has cagado bien con él. Es del tipo de tío de «o todo o nada» y también la mejor persona que conozco.

Durante el resto de la cita el nombre de Dhorothy aparece siete veces más, pero no pienso en eso, ni en Raylan, ni en la cita ni una sola vez de camino a ver a Cleo. *Kían no quiere que le dé importancia a lo ocurrido, ¿pero cómo narices no voy a dársela si es la primera vez que siento esa clase de…?*

—Vaya, vaya, pero mira qué ha traído la marea, si es la seductora de bomberos —Una profesora de mates me salta a la cara de repente—. ¿Una noche con él y ya te ha desmontado hasta el armario? Tienes mucho que contarme.

—Siento no haberme presentado ayer, Cleo. —Abrazo a mi mejor amiga y luego dejo que me guíe hasta su asiento en la terraza del bar cercano al cole de las niñas—. ¿Has llegado hace mucho?

—Hace siglos, me he comido ya una galleta del tamaño de mi cara. Prométeme que harás yoga conmigo, prométeme que me pondrás en forma y que no dejarás que arruine el día de mi boda.

—Te lo prometo. ¿Has entrado a dar tu currículum?

—Sí, les ha impresionado, pero no pueden prometerme nada. Josh dice que me tome vacaciones, que con todo lo que he ahorrado en mi vida me lo merezco. —Es profe sustituta y quería aprovechar su estancia aquí para suplir un hueco si es posible. *Más pasta, significa más flores para la boda*—. Pero no vamos a hablar de mis problemas para encontrar plaza, vamos a hablar de lo ocupada que estabas ayer como para contestar mis mensajes.

Saco a miedo y ella me enseña todo lo que compró ayer. Aunque odie mentirle, no puedo contarle la razón real por la que me senté en su sofá y me negué a marcharme, así que digo que era para conseguir la cita con Raylan, que el cansancio pudo conmigo y me quedé frita.

—¿Y dormisteis en la misma cama?

—Sí. Oye, Cleo, ¿cómo has tenido tantas buenas ideas juntas y tan buen gusto a la hora de comprar? Esto va a quedar genial. —Saco el móvil—. Sonríe, foto para Daisy.

—Estás muy guapa esta mañana, ¿sabes? ¿Cómo se llama el maquillaje que llevas? ¿Pésima escarlata esquiva?

—No llevo maquillaje. Pásame más pegamento de pestañas.

Tras fijarlas, enganchamos más brillantes de colores por todas partes. Miedo empieza a parecer una bola de discoteca con ojazos monísima.

—El tío Sawyer estará muy orgulloso de esto, está quedando increíble.

—Sabía que habías pedido ayuda.

—No sé en qué te basas —se hace la inocente.

—En nuestros desastrosos y terribles experimentos de carnaval, Halloween y fiestas de cumpleaños desde que nacimos hasta la actualidad.

Se carcajea y yo también.

Mensaje de Paciente nº 7 (Hans)
[Foto]

10:43 Perdona las molestias, Lay, ¿pero recuerdas el orden de mis pastillas?
10:44 A esta edad, es difícil acordarse de todo.

Mensaje de Paciente nº289 (Alina)
10:33 Cariño, mira, las vistas al mar que de las que siempre te hablaba
10:45 Puedo verlas gracias a tus cuidados. Eres estupenda.

—Tienes que dejar de darles tu número a los pacientes, te he dicho mil veces que eso no es sano. —Me quita el móvil, pero me ha dado tiempo a contestar.

—Sabes que no puedo desvincularme sin más.

—Pero tienes que aprender a hacerlo, empieza poco a poco. —Lo deja encima de la mesa, aplastándolo con su índice para que no lo toque.

Lo cojo.

—No, gracias.

—¡Láhria Daughbeth Taylor, no puedes cargar con todo ese peso sobre tus hombros, acabarás hundiéndote en el fango! —Carraspea—. Entonces, ¿viste a Kían desnudo?

—La gente no suele dormir desnuda cuando tiene un intruso en casa. Aunque ahora que lo dices, sí que me abrió sin camiseta.

—¡¿Cóoooomo?!

—Y le gusta pasearse en toalla después de la ducha. *—Y cogerme y subirme a su hombro, y aprisionarme contra la pared con todos esos músculos y esa mirada peligrosa.*

Dios, qué sofoco. Doy un buen trago a mi té helado.

—¡Te estás poniendo roja como un tomate! —Se muere de risa y empieza a hacer ruidos raros y agudos por los que nos miran—. Aunque puedo imaginarme por qué. Tiene pinta de que Kían no va al gimnasio, más bien el gimnasio va a Kían a rezar por tips de entrenamiento.

—Shhhh, baja la voz —me abanico—. ¿Por qué siempre tenemos que llamar la atención allá donde vayamos?

—Porque nos divertimos como nadie. Ahora en serio, ¿cómo fue la noche con Kían?

—Dormimos, nada más.

—Ya, ¿pero hubo cercanía de algún tipo? ¿Sentiste algo más que rabia por él? Detalles, Lay, quiero detalles o moriré. De hecho, ya me estoy asfixiando, ¿ves? Me falta el aire, solo me quedan unos segundos para…

—Es bombero, Cleo, ¿qué quieres que te diga? Sí, tiene un cuerpo como para correrse en el sitio, ¿contenta? Ya lo he dicho.

Hay pocas cosas en el mundo que puedan arrebatarme mi mueca seria, si me lo propongo, pero las carcajadas contagiosas de Cleo me ganan el pulso cada vez.

Entonces ocurre, mi móvil vibra con malas noticias.

Dicen que los novatos se llevan todos los palos al principio, que es la manera que tiene la vida de enseñarte en qué clase de juego estás metido. Todavía no he colgado a Daisy, cuando corro entre los pasillos repletos de mochilas coloridas y diminutas.

Una pelea en clase, unas niñas han arremetido contra una amiga de Alice y ella… Abro la puerta del despacho de la directora del colegio y encuentro a la MacAlister sentada en una silla.

—Yo me encargo —tranquilizo a la mujer con cara de haber visto un fantasma.

—¿Lay? —pregunta Alice alzando la mano hacia delante porque está claro que no ve.

Las emociones me suben de golpe y tengo que morderme la lengua con fuerza para

que no puedan conmigo. Miro su reloj de pulsera que contabiliza sus constantes e indica que ya lleva dos minutos y medio así.

—Estoy aquí, tesoro.

—Tengo miedo, ¿me das la mano?

—Ten —le coloco el peluche en una y le cojo bien fuerte la otra—. Perdona la tardanza, es que estoy con los ojos cerrados.

—¿Por qué? —oigo las lágrimas en su voz.

—Porque estamos juntas en esto. A ver, ¿qué nos dice el miedo ahora? —pregunto mientras oigo su pulsera vibrando en alerta.

Ya, ya, cállate, no me pongas más nerviosa.

—Que perder la vista sería muy triste. No quiero perderla. Quiero poder ver, Lay.

—No, tesoro, no nos dice eso —coloco la mano libre en su pecho y su pequeño corazón golpea con fuerza bruta contra mi palma—. El miedo solo se está preocupando por tu corazón, que bombea demasiado rápido, ¿ves? Anula la vista para que le hagas caso, porque si no, no le escuchamos.

—Vale, le hago caso, le escucho —me aprieta la mano—, ¿puedes pedirle que me la devuelva? No quiero que Ayris y Bonnie lloren, y me han visto salir de clase.

—Alice, respira profundamente y escúchame bien. Tengo veintiséis años, he sido enfermera durante cinco y he conocido a cientos, sino a miles de personas, y puedo asegurarte que tú eres la más valiente de todas.

—¿Yo? —abro los ojos para verla alzando las cejas, con las mejillas empapadas.

—En una situación incómoda como esta, te pones a pensar en tus hermanas. ¿Sabes el poder que tiene este inmenso corazón tuyo? Si alguien puede calmarlo, eres tú. Y todos te vemos capaces de hacerlo.

—Puedo, puedo, puedo —respira fuerte, abriendo mucho las fosas nasales una y otra vez.

Sigo hablando con ella y en cuatro minutos y cincuenta y siete segundos, Alice recupera la vista. El episodio más corto hasta la fecha. Salta a mis brazos en cuanto me ve y para entonces yo ya he vuelto a cerrar los míos.

—Me he asustado mucho.

—Has calmado a tu corazón, campeona. Sabía que podrías hacerlo. Lo sabía.

Alice asegura querer volver a clase y me hincho de orgullo, sobre todo porque la directora le ha ofrecido irse a casa cual suculento pastel de fresas. Le pregunto si quiere esperar a sus padres y también dice que no, que si enviamos el mensaje de «falsa alarma» no les preocuparemos y así podrán seguir trabajando. Pero, sin duda, mi momento estelar es cuando llega el momento de darme el peluche del miedo y no duda. *No lo necesita.*

Salgo del pasillo de dirección hecha un manojo de emociones, algunas buenas, otras no tanto. La imagen de Alice, en esa silla, alzando los brazos para encontrarme no se me a borrar en la vida. Espero toparme con Cleo y los padres preocupados de Alice, pero al primero que me encuentro es a él.

—¿Cómo está?

—Está bien, solo ha sido un susto. —Se me llenan los ojos de lágrimas y me tiembla el labio—. ¿Y Daisy?

—Está con JL fuera, han recibido tu mensaje. ¿De verdad ha vuelto a clase?

—Sí, ha querido hacerlo. Esta vez ha durado menos, solo cinco minutos. ¿Se puede

considerar un logro o me estoy engañando?

Kían me atrae hacia su pecho y me abraza con fuerza. Es extraño lo perfecto que es, como si en sus brazos hubiera un hueco con la forma de mi cuerpo, como si ese hueco solo pudiera ser mío.

—No te estás engañando, Láhria. Lo estás haciendo muy bien.

—¿De verdad lo crees?

—Acabas de empezar con ella y ya estás consiguiendo resultados. Eres la primera que logra abrirse paso a través de la hipersensibilidad de Alice. No te rindas.

Deposita un beso en mi pelo y durante unos segundos, nos quedamos ahí en mitad de un pasillo vacío.

Todavía estoy con él cuando el monstruo del pasado agarra mi tobillo y tira de mí de nuevo al infierno.

Mensaje de Mirah

11:13 Evité que se corriera la voz de tu grave error, ni sé por qué.

11:13 Si no quieres quedarte sin trabajo el resto de tu vida, más te vale volver cagando leches y empezar a suplicar.

11:14 Si en el turno de tarde no estás aquí, yo misma me encargaré de que te arrepientas.

16

Kían-Lysander



Que alguien me arranque la piel a tiras. Dolerá menos.

—¿De verdad ha querido volver a clase? —pregunta John-Luke, sudando, apoyado en el respaldo de un banco en la calle para no caerse al suelo.

Sus hijas son su única debilidad, aparte de su mujer.

—Ella sola, sí —dice Lay.

—Es un proceso, Luke, no se va a arreglar de la noche a la mañana —le asegura Daisy con todo el cariño que pueden cargar unas palabras.

Lleva hecha un mar de lágrimas que resulta difícil de mirar.

—Ya, pero podríamos llevarle el peluche de Miedo, ¿no? Para que tenga algo que la tranquilice.

—Me da que tú lo necesitas más que Alice, hermano —le doy unos golpes en el hombro.

—Creo que habéis hecho muy bien en no entrar ahí —interviene Cleo—. A diario veo niños que se caen, se hacen daño, pero se levantan y siguen jugando. La cosa cambia mucho si están los padres delante, lloran y piden mimos.

—¿Y si lo celebráramos?

—Daze, ¿qué...?

—Piénsalo, mi amor, lo que ha pasado hoy ha sido algo bueno —sorbe sus emociones como puede y se acerca a su marido—, es el principio de un cambio.

Entrelazan las manos y puedo ver cómo el peso con el que cargan se alivia. No me imagino lo que es tener algo así. *En otra vida, me prometo no perder el tiempo.*

Llego al trabajo bien entrada la tarde, después de darle la sorpresa a Alice, y me encuentro con Raylan, que en cuanto me ve la cara me pregunta por ella.

—Está bien, pero no quiero hablar del tema.

—Entonces te encantará saber que mi cita con Láhria ha ido de cine.

—Para nada.

—Podrías ayudarme a pensar dónde la llevo para la siguiente, acertaste con el Café de las Sirenas, no paraba de mirarlo todo. Oye, ¿qué haces con eso? —baja la vista, mirando lo que sujeto—. Le dijiste a Cameron que no se lo dejarías ni en un millón de años. Que tenía un *gran* valor personal.

—Cállate, ¿quieres?

—Eres un blando.

—Cameron —le grito al pasar junto a la sala de descanso y en cuanto se gira le lanzo el que fue una extensión de mi brazo en el instituto, el motivo por el que retrasé comprarme una moto: el bate de mis sueños—. Si tu hijo me lo rompe...

—No lo hará, teniente, ¡gracias! ¡Muchas gracias!

Al llegar al vestuario me quito la camiseta y pienso en Lay. En cómo lloraba, en lo pequeña que se ha vuelto en mis brazos y en su puto móvil. *¿Quién narices no deja de llamarla? Como alguien la esté acosando… ¿Y si es eso? ¿Y si alguien la acosa?*

El cabreo me hace pensar en la conversación que he tenido con Alice, mientras su hermana mayor cortaba la tarta.

«—¿Puedo? —empieza a toquetearme la cara con ambas manos y me arranca una carcajada.

—¿Qué haces?

—Si acabo quedándome ciega, quiero ser capaz de seguir viéndote, tito. Me gusta mucho tu sonrisa».

Cierro la taquilla demasiado fuerte. *Puta mierda. Con toda la gente mala que hay en el mundo ¿y esa niña tiene que ser la que sufra?*

—Eh, Sr Furia —dice Raylan—, deja ya de pensar en Alice. Estará bien.

—Sí, supongo. ¿Has aclarado ya con Dhorothy quién se quedará con Dune y Star Wars?

—No, cada conversación que tengo con ella es peor. Gracias por quedarte a la cría, por cierto, otra pomerania habría supuesto más discusiones y eso es lo único en lo que mi ex y yo estamos de acuerdo.

—Se llama Ck y ahora es parte de mi desobediente familia.

—Me alegra oírlo. ¿Por qué es desobediente?

—Porque para ella no te mees aquí significa, «por favor, úsalo como tu baño personal».

Salimos, ya cambiados y nos cruzamos de cara con el jefe.

—Teniente, ¿unas palabras? —pasa de largo.

—Claro, jefe.

—Ufff, menudo cabreo lleva —dice Raylan bajando la voz—, ¿qué coño has hecho?

—Nada que yo sepa. —Sigo a Hayden hasta su despacho.

—Cierra la puerta y siéntate.

Obedezco y espero mientras me estudia con una mirada juiciosa que llevo años aprendiendo a interpretar. *Se me sigue dando como el culo.*

—¿Qué pasó en el turno de ayer con Winifred? Vino a verme muy cabreada quejándose de ti.

—¿Está de broma? Jefe, estaba tratando sin miramientos a una civil que se había dado un buen golpe en la cabeza. Solo le pedí que tuviera más cuidado. No se preocupa de las víctimas como debería.

—Pues no es lo que dice ella. Asegura que la menospreciaste y que pusiste en duda sus capacidades como paramédica.

—No fue lo que pasó.

—Deberías haber sido más detallado en el informe de final de turno que me enviaste.

—No quería dejarla en mal lugar, somos compañeros y no es así como trabajo.

Sus ojos desprenden admiración, pero también un acojonante todavía-hay-más.

—¿Había alguien más delante durante la discusión, teniente?

—Jane y Raylan estaban al otro lado de la ambulancia, no pudieron escucharnos.

—Pues es un problema. Winifred ha puesto una queja y va a escalarla a Recursos Humanos.

—Hablaré con ella.

—No, no lo harás.

—Jefe.

—Escúchame bien, Kían. Sé la clase de bombero que eres, te conozco de dentro a fuera y puedo hacerme una idea de lo que le dijiste y no dijiste a Winifred. Pero los de Recursos Humanos no. Ellos reciben casos de tratos injustos de bomberas cuyos jefes pasan la raya o las infravaloran porque por desgracia el machismo de mierda todavía está muy presente en muchos ámbitos de nuestra sociedad.

—Yo nunca…

—Ya lo sé —interrumpe con las fosas dilatadas por el enfado—. Quédate al margen, no hables con Winifred y déjame lidiar en esto. ¿Estamos?

Salgo de su despacho sintiéndome como un animal enjaulado y dolido, pero el aviso suena por megafonía y salgo corriendo.

«Camión setenta y uno, brigada diez, ambulancia cuarenta y siete. Vivienda en llamas en Avenue White Star. Posibles víctimas en el segundo y tercer piso».

—Tina.

—Aquí estoy, teniente. —Se sube tras el volante y nos largamos con la sirena puesta.

El humo se ve a tres calles. Somos los primeros en llegar. Un niño se suelta de los brazos de una mujer mayor y llega hasta nosotros corriendo.

—¡Es mi casa! Mis hermanas y mi madre todavía están dentro, ¡tenéis que salvarlas! Yo estaba en el ático, he podido salir bajando por un árbol, ¡pero tenéis que ayudarlas! Yo puedo entrar con vosotros.

—Avery, que no se meta en la casa —le ordeno—. Cameron, la manguera. Tina, Raylan, conmigo.

—Teniente MacAlister —la bombera al mando de la brigada diez, Dayan Keiser, baja del camión de un salto—. Central acaba de informarnos, durante la llamada la adolescente ha hablado de químicos inflamables. No es recomendable usar las mangueras si no sabemos a qué nos enfrentamos. La brigada se encarga del segundo piso y el ático, ¿bien?

—Perfecto, el setenta y uno de la primera planta y el sótano. Cameron, ponte la máscara, te vienes con nosotros.

—¡Brigada, conmigo!

En cuanto la ambulancia llega, Avery nos sigue dentro de la boca del dragón. Las llamas no se limitan a consumir, se retuercen, se expanden con violencia mordiendo todo a su paso, disfrutando de devorar un hogar que una vez tuvo vida.

—El humo es negro, tenéis tres minutos —dice Hayden a través de las radios, él está fuera, guiándonos, protegiéndonos.

Tres minutos. Pues va a tener que ser rápido.

—Bomberos, ¿hay alguien? —Es lo único que se oye por encima de las llamas.

Abrimos las habitaciones una a una, pero ni rastro de la familia. El fuego ruge como una bestia viva.

—¡Bomberos, ¿hay alguien?! —grito.

—Teniente, ¡el sótano! —Raylan me pone una mano en el hombro y señala una puerta más robusta y abierta.

—Cameron, limpiad toda la planta, Raylan y yo bajamos al sótano.

—¡Eso está hecho, teniente!

Cruzo la puerta y un puñado de escalones después veo el fuego amarillo. Y una

adolescente sin sentido junto a lo que parece un experimento de ciencias demasiado profesional.

—Dos minutos —nos recuerda Hayden.

El calor es sofocante al llegar abajo. Hay una ventana, pero es un muy pequeña como para que la saquemos por ahí, además tiene rejas y tardaríamos mucho en reventarlas. Nos acercamos a la víctima y compruebo que respira.

—¿Puedes oírme? —*No responde.*

—¿De qué cojones está hecha esta mesa, de acero? —pregunta Raylan, sin poder apartarla de encima del pie de la chica.

—MacAlister, informa.

—Jefe, Raylan y yo tenemos una víctima en el sótano, pero el fuego que hay aquí es amarillo. Es posible que sea sodio. Jefe, que nadie traiga agua aquí abajo.

—MacAlister, tenéis poco tiempo. Haced lo que podáis.

—Teniente —Raylan señala una de las tuberías expuestas del sótano, de la que está goteando agua.

Mierda, no. Intento levantar la mesa, pero tampoco puedo. Vamos a tener que hacerlo juntos y rezar porque sea suficiente. La víctima se despierta y tose entre gritos, entrando en pánico.

—Tranquila, vamos a sacarte de aquí. ¿Cómo te llamas?

—Mary. ¡Me duele mucho el pie!

—Es normal, Mary, lo tienes atascado bajo la mesa. ¿De qué está hecha, de plomo?

—Una mezcla de metales —tose y solloza—. No puedo respirar. ¡Me duele mucho!

—Mary, yo soy Raylan y él es Kían, te vamos a sacar muy rápido, pero vas a tener que ser fuerte un poco más, ¿de acuerdo?

Joder, ojalá estuviera Jane aquí.

—Kían —alerta Raylan, pero le ignoro, hago una última inhalación profunda y le pongo mi máscara a la víctima.

—Vamos a levantar la mesa, tienes que arrastrarte lejos de ella con los brazos, ¿puedes hacerlo, Mary? —pregunto—. Va a doler mucho, pero es la única manera.

—Creo que sí.

Creo no me sirve.

—Mary necesito que entiendas que si no sacas el pie del todo tendremos que soltarte la mesa encima de nuevo —insisto—. Tienes que sacarlo pase lo que pase, ¿de acuerdo? Por mucho que duela.

Asiente horrorizada.

Sin puta morfina, ni nada, y nosotros sin herramientas. Me cago en mi vida, pobre chica. Con un solo movimiento de cabeza Raylan se coloca junto al otro extremo de la mesa.

—Se acabó el tiempo, ¡todos fuera, ya! —ordena Hayden a través de las radios.

Ni siquiera contamos a la de tres. Con un gruñido conseguimos levantarla, pero pesa tanto que casi parece estar pegada al puto suelo. Puedo imaginar cómo le habrá dejado el pie. Mary se arrastra retorciéndose, gritando en sollozos.

—¿Estás fuera, Mary? ¿Mary? ¿Has sacado ya el pie?

—¡Duele muchísimo! ¡Por favor, haz que pare! ¡Por favor!

La llamamos, pero no nos escucha. Intercambio una mirada con Raylan, ninguno de los dos podemos ver bajo la mesa, a un lado tenemos la pared y al otro a Mary. El agua

de la tubería cae con más frecuencia a medida que empieza a vibrar por la presión, lo que hace que el fuego a nuestro alrededor se avive. *Si llega a la escalera de madera, se acabó, estamos muertos*. Durante una fracción de segundos los ojos de Láhria se aparecen ante mí.

—Suelta la mesa, Raylan.

Se me encoge el estómago. Lo hacemos a la vez. Solo entonces podemos comprobar que… Estaba fuera. *Dios, menos mal*.

Cojo a la víctima en brazos sin poder hacer nada por aliviar su sufrimiento. Veo a Raylan quitarse la máscara y acercarse a mí.

—¡Estoy bien, estoy bien! ¡Solo guíame! —llegamos a lo alto de la escalera. El humo que traspasa la puerta nos envuelve. Me quema la garganta con cada palabra, pero me quedo sin opciones—. Mary, resguárdate en mi chaqueta. —No responde. Sus gemidos de dolor apenas se escuchan sobre el rugido de las llamas—. ¡Raylan, espera!

Me echa un cable para taparla, y rezo porque el resto de su cuerpo aguante el infierno que vamos a cruzar.

—MacAlister, Demon, ¡he dicho fuera! *¡Ahora!*

—¡Ya vamos, jefe! ¡Kían tiene a una de las hijas!

Estamos en la sala de estar cuando nos hablan del problema con las tuberías que ya sabemos. Se nos acaba el tiempo. Nos encontramos una de las tuberías echando agua a presión en uno de los baños. *No, no, no. Un segundo, por favor*.

Mi ángel de la guarda se pone las pilas que no veas porque estamos ya en el jardín cuando el sótano se vuelve una bola de fuego.

—¡Jane! —grita la voz de Raylan por encima de la de Mary.

Los ojos me escuecen un huevo, se me ha quedado el humo y la sensación de niebla dentro, así que no veo con claridad dónde están. Distingo cuando se acerca con la camilla, Raylan me ayuda a dejarla mientras le cuenta lo sucedido. Suministran morfina a Mary lo primero de todo.

—No debería haberse quitado la máscara, teniente —dice Winifred—. ¿Sabe que ha puesto la vida de su compañero, Demon, en peligro? ¿Que podría haberse visto obligado a sacarlos a ambos? Podría haber causado la muerte de los tres.

—Si no llego a dársela no tendrías a quién curar, Winifred.

—Una imaginaría que dado su expediente sería más cuidadoso a la hora de poner a sus compañeros en peligro de…

Los gritos de la víctima cortan nuestra discusión mientras la brigada diez se encarga de extinguir el fuego con extintores de Clase D.

—Va a dejar de dolerte enseguida, Mary, cariño, te lo aseguro —dice Jane en tono dulce—. Winifred, dame otra dosis.

—Ya le has suministrado una, Jane. Es una adolescente.

—No te he hecho ninguna pregunta, te he dado una orden. Dámela.

Se la da y Jane la administra. Me doy cuenta de que hay más paramédicos cuando me sientan en una ambulancia y me echan un chorro de suero fisiológico en los ojos que alivia y escuece que no veas.

—¿Y tu máscara, Antorcha Humana? —pregunta Thom, del parque cuarenta y nueve —. ¿Sabes qué? Mejor no contestes.

—Tengo putas guindillas en los ojos. —*Y papel lija en los pulmones*.

—¿Y qué esperabas?

—¿Y la madre? ¿Y su hermana? —pregunto a mis compañeros antes de que me estampen la mascarilla de oxígeno en la cara.

¿Se me va a caer a cachos? Porque siento que sí.

—La charla para luego —dice Thom.

—Las dos vivas, ya las han llevado al Saltwater. La madre tenía su laboratorio de química en el segundo piso —dice Cameron.

—De tal palo tal astilla —dice Tina—. No veas con la adolescente.

—Por algo nunca me gustó esa materia —Raylan tiene un escalofrío, se sienta a mi lado y baja el tono—. ¿Estás bien? Me alegro, así puedes contarme por qué Hayden tenía cara de querer arrancarte la cabeza.

Muevo la cabeza hacia Winifred y dejo ahí el tema.

—Kían.

Le miro aunque me cuesta lo mío enfocarle.

—No vuelvas a quitarte la máscara, tío. No quiero tener que enterrar a mi hermano.

—Vale ya de cháchara, Raylan, vete a otra parte —Thom lo empuja lejos y yo pienso en todo lo que voy a perderme.

Esto. El trabajar codo con codo con los míos. Las graduaciones de Alice, Ayris y Bonnie. No voy a poder asustar a sus primeros novios. No voy a verlas dar el sí quiero, ni a Daisy hecha un mar de lágrimas. Tampoco la boda de N-Kale organizada por sus dos padres obsesionados con todo lo épico. Voy a fallar a JL y a Alex, a dejarles antes de lo que debería, como hizo nuestro padre.

Y nunca voy a tener lo que tanto he querido. Decidí vivir en una mentira y he malgastado mi vida en ella. Ojalá pudiera volver nueve años atrás y convencerme de no faltar a esa cena. Ojalá lo hubiera enfrentado todo.

Mamá, tenías razón, no sirvo para nada más que para desperdiciar espacio, tiempo y oportunidades.

—Vale, MacAlister —Thom me trae de vuelta y alza las manos en son de paz—. Sé lo chulitos y reacios que sois los bomberos a pasaros por el hospital, pero deberías.

—Estoy bien.

Vuelve a ponerme la máscara cuando hago el amago de quitármela.

—Joder, sí que tienes rojos los ojos. Tío, está mal que yo lo diga, pero deja que Raylan sea el que deje su máscara la próxima vez. Tú estás más bueno.

—¡Lo he oído! —dice Raylan.

Cuando aparco la moto al principio del sendero que da a mi casa es bien entrada la madrugada. El camino que lleva a mi casa es demasiado estrecho para que meta la moto sin arriesgarme a perderla, así que camino. Todavía no me he deshecho del todo de la tos, ni del ardor en la cara y los ojos, pero veo mejor.

Oigo el reconocido sonido de mis pasos sobre las pequeñas piedras y es lo único que rompe el silencio además de las olas de un mar oculto en las sombras. Apago la linterna del móvil, enciendo la luz de la entrada para poder meter la llave en la cerradura y al abrir la puerta de casa veo que Ck está esperándome en la entrada, sentada, expectante, sin ladrar, pero moviendo su diminuta cola.

—Hola, princesa. —La levanto y la acuno contra mi pecho.

Cojo una cerveza de la nevera y me dejo caer en el sofá, con la única iluminación de la entrada, que he olvidado apagar. *Como cada noche. Porque en realidad no la he olvidado, ¿no? En realidad, solo es una muestra más de lo roto que estoy.* Ck me besa la

mejilla y duele un puto huevo, así que grito.

—Perdona, no es culpa tuya. En un par de días estoy nuevo —le acaricio con la mano para que deje allí todos sus besos y me pregunto qué he hecho para merecer que me quiera así—. Deberías empezar a elegir ya nuevo dueño, Ck. Como ya sabes, la ausencia de Newton y Rocky —que fueron los últimos en partir al cielo de los perros, hace ya un año—, ha dejado un vacío en la mansión MacAlister. Tú podrías animarlos un poco, aunque igual te pierdes en un sitio tan grande. ¿Te gustaría vivir con Alice y sus hermanas? ¿Con Daisy entonces? ¿John-Luke? —Nada, ni un ladrido, ni nada—. ¿Qué hay de Keylah? —Ladea la cabeza hacia la ropa doblada de Lay.

Joder.

17

Láhria



Nos juramos dormir como es debido, dar ejemplo a las peques (las cuales se han enganchado a las piernas de John-Luke con tal de impedir irse a dormir). Pero en vez de eso, hacemos una fiesta de pijamas y videollamamos a Josh.

—No quiero estropearos la fiesta —dice comodón desde su cama, con pelo repeinado y su permanente sonrisa melosa de me-ha-tocado-la-lotería-Wilson.

—No lo haces para nada, ¿verdad, Lay?

—Verdad —digo antes de comerme un regaliz enterito—. ¿Qué tal el trabajo, Josh?

—Pfff, a veces tengo la impresión de que la gente nunca cierra la boca.

Cleo se carcajea.

—Socorro —gruño.

—Hay tanta gente que llora en mi silla que he pensado quitarla —insiste.

—Cleo, haz que pare.

No puede, la muy descerebrada se está partiendo de risa. *Está drogada de amor, no se lo tengas en cuenta.*

—Para, háblame en serio —le dice a su amorcito el ortodoncista—. ¿Qué haremos si me cogen aquí? No podré volar a verte cada vez que Lay se harte de mí.

Porque ella sí pilla tajada de la piloto de la familia.

—Yo nunca me harto de ti, Cleo. Además, solo sería una sustitución de unas semanas, no es como si fueras a mudarte a Saltwater —digo y los dos me lanzan una mirada asesina—. Ya, lo pillo, soy una insensible y no sé lo que es estar enamorada. Disculpad, unas semanas es un mogollonazo de tiempo, uhhhhh.

Josh, que es súper generoso, nos obliga a colgar para no robarnos tiempo de BFF de calidad. *Tan majo. No le odio, ¿eh? Le quiero. Es solo que nadie en esta vida será lo bastante bueno para Cleo. Así que "acepto" a Josh y "quiero" a Josh. Más o menos. Digamos que estará a prueba los próximos cincuenta años, luego igual me relajo.*

En cuanto cuelga, Cleo quita esa cara de gatito abandonado y se atraca a chuches. *Sí, estamos hablando de la boda y sí, eso sigue poniéndole nerviosa y hambrienta.*

—¿Estás segura de que quieres esperar a que Alice se cure?

—¿Bromeas? Tengo plena fe en ti, lo vas a conseguir. Además, no va a ser una despedida de soltera de una tarde en un bar cualquiera, de una ciudad cualquiera. Va a ser un fin de semana épico en Mountville, ¡y quiero que venga todo el mundo! —extiende los brazos y se deja caer en la cama en la que yo ya estoy sentada y rodeada de gominolas.

—¿Todo el mundo? —meto las que se han caído de los boles de vuelta a su lugar.

—Bueno, contigo me basta. Ehhh, ¿por qué las últimas búsquedas de tu móvil son sobre desmayos? Lay, ¿estás trabajando desde aquí?

—No fisgues, solo es curiosidad científica. —Se lo quito—. Volviendo a la fiesta, ¿qué hay de tus amigas de la uni?

—Tú eres mi número uno, Taylor. El resto suman, pero su ausencia no resta. Tu ausencia se cargaría la fiesta entera.

Suspiro.

A veces creo que el amor de mi vida es Cleo.

Es la hermana que nunca he tenido. Si le pasa algo me muero y si no la veo en más de un mes también. Creo que entra de calle en la categoría de amor para siempre, ¿no?

—¿Te has emocionado por mis cursiladas?

—Un poquito —admito porque con ella sigo vistiendo de rosa y solo tengo diez años, con ella mis problemas son si su madre la dejará o no venir a jugar a la piscina—. Nina ha hecho algo, ¿sabes? Unos vestidos, pero son sorpresa.

—No mientas, no ha sido Nina. —Se toquetea sus pendientes anti-estrés de perla de luna con forma de estrella, regalo de Ridelmunt.

—Me ha ayudado tanto que el mérito es más que compartido. Te quiere mucho, ¿sabes?

—¿Qué clase de vestidos, Lay? —se incorpora.

—¿Entiendes el significado de la palabra «sorpresa»?

—Nop. ¿Entiendes que no voy a dejarte pegar ojo hasta que lo sueltes?

Me levanto y voy hasta el armario, rebusco entre mis cosas y saco una foto. Y se la doy.

—¿Son…?

—Sí.

—¿Nuestros últimos maillots de gimnasia artística?

—¿Y…?

—Nuestros vestidos de fin de curso del instituto.

—¿Mezclados con un poco de…?

—Los de la fiesta de graduación universitaria.

—Exacto. —*Nuestra vida juntas impresa en tela*—. Amy nos echó una mano, por eso es tan atrevido, guarrindongo y sexy. ¿Te gusta?

Se le mueven los hombros, empieza a sollozar antes de placarme en un abrazo sentido.

—No voy a poder ponérmelo, es precioso.

—Entonces se lo daremos a Josh, que se lo ponga él. Fiesta doble.

—Láhria Daughbeth Taylor, eres… no tengo palabras.

—Menos mal, pensaba que esto iba a ponerse melodramático.

Me da un manotazo, se ríe y llora, y me contagia del popurrí de emociones. *Puedo hacerme una idea clara de cómo va a ser el día de su boda.* Al final no nos dormimos, sino que nos quedamos fritas por puro agotamiento de tanto hablar, que es diferente.

Al levantarme, no la encuentro por ningún lado. Como cada día, me lavo la cara, hago mis estiramientos de yoga, me doy una ducha rápida y voy en busca del desayuno. En ese orden. *Siempre* en ese orden.

Me encuentro a mi tío y da un bote en el sitio por poco perdiendo su café.

—Guau, no me voy a tomar eso como un insulto, pero un poco sí.

—Mi cabeza ya estaba en el laboratorio, perdona. Buenos días, Lay.

—Buenos días para ti también, tío John. ¿Sabes dónde está Cleo?

—Ha salido. No ha dicho a dónde iba, pero parecía que iba a irle bien.

Miro a mi tío tras la que, sin duda, ha sido la respuesta más rara que me ha dado nunca. Estrecho la mirada.

—¿Me repites eso?

—¿Sabes, Lay? Creo que no sería capaz. —Acelera sus pasos y en ningún caso aprovecho para admirar el buen gusto de mi tía Daisy.

Los MacAlister están hechos con babas de semidioses.

Voy a la cocina y como algo con Stef y Patty, aunque la segunda está haciendo quince cosas a la vez y no tiene mucho tiempo de palique.

—Láhria, ¿podrías hacerme un *inmenso* favor? —Stef se carcajea cuando le ofrezco la última tortita de mi plato—. No, no es eso. Ayer Patty hizo esta tarta para Kían, pero cuando quiso llevársela ya se había ido a trabajar. Ahora está liada y no puede acercarse a su casa.

—… Y una de las cosas que más odia Patty es echar a perder delicias que cocina.

—Tú lo has dicho. Es de miel, comentó algo de que tenía antojo. ¿Crees que podrías llevársela?

—Dalo por hecho, Stef.

En realidad, el que me haces un favor eres tú. Así no tendré que pedirle otra cita a Raylan a través de Kían solo para quedarme con él un poco más y asegurarme de que no me ha mentido con los desmayos. *Digamos que no me fío mucho de su diagnóstico de «por el cansancio»*. Mientras recorro el camino que separa la mansión de la cueva de Batman, pregunto a Cleo dónde está por mensaje. Me contesta muy rápido para no haber oído las llamadas que no ha contestado.

Mensaje de Cleo (la única, la irrepetible)

09:10 Heeeey, bestie, ¿qué te cuentas, maja?

09:11 Yo estoy en el restaurante de la medusa oxidada de la sirena. O algo así. Te veo luego. Ciao!

Qué raro todo. Antes de que guarde el móvil me llega un email de Darren.Kramer@VirginiaHealth.org. *opina que mis ideas son buenas y quiere que le siga contando el progreso de Alice*. Pego un grito con el que espanto al noventa por ciento de la fauna de Saltwater. *Y por poco me quedo sin tarta*.

Llego a casa de Kían sin pensar en todo lo que sucedió ahí dentro, ni en cómo se comportó ayer en la fiesta de Alice, ni en cómo me abrazó en el colegio cuando más lo necesitaba. Llamo a su puerta y cuando esta se abre, el bombero aparece con unos pantalones diferentes a la otra vez, pero la misma ausencia de camiseta.

Me encoge el estómago ver tanta piel expuesta y empiezo a pensar que no tiene nada que ver con lo buenísimo que está, sino más bien con que es *su* cuerpo, *el suyo*.

—¿Qué haces con gafas de sol dentro de casa? ¿Es por los paparazzis?

—¿Qué estás haciendo aquí, Láhria?

Y dale. Láhria.

—Te traigo una tarta de parte de Patty. —La levanto—. Oye, tienes la cara un poco roja, ¿no? Sobre todo por la nariz y las mejillas, ¿has ido a esquiar en algún momento entre ayer por la tarde y el presente actual?

—No —retrocede, pone distancia—, y Daisy me ha escrito diciendo que me la traería ella después, ¿por qué has venido tú?

—Eres un encanto por la mañana. Todavía no me has contestado.

—Vete, Lay —da media vuelta dando la conversación por zanjada, pero ese es un punto final poco entusiasta para ser él, así que me autoinvito a pasar y cuando ve que lo hago refunfuña.

—Quería agradecerte que me consiguieras una cita con Raylan —se queda a medias de su próximo paso así que aprovecho, suelto la tarta, me pongo delante y le quito las gafas. *Y entonces me quita él a mí el aire.* Tiene los ojos muy irritados como poco, por no hablar de la piel de su cara que vista más de cerca, está quemada como si se hubiera ido de vacaciones al sol—. Kían, ¿qué ha pasado?

—Trabajo. —Me las quita y vuelve a ponérselas.

—¿Has ido al hospital a que te lo miren?

—No me hace falta. Se me pasará en un rato.

Idiota.

Doy media vuelta y cierro de tal portazo que los tulipanes de la enredadera tiemblan. *Idiota.* Dejo atrás el sendero de flores silvestres y bajo al pueblo. A la vuelta, sigo con una sola palabra en la cabeza: idiota. Aporreo su puerta deseando despertarle de una micro siesta, o pillarle sentado en la posición más cómoda del mundo, o a punto de dar el primer trago de su bebida favorita que probablemente sea café súper amargo como su carácter.

—Lay, ¿pero qué?

—Eres idiota, ¿lo sabías? —lo rebaso, pero no sin antes coger su muñeca y tirar de él con todas mis fuerzas.

—Vaya, gracias.

—Para ser alguien que se dedica a salvarle la vida a la gente tratas de pena la tuya. —Dejo las pomadas y medicinas sobre la encimera y señalo el taburete junto a la isla—. Siéntate ahí, idiota.

—No me hace falta nada —dice mientras obedece—. Solo con correr las cortinas y no salir en un par de días estaré como nuevo.

—Ya, como que eres de la clase de obseso que falta al trabajo —resoplo jurando a mis ojos que como suelten una sola lágrima les voy a retirar la palabra de por vida.

Abro la pomada y me acerco a él invadiendo su espacio personal de leña quemada y arena mojada tras la lluvia huracanada más épica y violenta del siglo.

—Tengo un par de días libres —dice y casi se me cae la pomada y el algodón de las manos

—¿Te han dado la baja porque te has hecho daño? ¿Porque te has hecho *mucho* daño?

Sus manos llegan hasta un poco más abajo de la altura de mis caderas, y me dan un ligero apretón que trae consigo cosas del todo inoportunas y contradictorias a mi desagrado.

—Mi jefe me ha dado un par de días libres porque no sé mantener la boca cerrada ni siquiera cuando me lo piden. No tiene nada que ver con mi cara.

No me convence demasiado.

—¿Quédate quieto, vale? Y cierra los ojos. Y dime cómo te lo hiciste.

—Qué mandona. Se me cayó la máscara, nada más.

Cuando le levanto las gafas los tiene abiertos y aunque lo he puesto de espaldas a todas las ventanas con cortinas cerradas, me preocupa.

—No llores —su voz retumba a través de mí haciendo estragos por donde pasa.

—No lloro. La idiotez me da rabia, en absoluto me da ganas de llorar. —*Es evidente que no sabes pedir ayuda. ¿En qué estado llegaste ayer por la noche a casa?*—. Joder, Kían, ¿y si te hubieras caído ahí fuera? Tienes que construir una puñetera barandilla.

—Lay, para.

—¿De qué?

—De preocuparte por mí.

—¿Por qué?

—Porque no soy cosa tuya. No te conviene meterte en mis asuntos.

Resoplo por decimonovena vez.

—Como si tú supieras el significado de esa palabra. Cierra los ojos, Lysander, no volveré a repetírtelo.

Obedece endureciendo la mandíbula y yo me dedico a extender la pomada por la piel herida de su cara. Le cuento que va a tener que ponérsela cada cuatro horas si no quiere parecer un anciano decrépito a eso de las doce del mediodía de mañana, pero no sé si me escucha. Su mandíbula continúa muy apretada.

—¿Quién es Laylah? —pregunto.

Abre los ojos.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Lo dijiste tú, en sueños. ¿Es tu novia?

—No es nadie.

—Pobre Laylah, alguien seguro que es. —*Hombres*—. Cierra los ojos, anda.

Obedece y me siento rara porque lo haga.

—Era una buena persona.

—¿Ya no lo es?

—Está muerta, no veo cómo podría.

La mano con el algodón y la pomada me tiembla durante el siguiente segundo.

—Vaya, ¿ahora quién es la idiota? —susurro a través del nudo en la garganta—. Lo siento mucho, Kían.

—Yo también. —Alza sus manos hasta mi cintura y me rodea con ellas en algo que se parece mucho a un abrazo y que me deja más pegada a su cuerpo, a punto de estarlo completamente—. Sigue, Lay, *por favor*.

Lay. Nunca debí pedirle que me llamara eso, no cuando suena así de sus labios. *Lo mejor es que no se dirija a mí de ninguna forma, visto lo visto*.

Termino y me quedo en trance unos segundos. Sé, por Nina, que los MacAlister habían tenido una infancia difícil, que su madre no era una buena persona y que su padre, que sí lo era, murió mucho antes de lo ideal. *Te ha debido faltar ayuda montones de veces y a pesar de eso, dedicas tu vida a salvar la de los demás*.

Abre los ojos y me pilla en mitad de mis lágrimas silenciosas.

—No he dicho que haya acabado, cierra.

—Te he pedido que no llores. —Suena enfadado, pero dulce.

El puzle más complejo de todos.

—¿He dicho que lo siento? —pregunto y él sonríe.

No entiendo por qué, pero sonríe. Una de sus manos llega hasta mi pelo, me lo aparta de la cara y luego acaricia mi mejilla. Un relámpago de pánico me atraviesa cuando me doy cuenta de que me arden los labios con ganas de besar los suyos. *No*. *Nnno*.

—Ojalá hubiera tenido más tiempo —dice.

Laylah, ya. Quiero preguntar qué le pasó, cómo era y todo lo que haya entre medias, pero no me atrevo.

—Vale, ya puedes abrir los ojos —carraspeo—. Te voy a poner un colirio espeso. Verás un poco borroso al principio, pero luego te aliviará y… —Kían se levanta, se yergue como una torre infranqueable, se aleja de mí y en un segundo mi piel echa de menos su contacto a gritos—. ¿Qué haces? Así no llego.

—No necesito ningún colirio, mis ojos están bien. —Vuelve a ponerse las gafas.

Entonces soy yo la que sonríe.

—¿En serio, Lysander? ¿Te dan miedo unas gotas?

—La aprensión, que no tengo, no es igual que el miedo.

Ay, qué mono.

—Permíteme que lo entienda. Te metes en edificios ardiendo, ¿y te dan miedo unas gotas para los ojos?

—Aprensión, y *no*.

—Kían.

—Aurora.

—Quítate las gafas. —Lo acorralo.

—No te acerques a mí o verás —su voz suena a amenaza, pero no se aparta, me está dando una oportunidad.

Le pongo una mano en el hombro, tiro de él hasta que se sienta en el sofá y luego me siento en su regazo a horcajadas.

—Soy tu enfermera hasta que te cures, Lysander. —Le quito las gafas que tan bien le quedan—. Y no voy a permitirte que dañes tus bonitas córneas por tu horrorosa cabezonería.

Traga lento y me deja claro que tengo una especie de fetiche con su nuez, su garganta y su cuello. Tenía tan clara la frase que iba a soltarle que no me doy cuenta hasta ahora de lo en shock que parece estar. *No lo pienses, Lay, tú haz.*

—Inclina la barbilla, ¿por favor?

No lo hace. Es injusto lo guapo que es. Sé que está viendo mi alma con el fuego azul de su iris, pero soy incapaz de apartar la mirada.

Inclina la barbilla despacio y trago con dificultad. *¿De verdad va a dejarme?* Con suma delicadeza, le abro bien un ojo y noto cómo se contrae debajo de mí. Brota un sonido de su garganta. *Ay, madre.*

—Primera gota lista. Parpadea, por favor. —Le limpio la comisura del ojo y vierto la misma cantidad en el otro. Se porta muy bien, se resigna y me deja hacer lo que debo dándome todo el control de la situación—. ¿Ves? No ha sido para tanto.

Bajo las manos y una de ellas acaba contra su pecho, a la altura del corazón. Su latido es fuerte y más rápido incluso que el mío. *Demasiado sufrimiento por un colirio.* Kían se inclina hacia mí y al principio creo que es para levantarse, pero no, no lo hace. Se limita a quedarse ahí, un poco más cerca que antes. El cosquilleo infernal me está matando. Me devora la piel, me retuerce cada hormona hasta doblegarla, hasta dejarla de rodillas.

Separo mis labios y allí es dónde van sus ojos.

Me pesa tanto el cuerpo que no podría levantarme ni aunque quisiera. *Pero no quiero.* Recorro los últimos milímetros y rozo sus labios sin llegar a cerrar los míos. Sus

latidos van más deprisa todavía contra mi palma. Me asusto. En cuanto gano un palmo de distancia, Kían la devora. Conquista mi boca con el primer instante del beso.

Nunca me habían gustado los besos, creía que eran un suplicio bastante asqueroso y poco higiénico, pero daría un riñón y parte del otro para que siguiera haciéndome esto cien años más. Su lengua resbala como si ya conociera la mía, como si supiera lo que me gusta. Se me escapa un gemido y él se contrae más.

Me mancha de pomada la barbilla, la mejilla y la punta de la nariz, pero se mete más adentro en mi boca y me olvido. Tiemblo. Kían me aprieta contra sí y puedo asegurar que hay posesión en ambas direcciones. Es que es indecente. Le sigo porque necesito que me enseñe, que me guíe, que haga lo que quiera. *Y eso hace.*

Juega con mis labios, con mi boca, pero esto no parece un juego, es un beso muy serio, sentido.

Mi siguiente gemido es una súplica desesperada de entender qué está haciendo. Palpito con demasiada fuerza para el poco tiempo que llevamos en este beso. Cada vez me resulta más difícil no pensar en la roca que ha crecido bajo mi cuerpo. Su garganta emite un sonido fiero y ronco, áspero, cuando me inclino hacia él, uno que me deja los pezones duros. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta ancha y me acarician como si yo fuera la maldita tierra prometida o algo así. Mezo las caderas contra él una sola vez y todo mi mundo queda patas arriba.

Llaman a la puerta y el beso se rompe. Me petrifico dejando que lo que acaba de pasar se asiente en mi cabeza y las alarmas de hora-de-flipar suenan fuerte. Quiero preguntarle cómo narices ha hecho eso, pero me levanta consigo. El agarre es débil, él parece débil.

—¿Kían?

Me deposita en el suelo, todavía con la respiración tan agitada como yo.

—Abre tú a Daisy, por favor —Desaparece en dirección a su habitación y puedo imaginar que la tienda de campaña en sus pantalones tiene algo que ver.

Vuelven a llamar a la puerta y obligo a mis piernas a moverse. *Apenas puedo respirar. Actúa normal, no se dará cuenta de nada.*

—¿Qué hay tía, Daisy? —practico. *No puede saberlo, no tiene poderes.* Oigo a Ck ladrar, como si me insistiera en abrir la puerta antes de seguir a su dueño a la habitación. Pero cuando lo hago, no encuentro a la amante de las margaritas. Ni siquiera a una mujer—. ¿Nolan?

18

Kían-Lysander



A duras penas me aguanto de pie. En cuanto toco la cama, las sombras se comen todo, engullen el espacio a mi alrededor y el oxígeno que me queda. El corazón me late en los oídos, un tambor frenético que está a punto de estallar.

No puedo dejar que ella me vea así. Si no, está perdida.

Noto cómo se me adormecen las piernas, como dejan de pertenecerme. Veo que Ck ladra, que mueve la boca, pero no la oigo. Intento pedirle perdón, pero de mi boca no sale ni una sola palabra.

Sigue despierto.

Aguanta.

Una vez más, mi cuerpo me falla. Solo espero que no sea la última vez que lo hace.

19

Láhria



Esto no puede estar pasando.

—¿Nolan? Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Sorpresa la que me he llevado yo —entra en casa de Kían y siento como los problemas se ciernen sobre mí—. ¿Cuánto tiempo creías que tardaría en enterarme?

No puede saberlo.

Acaba de pasar.

Ni siquiera yo sé lo que…

—¿A qué te refieres, hermanito? ¿Y no vas a darme un abrazo?

—Lay, me han llamado del hospital de la ciudad. Mirah está diciendo que perdiste a un paciente hace quince días por culpa de una negligencia. Ha corrido la voz por el hospital de que fue culpa tuya, quiere hundirte la carrera.

El estómago se me da la vuelta. Tengo ganas de vomitar. Dejo de ver a una de mis personas favoritas en el mundo para mirar cara a cara a mi peor pesadilla.

—Nolan, yo… Yo no…

—Quiero que me cuentes ahora mismo por qué no has venido a verme. Por qué he tenido que enterarme por terceros.

Solo cuando me choco contra un muro me doy cuenta de que llevo un rato retrocediendo, sin ganar distancia con mi hermano. Me doy la vuelta y veo que no es un muro, sino Kían.

Precisamente las dos personas que menos quiero que sepan lo que hice.

—Gracias por avisarme, Kían.

—No hay de qué.

—¿Tú? —mi voz suena ahogada, como me siento—. ¿Cómo?

—Deberías haberme dicho que alguien te amenazaba —dice Nolan, pero yo no le miro a él.

—¿Viste el mensaje? —mi carcajada es amarga, incrédula—. Dios, debiste correr mucho en llamar a mi hermano si ya está aquí teniendo en cuenta que solo han pasado veinticuatro malditas horas.

—No la pagues con Kían, él solo quería ayudar. Habló conmigo para saber si yo estaba al corriente y menos mal. Solo tuve que oír el nombre de Mirah para hacerme una idea del calibre de la situación. Lay, cuéntamelo.

—No hay nada que contar. —Las lágrimas me queman los ojos, las palabras se me atascan en la garganta y allí me la destrozan. Empiezo a hiperventilar. Esto no puede estar pasándome—. Tengo que salir de aquí.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy agarrando la camiseta del traidor con fuerza, ni de que soy incapaz de dar un paso en dirección a la puerta.

—Eh, tranquilízate, Lay —el tono de mi hermano es mucho más suave ahora, pero dejará de serlo cuando lo sepa todo, cuando descubra que no soy como él.

La decepción será tan grande que le impedirá volver a mirarme a la cara y con razón, ¡con toda la razón del mundo! *Sangre inocente mancha mis manos, yo no soy como tú*.

Yo no ayudo, no arreglo, yo rompo. Cierro los ojos con fuerza, pero eso solo empeora las cosas porque lo veo. La sangre, el sonido de ahogo, la mirada vacía, la piel fría, lo recuerdo todo.

«Es tu culpa», las palabras de Mirah resuenan en mi cabeza. «Es todo responsabilidad tuya y serás tú quien hable con su familia». Corro hasta la cocina y dejo salir parte de mi horror en el lavamanos.

20

Kían-Lysander



Láhria está de pie, paseándose. Nolan-Kane en el sofá y yo en un taburete, mientras esperamos a que se tranquilice un poco. *Ella, porque lo que es mi corazón…* El dolor de cabeza que tengo es insoportable, pero lo que más odio es ver lo que le está haciendo su secreto.

—¿Seguro que no quieres sentarte? —pregunta Nolan-Kane.

Ella sacude la cabeza y murmura algo que no entiendo, pero que se parece mucho a «no me merezco sentarme».

—No puedo contártelo, Nolan. No puedo —repite.

—Lay —alza el tono con voz tajante—, para. Eres humana, cometiste un error, punto. Vas a contármelo y voy a ayudarte. Empieza a hablar.

—Había hecho un turno doble —inhala con fuerza, sus ojos desprenden horror—, estaba muy cansada. Agotada. Pero Mirah dijo que los dolores de los pacientes no hacían descansos, que estábamos faltos de personal y que estaba siendo una egoísta. Así que accedí a quedarme de guardia. Reconozco que no se me da bien poner límites, menos todavía cuando Harold… Uno de los pacientes me tenía preocupada. —Traga con dificultad y niega con la cabeza una y otra vez.

Aprieto los puños en silencio dudando cuánto voy a durar aquí. Puedo imaginar por dónde van los tiros y como esté en lo cierto voy a matar a alguien.

—Mirah no le estaba dando la atención que requería y acababan de operarlo de un cáncer en el intestino. Así que empecé paseándome por la planta para no dormirme, pero acabé yendo a su habitación porque estaba intranquila.

—Vale, sigue —pide su hermano, pero a ella le cuesta, no parece ser capaz.

—Comprobé sus constantes y que no tuviera fiebre y yo… —Se arrodilla en el suelo, se limpia el sudor de la frente con manos temblorosas—. No debí sentarme en la silla junto a su cama. No debí. Ni siquiera fui consciente de estar quedándome dormida, pero cuando me desperté Harold se estaba ahogando en su propia sangre. La hemorragia que tenía en el estómago era un maldito charco, se le habían saltado los puntos y el problema iba mucho más allá. Grité pidiendo ayuda mientras hacía lo que podía para detenerla con unas cuantas gasas, pero se murió en mis manos. —Se las mira—. Por mi culpa.

—¿Tu culpa? —repite Nolan—. Y unos cojones tu culpa.

Voy hasta la nevera, saco el tequila y le doy unos tragos largos.

Por eso le da pánico la sangre.

Esa hija de puta de Mirah la ha apuñalado de frente y lo que es peor: Lay lo ha permitido.

—Si hubiera estado despierta cuando el monitor empezó a sonar habría tenido más

tiempo de reacción —solloza acabando conmigo, vuelvo sobre mis pasos—. Unos minutos lo pueden cambiar todo, Nolan. Pero me dormí. Fue culpa mía y eso fue lo que les dije a los familiares de Harold a la mañana siguiente.

—¿Qué hiciste *qué*? —ni siquiera reconozco mi voz cuando sale—. No tendrías que haber hecho eso, Mirah es tu responsable.

—No lo entiendes, ¡yo acepté! Podría haberme negado y acepté hacer la guardia, ella lo sabe y yo también.

Soy incapaz de imaginarme a Hayden señalando y culpando a un bombero que ha seguido sus órdenes, cuando las cosas se tuercen. Un puto líder no hace eso. Doy un largo trago y esta vez soy yo quien empieza a pasearse.

—Es ilegal obligar a alguien a hacer un turno doble sin descanso y lo sabes. Y ella no solo hizo eso, sino que luego te sumó una guardia —dice Nolan—. Tienes que explicar a Maggie por qué lo hiciste, por qué decidiste ir a ver a Harold. Sé que te ha estado llamando, ella misma me lo ha dicho, los moderadores del hospital están ahí para esto. Para proteger a los empleados de abusos de poder como estos.

—No quiero hablar con Maggie, Nolan. —Se pone en pie, se aleja de él.

—¿Por qué no?

—Porque no valgo para esto. ¡No puedo más! Quiero dejar de ser enfermera.

—¿De qué estás hablando? Eres una enfermera increíble, todos te quieren, los pacientes te adoran.

Me quita la botella y da un largo trago.

—Lo primero que te enseñan en este tipo de carreras es aceptar que vas a ver morir a mucha gente, que va a haber personas a las que no vas a poder salvar. Bien, pues yo no puedo aceptarlo. ¡No puedo! Por eso le dije que sí a Mirah. Por eso, en el fondo, sé que volvería a hacerlo. Siento ser una decepción para ti, pero seguir con la farsa acabará conmigo.

—Lay, espera —pide él, pero no la escucha.

—¿Por qué cojones cree que será una decepción para ti? —Le corto el paso a Nolan-Kane y respiro hondo por el bien de todos.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, te puedo asegurar que yo no le he metido esa idea en la cabeza.

En parte odio que estemos en el mismo bando, siempre se me ha dado mejor aliviar tensiones a puñetazos que con diálogo. Salgo tras ella antes que él lo haga.

—Láhria —la llamo en un gruñido seguido de otro cuando la luz intensa me acuchilla los ojos—. Mierda, joder. ¡Láhria, espera! —La alcanzo.

—¡Has traicionado mi confianza del todo! —Me grita entre lágrimas, golpeándome el pecho con las manos—. ¿Por qué le has llamado? He venido a ayudar a Alice, ¿cómo mierda voy a hacerlo rota? ¡Me necesita!

—Estás herida, no rota. Cúrate como haces con todos. —Estrecho la mirada, apenas puedo mirarla.

—¡No sabes una mierda! Dios, ¡qué frustrante! —Se aparta el pelo, se lo agarra, se aprieta las sienes—. No puedo entenderlo por mucho que lo intente, ¿por qué lo harías? ¿Por qué te meterías en esto? ¿Por qué llamarías a mi hermano y decidirías acabar con las únicas fuerzas que me quedaban para fingir que todo iba bien?

—Porque yo no estaré en tu vida siempre, Láhria, pero Nolan sí. No podía guardarte

el secreto.

—Te odio. —Suelta con rabia—. ¡Y ponte tus putas gafas de sol, idiota!

Se aleja.

—Si sirve de algo, yo también estoy enfadado contigo. Nunca debiste permitir que Mirah te tratara así. No es esa la Lay que conozco.

—Ese es el quid, Lysander —vuelve—. ¡No me conoces en absoluto!

—Igual eres tú la que no se conoce en absoluto. Puede que por eso hayas tenido que esperar hasta los veintiséis para darte cuenta de que la enfermería no es tu camino.

—Que te jodan.

Se va hecha un basilisco y no hago nada por impedirlo. Estoy entre escombros y cenizas, el humo todavía surge de los restos, pero casi tengo ganas de sonreír.

Esta sí eres tú.

Vuelvo a casa bastante convencido de que voy a necesitar un bastón de invidentes y encuentro a Nolan de brazos cruzados. Un segundo después, me aplasta el brazo contra el pecho y la espalda contra la pared.

—Empieza a hablar.

—Suéltame.

—¿De qué cojones iba esa conversación y desde cuándo tenéis una relación tan cercana?

—De nada, solo está enfadada. Y no somos cercanos.

—Tiene diecisiete putos años menos que tú, Kían-Lysander. ¿Necesitas que te lo recuerde?

—No.

—Vas a tener que ser más convincente que eso para que no te rompa la cara ahora mismo.

—No me he acostado con tu hermana, Kane, y tampoco es algo que vaya a pasar en el futuro —me lo quito de encima de un empujón.

—¿Y ella lo sabe? ¿Se lo has dejado claro?

—¿Sabes, Nolan-Kane? Nunca pegaría a una mujer, pero sí firmaría ya por tener una discusión poco amistosa con la desgraciada de Mirah. Como eso es imposible para mí, estoy más que dispuesto a desahogarme contigo, así que yo que tú me pensaría bien mis siguientes palabras.

21

Láhria



Grito a las flores, me meto por un sendero desconocido y opuesto a la mansión MacAlister y camino. Durante un rato solo hago eso, pero ella me encuentra. No sé cómo. Sus facciones se contraen mientras repite la pregunta que no puedo contestar, así que le hago yo otra.

—¿Me has puesto un chip localizador? Porque no llevo el móvil, así que ni siquiera eso tendría sentido.

—Lay, ¿qué ha pasado?

Me rindo.

—Que Nolan está aquí y le he confesado lo peor que he hecho en mi vida, ¡ahora sabe que tengo las manos manchadas de sangre! Eso ha pasado Cleo. Ahh, y también que he dejado ciego a Kían —se me mueven los hombros con el sollozo y es raro porque creía que se me habían acabado las lágrimas.

Me abraza y me deja claro que no, que en absoluto.

—Desahógate. Suéltalo todo. Estoy aquí.

Lloro fuerte por Harold, por el trato que merecía haber recibido, por lo mucho que odio a Mirah, por la persona que nunca seré y por todo.

Llegado un punto empiezo a soltar palabras entre el llanto y ella se hace una idea. Lo supongo porque su reacción es similar a las que he visto en ellos. Ni me doy cuenta de cuando me arrastra hasta una rama baja de un árbol caído para sentarnos.

—Toma, bebe un poco de agua —me pasa una botella pequeña a la que parecen haber atropellado cinco autobuses.

—Puedes hacer preguntas, seguro que tienes un montón —digo apretujándome la nariz en un pañuelo—, y si me desinvitas de tu boda, no me lo tomaré a pecho.

—Eres ridículamente dura contigo misma, Lay. Llevo años viéndolo y estoy segura de que es por Nolan. Él también es un experto en la autoexigencia y al final, todo se pega.

Me masajeo el pecho porque el corazón me duele. Igual es un síntoma. Tal vez me esté dando algo. Tal vez sea el karma que llega tarde.

—Eh, mírame —chasquea los dedos delante de mí y me coge de las manos, me las aprieta—. Tu hermano tenía veintidós cuando os quedasteis huérfanos y decidió hacerse cargo de ti y ni una sola puñetera vez te ha tratado como si fueras un estorbo. ¿De verdad crees que le decepcionaría que cambiaras de profesión después de ver que esta no te hace feliz?

—A mí sí me duele, Cleo. Horrores.

—Pero esas son tus propias expectativas, no las suyas. Está claro que lo tuyo es ayudar a la gente, tal vez no sea siendo enfermera, pero es tu pasión. Solo tienes que ser valiente y afrontar este cambio. Y llorar a Harold tanto como quieras, pero teniendo

clara una cosa —me coge de las mejillas—. Lo que viviste esa noche fue terrible y ninguno de los dos os lo merecíais. Tanto él como tú sois una víctima de Mirah.

Me siento como una mierda. Peor que eso. La boca me sabe a tequila y tanto llorar me ha dejado un poco atontada, así que cuando Cleo pide volver a la mansión llegada la hora de comer acepto para no preocupar a nadie y porque Nolan querrá hablar. *Y yo se lo debo.*

Se lo debo todo.

Es una suerte que aún falten unas horas para que las niñas salgan del cole, no quiero darles mal rollo. Llegamos a la mansión y Mhílena nos recibe con cara rara cuando Cleo le regala unas flores.

—Nos adora, pero le encanta disimularlo —me susurra.

—Ni que lo digas.

—Aprisa, todo está listo en el salón —nos hace gestos y empiezo a dudar si quiere que esprintemos.

Empiezo a dudar si va a hacerlo ella. Veo a Daisy, con una mueca de preocupación y su tic alisamiento-de-vestido en plena acción.

—¡Niñas! Qué bien, ya habéis llegado. Me haréis falta. Lay, cielo, ¿sabes que tu hermano está aquí, verdad?

—Sí, me lo he encontrado hace un rato.

—Eso es fabuloso. Nina es fabulosa, ha cogido prestada la costumbre de Lexi y ahora las personas que manda llegan antes que sus cartas, ¡já! —se ríe una vez, la carcajada acaba en seco.

Cleo y yo compartimos una mirada.

—Tía Daisy, ¿estás bien?

—Sí, bien, estupendamente. Vamos, sentaos, sentaos. ¡Juntas no! —grita sobresaltándonos, luego sonríe—. Una a cada lado, necesitamos agua fría para tanta lava.

—¿Crees que es un mal momento para comentar que no me sienta bien la comida muy caliente? —me susurra Cleo antes de que la tía Daisy la arrastre hasta la otra punta de la mesa.

«Muy malo» vocalizo sin emitir sonido alguno. Entonces cometo el error de contar cuántos cubiertos hay en la mesa, más o menos al tiempo que John-Luke MacAlister aparece cogiendo a Nolan-Kane y Kían-Lysander por el cuello de la camisa.

—Ya estamos en casa, Daze. Listos y puntuales —sonríe y los suelta dándoles un empujón,

—Ay, dios mío.

—¿Qué os ha pasado? —jadeo seguida de Cleo.

Mi estómago se da la vuelta al ver que tienen las caras hechas un cromo. Nolan tiene la mejilla roja del tipo moratón-inminente y sangre en la barbilla mientras Kían la tiene en el labio y la ceja. *Encima de las irritaciones que ya tenía.* Se me ponen los nervios de punta.

—Nos hemos caído —dice Nolan.

—Sí, contra mi puño te has caído un par de veces.

—¿Cómo dices?

—No he dicho nada.

¿Se han peleado? ¿Por qué?

—Bueno, bueno, bueno —Daisy suelta una carcajada forzada y da un par de palmadas al aire—. Es genial que hayáis llegado ya porque las chicas estábamos hambrientas. Sentaos.

—Perdón —alzo un dedo y los señalo—, ¿tiene esto algo que ver con la conversación que hemos tenido antes?

—No —responden al unísono.

Debería sentirme aliviada, pero oye, que no cuaja la cosa.

Miro a Nolan para que me dé alguna pista, pero está enfurruñado y esquivo. *No parece que esté decepcionado por mis decisiones, más bien me recuerda a cuando aseguraba que íbamos a retirarle la palabra a Benedict de por vida, y al día siguiente todo estaba bien.*

—¿Dónde me siento, Daze?

—Tú a la cabeza, Luke, como yo. Cleo, tú a su izquierda, aquí. Kían, tú te sientas frente a Lay.

—Ni hablar —la voz de Nolan suena tan tajante que doy un bote.

Joder, con los humos.

—Bien, pues a su lado, ¿qué más dará? —Otra carcajada—. A sentarse todo el mundo, ¡que se enfría la comida!

Kían se acerca a mí y se me tensa todo el cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —le susurro.

—Nada.

—¿Y tus gafas de sol?

—No me hacen falta.

—Sí, te hacen mucha falta.

Me mira con la mandíbula apretada, el pecho subiendo y bajando de forma abrupta, y me siento como un pequeño ratón que no deja de tocarle las narices al león más peligroso de la sabana: un bicho poco inteligente con una breve esperanza de vida.

Ocupo mi asiento, vaya si lo ocupo.

—Eh, mira el lado positivo, Nolan-Kane, lo bueno es que podrás curártelo tú mismo —le dice Cleo a Nolan, sentado a su lado.

La mirada que le lanza mi hermano casi deja a Josh viudo.

Los empleados terminan de servir y llenar la mesa con más y más comida hasta que ya no queda un hueco de mesa libre. Ensalada, pasta con salsa al pesto, bistec al punto de sal, una tabla de quesos y patés, un calentito pan con pasas y montones de cosas más, pero oye, que nadie las toca.

—¿Cariño, no tienes hambre?

—Sí, sí que tengo —le responde John-Luke alias el responsable de la patada bajo la mesa que acabo de oír, apuesto todo lo que tengo que dirigida a Kían.

Verle la cara me encoge el corazón. Nolan no debería haberle pegado teniéndola así. ¿Qué narices habrá pasado para que pierda los papeles de esa manera?

Kían deja de asesinar a su hermano mayor con la mirada y luego, imagino que sintiendo el peso de la mía sobre su nuca, se gira a mirarme. Su ceño se relaja un poco y mi mano vuela hasta su brazo bajo la mesa porque sigo cabreada, pero me preocupa. *No le conviene alterarse, ¿y si su desmayo va ligado a los nervios y no al cansancio? ¿Y si se desmaya de nuevo?*

—Come, anda —su voz tiene un atisbo de dulzura al que me aferro.

—No le digas lo que tiene que hacer, es mayorcita.

—Vaya, y yo que creía que tu mensaje era justo el opuesto, Nolan-Kane.

—Está claro que no has sabido interpretarlo. ¿Te lo repito?

—Cuando quieras.

John-Luke da un golpe en la mesa y callan. Se hace tal silencio que cuando Cleo da un mordisco al pan, el crujido resuena hasta en el ático. *Jooooder. Qué tensión, ¡¡qué tensión!!* Me obligo a pinchar un mini-tomate y a metérmelo en la boca, pero juro que se me ha olvidado cómo se mastica.

—Y dime Cleo —Daisy carraspea cuando voy por el tercero—, ¿ya le has enseñado a Daisy tu precioso…?

No me pasan por alto el repentino e, increíblemente sonoro, ataque de tos de Cleo. El mismo que evita que la tía Daisy termine la frase.

—¿Tu precioso qué? —la escudriño con la mirada.

—Nada, mi… nada —Cleo se ríe, pone un codo en la mesa y lo quita nerviosa, incómoda, como si le quemara—. Daisy te ha confundido con Josh.

—Nuestro parecido es innegable.

Se ríe otra vez, exageradamente. *La hostia tú, que es contagioso, Daisy se lo ha pegado.*

—No, quería decir que *se* ha confundido con Josh. Daisy se refiere a lo que le compré en el pueblo el otro día y no, respondiendo a tu pregunta, tampoco he tenido oportunidad.

—¿Tampoco? —Frunzo más el ceño—. ¿Hay algo *más* de lo que no hayas tenido oportunidad?

—¿Sabéis qué pegaría mucho con esta comida? Vino. —Daisy intenta sonar casual, pero nadie lo compra—. ¿Quién quiere vino?

—Yo no —dice Nolan, mirando a una única persona en la mesa—. El alcohol puede nublarte el juicio y provocar que luego tengas que arrepentirte de hacer tonterías.

—Yo no le haría ascos a una copa —dice Cleo—. O a una jarra.

—Me apunto —*total, tengo el estómago en un puño y ese puño metido en la boca, para comer estoy yo.*

—¿Y tú, Kían? —interviene Daisy, conciliadora.

—Él es más de beber en vasos pequeños, para poder cambiar muy a menudo de licor y no aburrirse, ¿verdad, Kían?

—¡Nolan! —le advierto, a punto de tirarle la servilleta.

—Puedo enseñarte qué clase de vasos me gustan si vienes un momento a la cocina conmigo.

—¡Kían! —este es JL.

El silencio que cae sobre la mesa es denso como una tormenta inminente. Cleo tose y dice:

—Pues parece que va a llover.

—Sí, deberíais limitaros a no salir de esta casa. Ninguna de las dos. No tenéis ni idea de lo peligroso que puede ser Saltwater —dice Nolan y un instante después Kían resopla con la ceja alzada y una mueca arrogante.

—¿Ahora crees que corre peligro? ¿En serio?

—Contigo seguro.

—¿Es que no has oído nada de lo que he dicho?

—Quizá serías más convincente si no fueras por ahí aprovechándote de la gente.

—Perdona, ¿me repites eso fuera?

—No, no, nada de fuera —dice Daisy.

—Donde quieras, mientras te quede claro que no vas a volver a besar a mi hermana.

—*¿Cóoomo?* —exclama Cleo, los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—¿Se lo has contado? —Me giro hacia Kían, pero John-Luke le da un golpe en el brazo.

—Tiene diecisiete años más que tú, ¿en qué estabas pensando?

—No ha sido él solo, tío John, yo también le he besado a él y no me arrepiento.

Kían me mira como si me hubiera convertido en un alien y me hubiera puesto a bailar la Macarena encima de la mesa.

—Pues deberías —dicen Nolan y JL al tiempo.

—¿Es un buen momento para remarcar que el amor no tiene edad? —pregunta Daisy.

—¡Uno perfecto! —exclama Cleo alzando los brazos.

—Dios mío, Cleo, ¿qué te ha pasado en el brazo? —pregunto—. ¿Y esa gasa?

—No es nada. Un roce con unas ortigas.

—¿Qué dices? —me levanto—. Déjame ver. ¿Qué animal te ha puesto ese celo sobre la gasa? Así no se cubre una herida.

—Que estoy bien, te digo. Siéntate y disfruta de la comida.

—Lay, ¿podemos hablar a solas? —Nolan se levanta también, mirándome por primera vez.

—¿Acaso vas a obligarla a que haga lo que tú quieres? —Kían se me acerca como un puma protector—. ¿No crees que eso contradice lo que necesita para dejar de sentirse culpable por todo?

—¿Sabes qué, Lay? Primero voy a tener otra charla con Kían.

—Luke, ¡llévate a Nolan a la cocina! —exclama Daisy levantándose de golpe con un estruendo—. Kían, conmigo, ¡ahora!

Se los llevan a empujones y Cleo y yo nos quedamos a solas. Me dejo caer contra la silla.

Telón. Fin de la escena.

Qué maldito desastre.

22

Kían-Lysander



Daisy cierra la puerta tras de sí, su enfado se esfuma junto con toda la tensión de su rostro, y una enorme sonrisa se le dibuja en la cara.

—No me lo puedo creer.

—¿El qué?

—El súper-exigente-encuentra-defectos-ficticios-MacAlister, Sr-no-vas-a-quedarte-a-dormir-en-mi-casa, ¡ha caído rendido a los pies de Láhria Taylor! —se echa vaho en las uñas y se las frota en la ropa—. ¿Sabes qué? Ni siquiera me sorprende. Es una Daughbeth. Además de una mujer impresionante. Y no es por nada, pero he debido estar muy ciega, porque es evidente por cómo la miras. Debería revisarme la vista. La edad no perdona.

—Primero de todo, yo no he caído rendido a los pies de la enfermera ultra exigente consigo misma que viste como los de la funeraria en sus peores días y segundo, no soy "súper exigente".

—Mírate, pareces saber mucho de ella, a diferencia de las mujeres cuyo nombres olvidabas en horas. ¡Cuéntamelo todo!

—No hay nada que contar.

—¿Estáis enamorados? ¿Cuándo ha pasado? Antes de que ella llegara aquí, ya os hablabais, ¿a que sí? Sabía que tu secreta razón por la que te negabas a ir a Londres para las cenas de Navidad de la familia debía ser algo gordo, pero nunca imaginé que fuera esto.

A día de hoy me sorprende que JL no le haya dicho nada. No creí que me guardara el secreto.

—No te montes películas, Daisy, solo ha sido un beso.

—Pues le has zurrado bien al pobre Nolan.

—¿Al pobre N...? ¡Pero si ha sido él quien ha empezado!

—Ya, sí, fijo que tú te has resistido un montón a daros de puñetazos —se cruza de brazos y me alza las cejas, todavía con cierta sonrisa impresa en la cara—, que nos conocemos Kían, a mí no me engañas.

El móvil me vibra y me lo saco del pantalón.

Mensaje de Raylan
14:44 Llámame cuando leas esto.
14:45 Tengo noticias sobre Morgan.

—Tengo que irme.

—Espera, todavía no me has contado nada. ¡Quiero detalles! Los necesito para vivir. Si mis hijas van a empezar a llamarla tía en vez de prima, voy a tener que prepararlas.

Hostia puta.

—Mira, me estaba curando la cara, se ha sentido mal por mí y me ha besado, pero no importa porque soy yo quien ha llamado al caraculo de su hermano y puedo asegurarte que lo que ha pasado entre nosotros no volverá a repetirse. Nunca. ¿Lo entiendes? Me alegro. —Abro la puerta de un tirón—. Gracias por la comida, Daisy, estaba todo muy bueno.

Me topo a JL antes de alcanzar la salida y me corta el paso, joder, hace más que eso. Me coge de la camisa, me estampa contra la pared con violencia.

—Empiezo a estar hasta los cojones de esto —le ladro—, tienes tres segundos para soltarme o les daré a tus hijas un padre con una cara nueva.

—¿Te has acostado con Lay?

—Claro que no, solo ha sido un beso.

—¿Estás seguro? —insiste con instinto asesino en la mirada.

—Sí, apártate.

—No vas a hacerlo, Kían. Láhria no es una mujer con la que pasar el rato, divertirte y luego no volver a llamarla.

—Yo no engaño a nadie. Todas las mujeres con las que me acuesto saben que no me comprometo desde el puto primer beso, ¡y suéltame ya, joder!

No lo hace.

—Lay es diferente.

—¿Te crees que no lo sé?

—¿Qué estás diciendo? —Se le abren de más los ojos y su agarre flojea—. ¿Que te gusta como para comprometerte?

Aprovecho la oportunidad para quitármelo de encima. Voy a acabar dándole un puñetazo en la boca para que se calle.

—Estoy diciendo que te metas en tus putos asuntos y que si puede ser, que me dejéis todos en paz de una vez.

Salgo de la mansión entrometida y pongo tierra de por medio, cuanta más mejor.

—¡Lysander!

La única voz capaz de pararme los pies atraviesa el jardín. *Me cago en diez, en mi puta estampa y en mi vida entera.* Me giro y aprecio, por primera vez en mi vida, los andares de una mujer furiosa. Tiene los ojos hinchados de haber llorado, pero ahora está llena de una irritación que le sienta de cine. ¿Por qué me hace sentir *esto*? ¡Si no para de gritarme y parece que la viste un puto ciego con un solo color en el armario: el negro!

Se acerca, se pone de puntillas y me coloca una gorra. Contra mi voluntad, vuelvo a olerla. A olisquearla como un condenado animal que no sabe controlarse.

—¿Qué estás haciendo?

—Ponerte una gorra —me estampa algo contra el pecho, no sé el qué—. Toma, son de Daisy. Póntelas también o no me hables más.

Sigue tocándome y cargándome de esa electricidad que no busco y que tampoco puedo apagar por mucho que quiera. Me arranco las palabras de la garganta.

—¿Gafas de sol de mujer? ¿En serio?

—¿Tan delicada es tu masculinidad que vas a poner en riesgo tu salud con tal de no usarlas?

No puedo evitarlo, su preocupación me la pone dura. Supongo que porque no me quisieron lo bastante de pequeño.

—Creí que me odiabas, ¿por qué me has defendido?

—Sigo sin tener ganas de hablar contigo y eso incluye responder a tus preguntas. —Me da la espalda y antes de darme cuenta de lo mala idea que es, la agarro de la muñeca.

—Espera. —Tanto ella como yo miramos el punto exacto donde su piel se junta con la mía. Mi sangre se calienta en cero coma—. ¿Lo has dicho en serio? Lo de no arrepentirte del beso.

Aprieta los labios aferrándose a palabras que no quiere soltar.

—Esto tiene que parar —pido, mi voz sale más áspera, reticente.

—A mí tampoco me gusta discutir, ¿pero qué se le va a hacer? Naciste así. Irritante, arrogante, molesto… me estás apretando mucho la muñeca.

—No vengas más a verme, Aurora. Nunca más.

Su pecho sube de forma abrupta y se suelta.

—¿Qué te hace pensar que quiero volver a verte? ¿Que quiero gastar medio minuto de mi día con alguien que no ha hecho más que sacarme de quicio y buscarme problemas? —Se suelta, se da la vuelta y acelera sus pasos, pero vuelvo a alcanzarla junto al gran seto del caballo.

—Lo digo en serio. Quiero que salgas de mi vida y que busques la manera de arreglar la tuya.

Aprieta los labios y sacude la cabeza.

—No voy a irme antes de que Alice mejore.

—No te he pedido eso.

—¿Entonces qué vas a hacer? ¿Dejar de verlas a ellas? Porque te recuerdo que ahora vivo aquí. —Resopla y se revuelve en el sitio—. Dios, ni siquiera te has disculpado por lo que has hecho a mis espaldas, ¿así es como vas a despedirte de mí? —su voz se rompe en un tono vulnerable que me hace arder en deseos de tocarla otra vez.

Peor, me hace querer contárselo todo.

—No siento haber avisado a tu hermano…

—Eso ya me ha quedado claro esta mañana.

—…Aunque debería haberte dado la opción a hacerlo tú.

—Sí, deberías —acepta desviando la mirada hacia sus pies.

—Me disculpo.

Asiente sin levantar la cabeza.

—Supongo que esto cuenta como despedida.

—No. Pero esto sí. —Alzo su barbilla y la beso antes de que pueda decir otra palabra.

Es brusco, violento, como todo lo que hago, pero su boca responde con una rabia y una dulzura que me estrangula el raciocinio y me asfixia las buenas ideas.

Quiero desnudarla, quiero comérmela entera y hacerla mía. Quiero tiempo, joder.

Lo quiero todo.

Tira de mi cuello y se pelea contra mí por ver quién besa a quién y no me queda un puto nervio del cuerpo sin empalmar. Su sabor es todo lo que no sabía que necesitaba, como si mis pulmones acabaran de conocer lo que es el oxígeno.

Rompo el beso antes de que me rompa a mí, me separo y me permito mirar sus labios enrojecidos un segundo menos de lo que haría falta para perderles el pulso. Me largo ignorando el agujero que cada centímetro de distancia me deja en el pecho. Esta vez ignorando su voz cuando me llama.

Paso por mi casa a por la pomada porque la cara me está matando, cambio las gafas

de Daisy por las mías y voy a verle. Espero junto al faro unos tres minutos hasta que llega con el coche.

23

Láhria



Entro en la casa y le sigo sintiendo a él en mi boca. Tengo el pulso igual de desbocado que el día del accidente, como si hubiera mirado a la muerte a los ojos. *A la muerte no, Láhria, a la vida.* La piel me arde. Quiero ir a buscarle.

¿Pero a ese tío que le pasa? Me mira como si fuera la única persona en el mundo capaz de leer su letra, la única capaz de oír su voz. Sé que no es cierto, que de algo así no podrías alejarte y él solo hace que poner tierra de por medio, pero aun así…

Vuelvo al salón en el que solo está Cleo y el pan de pasas.

—Reconozco que cuando vine aquí a pasar unas mini-vacaciones con mi mejor amiga, no esperaba semejante calidad de drama y salseo. —Se levanta de un bote, sus rizos siguiéndola de cerca—. ¿Se puede saber qué ha pasado ahí fuera?

—Nada.

—Nada y un pimiento. ¡Qué rabia! Los setos os tapaban. ¿Qué ha pasado?

Sacudo la cabeza.

—Vas a dejarme que te vea esa herida y te la cure. Es una gasa muy grande para un simple roce de ortigas.

—N-no. Espera.

—De espera nada.

—Sí, hablemos de Kían primero, tengo preguntas. Para empezar, ¿por qué estás tan roja? ¿Y de qué habéis hablado? —me rehúye pero la alcanzo y tiro de ella.

—Mira, Cleo, si lo haces por lo que te he contado de la sangre, ahórratelo. Quiero superar mi trauma en algún momento y no lo voy a conseguir huyendo. —Se me revuelve el estómago cuando le subo la manga. Le quito la gasa y me quedo sin palabras. Lo que encuentro *no* es un roce de ortigas—. ¿Cómo lo…? ¿Qué has…?

—Te vi el tuyo anoche cuando te quedaste frita.

—¿Me lo viste? —Me llevo la mano al antebrazo como acto reflejo—. Mierda, era una sorpresa.

Un tatuaje de dos manos de chica dándose el meñique en una promesa de amistad eterna. Bajo el dibujo minimalista yo tengo una C y ella tiene una L.

—La sorpresa me la llevé, te lo aseguro —se le llenan los ojos de lágrimas—, y ahora te la devuelvo, Lay. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Cleo, estás loca, ¡pero si te dan miedo las agujas!

—Por ti cualquier cosa, guapa. Además, me ha acompañado Daisy, no ha sido para tanto.

—¡Sí lo ha sido! —dice la mencionada desde el jardín.

—Que alguien me explique de qué hacen las casas en Saltwater para que se escapen todos los secretos —digo, nos reímos y la abrazo fuerte.

Nolan llega al comedor en ese momento y cuando me pide hablar siento miedo al igual que alivio.

—Sí, a mí también me gustaría —lo fulmino con la mirada.

Le doy un apretón ene la mano a Cleo, asegurando que no he acabado de flipar, y me marcho. Nolan no dice una palabra, pero yo rompo el silencio bien rápido.

—¿En qué demonios estabas pensando? ¿Te has pegado con Kían?

—Lay, sé que no soy tu padre…

—No, eres un caraculo. Eso eres.

Hace esa mueca seria tan suya, esa que dudo si esconde una sonrisa.

—Eso me lo merezco. Pero no he podido contenerme. Lay, sabes la clase de hombre que es. Desde que me casé con Nina te he oído decir cientos de veces lo que buscarías el día de mañana. Bien, ese futuro se ha convertido en el presente y él no podría darte eso ni en mil vidas.

—No deberías hablar tan a la ligera de alguien a quien apenas conoces.

—Lay, lo conozco desde hace años.

—Sí, como el hermano pequeño de John-Luke, el marido de la hermanastra de tu mujer. No lo conoces como Kían-Lysander MacAlister, el bombero que se sacrifica por desconocidos, ni el tío que es para sus sobrinas, o la clase de persona que es con una perra demasiado pequeña para tener tantas camas, ni tampoco le has visto con… —*conmigo*.

Suelta el aire de forma sonora, entra en mi habitación cuando se la señalo y cierro tras de mí.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Nada, solo un beso —más o menos—. Uno que tú interrumpiste.

—Así que no ha mentido… —se sienta en el borde de la cama perfectamente hecha, se frota la barbilla y de inmediato arruga la nariz en un gesto de dolor—. ¿Significa eso que estáis juntos? —Le cuesta decir esta última palabra.

—Acaba de pedirme que no vuelva a verle y que me aleje de él así que no, yo diría que no. ¿Qué? ¿A qué viene esa cara?

—A que ha insistido mucho en que me metiera mis opiniones por donde me cupieran para rajarse tan pronto. ¿Por qué lo haría?

—En el noventa y nueve por ciento de los casos no sé por qué hace las cosas. Me enfada, me irrita cosa mala, me inquieta, pero también me intriga y me… —carraspeo—. Mira, has perdido la oportunidad de tener esta conversación conmigo cuando has decidido zurrarle para zanjar el tema. Estaba herido y debe haberle dolido un huevo. Así que a menos que quieras hablar de mi decepcionante carrera y mis pésimas decisiones laborales, te espera un montón de silencio incómodo conmigo.

Sonríe y se levanta, imagino que no para largarse, pero reconozco que dudo. Abre las puertas de la terraza y sale haciéndome un gesto para que le siga.

—¿Tú sabes cuánto te quiero, Lay?

—¿Q-qué…? ¿A qué viene eso ahora, así tan de sopetón? —Desvío la mirada.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me arrepiento de haber sido tu tutor? Dime.

—No existen números en el mundo para eso —admito en voz baja—. ¿Lo dejamos en «muchísimas»?

Sus ojos azules sonríen mientras se apoya en la barandilla de piedra enroscada del balconcito.

—Estaba seguro de que quería ocuparme de ti, ser yo quien te criara, a pesar de eso debo admitir que sí creí que el miedo desaparecería. Pero no lo hizo.

—¿Nunca?

—No, y la cosa no ha cambiado desde que soy padre. Keith-Jakaris, Nina y tú, sois mis epicentros del miedo.

—Suena fatal.

—Así funciona el amor. Cuando solo estábamos tú y yo, cuando acabábamos de quedarnos huérfanos, lo único en lo que podía pensar era «va a crecer sin conocerlos. Sin saber la clase de personas increíbles que eran». Ridelmunt me enseñó a hablarte de papá y mamá, sin centrarnos en lo mucho que me dolía su ausencia para no transmitírtelo. Pero sabía que hiciera lo que hiciera, jamás podría sustituirlos porque solo soy… *yo*. —Hace una mueca y pasa los dedos por sus tatuajes gastados del cuello.

—He sido muy feliz, Nolan. Me diste un hogar. Tú, Ridelmunt, Lora, Mountville… Te lo debo todo.

Sacude la cabeza.

—Es evidente que he hecho algo muy mal si tu primera reacción tras lo que te pasó no fue contármelo, venir a casa y desahogarte conmigo.

Habrías podido hacer mucho y yo te arrebaté la oportunidad.

—Lo siento, Nolan. No sabes cuánto. Pero si no quise trabajar en Mountville contigo fue por lo mismo, porque necesitaba impresionarte. Hacerte ver que puedo hacer las cosas sola, que me va bien. —El estómago se me retuerce—. Que lo has hecho bien conmigo, ¡que no has malgastado tu juventud! ¡Que no la has tirado a la basura!

—¿De qué mierda estás hablando, Lay? —Me coge de los brazos y me zarandea—. Eres mi hermana, ¡llevas impresionándome toda tu puta vida! —Me suelta, retrocede y sacude la cabeza frotándose los ojos—. Huérfana, del colegio a casa de Lora, a casa de Ridelmunt, a casa de Antea Wilson, yo no podía darte estabilidad y tú no te quejabas de nada.

—No es cierto, tú siempre estabas ahí. Siempre te preocupabas de que estuviera bien, de que estuviera contenta y sana.

—Eras un puto regalo, Lay. Y si hay alguien aquí a quien necesitas impresionar no es a mí, te lo aseguro. —Su cara cambia, su tono también—. Pero atrévete a sentirte culpable porque tuviera que ocuparme de ti, atrévete a sentirte un lastre en mi historia, y no te lo perdonaré nunca.

Sus últimas palabras suenan con eco en mi cabeza durante horas, cuando él ya ha cogido el avión y ya no está conmigo.

No fue así siempre. No siempre me sentí culpable. Pero crecí y con mis propias experiencias empecé a ser consciente de todo lo que Nolan no había podido vivir. De todo lo que se perdió por tener que cuidar de mí.

Ahí dejé de llamarme Láhria y empecé a ser Lastre.

24

Kían-Lysander



—Joooder, ¿qué coño te ha pasado? ¿Te he atropellado un camión? Menuda cara traes.

—¿Estás seguro que está en su casa?

—Su coche estaba en la puerta. ¿Vas a contarme quién te ha dejado la cara así? ¿Ha sido JL? Tiene un revés que acojona.

—Raylan, no estoy de humor.

—Ya, sé que odias estar de vacaciones obligatorias. —Se mueve nervioso, incapaz de estarse quieto—. Te alegrará saber que esta mañana Jane ha vuelto a tener problemas con Winifred y se ha quejado al jefe.

Jane es la única paramédica fija de nuestro parque, el setenta y uno, lo cual significa que sus compañeros van y vienen. De todos los que ha tenido, es la primera vez que sus problemas con uno son tan difíciles de ignorar como para acudir a Hayden.

—¿Qué ha pasado? —Me lo cuenta y se trata de un incidente similar al que yo vi, pero me percato de otra cosa mientras habla—. Oye, tío, ¿estás bien? Tú tampoco tienes buena cara.

—Supongo que el allanamiento de morada me pone algo nervioso —se frota la mandíbula echando a andar.

—Eh, ¿quieres echarte atrás? Porque puedo hacerlo solo.

—Voy a hacer como que no te he oído.

Caminamos hasta el muelle y a pesar de que la zona de cafeterías, bares y restaurantes está cerca, lo hacemos sin cruzarnos con nadie. Normal, porque hoy es el DVM, también conocido como Día de Visibilidad de la Menstruación, lo cual quiere decir que todos están dentro, tranquilos y sin armar jaleo, que hoy no habrá peleas en las calles, ni ningún tipo de altercado en los bares.

Daisy tuvo la idea y en el momento que Keylah lo instauró en el Ancla Oxidada, el resto de locales del pueblo la copiaron. Dicen que los ciclos de más de dos tercios de las mujeres de Saltwater se han sincronizado. Dudo que sea cierto, ¿pero algo que sí lo es? Que durante el DVM los tíos que aprecian tener la cabeza sobre los hombros son mucho más pacientes y amables con las mujeres de Saltwater, valorando que hagan sus labores con los terribles dolores y calambres que sufren muchas.

—Raylan, quería decirte algo sobre Lay.

—Yo también. ¿Puedes ayudarme a dejarla sutilmente? No es que hayamos empezado a salir, ni nada, ¡solo fue una cita! —se carcajea nervioso—. Pero no estoy preparado.

—Creí que era *tu Aurora*. En el turno de ayer me dijiste que…

—Ya, sé que no es la primera vez que meto la pata. Pero Dhorothy me importa mucho y… —se revuelve el pelo, exhala el aire contenido—. ¿Puedes ayudarme y hacer tu magia? Tú siempre consigues que no se enfaden contigo.

Joder, pues yo juraría que no hago otra cosa.

—Claro, hablaré con ella.

—Gracias, tío.

Nos colamos en el barco de Morgan y encendemos las linternas. *Alejandro no pondrá pegas a abrir una investigación si le damos pruebas de que Morgan tiene droga en su posesión. Es algo que sabes si pasas mucho tiempo en la calle, pero sin pruebas, no hay delito. Sin pruebas, ese hijo de puta se va de rositas pese a haber estado a punto de matar a Lay.*

—¿Has hablado con tu exmujer últimamente? —pregunto mientras rebusco entre revistas viejas.

—Me paso el día pensando en ella, preferiría hablar de otra cosa.

—Creo que Winifred se ha aliado con Braxton.

—¿Qué cojones dices?

—Braxton me culpa de la muerte de su hijo, lo sabes —Jeremiah entró en nuestro parque porque su padre, ex-bombero metido en política local, tiró de unos cuantos hilos.

Hayden no pudo hacer nada y uno de los nuestros perdió la plaza por culpa de Braxton. Aun así, estábamos dispuestos a darle una oportunidad a Jeremiah, pero resultó ser un irresponsable. Desobedecía las órdenes directas de sus superiores, incluso de Hayden, carecía de todo respeto por la autoridad. No era valiente, era estúpido, inconsciente y muy peligroso. No se preocupaba por salvar víctimas, se preocupaba por colgarse medallas.

Si me preguntas a mí, era todo lo que no debe ser un bombero.

Así que a nadie le sorprendió cuando se metió de cabeza en una gasolinera en llamas y acabó… *como acabó*. Engullido por una bola de fuego. Braxton me culpa a mí, porque Jeremiah era el novato a mi cargo.

—Hayden fue detrás de Jeremiah, podría haber acabado como él —dice con voz neutra.

El jefe intervino porque perdí de vista a Jeremiah un solo segundo y vio lo que pretendía.

—Actuaba por su cuenta, no fue culpa tuya, Kían. Ni siquiera obedeció a Hayden. ¿Pero qué tiene que ver Winifred en todo eso? No lleva mucho tiempo en el parque y lo de Jeremiah fue hace muchos años. —Le cuento lo que me dijo en el último aviso y me llama paranoico.

Encontramos mucho alcohol, una gran cantidad de herramientas de peluquería que resulta extraña teniendo en cuenta que Morgan es calvo desde hace décadas, y una serie de revistas porno.

Pero ni rastro de la droga.

La madera del muelle cruje con pasos rápidos cuyo eco me hiela la sangre. *No es posible*. Intercambio una mirada con Raylan. Las pisadas sobre nuestra cabeza son inconfundibles. *Está justo encima, ya en el barco*. No hay ningún sitio donde podamos escondernos, Raylan lo sabe, yo lo sé, y Morgan está a punto de…

—No sé qué mierda hacéis en un barco que no es vuestro, pero vais a dejarlo y a salir de ahí cagando leches. —No distingo la sombra por la escasa luz, pero sí reconozco la

voz.

Salgo con las manos en alto y veo a Raphael, dueño del Ancla Oxidada, con las suyas apretadas en puños y ni rastro de su habitual sonrisa encantadora. Espera a que salgamos para cogernos del cuello de la camisa y llevarnos de vuelta a tierra firme a empujones.

—¿En qué estabais pensando? —pregunta cuando llegamos—. ¿Es que queréis que os detengan?

—Tenemos motivos para creer que Morgan causó un accidente en la entrada del pueblo y queríamos…

—No quiero saberlo —me interrumpe cogiéndonos por la chaqueta—. No sois agentes de la ley, no podéis tomaros la justicia por vuestra mano. ¿Sabéis dónde acaba la gente que lo hace?

—En la cárcel —decimos al tiempo como si fuera la única respuesta de los deberes que sí nos sabemos.

—Exacto. Ahora vais a venir conmigo y a servir mesas hasta que os sangren las manos con arrepentimiento. —Su tono adquiere un nuevo color de furia y rabia aterradora, tendrá mil años, pero la verdad es que acojona.

—Yo no puedo quedarme —Raylan se libera de su agarre—, pero castígale a él por los dos. ¡No te olvidaré, tío!

—Raphael, no he tenido un buen día y…

Estrecha la mirada cual halcón firmando la sentencia de su presa. Entro al Ancla Oxidada sin oponer resistencia y lo encuentro inusualmente silencioso. *Incluso para un DVM*.

—Keylah, disculpa.

—¿Sí, Alaric?

—No he pedido nachos con mango confitado, a mí ni siquiera me gusta el mango. —Se hace el silencio—. ¿Pero sabes qué? Soy mayor para tener un paladar sensible. Así que… gracias. —Le da un buen mordisco y oigo hasta el crujido.

—¿Mango confitado? —murmuro.

—Mejor no preguntes, chaval.

Raphael me empuja hacia la barra y llego dos segundos antes que Hileya, quien suelta una bandeja vacía con tal fuerza que gira como una peonza durante cinco eones.

—Aquiles, dile a tus amiguitos que si vuelven a decir que estoy más guapa cuando sonrío, ¡les voy a romper las narices con esta bandeja! —Se ajusta la coleta y se sienta en un taburete colocándose una manta eléctrica caliente en el vientre.

Le doy unos golpes en el hombro a Aquiles y empiezo a secar vasos limpios como él hasta que un trapo sucio vuela hasta mi cara.

—¿Qué haces tú aquí, MacAlister? —pregunta Keylah, entrando tras la barra en busca de más comida.

—Ayudar.

—¿Ayudar por qué? ¿Quién te ha dicho que necesitemos ayuda? —se gira hacia el restaurante—. ¿Te lo ha dicho alguien?

—Se lo he pedido yo —dice Raphael dejando unas cuantas jarras de cervezas vacías frente a mí para que las llene.

—Aquí todo el mundo toma decisiones cruciales para el restaurante sin pedir opinión a quien se pasa el noventa y nueve por ciento del tiempo entre sus paredes. Perfecto. —

Da un largo trago a su manzanilla caliente. Me coge del brazo y me salpico con la cerveza —. ¿Y a ti qué te ha pasado en la cara?

—Trabajo. Nada grave. —*Vaya día*.

—¿Keylah? —en cuanto un comensal alza el brazo ella sale como un torbellino, sin quitarse la mano del vientre.

—Me alegro mucho de verte, Kían —susurra Calíope acercándose a la barra con su habitual aura angelical, coge los pequeños boles con patatas fritas que Raphael saca de no sé dónde y se los lleva con sigilo para repartirlos gratis sin ser vista.

—Es una suerte que a ella siempre se le retrase —dice Raphael.

—No sé qué decirte —murmura Aquiles—, es como recibir un bofetón a sabiendas que la semana que viene te llegará un escupitajo. Casi preferiría que fuera todo a la vez.

—¿Sabes lo que preferiría yo? —Hileya aparece a su espalda de la nada—. No tener una mano invisible dentro del cuerpo cuyo único hobby sádico es retorcerme los ovarios una y otra vez. Una maldita desgraciada de hierro, capaz de provocar dolores tan sumamente insoportables que montones de médicos competentes ya comparan con el de un puto infarto. Pero eh, sonríe y actúa normal, no espantes a la clientela, Hileya. Te compadezco tanto por tener que aguantarnos, hermano, tienes *taaan* mala suerte. —Se marcha con todas las jarras de cerveza llenas y una ronda de aplausos de quienes la han oído.

—¿Y Bennet? —le pregunto mientras Aquiles recupera el color de piel.

—En la universidad

—¿Y por qué Hileya no…?

—Le dolía mucho. Se ha tenido que volver.

—Entiendo. —Tengo el tiempo justo para coger la bandeja de fresas con chocolate que me planta Raphael en los brazos.

—Para las chicas con dolores, cortesía de la casa. No dejes que *ellos* las prueben.

—De acuerdo.

—Ya cometimos ese error el mes pasado —dice Aquiles por lo bajo—. No fue bonito.

—¡Dios, no necesito que me envíes una señal cada mes diciendo que no estoy embarazada! —grita Hileya de fondo frenando mis pasos—. No hace falta, ya lo sé, ¡soy lesbiana!

Aprieto los labios para frenar la risa.

—Bueno, vale ya —Michael Jones, cuarenta y seis años, se levanta arrastrando su silla y suelta una risa sarcástica—. ¿No os parece que estáis exagerando? Solo es un poco de sangre.

—¿Un poco de sangre? —repite Keylah que, por supuesto, lo ha oído.

—RIP —susurra Aquiles.

—Que descanse en paz —asiento.

—Era un buen hombre. No muy listo, pero campechano —dice Raphael.

Como a cada incrédulo que pasa por aquí, conectan a Michael a un simulador de dolor, para que entienda el verdadero significado de «menstruación dolorosa». El ambiente del bar se anima mucho, por macabro que suene.

—¡Dale la descarga más fuerte! —gritan algunas de las come-fresas.

—No es necesario, chicas, mis palabras no han salido como pretendía. No habéis captado mi mensaje. Solo quería relajar el ambiente.

—¡Dale, Keylah! —pide una voz que se parece mucho a la de Raphael.

Digamos que Michael se queda sin risas sarcásticas para el resto de su vida.
Eso sí, se gana unas fresas con chocolate.

25

Láhria



Si hay algo que tienen en común Mountville y Saltwater, es que las noticias vuelan.

Mensaje de Keith-Jakaris
17:15 Estás bien, hermanita?
17:15 Necesitas que vaya a hacerte una visita?
17:16 Porque sabes que por ti me saltaría el instituto tanto como hiciera falta.

Menudo peligro.

La sesión con Alice de esa misma tarde es un caos desastroso y absoluto. Uno de los deberes que le mandé era escribir un diario de cosas que haga durante el día por las que se sienta orgullosa de sí misma, pero cuando lo leo con ella y lo comento, acabo sonando como una de esas tazas cutres con mensajes que no te llegan dentro y no sirven de nada.

Ella se ríe cada vez que me equivoco de ejercicio o le pido que repita algo que ya ha hecho.

—Perdona, Alice, estoy un poco distraída. No volverá a pasar.

—¿Es porque has discutido con Kían?

—No se habla durante el ejercicio de respiración.

—Pero tú acabas de…

—Shhhhh.

Tres, dos, uno.

—¿Es por su amigo bombero con el que saliste? Si me preguntas a mí, me alegra mucho que te salvara él y no el tito.

—*Alice.*

Se pellizca el labio de abajo con el de arriba, sellándolos como si no fuera a separarlos nunca más. *¿Qué ha querido decir con eso? ¿Por qué le alegra?* Me obligo a dar ejemplo y dejo el tema. Diez minutos después terminamos el ejercicio y empezamos con la última serie de estiramientos, pero sus ojos no dejan de preguntar ni un solo segundo.

—No, no es por su amigo bombero —e*s porque es un chivato de cuidado—,* ¿contenta?

—¿Entonces es porque no quiere que te vayas? Yo tampoco, pero supongo que tienes prisa.

—¿Prisa? ¿Por qué?

—Por tu trabajo.

—Claro que no, puedo quedarme tanto como quieras —le aseguro, pero las MacAlister no son fáciles de convencer.

Vuelve a sacar el tema al acabar la sesión.

—Sé que estás gastando tus vacaciones conmigo y quiero hacer que cuente, ¡que valga del todo la pena!

Sus palabras me atraviesan como una flecha.

—Ya lo estás haciendo, granujilla.

—Pues más, ¡mucho más! ¡Haré que te sientas muy orgullosa!

Haz que cuente, que todo su sacrificio valga la pena. Haz que todos estén orgullosos, en el cielo o en la tierra. Bajo la mirada hacia mi chándal de chico, todavía sintiendo el recuerdo de las lágrimas en el fondo de mi paladar.

No estoy orgullosa de mí, ese es el quid de la cuestión. No me reconozco en las huellas de mis propios pasos. Me he perdido en mis propias exigencias con tal de dar la talla, de alcanzar una perfección que sé que Nolan no busca en mí. Porque para él no soy un lastre. No he apagado su luz, solo he apagado la mía.

Pero todavía puedo arreglarlo. Aún puedo hacer que cuente, que valga la pena. Darle la hermana que merece tener. Olvidarme de Lastre y volver a ser yo.

—¿Lay? —se inclina hacia delante y apoya sus manitas en mis rodillas.

—Alice… —le planto un beso en la frente—. Dios, pero qué lista eres.

Se carcajea cuando la abrazo y no duda en devolverme el apretón. En cuanto acabamos la sesión, me saco el móvil del bolsillo mientras subo las escaleras a mi dormitorio. No espero a llegar para marcar y por suerte, contesta enseguida.

—Maggie soy Láhria Taylor. Necesito hablar contigo.

Me tiemblan las manos cuando cuelgo el teléfono. Cleo entra en la habitación como si supiera que los cimientos de mi vida están temblando. Se le abren los ojos con una euforia que tiene que sentir por un sexto sentido, porque yo no he abierto la boca. Se acerca despacio, mira el móvil en la cama e intenta entenderlo.

—¿Lay?

Sí, soy yo, Lay. Ninguna otra.

—Necesito que me acompañes al pueblo a por ropa nueva —exhalo temblorosa—. No tengo absolutamente nada que me sirva.

—¿De qué estás hablando? —se le enciende la mirada.

—No quiero seguir haciéndome esto, Cleo —tiro de mis pantalones—. Quiero volver a ser yo. Quiero encontrar mi sitio. ¿Crees que puedes ayudarme?

Se lleva una mano al pecho, cierra los ojos y asiente, luego extiende la mano y tira de la mía fuera de la mansión MacAlister. Corremos. Casi parece que volvamos a ser un par de niñas. Bajamos al pueblo aunque el atardecer está cerca. *Ni sé lo que estoy haciendo, me vibra el cuerpo con adrenalina.*

Entramos en muchas tiendas. Las bolsas van creciendo en los brazos de mi amiga, pero sigue empujándome dentro del probador. Oigo mi risa después de mucho tiempo.

—Todo es precioso, Cleo —le digo acariciando la tela suave de una camiseta entallada de tirante fino mientras JLo suena de fondo por los altavoces.

—Pues cómpratelo todo, tienes un maniquí para darle un infarto a cualquiera con ojos y es hora de que vuelvas a sacarlo a pasear. *¡Dios!,* no te haces una idea de lo feliz que me estás haciendo, Lay. —Se abanica los ojos para apartar las lágrimas—. Venga, pruébate este vestido que te va a quedar genial —antes de que lo saque de la percha, ella ya me ha traído dos más.

Uno de hombros caídos, otro palabra de honor… algunos son sexys y femeninos, otros suaves y elegantes. No consigo hacerme a la idea de que vayan a estar en mi

armario. *En el mío*. De que la compra online en la sección masculina ha acabado para siempre.

—¿Cómo te sientes? —pregunta cuando ya estamos de vuelta en el jardín de la mansión.

—Increíble. Con náuseas. Una parte de mi cabeza no para de repetir que la ropa es demasiado bonita para mí.

—¿Y qué vas a hacer con esa parte? —alza la barbilla.

—Matarla.

—Esa es mi chica.

Estamos a punto de cruzar la entrada cuando Daisy nos encuentra. Demasiadas emociones pasan por su cara al mismo tiempo. Es como si supiera todo lo que ha pasado en las últimas horas, así que el resumen que le hace Cleo es rápido.

—¿Y no me habéis avisado? —pregunta con un ligero tono de ofensa, parcialmente oculto por la alegría que la desborda.

—Hemos pasado por el laboratorio a buscarte, pero estabas ocupada.

—Con John-Luke.

—Con la ciencia —corrijo, dándole un codazo a Cleo.

Las mejillas de Daisy empiezan a cobrar color mientras busca las palabras adecuadas.

—Culpo a este vestido, ¿sabéis? No es que pueda hacer mucho para resistirme a… —carraspea y nos hace soltar las bolsas ahí, en la entrada. Luego se cruza la chaqueta de flores, ancla nuestros brazos y nos arrastra de vuelta al jardín—. Vámonos.

—¿A dónde?

—Al pueblo, Lay, ¡habéis comprado poquísimo!

—Pero es tarde, las tiendas estarán a punto de cerrar —digo.

—No cuando sepan que es una emergencia. Estáis en Saltwater, niñas, las cosas funcionan diferente por estos lares.

Si buscas la definición de «guay» en el diccionario, te aparece un solo nombre: Daisy.

Sé que imprimirá las fotos que nos saca en las tiendas para enviárselas a mi madrastra y la verdad, me encanta la idea. *Ojalá Nina estuviera aquí.*

Entre zapatos, vestidos, faldas, pantalones, camisas y camisetas, gasto buena parte del dinero del coche en una sola tarde. También acepto los regalos de Daisy y Cleo, pese a que me cuesta horrores no rechazarlos. *Si puedo regalar, puedo aceptar que me regalen, ¿no?* La voz de Kían llega a mi cabeza, *«no pides ayuda, pero aquí estás. En Saltwater, por Alice. Porque cuando te la piden a ti, sí la das»*. Quiero reamueblar mi cabeza. ¿Habrá tiendas para eso?

De camino a casa miro las bolsas y me admito que todo esto es una locura que sienta de maravilla. No recuerdo cuándo fue la última vez que me compré algo que me hiciera tanta ilusión. Casi había olvidado que las cosas materiales pueden tener ese efecto de felicidad efervescente que te cosquillea desde dentro. Mejor aún: el efecto de estar comprando un mundo de posibilidades. *No solo he comprado ropa, he comprado a mi antigua yo, que estaba ahí en la tienda, esperándome.*

Después de cenar, las niñas nos ven con bolsas de basura llenas de ropa de chico que compré por las razones equivocadas, y preguntan, como es natural.

—Quiero ser un buen ejemplo para vosotras —le pongo una mano en el hombro a Alice, acaricio el pelo de Bonnie y miro a Ayris—. A partir de ahora no solo tendréis a

una madre capaz de comerse el mundo, también tendréis una prima.

Nos acaban ayudando a tirarlas, con el pijama puesto y posponiendo la hora de irse a dormir, gritando cosas como «¡y no vuelvas!», «¡ya no te necesitamos!». Es épico.

26

Kían-Lysander



Me acabo de tragar la pastilla para el dolor de cabeza cuando mi móvil vibra en la mesita de noche. Contesto pese a no reconocer el número.

—Lo que sea que vendes, no me interesa. Gracias.

—No quiero venderte nada.

—¿Lexi? ¿Eres tú?

—Hola, MacAlister. Ha pasado mucho tiempo. Tenemos que hablar.

27

Láhria



A la mañana siguiente nos ocupamos del último paso gracias a los contactos de Daisy. El pelo. Cleo odia las peluquerías más que cualquier otro establecimiento, pero su tatuaje no es solo un dibujo, *¿sabes lo que quiero decir?* Me coge la mano mientras las tijeras cortan el desastre que me hice sola, una noche cualquiera que pillé las tijeras y decidí que el resultado no importaba demasiado. Quería deshacerme de mi pelo largo, tal vez fue el primer síntoma de que necesitaba un cambio y no lo supe ver.

Al terminar, mi melena está a cuatro dedos de distancia de mis hombros, pero también suave, brillante y bonita.

—No parece mi pelo —susurro frente al espejo.

—¿De qué estás hablando? Parece mucho más tuyo que antes —Cleo sonríe y me pregunto cuánto tiempo lleva viéndome a mí, pese a toda la niebla.

Me pregunto si alguna vez ha visto a Lastre.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

De: Lay
Para: Amy Vojak

Hola, tía Amy. Sé que no suelo hacer esto, pero tal vez empiece a partir de ahora.
~~¿Crees que…?~~
~~¿Sería posible…?~~
~~¿Si no es mucha molestia…?~~
¿Me consigues un vuelo a Virginia? ¿Por favor?
Es muy urgente. Hay algo que necesito hacer en la ciudad.
Te lo contaré todo con más detalle en la próxima carta.
Te quiero.

Láhria

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Escasos días después de enviarla ya tengo los billetes de avión en mi buzón de entrada del mail. Cleo se ha saltado una tradición Daughbeth-e-hijos (en la que se le incluye) de comunicación exclusiva por carta, fijo.

Existen algunos vacíos legales en el contrato con forma de Alex, Sawyer y maridos-Daughbeth, y creo que Cleo ha utilizado los necesarios.

Los murmullos de los pasajeros mezclados con el sonido de las ruedas de las maletas llenan el aire mientras el olor a café de aeropuerto y desinfectante me acompaña hasta la fila. Al cruzar la puerta de embarque ni siquiera estoy nerviosa. *Lo único que haré al llegar será decir la verdad.*

Me abrocho el cinturón nada más ocupar mi asiento y miro a través de la ventanilla. El ala del avión queda en segundo plano cuando me veo a mí. Bueno, en realidad veo el pedacito de falda de tubo rosa, bastante más de mi blazer blanco y también una buena parte de la camisa del mismo color que la falda.

El vuelo no se me pasa rápido, como si el avión desconociera la urgencia que tengo por acabar con esto.

En una sala pequeña del hospital Virginia Health, Maggie y yo esperamos sentadas a que la última invitada ocupe la silla al otro lado de la mesa. *No debería estar pensando en esos hoyuelos en una situación como esta, pero ahí están. Tiene delito. Aunque si soy sincera conmigo misma, él ha hecho esto posible.*

Mirah entra en la sala y la recorre entera con los ojos imprimiendo una sonrisa sarcástica en sus labios.

—Vaya, vaya, mira quién ha vuelto con el rabo entre las piernas. Por fin. —Se sienta masticando su chicle de forma exagerada mientras me mira de arriba abajo—. ¿Así que eso has estado haciendo durante las dos semanas que me has dejado tirada? ¿Irte de compras? —Baja el tono como si estuviéramos solas—. Me has costado mucho estrés y voy a devolverte el favor en cuanto te pongas el uniforme. —Mira a Maggie mientras juega con su chicle, tirando de él con dos dedos, y sonríe de nuevo—. Dentro de la jornada laboral permitida, por supuesto.

A mí me ha costado dos semanas volver a respirar, pero ella sigue igual que cuando me fui. *No te ha afectado nada.* Aprieto los puños bajo la mesa, manteniéndome inexpresiva.

—He vuelto, sí, pero no para trabajar.

—¿Cómo dices?

—Dejo de ser enfermera.

—¿En serio? —Su carcajada estridente rebota por las paredes—. Así que al final de todo, eres de las que da un paso atrás cuando las cosas se ponen difíciles, ¿eh? No puedo decir que me sorprenda, suele pasarle a las chicas como tú, que han tenido una vida fácil. El primer revés las desmonta enteras. Si no has venido a disculparte y trabajar, ¿a qué has venido entonces?

—A denunciarte, Mirah. A asegurarme que no vuelves a hacerle a nadie lo que me has hecho a mí.

—Fue tu incompetencia lo que mató a un paciente con buen pronóstico de recuperación —mueve las cejas despreocupada—, no sé quién te creería.

—Harold era tu paciente, su pronóstico no fue bueno ni antes, ni después de la cirugía y la que lo desatendió fuiste tú. Aceptabas a más pacientes de los que podías vigilar y luego sobreexplotabas a todos los enfermeros a tu cargo para llevarte el mérito mientras te ibas a tu casa a dormir.

—No tienes cómo demostrarlo y *nadie* corroborará tus acusaciones infundadas —me aguanta la mirada dejándolo claro: el que me apoye, perderá el trabajo.

—Mirah Sknanner, ¿es consciente de que la jornada laboral de cualquier técnico de la medicina no debe exceder las ocho horas? —interviene Maggie por primera vez.

—Por supuesto.

—Entonces podrá aclararme estas conversaciones. —Maggie saca de su carpeta los impresos de los chats que le mandé tras nuestra llamada.

—¿Qué es eso?

—Coacción, intimidación, amenazas y chantaje emocional —respondo—. Todas y cada una de las veces que me escribiste para pedirme que hiciera un turno doble sin descanso. Todas las que pusiste sobre mis hombros el futuro incierto de los pacientes más vulnerables, de *personas* que estaban bajo tu responsabilidad y no la mía.

—¡Yo no la amenacé! —grita señalando el montón de pruebas—. Ella me pedía trabajar más horas, ¡yo solo se las di creyendo que era capaz!

El hombre de brazos cruzados al final de la sala, camina hasta nosotras y toma asiento a mi lado.

—He pedido a un buen amigo del hospital que me dejara echar un vistazo a las cámaras de seguridad. Mirah, ¿te consideras enfermera? Porque no puede decirse que hayas trabajado mucho siendo una.

—¿Qué hace él aquí, Maggie? —vocifera—. ¡Ni siquiera trabaja en este hospital!

—¿Sabes dónde estabas cuando Lay pidió ayuda viendo que Harold se desangraba? Sí, exacto, nosotros también lo sabemos. Durmiendo. ¿Qué dirían los jefes de saberlo? —Nolan abre una carpeta, mucho más fina que la de las pruebas de Maggie—. Es curioso hasta qué punto pueden acelerarse los trámites cuando un caso grave de abuso de poder amenaza con dañar la reputación de un gran hospital como este.

—Recibirá noticias de nuestro departamento legal en breve, señora Sknanner, pero ya le advierto que lo mejor será que no se vaya muy lejos. Ha habido más enfermeros que al conocer el caso de Láhria Taylor han decidido ser valientes y dar un paso al frente. Me enorgullece informarla de que van a presentarse cargos contra usted por su parte y también por parte del hospital.

Esta vez soy yo la que sonríe, la que se inclina hacia delante y habla como si estuviéramos solas:

—Fíjate, Mirah, resulta que tú tampoco vas a volver a ser enfermera.

El peso sobre mis hombros desaparece y me libera.

He vuelto.

Daughbeth



En el aeropuerto de Michigan, cuatro mujeres comparten cafés y tartas, demasiado centradas en la conversación que las atrapa como para prestar atención a cualquier cosa insustancial que ocurra a su alrededor.

—¿Entonces se zurraron? —a Amy Vojak se le enciende la mirada mientras se muerde el labio—. ¿En serio?

—Como te lo cuento —asegura Daisy preocupada—. Tantos años de boxeo y encima bombero, pfff, Kían-Lysander tiene un buen gancho.

—Sí, pues anda que Nolan le dejó la cara fina.

—¿Habéis traído fotos? Sería más fácil juzgar —dice Lexi ganándose un par de miradas asesinas y algún que otro codazo.

—¡Qué desastre! Con la edad que tienen y aún resuelven sus problemas como unos críos —Nina, que viene de Londres de pasar unos días con su madre y Ridelmunt, se lleva las manos a la cabeza.

—Dejando a un lado cómo le haya puesto la cara nuestro médico de confianza, lo importante aquí es que el bombero está besando a nuestra Lay —remarca Amy con un movimiento de cejas.

—Sí, centrémonos en eso —pide Lexi—, ¿qué opináis vosotras dos del tema?

Ambas se abalanzan sobre la mesa expectantes mientras las dos hermanastras implicadas comparten una mirada.

—Yo estoy muuy a favor.

—Claro, porque Lay es increíble.

—Perdona, ¿estás diciendo que el padrino de mis hijas no lo es?

—Es una buena persona y sabes que le quiero, Daisy, pero tú mejor que nadie sabes que no se compromete con nadie y no voy a pedirle flores a un cactus. No quiero que haga daño a Lay, no después de las experiencias que ha tenido hasta ahora.

—Es verdad que no ha tenido mucha suerte —interviene Amy—. Ese Sean era un pelmazo y encima siempre iba con esos jerséis sosainas a cuadros, ¿y cómo se llamaba el otro? ¿Herman? ¿Henry?

—Hector —responde Lexi poniendo los ojos en blanco—. Después de esos dos muermos fijo que la pobre ha tenido que hacer terapia sexual para olvidarse de tanto aburrimiento.

Nina desvía la mirada sin hacer comentario alguno.

—Es cierto que Kían-Lysander no se ha comprometido nunca con nadie —dice Daisy—, pero Jay-Duncan tampoco se había abierto a nadie antes de Amy, y tú Lexi no llevarías esa llave siempre encima si no fuera porque Levi-Ryan Diago te la dio cuando…

—Ya, es verdad —se sonroja.

Nina se masajea las sienes.

—Me niego a imaginarme a Lay con un hombre experimentado diecisiete años

mayor que ella. Que no, ¡ni hablar!

—La edad es un número —dice Lexi, a quien al final alguien va a tirar de la silla.

—Sí uno bastante importante. Argh, mis veintiséis fueron épicos. Los encontré a ellos, me prometí y me casé. ¿Por qué ella no puede tener la misma suerte? El universo no sabe repartir sus cartas. —Alza la vista al cielo—. Son huérfanos, tío, ¿en serio?

—¿Hace falta que te recuerde lo que te llevó a Mountville? —pregunta Amy—. No estabas en un buen momento que digamos.

—Pues anda que tú, cuando conociste a Duncan —le dice Lexi y luego se vuelve hacia la primogénita—. Además, Nina, tenías veintiocho.

—¿De verdad?

—Sip. Y todo hay que decirlo, a mí Kían me tiene ganada. Hace siglos que no hablo con él, como sabéis —carraspea—, ¿pero hace falta que os recuerde lo que Daisy nos ha contado mil veces por carta? Es un tesoro con las niñas.

—Lo es, además de bombero. Prácticamente es un ángel —dice Daisy.

—Uno con pinta de demonio—dice Amy—, pero sí, un ángel.

—Siento que esto está siendo una emboscada —Nina Taylor estrecha la mirada y las repasa una a una.

—No lo es, pero, ¿funciona? —pregunta Daisy.

Nina emite una serie de gruñidos frustrados antes de dejar caer la cabeza contra la mesa.

—Necesito hablar con ella. Debería ir a Saltwater.

—Sabes que ahora Láhria está en Virginia —dice Lexi.

—Y que cuando vuelvas a Mountville ella ya hará horas que se habrá ido —sigue Daisy—. Es el destino. Te está diciendo que tienes que darle espacio y dejar que se aclare por su cuenta.

—Sería lo más sabio, sí. Chicas, tengo que irme ya —Amy reparte abrazos antes de volverse a poner su chaqueta del uniforme—. ¿Te llevo, MacAlister?

—Sí, porfi, pero no le cuentes a todo el mundo que soy tu hermana y que si algo falla en el avión me rindan cuentas a mí, ¿quieres? Me muero de la vergüenza.

—Es el precio a pagar por volar gratis.

—Pediré a un hombre calvo y viejo que me cambie el asiento.

—Gracias por avisar, lo mencionaré también a él en mi speech.

Se reparten abrazos.

El tiempo juntas nunca será suficiente.

28

Kían-Lysander



Mi móvil no deja de vibrar desde primera hora de la mañana porque, por si alguien no se había dado cuenta todavía, vivo en un pueblo de locos.

Mensaje de Kassandra *(pastelería)*
07:13 He oído que la familia de Lay se ha opuesto a lo vuestro. Lo siento mucho, Kían, hijo. Vente a la pastelería y te preparo una tarta para que te sientas mejor.

Mensaje de Anthony *(mecánico)*
07:32 Felicidades por sentar cabeza, campeón, ¡tienes que presentarnos a tu chica!

Mensaje de Kyson *(gasolinera)*
07:49 Tío, los embarazos no deseados son una putada. Te acompaño en el sentimiento.

Mensaje de Agatha *(floristería)*
07:55 No pretendo adelantarme a nadie, pero nos acaban de llegar unos ramos de boda preciosos.

La sala de descanso del parque setenta y uno está repentinamente silenciosa cuando salgo del despacho de Hayden tras recibir una advertencia poco amigable del jefe de lo que pasará si no aprendo a cerrar la boca.

—¿Todo bien, teniente?

—Sí, bien, Cameron —paso de largo y camino hacia mi despacho seguido por Raylan —. ¿Qué les pasa? Están rarísimos.

—¿Que les pasa? —resopla divertido—. Estarás de coña. Tío, que los tienes acojonados, eso pasa.

—¿Yo?

—Sí tú, que estás que muerdes desde que has recibido el mensaje de Daisy.

Mensaje de Daisy
10:01 Lay se ha ido. Creía que querrías saberlo.

Ese mensaje. No he pensado en él ni medio segundo. No hay ni una sola neurona en mi cabeza a la que le interese lo que sea que esté pasando con Mirah, con el hospital, con su reputación, con limpiar su nombre… Se ha largado, no va a volver, pero si Láhria cree que puede ayudar a Alice desde otro estado, por mi perfecto.

—Exageras —gruño.

—Si no es por eso, ¿entonces que te pasa?

No he dormido bien estos días, puede que sea eso lo que me pasa. Lo cierto es que cada vez que cierro los ojos me la imagino en mi cama. Me veo a mí, empotrándola, arrancándole esa horrible ropa del cuerpo, inclinándola sobre la encimera, el brazo del

sofá… dándole motivos a su hermano para que me parta la cara. He tenido más erecciones no deseadas en los últimos días que en los últimos años. Y por si fuera poco, sigo con la mandíbula resentida por culpa del puto Nolan-Kane. *Espero haberle dejado una buena cicatriz en la barbilla, por lo menos.*

—Nada en absoluto, Raylan. Estoy muy bien.

—Has mandado a Tina a poner gasolina al camión solo por oírla discutir con Avery sobre quién hacía hoy la comida —insiste.

—Esto no es un puto patio de colegio y a él también le he reprendido.

—Sí, obligándole a limpiar los cristales de toda la primera planta del parque, lo cual deja entrever bastante claro quién es tu favorita.

—Raylan, ¿qué quieres?

—Que firmes esta petición para que nos traigan una sierra nueva al parque para suplir la rota y que levantes el castigo a Avery, porque Cameron se ha ofrecido a hacer la comida y sabes lo mal que cocina Cameron.

Sí, es evidente que sus seis hijos no son tan altos porque él los alimente.

—Siento que te disguste el menú de hoy —le quito los papeles de las manos—, pero al equipo le conviene algo de disciplina y mano dura.

—Eh —se apoya en la puerta de mi despacho cuando entro—, dales un poco de tregua. Te recuerdo que has pedido a Hayden que te dejara volver antes y que estás a prueba.

—Y yo te recuerdo que en mi puerta pone «teniente» y que ya puedes ir cerrándola por fuera. —Le estampo los papeles firmados en el pecho y aparto la mano obligándole a cogerlos antes de que caigan al suelo.

El primer aviso de la mañana me ayuda a despejar la mente. Salvar vidas siempre es agradable. *Joder, ¿de verdad se ha ido? Bien, supongo que sabe lo que le conviene.* En cuanto vuelvo a mi despacho, el torbellino vuelve a arrasar mi cabeza. Recorro mi pequeño cubículo de arriba abajo una y otra vez. Soy un puma enjaulado en una celda sin oxígeno. Me siento al borde de la cama y el sonido de una salpicadura contra el suelo rompe el silencio.

Me está sangrando la nariz. *Uno de los avisos de mi cuerpo, que ha interpretado mi indiferencia hacia las migrañas como una ofensa.* Alzo la cabeza y noto las olas, las idas y venidas, como si toda la sangre de mi cuerpo subiera y bajara sincronizada. Veo las luces parpadeando cuando cierro los ojos. *Y aquí tenemos a la migraña.* Me tumbo obligando a mi cerebro a no fallarme todavía.

Nunca debí acercarme a ella.

Mucho menos besarla.

—Láhria.

Pierdo el conocimiento.

29

Láhria



Mhílena me entrega una carta en cuanto llego a la mansión. Nada más ver el sobre con las rosas dibujadas me da un vuelco el corazón.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

De: Nina Taylor
Para: Lay

Desde que Nolan-Kane volvió de Saltwater y me dio tu carta, he reescrito la mía más de siete veces. Lo cierto es que sigo sin saber qué decir.

Mi niña, mi preciosa Lay, no entiendo por qué has tenido que enviarme cinco páginas escritas pidiéndome perdón por no poder seguir siendo enfermera. Me rompes el corazón, mi pequeña. A mí no me importa la profesión que elijas, te voy a querer igual. Y tu hermano también (es evidente, pero por si necesitas leerlo).

Mirah es una persona terrible y lo que te hizo no va a quedar impune. Juntos vamos a hacerte justicia a ti, a Harold y al resto de pacientes indefensos que no saben la clase de enfermera que es esa mujer. No lo dudes.

*Voy a estar en Londres con Ridelmunt y Victoria unos días, escríbeme si quieres que vaya a verte después. No quiero presentarme por sorpresa y agobiarte. Pero Lay, recuérdalo, tienes toda la vida por delante, puedes cambiar de carrera, hazlo hasta que encuentres algo de lo que no puedas escapar. Busca allí donde tu corazón lata más fuerte. Sea una profesión, un lugar, o… una persona mucho, **mucho** más mayor que tú, (y eso es todo lo que voy a decir respecto a ese tema hasta que decidas contarme más).*

Te quiero, Lay.

Nina

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

—Nina. —*Vaya día llevo.*

30

Kían-Lysander



Abro los ojos poco después, mareado, como si hubiera dormido catorce horas seguidas. Me incorporo masticando una rabia con la que no sé lidiar. Aprieto las manos contra el colchón mientras las preguntas zumban a mi alrededor. *¿Por qué no acabó todo para mí antes de que ella llegara? ¿Por qué he tenido que conocerla? ¿Por qué no he podido tener una vida a su lado primero?*

—Teniente, MacAlister —Dayan Keiser golpea la puerta de cristal de mi despacho con los nudillos—, ¿puedo pasar?

—Claro, ¿qué pasa?

—Quería comentarte la actuación de tu equipo. Han estado muy rápidos en el aviso, parecían militares.

—Es lo que se espera de ellos —mi tono es cortante, pero ella ni se inmuta.

—No sé si sabes que Cameron ha evitado que Jake perdiera la mano.

—Algo he oído en el camión a la vuelta.

—Son buenos chicos. Esta noche invitamos nosotros a la primera ronda, os la merecéis. —Dayan no es del tipo de persona que dice cosas para quedar bien, así que sus palabras me ablandan un poco.

—No es necesario, Cameron solo estaba haciendo su trabajo.

—Tus chicos siempre hacen lo que deben. —Se cruza de brazos—. Y también lo que no tienen que hacer, como limpiar todos los cristales de la primera planta porque alguien está de mal humor.

—No le digo cómo dirigir su brigada, teniente Keiser, espero el mismo respeto por su parte. —Me levanto justo después de decidir que es el momento perfecto para bajar a entrenar tan duro como aguante el cuerpo.

—Sí, de hecho sí. Tenemos una inspección sorpresa, el jefe nos quiere a todos junto a los camiones.

—¿Otra inspección?

Braxton nos envía inspectores cada dos por tres, buscando la oportunidad de sancionar al parque, bloquearnos permisos o cortarnos el presupuesto (in)justificadamente. Dayan y yo llegamos y mientras, la gente de Braxton se mete en nuestra casa. Hayden me hace un movimiento de cabeza para que me acerque.

—Teniente MacAlister, le presento al supervisor Corbin.

—¿Supervisor? —repito confuso.

—Me envían del ayuntamiento, quieren que me asegure de que sabe hacer un buen trabajo como teniente. Ha habido… rumores.

Winifred. Lanzo una mirada a Hayden y la suya es clara: cierra la boca.

—Acompañará al camión setenta y uno en los siguientes avisos, para poder rellenar

su informe y volver al ayuntamiento cuanto antes—explica Hayden mientras el supervisor nos echa un vistazo.

—No hay prisa —dice Corbin con una sonrisa cínica. Desvía la mirada hacia la jefa de brigada y hacia Tina—. Vaya, parece que la inclusividad sí está en la orden del día.

—Supervisor Corbin —le advierte Hayden.

Este quiere irse de aquí cobrando algo más que dinero.

—Este parque parece más un bar de carretera que una estación de bomberos, ¿siempre tienen las mangueras tan mal enrolladas o es parte del folclore local?

—Avery, Tina —hago un movimiento de cabeza para que arreglen algo que ya estaba más que bien y Dayan hace lo mismo con los suyos.

Pero a ti no te voy a explicar que el protocolo a veces entorpece la acción rápida, porque no lo vas a entender.

—Primero que nada, habrá que revisar las dietas y la forma física del equipo. Un cuerpo de bomberos bien alimentado y en forma es más útil que la experiencia en la calle, ¿de acuerdo, teniente?

—Sin problema. La cocina está por aquí. —Lo llevamos dentro y empieza a hablarnos de no sé qué polvos veganos.

Cuando volvemos a estar todos, nos pide que hagamos diez flexiones. Como si fuéramos perros, suena a un «dame la patita» colectivo. Es curioso, con eso le basta para ver que necesitamos con urgencia su ridículamente larga lista de entrenamientos. Tiene un palo metido por el c***, unos brazos tan enclenques que sin duda Bonnie le ganaría un pulso y lo más cerca que ha estado de un incendio ha sido encendiéndose un cigarro, pero eh, fijo que es el idóneo para mejorar el parque.

Las alarmas suenan por megafonía y dos minutos después de llegar a la escena, ya quiero arrancarle la cabeza a Corbin. *Aunque he de reconocer, que resulta satisfactorio ver que le asusta mucho el fuego.*

El aviso me deja hecho polvo y también sucio de narices. Ha sido en una obra, por suerte sin heridos graves. Corbin se ha marchado tras caerse a un agujero embarrado con una fuga de agua. *El mejor momento de mi día. Cameron está seguro de que no se atreverá a volver. Ojalá tenga razón.*

Después de limpiar los trajes, me doy una ducha y recupero parte del mal humor porque no quiero volver a casa.

No soy capaz de ver mi cama sin verla a ella retorciéndose de placer, soltando suaves gemidos que hacen que mi polla se vuelva de cemento.

Estoy a medio vestir cuando me vibra el teléfono en el banco del vestuario.

Daisy MacAlister

Kían, estamos en apuros.

Daisy, ¿estás bien?
¿Ha pasado algo?
¿Es Alice?

[Foto]

La investigación que Luke y yo tenemos a medias se está convirtiendo en una mina de descubrimiento y nos reclaman desde Washington.

Solo serán unos días.

¿Crees que podrías cuidar de las niñas?

Joder, qué puto susto.
Sin problema.
En diez minutos salgo del turno y no vuelvo a trabajar hasta el lunes.

¡¡Eso es genial!!
Lay estará contigo, por cierto, así que no estarás solo con las tres pequeñas salvajes :P

Espera, ¿Lay?
¿Ha vuelto?
¿Por qué?

Sí, ha vuelto.
¿Cómo que por qué?
Solo era un viaje express a Virginia, ¿no lo había dicho?
Ups, fallo mío.
Voy a hacer la maleta, ¡te quiero!

Puede que exceda el límite de velocidad cuando coja la moto. Puede que la deje atrás sin prestar mucha atención a la zona del jardín donde la dejo, pero tengo que comprobar si es verdad o no.

Cruzo la entrada y voy directo a la escalera, pero no la alcanzo porque Láhria desciende desde el piso de arriba. *¿Estoy soñando?* La ajustada camisa rosa con topos plateados se ciñe a su cuerpo un guante, como si la hubiera fabricado alguien con un rencor personal a mi autocontrol. ¿Y esos malditos shorts oscuros? Cada curva que abrazan o dejan a la vista es un recordatorio cruel de todo lo que jamás será mío.

«Kían» es lo único que ha dicho cuando ha pasado por mi lado nada más entrar a la mansión. *Admito que me jode que no haya dicho «Lysander»*.

No sé qué cojones ha hecho desde que le pedí que se alejara, pero le ha sentado de puta maravilla. Quiero que me lo cuente todo, hasta el último detalle, pero antes de que pueda decir nada, ha desaparecido. Y lo ha hecho sin mirarme dos veces, contoneándose en un claro desafío a mi cordura, dejando que su pelo, más corto y resplandeciente que antes, la siga de cerca. Me meto las manos en los bolsillos y subo las primeras escaleras que encuentro en dirección contraria. Hablo con mi hermano, con Daisy, pero no estoy muy presente en nada. *Parecía contenta*.

El hecho de que cuando estamos en la puerta despidiendo a los padres de las niñas, acabe a su lado, es absoluta y total casualidad.

—Volveremos el domingo por la noche, ¿vale, lacasitos de oro? —asegura Daisy acariciando y despeinando cabezas lloronas.

—No os vayáaaaais —pide Ayris aferrándose a la cintura de su madre.

—Porfi, papiiiii —sigue Bonnie, colgada de la espalda de John-Luke.

—No nos abandonéis para siempre, ¡seremos buenas! —insiste Alice aferrándose a una pierna de JL y a otra de Daisy.

Lo veo en los ojos de mi hermano, la duda: les están ganando el pulso.

—Eh —gruño—. Vosotros a lo vuestro —muevo la cabeza hacia la puerta abierta de la calle y le hago señas a Creed para que se los lleve.

—No voy a ser el malo de la película —dice el susodicho alzando las manos.

—La ciencia os necesita y ellas sobrevivirán dos días.

—Sobrevivir sí, pero os echaremos mucho de menos —insiste Ayris.

Daisy, con los ojos a punto de desbordar, mira a Lay en busca de una aliada, pero

esta se da la vuelta y lo que oigo *no* puede ser un sollozo.

—Mis tesoros, os prometo que volveremos antes de que os dé tiempo a acabaros todas las galletas del tarro de la cocina, ¿de acuerdo?

—¿Aunque sean las de chocolate? —pregunta Bonnie con un puchero capaz de derretir el acero.

—Especialmente esas. —Daisy sonríe, pero le tiembla un poco la voz.

De esto he huido nueve años.

Y aun así, aquí estoy.

Trago saliva odiando lo que me hace, de lo que me obliga a darme cuenta. *Está claro que no soy lo bastante rápido.*

En cuanto la puerta se cierra se secan las lágrimas de cocodrilo y nos miran.

—Que esto no os confunda, estamos muy contentas de estar con vosotros —dice Alice.

—Les echaremos de menos, pero estamos contentas —dice Bonnie caminando hasta una Lay ya recuperada, cogiéndola de la mano.

Ella la levanta en brazos y la pega a su costado.

—Me olvidaré de su cara para cuando regresen —suelta Ayris arrastrando los pies.

—Pues menuda memoria de mosquito que tienes —me burlo, pero en vez del rebote habitual me pone pucheros e infla los mofletes.

Mierda.

—¿Querréis jugar mucho con nosotros al menos? —pregunta Bonnie.

—Síi, Lay, porfiii. —Alice se acerca a ella.

—Por supuesto, Cleo se ha ido a ver a su prometido y no volverá hasta mañana. Me aburriría mucho si no jugáramos juntas.

Bien, primer fuego apagado. Vamos a la cocina y pedimos a Patty y a Stef que nos dejen hacer la cena, porque si están entretenidas, no pueden llorar.

31

Láhria



Pillo a Daisy dejando una maleta en la entrada.

—¿Es una carta de Nina? —me acerco a la tía Daisy y leo—. Edgar Maden, Royce Calhum, Quinn Stephano, Casey Tedhan. ¿Quiénes son?

—Los casi-padres de mis hijas.

—Daisy, ¿puedo verte un segundo arriba? Ha habido un problema con la maleta —pide John-Luke en un tono que me yergue la espalda, pero que hace que Daisy camine hacia la escalera contoneándose y sin demostrar miedo alguno.

Subo a mi cuarto por la escalera más alejada posible, convencida de que va a haber fuegos artificiales-pre-aeropuerto. *Me pregunto cómo será eso de casarte con el amor de tu vida.*

—Estás espectacular —dice Cleo en videollamada mientras me pruebo los shorts y Céline Dion canta *Because You Loved Me*.

Está en el jardín de su casa en Mountville, esperando a que Josh, el repeinado italiano aficionado a los zumitos verdes y los dientes, vuelva con la cena.

—Es la tercera vez que me lo dices.

—Bueno, es que es la tercera vez que te cambias.

—Es un gusto tener tu apoyo incondicional —resoplo—, me gusta todo, ¿por qué no me decido? —una camisa grita desde el armario y vuelvo al baño con ella.

—Hay algo que no me estás contando —estrecha la mirada y luego se carcajea—. ¿Te estás poniendo colorete para que no vea que te pones roja?

—No, qué va —suelto la brocha y sigo abotonando la camisa.

—Esa camisa de topos plateados es sexy a rabiar y se te ve el sujetador, por no hablar de que te has puesto los shorts, piernas largas. Si fueras a estar sola con las niñas y a pasarte la noche leyendo libros de psicología, llevarías un pijama cómodo que pueda ensuciarse y dejarte apalancarte en el sofá después. A menos que…

—¿A menos qué?

No lo digas. No lo digas.

—A menos que sea otro el que quieras que te ensucie. *Eso es.* Kían va a ayudarte con las niñas, ¿a que sí?

—Pues mira, no me acordaba, pero ya que lo dices Daisy me ha mencionado algo, sí. ¿Por qué sonríes?

—Porque es un momento histórico. Te he visto aburrida, pasota total, cargada de indiferencia y llena de espanto, pero nunca te he visto *nerviosa* por un *hombre*.

—Dices *hombre* en ese tono y suena al lobo de Caperucita sacando los dientes.

—Me voy a callar lo otro que puede sacarse. ¿Tienes condones?

—Cleo, haz el favor de bajar la voz. Te van a oír las niñas —espero que no estén por el

pasillo.

—¿Acaso no te gustó el beso? —Baja el tono—. Perdona, *los* besos.

—Sí, ya te dije que sí. Igual que también te dije que no iba a volver a repetirse, que se acabó.

—No recuerdo esa parte, lo que sí recuerdo es que estuviste a punto de correrte en su regazo.

Cierro los ojos con fuerza. *¿En qué momento le acepté el mojito y el tequila?*

—Solo digo —alza las manos—, que esta noche estaréis solos en el gran castillo.

—Tenemos que cuidar a tres niñas, a tres. Y no es un castillo.

—¿De verdad no quieres acostarte con él? Porque te aseguro que, si no estuviera felizmente prometida y un bombero cañón de ojos azules me llevara al hospital tras un rescate, se quedara conmigo para luego convertirse en mi chófer, chef de la noche y compañero de cama… Con todos mis respetos, se lo agradecería con las bendiciones de mi cuerpo y le sacaría un buen uso a las suyas. Pero si a ti te vale con un beso, oye, pues guay también.

Intento contestarle, de verdad que sí. Pero solo consigo una larga exhalación frustrada.

—Así que no te vale con un beso —sonríe de forma perversa—. Me da que cuando volvamos a vernos ya no serás virgen, María.

—Cállate, ¿quieres?

—Ahhhh, el mundo está a punto de abrirse para ti y vas a flipar. Tienes suerte de que tu primero sea Kían-Lysander MacAlister, en el caso de la mayoría no es así.

—Sean y Hector…

—A esos dos ni me los menciones, menudos elementos. Ni siquiera te metieron los…

—Cleo, tengo que dejarte.

—Qué mona eres, ¿seguirá dándote tanto corte hablar de sexo cuando lo hayas hecho?

Corto la videollamada igual que sus palabras me han cortado la respiración.

Salgo al pasillo y vuelvo a entrar a mi dormitorio varias veces, a la tercera me siento súper tonta y me obligo a no volver atrás. No esperaba que a mitad del trayecto de la escalera, lo viera entrar por la puerta de la mansión.

Irremediablemente, me estremezco ante el impacto de su presencia, ante el peso de su mirada sobre mí. No llego a frenar mis pasos, aunque estoy a punto de caerme al suelo. Pelo revuelto, unos tejanos gastados y unas gafas de aviador, ¿desde cuándo esa combinación hace que me tiemblen las piernas? El deseo que hará que me odie a mí misma más tarde, pulsa con fuerza entre mis piernas.

Kían llega al último botón de la camisa, el que deja entrever parte del sujetador plateado de encaje. *Glup*.

—Kían —logro decir antes de poner paredes de por medio.

Me recrimino lo débil que ha salido mi voz. *Él ni siquiera ha dicho nada*. Al cabo de un rato, cuando oigo que se ausenta, respiro aliviada, pero me altera los nervios descubrir que solo ha ido a buscar a Ck. *O sea que es verdad, se va a quedar aquí esta noche. Eso va a suceder*.

John-Luke y Daisy se marchan y siento que la puerta se cierra a cámara lenta. Sellando mi destino, mi prisión.

Estoy perdida.

32

Kían-Lysander



Resulta que las niñas se divierten más jugando en la cocina que cenando, así que después de que los mayores les preparemos su cena, ellas insisten en preparar dos pizzas a los mejores chefs de Saltwater. En cuanto los cocineros se marchan a disfrutar su cena cargada de buenas intenciones, Láhria y yo nos quedamos con las niñas preparando las nuestras.

¿Tengo hambre? No. Tengo a Láhria en el estómago y en las putas venas. *Intoxicándome.*

Se está tomando esto de la cena demasiado en serio. Controladora del tiempo se queda corto, está ob-se-sio-na-da con que todo salga perfecto y las pizzas no se quemen. En los últimos minutos, ha mirado el de su muñeca diecisiete veces. Vale, dieciocho.

—Kían, ¿verdad que una vez fuiste famoso? —pregunta Ayris con la cara tan llena de queso que dudo si ha comido algo.

—¿Yo? —Frunzo el ceño—. No, nunca.

—¡Pero si saliste por la *teñe*! —exclama Ayris masticando.

—¿Por la tele? —pregunto y ella asiente toda entusiasmada.

Lay lleva un buen rato con la mirada baja, entretenida llenando la masa de pizza con todo tipo de ingredientes. Sus mechones de oro más cortos insisten en escaparse de la diminuta coleta y taparle la cara. *No sé qué quiero más, si mirarla o ir y apartarle el pelo con la mano y luego cerrarla en un puño.*

No la soltaría.

—No llamaría a eso ser famoso. Solo nos grabaron por apagar el incendio del edificio municipal, el de doce plantas. En realidad, salimos todos los bomberos que estábamos allí.

—Sí, pero a ti te entrevistaron —puntualiza Bonnie que se ha dibujado un reloj en la muñeca en honor a Láhria.

Asiento y se me escapa la sonrisa porque con ellas no puedo. Siento ciertos ojos taladrándome la mejilla, pero sé que cuando la mire ya no estarán allí, así que no me muevo.

—Vale, prima, te toca. ¿Es verdad que el tito Nolan y tú habéis conseguido que despidan a tu jefa mala? —pregunta Ayris aceptando el trozo de pizza carbonara que le ofrece Bonnie.

—Sí, es verdad, Ayris.

Me deja de piedra. *¿Está de coña? ¿Entonces toda esa ropa es de celebración? ¿Y no podría enviarme un mensaje del tema? No es como si tuviera mi móvil, pero podría habérselo pedido a Daisy para algo así.*

Alice se me acerca mientras corto el tomate en rebanadas furiosas, tira de mi

camiseta y me deja una pequeña pinza de pelo con perlas en la encimera, acto seguido señala a su prima, se lleva el índice a los labios y vuelve a su sitio.

—Tito, ¿a que está muy guapa?

—Sí, Bonnie. *Muy* guapa.

—Vale, Lay, te toca otra vez —dice Ayris.

—¿A mí? ¿No le toca a él?

—A él le acabamos de preguntar si estabas guapa —puntualiza Alice.

Menudas liantas. Que quieren saber de ella y punto, así de claro. Y que me parta un rayo, no pienso hacer nada para frenarlas.

—Entiendo —disimula una sonrisa, pero asiente—. Venga, disparad.

—¿Has tenido muchos novios?

Se le tensa el cuerpo entero. Estas niñas son muy curiosas y no van a parar.

—He tenido dos. ¿Son muchos?

—Nop —responden las MacAlister al unísono.

—Yo ya he tenido cinco —dice Bonnie—, y voy a casarme con uno que todavía no me lo ha pedido. El miércoles.

Mientras Ayris le pregunta con quién y le dice que ese tal Jonathan Simons es un bruto comemocos, me acerco a Lay y le pongo la pinza. *He entrado en edificios en llamas y ahora es cuando me tiemblan las manos. Yo debo de ser gilipollas.*

—Si fue cuando tenías cinco años no cuenta, Aurora —recalco paladeando su repentino nerviosismo.

Joder, disfrutándolo.

—Fue en la universidad, para tu información.

—¿Y os abrazabais? —pregunta Alice dándole la vuelta al cañón del arma y apuntándome a mí con él sin saberlo.

Cierro el clip, broche o lo que sea que tengo en las manos, y le aparto el pelo del cuello.

—Sí, claro.

—¿Y os dabais besitos? —pregunta Bonnie en un tono muy agudo.

—Muchos. —Lay baja el tono y se acerca a mi oído, exponiendo su cuello de cisne y su condenado olor a miel—, que no me acostara con ellos no quiere decir que no hiciéramos otras cosas. —Pasa de largo y mete su pizza barbacoa al horno.

Quiero preguntar sus nombres, salir de esta casa e ir a matar a esos tíos.

¿Qué cosas hicieron?

¿Se la hizo Lay a ellos o ellos se lo hicieron a Lay?

Creo que no quiero saber la respuesta.

—¡Tito!

Salgo del trance con el grito de Bonnie y las niñas se parten de risa.

—¿Qué pasa?

—Pensábamos que te habías quedado sordo de repente —dice Ayris.

—Estás un poco pálido, ¿te has puesto nervioso? —pregunta Alice acercándose de nuevo, esta vez alzando la mano para llegar a mi corazón—. Igual te pasa lo que a mí.

—Tú no te quedas sorda, Alice, a ti solo te duele la cabeza —le dice Ayris, que no sabe nada sobre las cegueras de su hermana y quiere tranquilizarla.

—Cierto —se limita a decir Alice antes de correr a la mesa a por más pizza.

Meto la que he estado haciendo en el horno, consciente de que si alguien me

pregunta de qué es, no sabré qué contestar.

—Tito, esta pregunta es para ti. —Bonnie me señala—. ¿Es verdad que estás celoso de Raylan por haber salvado a Lay en el accidente?

—No fue Raylan quien salvó a Láhria, fui yo. —Cierro el horno de golpe.

Las niñas enmudecen y se miran entre ellas sorprendidas, sin dudar ni un ápice de mis palabras.

—Creí que las mentiras no estaban permitidas. —Lay alza una ceja.

—No he mentido.

33

Láhria



Sacudo la cabeza con el pulso desbocado martilleando mi caja torácica cual pájaro carpintero. Lysander sonríe de manera lateral, exponiendo un solo hoyuelo y quiero que lo niegue ahora mismo. Quiero largarme y no volver a toparme con esa mirada penetrante funde-bragas en toda la noche.

—Claro que has mentido.

—Te desmayaste poco después de que entrara en el coche —sentencia como si tuviera la verdad absoluta en su bolsillo—. Te viste la sangre de tu frente y perdiste el conocimiento.

Aire. Necesito aire. *¿Fue él quien me salvó? ¿Él? ¿El gruñón insoportable que leyó mis mensajes y actuó a mis espaldas metiéndose donde no le llaman? ¿El mismo que me abrazó cuando Alice tuvo un episodio en el colegio?*

Diosmío.

Las niñas parecen tristes, no sé por qué, puede que intuyan que me está dando un infarto. Cuchichean, pero no descifro lo que dicen. Tengo la sensación de que me he perdido algo más, a parte de lo evidente, pero les propongo ver una peli en uno de los salones grandes con tele y lo uso como excusa para salir escopeteada de la cocina.

—¿Qué os apetece ver?

—Rapunzel —dice Bonnie sin mucho entusiasmo—, sale la tía Lexi.

—No es ella de verdad, solo Levi-Ryan la llama así —dice Ayris.

—¿Qué os pasa, niñas? ¿A qué vienen esos pucheros repentinos?

Se miran unas a otras debatiendo en pesaroso silencio si contarlo o no. Alice suspira triste y lo suelta.

—Ya no vas a poder casarte con Kían y teníamos muchas esperanzas de que os casarais.

—¿C-cómo? ¿Por qué decís *eso*? —*«eso» como sinónimo que abarque toda esa locura.*

—Nunca sale con mujeres a las que rescata —dicen al unísono.

—Es su código —dice Bonnie—, y es súper estricto con él.

—Bueno, si no puede ser Kían, podrías casarte con Aquiles, así te quedarías en Saltwater siempre —musita Alice y las demás me miran expectantes.

Se me parte el corazón. *Estas harán lo que quieran conmigo.*

Después de unos mimos les pongo la película y prometo llevarles palomitas en cuanto digieran un poco la cena. Ni siquiera sé cómo se camina cuando vuelvo a una cocina que está ridículamente lejos.

Un hombre no debería tener tantos músculos en la espalda.

—¿Tienes un código? —suelto de sopetón.

—Sí.

—¿Y en qué consiste?

—¿Por qué te importa?

—¿Por qué evades mis preguntas?

Resopla, sus ojos encendidos.

—No me va aprovecharme de víctimas inocentes a las que la situación les sobrepasa, ¿vale? Malinterpretar su agradecimiento puede provocar que acaben arrepintiéndose de mucho.

Evita mirarme y eso que la medalla olímpica de la mirada esquiva es mía.

No sé por qué quiero recalcar que cuando le besé yo no sabía que había sido él quien… pero no lo hago. *¿Por qué iba a hacerlo?*

—No sabía que habías sido tú, cuando te besé no lo hice por agradecimiento, lo hice porque quise.

Soy imbécil. Irritado, juega con su lengua presionándola con el interior de su mejilla.

—¿Qué pretendes que haga con esa información, Láhria? —Tensa los músculos al apretar las manos contra la encimera.

—Me hiciste creer que había sido Raylan, cuando te pedí la cita con él no dijiste nada. ¿Qué pretendías tú con eso?

Se hace el silencio y resulta ensordecedor.

No entiendo cómo alguien puede ocupar tanto espacio dentro de mí, sobre todo alguien que ni siquiera me cae bien. Estoy borracha de tanto olor a leña, y no puedo pensar en otra cosa que no sea *ese* beso. El primero. El segundo. El que sea.

Avisó a Nolan, le odiamos, ¿recuerdas?

En teoría sí, pero por él Mirah está en la calle y yo estoy aquí recuperándome a mí misma, liberándome después de años.

—¿Me estás mintiendo? —*último intento*—. Porque estoy segura de que cuando abrí los ojos, vi a Raylan.

—Vino a ver cómo estabas, sí. Pero no fue quién te… —Mueve los brazos, sus bíceps crecen a medida que se enfada—. ¿Tan difícil te resulta creer que fui yo el que te sacó? —Se acerca—. ¿Es que crees que no puedo contigo?

—No he dicho eso —retrocedo—, te vi arrancar la puerta y sujetar una sierra que parecía muy pesada, estoy segura de que puedes conmigo. Cualquiera que tenga ojos en la cara aseguraría que puedes levantar un coche. Y yo no peso como un coche.

El fuego azul de su iris lo quema todo y viene de la mano de una sonrisa arrogante que apalea mi ego sin piedad, dejándome sin defensas.

—Mírate, nerviosa como un pequeño ratón acorralado. —Baja el tono y habla cerca de mis labios—. No voy a tocarte, Lay. Respira.

Creído petulante montón de… El horno suena y Kían va a por las pizzas.

—No me pones nerviosa en absoluto, para que te enteres. —Suelta un resoplido burlón y me doy cuenta de lo odiosamente sexy que está cuando trabaja. Con toda esa concentración y la mueca que hace con los labios que tanto me calienta, me turba el pensamiento, me… *A la mierda lo de no mirar*—. ¿Sabes? Podríamos seguir con las preguntas.

—No, gracias.

—¿Qué pasa? —Ladeo la cabeza—. ¿Te asusta?

—¿Asustarme? —suelta las pizzas sobre la madera y cierra el honro—. ¿Por qué eres

virgen, Láhria?

Capullo.

—No te incumbe.

—¿Ahora quién tiene miedo?

—He estado muy ocupada con mi carrera.

—Sigues evitando la pregunta. Uhhh —chista con la lengua.

—¡No sé por qué! Será porque no quiero hacerlo. Será porque no es para mí.

Ahora sí que no me cree y no necesito ni una sola palabra para saber que es eso exactamente lo que piensa.

—Yo te diré por qué —se acerca, pero me niego a ser el ratón en esta historia.

—Claro, porque tú si lo sabes, ¿no? —Alzo la barbilla—. Porque me conoces mejor que yo misma, ¿verdad? Como puedes ser tan arrogante.

—Elegías mal, Láhria, *de puta pena*. Escogías a los que nunca rompían reglas, a los que cumplían horarios, como si lo viera. Eran perfectos sobre el papel, pero a la hora de la verdad, no sentías nada por ellos porque eran predecibles, aburridos y no tenían sangre en las venas.

—No tienes ni idea de cómo eran Hector y Sean.

—Hector y Sean, qué nombres más ridículos y odiosos. —Me aparta el pelo de la cara con rabia, acorralándome contra la pared, quemándome con el mero contacto.

Es como si su sangre fuera más caliente que la del resto de mortales. Las cosquillas ya no vibran, me muerden y me hacen gritar desde dentro.

—No vas a besarme, Lysander.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú la que me besó primero.

Mis pezones rozan la tela de mi sujetador endureciéndose todavía más.

—¿Y qué hay de la segunda vez? —alzo una ceja.

—Repetir es lo último que quiero.

No le estoy mirando a los ojos, no puedo apartar la vista. *Esa boca…*

—Genial, sé que ni en un millón de años podrías hacerme sentir el más mínimo placer y odio perder el tiempo.

—No deberías haber dicho eso. —Su boca impacta con la mía, me separa los labios y se cuela sin permiso.

Es brusco, me deja en una balsa de puro delirio, empapada de deseo y sin entender a mi cuerpo. *Kían ni siquiera sabe lo que es un reloj, ni cómo funciona. Es desordenado. No es nada madrugador.*

Me inclina la barbilla y juro que su lengua está follándose a la mía.

Una de sus manos llega hasta mi cintura me frota contra zonas de su anatomía con las que he tenido sueños que me dejan pegajosa, saciada y furiosa cuando me despierto. El gemido suplicante que sale de mí es crudo, desesperado, muy agudo y demasiado real, y hace que sus manos se aferren a mí con la fuerza de una bestia hambrienta.

El beso es perfecto durante un segundo más y entonces, deja de existir.

—¿Cuánto he tardado en arrancarte ese gemido? ¿Siete segundos? —Mueve las cejas y se aparta—. Vamos, Láhria, tú eres la controladora del tiempo.

—¿Tan orgulloso te sientes por eso? El bocado de pizza que me ha dado Stef antes de irse me ha hecho gemir más fuerte.

Endurece la mandíbula, se revuelve como un animal a punto de perder el control. Tiene las mejillas rojas y juro no haber visto a un hombre más guapo en toda mi vida, ni

uno con más poder sobre mis anhelos más primitivos. *Pero no es solo eso, ¿a que no?* Debería callarme, irme, poner distancia: *huir*.

—Eres…

—¿Soy *qué*? —alzo la barbilla.

—Tan desquiciante cuando quieres.

—Gracias, Lysander, añade frustrante y molesto a la lista y tendrás lo que yo pienso de ti.

—Una apuesta.

—¿Cómo dices?

—Tres minutos, Aurora.

—Dices esas tres palabras como si fueran una frase completa con su verbo y todo. No te entiendo.

Vuelve a estar pegado a mí, la diferencia es que esta vez una de sus piernas está entre las mías.

—Dices que no sería capaz de darte placer. Está bien, pues cronométrame. Si en tres minutos no te he dado el mejor orgasmo de tu vida, pierdo.

—Es ridículo. No vamos a follar, ni de coña. —Le pongo las manos en las caderas, pero no consigo apartarle ni a él ni a su pierna: la verdad es que ni lo intento.

—¿Follar? No. Solo he hablado de ti, Láhria —me pasa dos dedos por la mandíbula y los lleva hasta mi labio inferior al tiempo que alza más su pierna, hasta que el roce me colma de cosquillas vibrantes eléctricas y malditas—. Si gimes, te mueves o muestras el más mínimo signo de placer, pierdes y el juego termina. ¿Tenemos un trato?

No. N-no. Ni de puta coña.

—Sí.

—No te he oído —dice el capullo mentiroso—, ¿puedes repetirlo?

—Sí, Lysander. Tenemos un trato.

Durante una fracción de segundo sus durísimos y bellos rasgos se relajan y algo distinto a la lujuria brilla en sus pupilas dilatadas, algo bonito, indescifrable para mí porque ya no está ahí.

Pone el cronómetro en el móvil y lo deja desbloqueado en el sitio más cercano donde ambos podamos verlo. Debe creerse un dios para gastar por lo menos quince segundos en deshacerse de mi cinturón, parece que está en un ritual, no sé si satánico o de los buenos.

—¿Hay algo que no te guste que te hagan? —pregunta alcanzando el botón de mi pantalón, luego la cremallera.

—No he probado mucho —admito en el calor del momento y parece a punto de echarse atrás. El pánico a que se aleje me vuelve ingeniosa—. Ahora lo entiendo, has dicho tres minutos porque es lo máximo que duras y ahora que no se trata de ti, no tienes idea de por dónde empezar, ¿me equivoco?

Sí. Lo sé en el mismo instante en que clava las rodillas en el suelo y me lanza una mirada fulminante del tipo un-alud-de-adrenalina-te-va-a-matar-y-yo-lo-voy-a-disfrutar.

Me quita los shorts, pero deja las bragas. Acerca la nariz, roza la tela humedecida e inhala con fuerza. Él gruñe y yo tiemblo, Kían ha encendido cada fibra de mi cuerpo y luego me ha bañado en puta gasolina.

No ha hecho nada y ya me está volviendo loca. Acaricia mis labios con un solo dedo,

mojándose de mi deseo, se acerca despacio y ¿dónde golpea su lengua? En el clítoris, diana. Kían-Lysander MacAlister mueve mis bragas a un lado y hace con mi coño lo que ha hecho con mi boca. *Insaciable tortura*. Su lengua llega a lugares que, *dios,* me arranca un grito que a duras penas consigo que sea sordo.

No es que beba de mí, es que me quita las riendas, el poder y la vida entera. Saborea mi clítoris lamiéndolo despacio, luego rápido, en círculos, luego en diagonal. *Pero no es mí clítoris, el mío no hace eso, ¡no es tan sensible!* Su barba incipiente me raspa de alguna forma mejorándolo todo hasta ponerme los ojos en blanco y hacerme dudar si voy a desmayarme.

Estoy a una brisa de correrme.

No sé si ha roto mis bragas, pero ya no están en la ecuación. Se hunde en mi centro una y otra vez, usa mi culo para pegarme a él, favoreciendo la posesión de su boca. De un tirón me coloca una pierna sobre su hombro y con un gruñido ronco me separa las piernas cuanto quiere, desnudándome el alma, abriéndome las puertas del cielo. *Esto no puede ser sexo, ¿cómo se las apañaría nadie para hacer cualquier otra cosa?*

No solo llevo un buen rato gimiendo, sino que mis caderas también acompañan las rítmicas caricias de su lengua. Pero de repente él se detiene, me mira y digo:

—No me he movido, ah-apenas noto nada. —*No te corras*.

—Palpitas con demasiada fuerza para que te crea, Láhria.

Láhria. Mierda, acaba de fastidiarme el nombre, voy a pensar en esto cada vez que lo diga en ese tono.

—Es una reacción biológica de mi clítoris —*tu mejor amigo*—, no es real y no cuenta.

—¿Tienes miedo? —me acaricia con uno de sus dedos humedeciéndose con mi placer en una clara advertencia.

—Ah-aburrimiento, Lysander.

No duda. Su dedo corazón resbala despacio, pero sin freno. Me lo mete sin apartar la lengua, ganando centímetros sin darme tregua. Me lleva muy lejos para luego dejarme en mitad del cielo y sé que no voy a poder impedir precipitarme en caída libre, que voy a correrme en su boca. *No sé porque me come así.*

—*Kían* —gimo rota, desesperada, en una súplica de que acabe conmigo de una vez.

Pero él quiere tensar la cuerda hasta lo imposible. Si creía que aprovecharía mi momento más vulnerable y frágil para alzar la mirada y soltar algún comentario insoportable, no lo hace.

Casi parece que sea *su* momento, que lleve una vida entera esperándolo.

Algo terrible en ese dato me desarma y va más allá del placer, una emoción que miro a los ojos asustada. Entonces curva el dedo y el orgasmo me arrolla sin dejarme alternativa alguna. Pasa por encima de mí como una ola salvaje. Me empuja a un océano de frenesí cargado de asfixiante euforia.

Dejo de pertenecerme. Dejo de entender el mundo.

Estoy ardiendo, sudando y huelo a lo que me ha hecho cuando me viste de nuevo y se pone en pie relamiéndose. Durante un segundo pierde el equilibrio y pienso en que, si soy yo quien tiene que sostenerlo, creo que ya podemos empezar a construir nuestra nueva vida a ras del suelo.

Se acerca como si quisiera besarme, pero en última instancia sus labios acaban en mi cuello, a la altura exacta en la que mi pulso golpea frenético. Como si una parte de él necesitara comprobar que sí me ha alterado de verdad. Antes de que se aleje busco su

boca, pero el beso nunca sucede, vuelvo a estar contra la pared y lo que siento contra mi centro saciado y hambriento a la vez, no puede ser otra cosa que una enorme erección.

—Jaque mate, *preciosa*.

Preciosa suena a insulto y horriblemente encantador a la vez. Muevo mis caderas contra él una vez, pero me las frena hundiéndome los dedos en la piel, obligándome a estarme quieta.

—Deja de jugar con fuego.

No lo dice irritado, sino como si me estuviera pidiendo un favor.

—¿Por qué?

—Esto está mal.

Mi corazón se revuelve intentando esquivar el golpe, pero falla.

—¿Tan insufrible y cría te parezco?

Agacha la mirada endureciendo la mandíbula, gruñendo y exhalando con rabia como si no supiera qué hacer con mis caderas.

—No tienes ni puta idea de nada.

—Pues ilumíname.

Alza la cabeza, sus manos viajando por mi espalda con detenimiento, como si estuviera grabando en su cerebro cada centímetro de un cuerpo que no va a volver a tocar.

Separa sus labios, pero no llega a decir ni una sola palabra porque tres pares de pasos corren a la cocina y en escasos segundos dejamos de estar solos.

34

Kían-Lysander



Creí que me había dejado claras las cosas, que Lay era territorio prohibido, pero teniendo en cuenta que todavía tengo el sabor de su miel en la lengua, queda claro que soy un gilipollas sin visión de futuro. *Un futuro que no tengo y que el dolor taladrante de cabeza me recuerda cada segundo*.

Así que ahora, que estamos viendo el final de una película con una princesa que no sabe que un puto camaleón no es una mascota y que le da igual si sales o no de la torre porque él puede ir a donde le plazca, ahora no puedo quitarme sus gemidos de la cabeza, ni pensar en otra cosa.

Sean y Hector no debían saber una puta mierda, en el primer contacto de mi lengua ya parecía capaz de correrse. *Dios, si yo he estado a punto de perder…*

—Esta es mi parte favorita —me dice Bonnie cogiéndose a mi brazo mientras los protagonistas se suben a una barca.

—¿De verdad? —pregunto a lo que Ayris y Alice hacen «shhhhh» a la vez antes de hundir la mano en el bol de palomitas.

Espero que no acabe como el Titanic. No la he visto entera ni una sola vez y sigo preguntándome si el caballo habla o no. Miro a Lay, encandilada con la película, sin dejar de acariciar el pelo de Ayris. La migraña se acentúa.

Mis ojos deambulan por la habitación en la venteaba canción y por desgracia, la veo en todas partes. He vivido más tiempo sin Emberly MacAlister que bajo su yugo, pero sigue impregnada en las paredes. *«—Mamá, ¿tú me quieres?*

—Claro, hijo.

—¿Y por qué?

—No puedo quererte por quien eres, no eres nadie. Pero sí te quiero por ser un MacAlister. Siempre estaremos juntos, hijo».

Todavía tengo su desprecio en la sangre y dudo que alguna vez se vaya. Mastico la impotencia de no haber sido capaz de apartarla de John-Luke y todavía se me atraviesa la confusión que me dejaba saber que papá la amaba. Era solo un crío y no entendía mucho.

¿Ves bien a tus nietas desde el infierno, mamá?

—Se acabó la peli, hora de irse a dormir —dice Lay en cuanto se levanta a apagar el televisor.

—Pero si es viernes —digo entre las quejas y súplicas de las MacAlister, levantándome también.

—¿Y qué tiene eso que ver con nada? —baja el tono—. Son niñas, necesitan muchas horas de sueño para crecer sanas y estar fuertes. Y con el retraso de la cena y la película, han perdido cuarenta y dos minutos. Cuarenta y tres, en diecisiete segundos.

—¿Sabes lo que voy a hacerle a ese reloj en diecisiete segundos?

—Kían-Lysander —dice mi nombre completo otra vez y no respondo—. Daisy y John-Luke nos han dejado a cargo de sus hijas y esperan que las cuidemos siguiendo sus normas.

—Pero queremos ver otra peli —pide Ayris, que lo ha oído todo.

—Y jugar —dice Bonnie.

—Mañana jugaremos a lo que queráis. Es sábado, nos lo pasaremos genial —sonríe—. Pero para que llegue mañana primero tiene que acabar hoy.

—Entonces juguemos hoy —dice Alice.

—Por mi bien —me encojo de hombros y vuelvo al sofá—. Ufff, pero creo que no estamos todos en el mismo barco. Me da que Lay no sabe lo que significa la palabra diversión.

—Y a mí me da que vuestro tío no sabe lo que significa la palabra responsabilidad.

—Pues Alice no sabía lo que significaba la palabra orgasmo —suelta Bonnie.

—Ehhhh, qué chivata —se queja Alice.

—¿Q-qué acabas de...? ¿Qué? —pregunta Lay.

Hostia Luke, esta conversación te tocaba a ti, cabrón.

—Nos lo contaron en clase de biología.

—Imposible —alzo una ceja.

—Que sí, tito, es lo mismo que decir cuerpo. ¿No lo sabías?

—¿Organismo? ¿Querías decir organismo? —pregunta Lay atragantándose.

—Sí, eso he dicho —asegura Bonnie.

Se me escapa la risa, pero a Lay no, está demasiado ocupada deletreándole la palabra correcta. *Le falta escribírsela en la mano con permanente.*

—Venga, a dormir todo el mundo —insiste de nuevo cuando las MacAlister se andan por las ramas.

—¿Es necesario? —pregunta Bonnie anclándose al sofá.

Paladeo su pánico más de lo que debería. Es lo que pasa con los que siempre acatan las reglas, no saben qué hacer con los que siempre se las saltan.

—Niñas —suelta en tono cortante—. No voy a defraudar a vuestra madre y si tengo que llevaros yo misma a la cama y ataros a ella lo haré. Pero entonces mañana no habrá juegos.

¿Qué? ¿Ha sido? ¿Eso? ¡¿?!

—Jooo, vale —dice Alice, que es la primera en arrastrar los pies en dirección al piso de arriba.

—Qué rollo —coinciden las otras dos mientras la siguen fuera de la sala.

—Muchas gracias por la ayuda —Lay estrecha la mirada y va tras ellas, yo me tomo tres segundos antes de levantarme.

O diez.

Cuando subo están cronometrándose mientras se lavan los dientes.

—A mamá le gustó la idea de Lay.

—Dice que va a comprarnos un cronómetro rosa.

Explican Alice y Bonnie, con cara de funeral.

Con lo fuerte que Ayris se da con el cepillo, al cumplirse los dos minutos, ya no tendrá dientes.

Una vez con el pijama puesto, juegan por la habitación mientras Láhria rebusca en

sus neceseres (en plural) todo lo necesario para hacerles unas trenzas. *Pfff, si cada vez que se levantan tienen un nido de pájaros revuelto en la cabeza, ¿no pilla que lo que quieren esas tres es ganar tiempo?* Entro en el baño y se palpa el estrés.

—¿Ocurre algo? —veo el caos organizado de horquillas, cepillos de pelo, micro gomas, diademas y… todo está ordenado por colores.

—Solo tengo dos gomas de pelo rosa, no encuentro la tercera.

—¿Y si coges otra de otro color? —pregunto, ella me mira como si me hubiera convertido en un zombi—. Vives en un mundo muy complicado, Láhria Daughbeth Taylor.

—¡Aquí está! —Sonríe como para iluminar Saltwater un año—. ¡Niñas! Ya está todo listo, venid aquí.

—Ayris se ha hecho daño —dice Alice preocupada.

—Estábamos jugando y me he dado un golpe en el codo con el armario —nos lo enseña y tiene un poco de sangre.

Quien diga que las niñas no pueden ser brutas, no conoce a estas tres.

—¿Puedes ser su enfermera, Lay? —pide Alice.

—Ayris, tesoro, te ha debido doler. Cla… claro, por supuesto que seré su enfermera. Siéntate en la cama que ahora mismo voy a curarte —rebusca lo necesario en los cajones del tocador.

Las hermanas de Ayris la acompañan a la cama con dramatismo, como si se hubiera roto todos los huesos del cuerpo. La llamo, pero no me escucha, se está quedando blanca mientras rebusca. La cojo de las mejillas y la obligo a mirarme.

—Ehh, he dicho que yo me ocupo.

—No es necesario. Soy… soy enfermera.

—Date tiempo, ¿quieres? Yo estoy aquí. Yo me ocupo —le acaricio la mejilla, perdiendo el control de mis dedos como antes lo he perdido de mi boca.

—Va-vale.

Ya no está pálida, ahora está roja, y no entiendo cómo puede ponerme tanto incluso en una situación como esta. Vuelvo a la habitación con el desinfectante y la tirita, y encuentro a las tres mirando la herida como si esperasen que saliera un alien de ahí en cualquier momento.

—Vendría genial tener el pelo curativo de Rapunzel ahora —dice Alice—. ¿Y Lay?

—Me apetece ser enfermero esta noche. Si no os importa.

—Ya lo has sido antes, tienes buen currículum —supone Bonnie.

—Venga, vosotras dos id ya al baño para que Láhria os haga las trenzas que se hace tarde —*ya sueno como ella, con el reloj en el culo*.

—¿Hazlo bien, ¿vale tito? —pide Alice agarrándose a mi cuello y una vez más siento *eso:* que me eligen, que me quieren a mí.

Sé que no soy su padre y que nunca llegaré a tener nada similar, pero me dejan imaginar cómo sería, aunque solo sea durante una fracción de segundo.

Dos tercios de monstruitos se largan y me quedo con la kamikaze.

—¿Qué te tengo dicho de agredir a los muebles de la casa?

—¿Que lo haga?

—Sí, pero solo cuando estés muy enfadada, no por accidente.

Se carcajea.

—¿Sabes? Podrías hacer una excepción esta vez.

—Lo siento, pequeñaja, pero si no te desinfecto la herida, se te podría caer el brazo.

—No, hablo de tu código. Podrías casarte con Lay, solo por esta vez.

Recojo el bote de desinfectante cuando se me cae.

—Deja las cosas de mayores a los adultos, renacuaja. Vale, ya sabes cómo va esto, escocerá unos segundos, pero voy a soplarte para que duela menos. ¿Preparada? —aunque no lo parece, Ayris asiente—. Muy bien, campeona. Te has ganado una tirita.

—Creo que el tito se ha aburrido —oigo decir a Bonnie desde el lavabo.

—¿Por qué lo dices?

—No miraba casi nada la peli, solo a ti.

Con estas niñas no levanto cabeza.

En cuanto apagamos las luces y cerramos tras nosotros, sé a dónde tengo que ir. Así que lo hago, no me detengo hasta llegar a mi antigua habitación, a la mini nevera que hay junto al escritorio en la que por suerte todavía hay media botella de tequila. *La única forma que tengo de calmar mi pulso sabiendo que vamos a dormir en la misma casa.*

Otra vez.

Doy un largo trago y oigo a mi espalda:

—¿En serio piensas emborracharte? Estamos de canguros.

Me doy la vuelta, la miro y *sé,* sé bien que no he visto una mujer tan preciosa en mi vida. No tiene que ver con su simetría, sino con que tiene su personalidad entera impresa en la cara. Sus pómulos son dulces contrastando con su mirada fiera y esos labios son dignos de infinitas fantasías. Lo cual es una putada.

—¿Qué haces aquí, Lay?

—Te has ido tan decidido que pensaba que querías que te siguiera. ¿No vas a contestar a mi pregunta?

—No voy a emborracharme, solo a calmar mis nervios. —Doy otro largo trago dejando que el tequila me queme la garganta y ralentice mis latidos.

—¿Estás nervioso?

—Cada vez que tú estás cerca, sí, lo estoy.

—¿Porque discutimos?

—Sí, Láhria, por eso. —Los desmayos siempre ocurren cuando estoy alterado, aunque, por suerte, no siempre que me altero ocurren. *Y sí, en alterado, entra empalmado.* Doy otro trago, esta vez me siento en la cama—. Deberías irte a dormir. Es tarde.

Se sienta en mi mesa, a una prudente distancia de mí. Mira la foto enmarcada y dice:

—Dios, Alex es muy guapo. ¿En serio se pasea por ahí con esa cara? ¡Normal que esté casado!

—Láhria.

—Vale, estoy preocupada por Alice y su inmenso sentido de la empatía. ¿Has visto lo que se ha preocupado por Ayris?

—Se le pasará, la estás ayudando mucho. Deberías…

—Todavía me debes una pregunta. Tú me has hecho una antes, me toca a mí.

Hasta el alcohol que me baja por la garganta sabe que esto es una mala idea.

—Dispara. —Doy el último trago y me levanto.

—¿Por qué desapareciste? ¿Por qué hace nueve años que ya no vienes a las cenas familiares en Londres? Me resulta difícil de creer que alguna de las personas invitadas te

dijeran algo desagradable, incluso bebidos.

—No lo hicieron —suelto la botella.

—¿Y por qué no volviste?

—¿En qué idioma te digo que no es de tu incumbencia y que no voy a jugar más a este estúpido juego?

Se baja de la mesa, da un paso hacia mí, uno, pero se hace dueña de todo el espacio que queda.

—Me presentas a Ck, me preparas la cena y cuando me quedo dormida me llevas a tu cama. Me das tu café, me abrazas cuando lo de Alice me aterra, me dejas tu secador —hace una pausa, respira de forma errática—. Me besas como si te importara, te despides como si te importara y te entrometes en mis asuntos como si te importara. Te peleas con mi hermano cuando insinúa saber lo que es mejor para mí, pero siempre que me acerco a ti, me muerdes.

Cierro los ojos con fuerza. *Lo único que puedo hacer cuando mis manos débiles te mantienen cerca, es empujarte con palabras tan lejos como sea capaz.*

Mi única vía de escape. También la tuya. Aprieto los puños.

—Y si lo sabes, ¿por qué insistes?

—Porque me interesa lo que pasa en tu cabeza.

«—Para el futuro de John-Luke no eres más que basura, Kían. ¿Y la basura qué hace? Estorbar.

—Eres cruel conmigo, mamá.

—Y tú lo eres con tu hermano, hijo. Existiendo».

Sus cuchillos oxidados siguen clavados entre mis costillas.

—¿Por qué, Lay? ¿Por qué?

—Porque me interesas tú, idiota.

35

Láhria



El dolor que cruza sus ojos es demasiado férreo y visceral como para estar imaginándomelo. Es tangible a un nivel que lo siento como propio, aunque no entienda su causa, su razón. Mi pulso se desboca al ver cómo su iris se vuelve gris, se apaga, se vuelve opaco.

—¿Por qué, Lay? ¿Por qué? —pregunta como si eso fuera todo lo que jamás podrá llegar a entender.

Porque eres frustrante y del todo increíble, porque eres difícil y lo opuesto también, porque me vuelves loca y me recuerdas quién soy en realidad.

—Porque me interesas tú, idiota.

El espacio entre nosotros se convierte en un vacío eléctrico. La incredulidad frunce su ceño ligeramente y dudo si este hombre necesita que le recuerden que fui yo quien le besó primero.

Boom. En dos pasos sus pestañas están cerca de acariciar las mías.

Kían me coge de la cintura y se desliza hasta mi espalda, su contacto me achicharra entera mientras me atrae hacia sí. Mi corazón late frenético. Voy a morir, aquí, en sus brazos. Sus ojos… *maldita sea, sus ojos*. Me mira como si la dueña de la única llave fuera yo y *sé* que no soy tan fuerte.

No hay espacio para huir, ni para pensar. Coloco las manos en su pecho para tocarle también. Siento su latido frenético, el fuego de su piel que eriza la mía.

—¿Vas a besarme de una vez?

Lo hace, pero esta vez cuando sus labios encuentran los míos lo hacen con una fuerza contenida. *Revente*. Estudiándome con una devoción cruda e intensa, pero sobre todo: transparente. Una dulzura que me desencaja y me absorbe. Mi pecho se comprime, mis terminaciones nerviosas tiritan. Me asusta, rompo el beso y busco su mirada.

—¿Qué ha sido *eso*?

—¿Vas a gastar otra pregunta en algo que ya sabes? —pregunta en tono ronco.

Sus ojos sonríen y amainan parte del miedo. *No todo, solo parte.*

—Pero para ti solo soy una cría.

—No tienes ni puta idea de lo que eres para mí, Aurora.

La siguiente vez que nuestras bocas se encuentran somos dos animales luchando por acabar con las barreras. Sus labios se abren a mí, suaves, mullidos, sexys y si la adrenalina zumba más fuerte en mis venas, Kían va a tener que cambiar la búsqueda de condones por la de un ataúd.

Me coge del culo y mis pies dejan de estar en contacto con el suelo en un solo movimiento. *Qué fuerte es. Una bestia*. Le inclino la cabeza, necesito que su lengua invada cada maldito milímetro de mi boca. Me mueve, me desliza hasta que mi centro

queda a la altura de su erección y a mi corazón hasta le da hipo.

No será para tanto… seguro que no es tan grande… digo yo. Ay dios mío. Se carcajea.

—¿Te estás riendo de mí?

—Es que piensas muy alto.

Le muerdo y él se escapa de mi boca, castigándome. Haciendo obscenidades a mi cuello. Metiéndome las manos bajo el pantalón y hundiendo los dedos en la carne de mi culo. Meciéndome contra él. Gimo.

—Kían, eres tan… —gimo otra vez y admito que estoy un poco descontenta conmigo misma por no poder vengarme ni verbalmente.

La espalda se me arquea contra la pared al tiempo que la liquidez ardiente se escapa de mi centro. Estoy palpitando sin control cuando una certeza se escribe bien clara en mi cabeza. *Le quiero dentro de mí.*

Gruñe de un modo gutural y me alegra que eso también lo haya oído.

—Esto no te conviene.

—¿Y eso quién lo dice? —le beso sucio, atreviéndome a lo que mi instinto me pide, comiéndome su boca como se me antoja—. No voy a suplicarte, Lysander. Si quieres algo, hazlo tuyo.

—¿Que lo haga mío? —Otra vez esa peligrosidad, la que vi antes de la despedida, la misma que hizo acto de presencia durante la apuesta de los tres minutos en la cocina.

Me arranca la camisa del cuerpo, sus dedos se deslizan a mi nuca y me besa como no me han besado en toda mi vida. Nos fundimos el uno en el otro mientras sus prodigiosas caderas se empeñan en embestirme a través de la ropa, regalándome una fricción que me deja mareada, cachonda y a punto. Me froto contra él con desesperación, devorada por todos esos mordiscos a mis terminaciones nerviosas. Estoy más mojada que nunca, ahogándome en necesidad urgente. Gimo rogando que vaya más rápido y el sonido de su cinturón al desabrocharse me perfora como un trueno. Me deja un instante en el suelo, baja su pantalón lo justo y hace lo mismo con el mío.

El siguiente roce de su polla sigue siendo con la ropa interior puesta pero es quince grados más exquisito. *Pues claro que la tiene inmensa, si él es una montaña.* El calor entre nosotros se convierte en una explosión nuclear que amenaza con reducir a cenizas todo a su paso.

—Mírame, Láhria.

Obedezco y se mueve con un propósito deliberado, el muy capullo. Grito su nombre y me derrito, me rompo en pedazos. Kían chamusca todos mis circuitos. El violento remolino de pura química me pone los ojos en blanco. Los escalofríos del orgasmo me tensan y presionan a mis células a renacer mientras me corro.

Tiemblo contra él, entre espasmos, pero me sujeta, me besa, insiste con sus caderas tanto como necesito. Incansable. Como si esto le gustara tanto como a mí. No es hasta que termino de convulsionar que abro los ojos y veo sus llamas azules, cómo se han oscurecido y se han vuelto más brillantes mientras me analizan. Lo. Ha. Visto. Todo.

Glup.

36

Kían-Lysander



Sus gemidos son cada vez más rápidos, agudos y desesperados mientras se retuerce, se frota y se pierde, frenética e imparable contra mi polla.

Qué puta obra de arte.

La beso dejándole claro de quién es su boca y ella responde dejándome claro de quién cojones es la mía. Me clava las uñas en los hombros y quiero tatuarme lo que le hace a mi piel como prueba de que está pasando de verdad.

Sus pechos se mueven con ella y me muero por correrme. Tiene el cuello brillante de mi saliva, sus labios rojos marcados por mis besos y va a hacerme perder el norte. Mi vida está cobrando verdadero sentido ahora, en este mismo instante. *Aurora.*

Un rayo doloroso me cruza las sienes de lado a lado y reconozco que el miedo se cuela por mis muchas grietas. *Por favor, déjame disfrutar de esto, aunque solo sea una noche. Permíteme estar con ella.*

Grita mi nombre trayéndome de vuelta. No puedo evitar inclinarme, quitarle el poco espacio que tiene buscando el roce de sus labios sin exigir nada, por el simple placer de sentirla. *De poder hacerlo.*

—Mald… ito seas, Lysander.

Serás mi último aliento. Llegado el día, serás lo último que vea.

Abre los ojos y encuentra los míos. Se retuerce en mis brazos por un motivo distinto esta vez. No puedo evitar sonreír porque soy así de capullo.

—¿Me…? —Se sonroja más todavía—. ¿Por qué me miras así?

—Me gusta —admito quedándome muy corto.

—¿Te…? —traga saliva—. ¿Sí?

La beso, antes de decir algo que sea demasiado para ella.

37

Láhria



Alguien debería venir a estudiar a este hombre porque se ha inventado algo que tiene que probar todo el mundo. *Eso no es un beso. Es otra cosa.*

—Ahora ya podemos empezar, Aurora —me arranca de la pared y pienso que seguramente tenga la marca de mi cuerpo.

—¿Empezar? Me da que… no has estado… prestando atención.

No se ríe, creo que no puede. Me deposita junto a la cama con suma delicadeza y empieza a desvestirme de la misma manera. Primero se deshace de mis shorts, luego de mis zapatos, entonces llega al sujetador y sus caricias se petrifican.

—¿No eres bueno con los cierres? —pregunto en tono burlón, disimulando el hipo de mi corazón.

No contesta. Solo me mira con un deseo que hace que mi vagina palpite frenética. Me lo quito yo y si exponer mis durísimos pezones me parecía una idea sensata, en cuanto él los ve, deja de parecérmelo. Deben de ser imaginaciones mías, pero juraría que le tiemblan las manos cuando las acerca a mis pechos. *Imposible.* Lo dejo a un lado sintiendo cada roce de su mirada y para entonces, él ya se ha quitado la camiseta.

—Dios, eres inmenso, ¿lo sabías? —musito tragando con dificultad—. Eres una montaña.

Deja en pausa el trance en el que estaba, coge mi mano y besa la palma mientras sacude la cabeza. Como si lo que hubiera dicho fuera algo malo y no que es el tío más cañón que he visto, imaginado y soñado en toda mi vida.

—Me encanta, Kían, lo prometo —me atrevo a tocarle sin permiso, a alzar los brazos hasta su cuello y rodearle.

Él hunde su nariz en mi cuello, inhala con fuerza y rompe las barreras que me quedan. Luego dibuja un camino lento y descendente hacia uno de mis pezones endurecidos por su rabia lujuriosa mientras sus manos tocan todo cuanto pueden.

—*Lay* —dice mi nombre sin parar, en todas las entonaciones posibles, algunas demandantes y otras de súplica, y me urge correrme en todas ellas.

Succiona y me retuerzo. Lame y me tortura. Y todo lo hace mientras se coge la polla por encima del bóxer.

—Quiero ser yo quien te toque —admito demasiado alto, moviéndome para cumplir mi sueño.

No me lo permite.

Un segundo después estoy tumbada en su cama. Algo en mi cabeza se desconecta cuando va directo a mis bragas y se frena, sacudiendo la cabeza.

—¿Estás segura de esto, Láhria? —acaricia mi piel con el pulgar con su habitual ceño fruncido y voz dulce—. Es tu primera vez, deberías pensar si quieres que sea así. Si

quieres que sea conmigo.

Este tío no entiende nada.

No sabe que la adrenalina a mí no me llega por tonterías. Que lo que ha conseguido él, no lo ha conseguido nadie. Que ya no hay vuelta atrás.

Me incorporo más rápido de lo que puede manejar y me lanzo encima suyo como el animal en celo en el que me ha convertido y le beso. Mi pelo se vuelve una cortina que, pese a ser pequeña, sirve para aislarnos del mundo entero.

—No vuelvas a preguntármelo, te lo advierto.

—Suena a amenaza —traga saliva acariciando mis costados.

—Soy un «sí» para ti, Lysander, ¿lo entiendes? Un «sí» como una catedral —digo a segundos de declararme fan del roce de mis pezones contra su torso musculado.

Me da la vuelta en la cama y pasa a estar encima.

—Catedral, iglesia o Taj Majal, Láhria, puedes decir «no» en cualquier momento, ¿lo sabes? ¿Puedes decir que lo sabes? —Suena a orden, pero su vulnerabilidad, su sobreprotección y su odiosa insistencia son la clase de motivos por los que mujeres independientes, geniales y capaces de todo pierden la cabeza por un hombre y cometen la desfachatez de, no sé, casarse.

—Lo sé, lo sé —le tranquilizo.

Le muerdo el labio, lamo su mandíbula. Kían pasa todas las hojas del contrato y firma con un beso en mi ombligo, en mis pechos y otro en mis labios. Me vuelve una serpiente desesperada por la fricción. Sé que quiere recrearse, pero no voy a permitírselo. Dejo caer la ropa que me queda fuera de la cama y lo hago sin apartar mi mirada de la suya. *Ya está, desnuda del todo.*

La forma en que su expresión cambia, se desmonta… Me embriaga de poder. Entonces pega su frente con la mía y exhala en un mantra silencioso.

—*Joder*.

—Desnúdate, Lysander —mi voz es un susurro urgente.

—No quiero asustarte. —Su tono es suave, pero su mandíbula tensa delata su esfuerzo por controlarse.

Resoplo, convenciéndome de que habla esa arrogancia suya que tan bien conozco, pero la forma en que me besa no es arrogante. *Es de la clase de suavidad que te humedece los ojos y te calla el corazón, dejándolo expectante del siguiente movimiento.*

Mete dos largos y gruesos dedos entre mis piernas. Acaricia mi clítoris hasta que me encoge tanto el estómago que me arde. Los mueve hasta mi entrada, torturándome sin dar el paso. Nadie en su sano juicio podría aguantar que Kían-Lysander le mirara el cuerpo como me lo está mirando a mí, sin perder la cabeza.

—¿Buscas matarme de aburrimiento?

Sonríe y ahí están sus dichosos hoyuelos. La lava moja el interior de mi muslo, traicionándome a mí misma mientras su polla se roza contra mi pierna.

—¿Cuánto quieres, *Láhria*? —introduce varios centímetros de golpe y me vacía los pulmones de oxígeno.

Mis paredes se dilatan a su paso. *Esto me gusta. Me encanta.*

—Todo, a ti, por favor —arqueo la espalda contra la cama y él chista la lengua.

—No me gustan las prisas.

Los saca, se mete entre mis piernas y me deja más abierta de lo que he estado en toda mi vida. Succiona mi clítoris al tiempo que sus dedos entran y salen de mí, y me deja

rezando porque la habitación esté insonorizada.

—Quiero que pienses en mí cuando los tuyos ya no sean suficiente —los mete hasta el fondo y solo entonces los curva.

—*Dios*. —Kían golpea todas mis debilidades juntas arrancándome un grito.

Me come como imagino que lo haría el diablo al encontrar al ángel que lo mandó al infierno.

Me penetra sin freno causando un remolino de catastrófico y violento en mi coño, uno de fuego que no deja de provocarme espasmos. Alterna la rapidez, la fuerza y palpito desesperada, no puedo más.

—He soñado con esto, Láhria, contigo. Tantas veces.

Estoy convencida de que su voz está en mi cabeza, que no es real, pero es el detonante que me hace estallar.

38

Kían-Lysander



Me aparto de la cama para, a riesgo de parecerme a ella, recordar mi plan y el tiempo que necesito que esto dure. *Joder, tiene gracia que justo ahora quiera un puto reloj*. Me convenzo de que no voy a perder el control a cordura si me desvisto ya.

—¿Crees que lo haré mal? —pregunta incorporándose sobre sus rodillas—. ¿Por eso no quieres hacerlo conmigo?

Le cojo la cara y juro que no sé qué hacer con ella.

—No sabes hacer nada mal, Láhria —digo cerca de su boca, obligándome a no besarla todavía.

—Soy una novata —acaricia mi muñeca—, mi primer día como enfermera fue un absoluto desastre. Estoy segura de que voy a hacer muchas cosas fatal.

—Me cabreas, no sabes cuánto —tiro de ella hasta que se alza sobre las rodillas, al tiempo que reduzco la distancia entre nuestras bocas—. Miles de personas terribles ahí fuera caminan sintiéndose jodidos dioses. Y que a ti, puto oro en un océano de chatarra, te cueste tanto ver tu propio valor se me atraganta. —Llevo su mano libre hasta mi erección sin romper el contacto visual—. Novata o no, Lay, me tienes al borde de perder el puto sentido.

Aparto su mano para no desmayarme, pero con la mirada no lo consigo. Se muerde el labio inferior mientras observa mi erección a través del bóxer, contrayéndome hasta el último músculo. Con suavidad, se sienta sobre sus rodillas. «Ven», musita, luego pone las manos sobre la tela, la baja y me libera.

Sí parece asustada unos largos segundos. Más o menos durante el tiempo que esa ristra de sonidos incompletos, que no llegan a ser una palabra, salen de sus labios.

—Por favor, no digas nada. —*Ya te oigo pensar*.

—Debe costarte caminar —antes de que pueda frenarla sus dedos han llegado hasta mí y sus manos resbalan por mi longitud—. Ahora entiendo a qué viene tanto músculo.

Dios.

Después de lo que he visto, de lo que me ha permitido hacerle, cualquiera podría imaginarse lo fácil que sería para mí terminar ahora mismo. Pero encima tiene una suavidad en sus finos dedos, que casi me olvido de que no quiero hacerlo así. *Es virgen, joder y yo no soy esa clase de capullo*. Sé que me odiaré si se lo permito.

—Mira quién parece asustado ahora —canturrea derrochando seguridad con su mirada sobre la mía. *Sí, lo estoy*. Tan asustado y cachondo que duele hasta respirar—. La tienes muy dura.

No sé qué pretende con esas palabras, pero mi polla da una sacudida.

—Tú y esa boca tuya, Aurora.

Sin romper el contacto visual, sonríe un poco y acerca sus labios a la punta de mi

erección. Inhala y que me parta un rayo, parece gustarle mi olor. Supongo que, en ese caso, no se escandalizaría tanto de saber la de veces que me he corrido solo con oler miel.

—Siempre he dudado si sería capaz de meterme una entera en la boca. —Sacude la cabeza y un mechón se le vuela a cara—. La tuya parece del todo imposible.

Se mueve hasta que sus manos llegan a mi base y allí se quedan torturándome. *Un segundo*.

—¿Nunca has hecho esto?

—Sean y Hector nunca me despertaron esta necesidad tan difícil de ignorar.

—¿Necesid…? *Mmm*. *—Joooder, Aurora*.

El primer toque de su lengua es como un millón de rayos del dios de la lujuria caídos sobre mi polla. Todo mi cuerpo se contrae, enredo mis dedos en su pelo para apartarla, pero no soy capaz. Primero lame la punta, despacio, cargada de curiosidad y una sensualidad que siempre está en ella, ahí, bajo la superficie. *Valiente, decidida, temeraria*.

Sus labios se ciernen alrededor de mi glande, permitiéndome resbalar unos centímetros dentro de su boca. Me mata. Láhria es Newton y yo soy su puta manzana, pero en esta versión yo empiezo a caer y no toco nunca el suelo.

—Eres increíble. —El placer se estira en todas direcciones. Juro que me voy a salir de mi cuerpo—. Eres una puta barbaridad, Láhria. Dios, qué bien lo haces.

Gime y se mueve, contoneándose a medida que se la mete más adentro.

No sé por qué no la he parado todavía. *Puede que sea porque es mi debilidad o porque ella es la primera a la que le importo*.

Se ayuda con las manos, masajeándome hasta los testículos y sé que es enfermera pero tanto conocimiento, para ser virgen, me parece abusar.

—Para —digo y tengo que repetirlo un par de veces para que me oiga.

No sé cómo narices consigo salir de su boca sin correrme. Durante unos segundos tengo que cogérmela y quedarme muy quieto, respirando con urgencia y haciendo el trabajo de control mental de un adolescente al que han pillado masturbándose.

Esto es lo que pasa por hacer caso a los demonios de tu hombro.

39

Láhria



Estaba disfrutándolo tanto como él. Saboreándolo mientras me humedecía los pliegues entre las piernas. El roce con las sábanas, sus elogios incesantes, el calor de su erección buscando el espacio inexistente en mi boca… *estaba muy cerca de correrme con él*. Pero se ha apartado. ¿Tan horriblemente mal lo estaba haciendo?

Esa línea de pensamiento no llega a echar raíces, porque por cómo se la agarra, Kían parece a punto de volverse una bola de fuego y salir ardiendo por combustión espontánea. Se coge su erección de un modo tan urgente y primario que me resulta evidente lo mucho que me gustaría verle dándose placer a sí mismo.

—Kían.

—Dame un momento. Quiero… —murmura con un tono que me derrite—. Quiero hacerlo bien contigo.

¿Bien? No entiendo cómo puede mirarme así, suplicante, si me ha tenido de rodillas desde el día en que pisé Saltwater. Me bajo de la cama, frente a él, y le encaro lamiéndome las comisuras de los labios.

—¿Ahora quién es el de las normas estrictas?

Mi espalda choca contra la cama, me tumba con una mezcla de agresividad y devoción. Me besa marcándome por dentro. *Convirtiéndose en un bombero que provoca los peores incendios*. Las primeras caricias de su polla desnuda sobre mi clítoris me dejan atontada. La espalda se me arquea cuando insiste y tiene que apartarse de mí varias veces para no hacer algo de lo que nos arrepintamos… por *mucho* que fuéramos a disfrutarlo.

Para cuando busca un preservativo, he perdido la cuenta de los orgasmos que llevo. Estoy sudando, segura de estar conectada a una fuente de éxtasis. Kían se yergue sobre sus rodillas como el peligro que es y le oigo respirar con dificultad. Me carga de electricidad verlo así. Y también da un pelín de miedo. Se acerca de nuevo a mí, su gran miembro está a unos escasos milímetros de…

—Ehhh —su voz dulce me atrae.

Conecta su mirada con la mía mientras una de sus manos acaricia mi pierna. La encuentro y le devuelvo el gesto, puede que incluso le sonría porque él también lo hace.

Empieza despacio, como si el tiempo no importara nada. Estoy laxa después de todo lo que me ha hecho así que a pesar de que va a costarnos un buen rato conseguirle espacio, creo que no me va a doler tanto como pensaba.

El placer es lento, letal y no se parece a nada que haya probado antes. Es una ola que crece hasta que estoy sumergida por completo. Kían hace muchas cosas, ni siquiera soy consciente de todas, pero se va moviendo de tal manera que… *sí, esto está muy bien*. El deseo no es lo único que inunda su iris lapislázuli y embiste a mi corazón con

brusquedad, sus ojos gritan mucho más que eso y soy consciente de lo que me hacen. *No hay vuelta atrás.*

—¿Bien?

—Esa palabra no abarca lo sufi… —gimo cuando palpita dentro de mí, cuando sus espasmos se vuelven los míos.

El cosquilleo persistente, *el muy narcisista,* me tiene cogida por la garganta con sus afilados colmillos y no me suelta. Me besa la frente, la punta de la nariz, por todas partes. Le cojo las mejillas, tan calientes como el resto de su cuerpo, alzo la barbilla y me ahogo y emborracho en el beso sucio que consigo.

—Me da que no tienes alergia al látex —se ríe de forma torpe y yo también, pero la carcajada se me corta.

Intento agarrarme a algo, a las sábanas, a la vida, pero no puedo escapar, ni controlar el vaivén de sus caderas o de las mías. Kían estimula mi clítoris mientras entra y sale de mí. Entonces empieza a embestirme con la rabia con la que discute. *Santo cielo*. *Oh, dios*. Vamos a ver, pero si no hay espacio, ¿cómo puede seguir entrando?

—Tendremos que insistir un poco más.

—¿Lo he dicho…?

Me sonríe. *Sip, en voz alta*. Me atrevo a rodear su cintura con las piernas y es otro maldito escalón en la experiencia. Al conseguir enfocar veo sus ojos de mil tonos de azul diferente y sé que está flipando, encantado y también un pelín en pánico. Gime conmigo y durante un segundo, me pregunto cómo puedo hacerle disfrutar tanto si no sé ni lo que estoy haciendo

—Dame dos minutos.

—Vaya, ¿de tres a dos? ¿Tan poca fe tienes en ti mismo, MacAlister?

Se me corta el tonito y la chulería en cuanto sus embestidas se vuelven más deliciosas y profundas. *Dudo si quiere llegarme a la garganta*. *O peor aún, al corazón*.

Lo que sigue no tiene lógica ni razón. Me aseguro de que lo sabe. Duele un poco, sí, pero con algo de paciencia el placer acaba siendo el león más fuerte de la selva. *¿Por qué me trata así?* Me quema el repentino nudo en la garganta. *Es aterrador*. Está lamiéndome el cuello cuando empieza a temblarme el cuerpo entero.

—Kían, no puedo más, me voy a… —Me abre un poco más, levanta una de mis piernas y su polla entra hasta el fondo, golpea todos los lugares exactos, me llena y me revienta el autocontrol sin rendirse. Yo sí lo hago—. *¡Kían!*

El orgasmo explota dentro de mí. Me chupa. Me come. Me traga entera sin molestarme en escupirme después. Llego al limbo, al clímax, al puñetero cielo. *No lo entiendo*. Paso a formar parte de algo más grande que yo, algo solo nuestro. Convulsiono en espasmos dudando si va a romperme.

—Mierda —gruñe.

Todavía sigo corriéndome cuando Kían se tensa, aferrándose a mí mientras se deshace en miles de pedazos. Noto cómo se derrama en el preservativo y eso me hace palpitar más. Es distinto a cómo lo había imaginado, más íntimo, mucho más increíble. Entonces soy yo la que le observa, quien hace todo lo que está en su mano para que su placer dure.

Resulta que es fascinante ver a un hombre invencible en su momento más vulnerable. Cuando se desploma a mi lado, no puedo ni moverme. Me ha dejado hecha un desastre.

—¿Te he hecho daño? —pregunta y algo en mi cabeza asegura que no por primera vez —. ¿Láhria?

—¿Ehh? N-no. No.

—¿Estás segura?

—*Dios*, ¿puedes…? ¿Respiras siquiera?

Pasan unos segundos. Otros pocos más.

—No —dice.

Me da la risa. *Idiota*.

40

Kían-Lysander



Láhria no está en mi cama cuando me despierto. Contengo una maldición, miro qué hora es y veo que son las diez de la mañana. *Madrugadora, como no*. Toco las sábanas de su lado y están frías. Me pongo una camiseta cualquiera y sigo el sonido de la música de secta-espiritual-intensita que me llega desde el pasillo todavía intentando abrir los ojos.

No estaba preparado para lo que encuentro.

En una de las salas más luminosas y abiertas de toda la mansión, encuentro a Lay y a las niñas, en cuatro esterillas distintas, haciendo posturas raras de yoga. Hay risas, buen humor, algo cálido en el ambiente que aviva sueños que ya creía muertos.

—Muy bien, Bonnie así, hacia delante. Ayris, levanta más el pie derecho. ¡Genial! Alice tú ya eres toda una profesional.

—Es que llevamos muchas sesiones juntas —dice la pequeña MacAlister, confiada.

Que mis sobrinas me perdonen, pero dejo de verlas al comprobar que están vivas porque Láhria paraliza hasta el riego sanguíneo de mi cuerpo. Dudo si ya estoy muerto y es un espejismo porque esa sonrisa debe ser de un puto ángel.

Lleva un top rojo y unos leggins del mismo color tan ajustados que me pongo celoso por cómo abrazan su culo. Se tatúan en mi mente, convirtiéndose en mi nueva obsesión insana crea-erecciones. *El mal humor también tiene cabida en la mezcla, porque odio que no esté en mi cama ahora mismo.*

Se dobla hacia delante dejando su culo expuesto y casi me ingresan en la UCI por un fallo cardíaco. De repente, se gira hacia la puerta y su sonrisa no flaquea, se ensancha.

—Hola, bella durmiente. ¿Ya has tenido suficiente descanso?

—¡Hoy hemos madrugado, como Lay! —dice Ayris balanceándose sobre sus talones.

—¡Y hemos ido al Ancla Oxidada a por el desayuno! —exclama Bonnie.

—Habéis vivido una vida —digo lidiando con lo mucho que me gustaría haber ido con ellas.

—Síii, ¿quieres unirte a la clase? —me ofrece Alice en cuanto entro en la sala.

—Creo que paso, no soy tan flexible como vosotras. —Camino porque eso ayuda a que la sangre circule—. ¿Lleváis mucho rato con esto?

—Sip, ya estamos acabando —dice Láhria, que no hace falta que jure lo mucho que lo ha disfrutado, se le ve en la cara.

—¿Sabes? ¿Sabes? —dice Alice—. ¡Vamos a pasar el día en el centro comercial!

—Necesitamos disfraces para carnaval —explica Bonnie—, se lo hemos contado a Lay, ¡y ha dicho que vamos a buscar los mejores que haya en Saltwater!

La miro. No sé cómo he acabado en su esterilla, pero el perfume químico de sudor y miel que percibo en su cuello despierta al animal que llevo dentro. *¿Cómo puede oler así*

de bien siempre? Es algo que se me escapa.

—¿Y bien? —pregunta con las mejillas coloradas, trayéndome de vuelta.

—¿Eso es que también te vienes? —repite Ayris, un ofrecimiento que no he llegado a escuchar.

Cruzo los brazos por encima del pecho.

—Por supuesto que voy, como vuestro padrino, soy el único capaz de compraros los disfraces. —Esperaba cierta competitividad cuando vuelvo a mirarla, pero encuentro lo opuesto.

—En ese caso, deberíamos ir a prepararnos.

—¡Me pido primera en la ducha! —Bonnie sale disparada.

—¡De eso nada, me toca a mí! —exclama Alice y las tres salen escopeteadas a su cuarto.

No llevamos ni un segundo a solas cuando meto la nariz en su cuello, inhalo y resbalo mi lengua por la longitud de su cuello de cisne.

—N-no hay tiempo para eso, me han dicho que son rápidas duchándose.

La acorralo poniendo una mano en la pared junto a la puerta abierta, atravesándola con la mirada.

—¿Por qué te has ido sin despertarme, Aurora? —mi voz suena más autoritaria de lo que debería, pero no me pasa por alto cómo sus pezones se marcan a través de la licra.

—Tengo un horario que cumplir, no puedo dejar que las niñas se aburran —dice con voz temblorosa y las mejillas tan rojas como su clítoris anoche antes de correrse—. ¿De verdad vas a venir? ¿No va a ser un suplicio? No tienes pinta de ser de los que se divierten yendo de compras con unas niñas.

—Te sorprenderías. Con tu permiso —le bajo los leggins hasta los tobillos—, me he despertado hambriento.

Su única respuesta inmediata a mi boca es una inhalación abrupta. *Ya estaba goteando por mí.* Lo siguiente que oigo es su cuerpo golpeando la pared al arquearse.

41

Láhria



Su sabor aún está en mi lengua cuando las MacAlister entran en mi habitación. Estoy en toalla, así que deciden elegir mi outfit porque yo "me quedo en trance y pensativa, y pierdo un tiempo que no tenemos". ¿Cómo no voy a quedarme en trance después de lo que ha pasado? Kían pensaba largarse sin dejar que le devolviera el favor, pero yo no podía permitirlo. Así que le he seguido a su dormitorio.

—¿De verdad pensabas irte así? —alzo la mirada e inhalo toda esa masculinidad rabiosa.

Clavo las rodillas en el suelo y de su garganta brama un sonido gutural.

—No tienes por qué hacer esto, Lay.

Me deshago de sus pantalones, lo rodeo con mis manos y alzo la vista hasta sus ojos.

—Es una pena que no tengamos tiempo, también me gustaría ver cómo lo haces cuando estás solo. —Lamo la punta de su miembro y da una sacudida.

No creí que fuera capaz de sentir tanto deseo sexual por nadie, creí que estaba rota, que no podría sentir nada, pero voy a saltar por los aires. Y creo que voy a morirme si no se corre en mi boca.

—Joder —Kían gruñe y se aferra a mi pelo.

—¿Otra vez lo he dicho en voz alta?

—S-sí.

Le doy espacio en mi boca, tanteo hasta dónde puede llegar de mi garganta y mientras experimento, él me colma de alabanzas. La tiene durísima y por como palpita contra mi lengua, creo que no me va a dar mucho tiempo de juego.

Estaba en lo cierto.

Es evidente que ese hombre puede sacarme de quicio y también sacudir mi mundo a base de orgasmos brutos y violentos. ¿Cómo voy a ser capaz de quitarle mis viciosas manos de encima?

—¿Prima Lay? ¿Sonríes así porque te gusta nuestra elección? —Ayris me trae de vuelta y me recompongo como puedo.

—Desde luego.

Han elegido el vestido corto en un tono rosa pastel, muy ajustado, y con pedrería en los hombros. Lo cierto es que me gusta mucho la imagen que me devuelve el espejo cuando me enfundo en él.

—¿Es especial ese colgante tuyo? Siempre lo llevas. ¿Significa algo? —Alice le da un toquecito a la piedra.

—Significa mucho para mí porque me lo hizo mi abuela Ridelmunt. Es para bloquear el estrés.

—¿Y funciona? —pregunta Alice.

—Yo la veo estresada.

—Lo estoy, Bonnie, pero imagínate lo estresada que estaría de no llevarlo.

La dejo en jaque mate.

Kían toca el claxon abajo. Las peques se asoman y dice que el coche familiar ya está listo. *¿Qué estoy haciendo?* El sexo, el repentino rol de padres, la presión en el pecho creciendo a cada instante… *¿Es pánico lo que siento corriendo por mis venas? ¿Es que nadie se ha dado cuenta que hace unos días mi vida se vino abajo? ¿En qué estaban pensando John-Luke y Daisy al dejarme a cargo de sus hijas?*

Me estoy abrochando la sandalia cuando Bonnie viene, se quita su pinza de mariposa del pelo y me la pone a mí.

—Ehh, de eso nada. Es tuya. —Van las tres iguales, solo falta que Bonnie se quede sin ella por mi culpa.

—Tengo más —abre su bolso con forma de margarita y se la pone—. ¿Ves?

Vale, creo que puedo posponer el pánico unas horas. Bonnie me coge de la mano y tira de mí como si sintiera que no puedo dar un paso. Lo sabe, Bonnie es maga, tiene poderes.

—¿Seguro que no es demasiado? —pregunto, parcialmente contenta por haberme librado de los tacones.

Una mañana con niñas grita «tejanos y camiseta», pero me han hecho el lío y llevo un vestidazo que grita «cita» y cosas peores.

—No existe la palabra «demasiado» lo dice el tío Sawyer —comenta Alice.

Están tan contentas, que me enredan. *Si tuviera hijas, harían lo que quisieran conmigo*. Llegamos abajo y las puertas del super coche familiar de los MacAlister están abiertas de par en par.

—¡Estamos listas! —gritan corriendo a meterse al coche.

—Ya era hora —Kían cierra el maletero, sus músculos tensándose con el esfuerzo, y descubro que cualquier maniobra que haga es sexy—. Eres una lenta, Taylor, ¿acaso te has entretenido con…? *Mmm*.

La mandíbula apretada, la mirada lasciva y lujuriosa que me echa… *Necesito un cambio de ropa interior inmediato*.

—Llevas un vestido.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

—Es rosa —puntualiza.

—Eso sigue sin ser una frase con verbo y todo.

Me lanza otra mirada, esta es un si-te-digo-lo-que-pienso-no-nos-vamos. Así que espabilo en meterme en el coche y me obligo a respirar. Oigo sus botas sobre la tierra del jardín acercándose al asiento del copiloto, despacio, como si no las tuviera todas consigo. Aparto la mirada antes de encontrar la suya y espero hasta que sube y arranca el coche. Miro mi bolso, que es lo único a lo que voy a prestarle atención.

—¿Estáis todas abrochadas? —Su voz sale quince octavas más grave de lo normal y me eriza la piel.

Uyyy, pero qué bolso tan bonito… Las niñas contestan y siguen hablando de lo que van a comprarse. De repente, los labios de Kían están a un solo palmo de los míos. El shock me paraliza porque están las niñas y no puede estar haciéndome esto… *clic*.

—El cinturón, Aurora —susurra volviendo a su burbuja de espacio vital.

Descubro que mi debilidad por verle conducir no se reduce solo a las motos. *Qué va.* Sus brazos se tensan marcando las venas de sus manos y antebrazos, es odiosamente decidido y pone esa cara seria de concentración que, *dios mío,* es la definición de pura masculinidad. *Y no me hagas hablar de la camisa roja y negra a cuadros que lleva con otros tejanos azules gastados, outfit típico de leñador de la montaña, porque prefiero no entrar en esa espiral obsesiva, muchísimas gracias.*

Miro el interesantísimo ebook de psicología que *no* estoy leyendo y oigo a Kían desabrocharse el cinturón mientras pregunta:

—¿Se supone que tenéis que dar miedo? No es Halloween.

—No, pero Britney, de la clase de Ayris, ha dicho que ella va a causar infartos y eso nos ha confundido —dice Bonnie saltando a su lado, agarrando su mano justo después.

—¿Vamos, Lay? —me pregunta Ayris a través de la ventanilla.

Mierda, otra vez.

Entramos en el centro comercial y descubro pronto que Kían no tiene ningún problema en soltar la pasta. No les dice que no a nada y empiezo a preguntarme muchas cosas. Estallo en la segunda tienda, justo cuando las MacAlister van al probador con sus vestidos en colores metalizados y alas de tul a juego.

—¿A qué estás jugando?

—¿Cómo dices? —pregunta cogiendo tres diademas de demonio.

—Esta es una muy buena oportunidad para que Alice se distraiga y se olvide de lo que le pasa. Daisy siempre la está vigilando por el rabillo del ojo y estoy segura de que Alice se da cuenta, es una niña muy inteligente y sensible, ya te habrás dado cuenta. Pero si has estado siendo el compañero perfecto para empezar a meterles prisa en cuanto bajen la guardia, márchate ahora.

—No estoy haciendo eso y quiero estar aquí. Me estoy divirtiendo

Le miro. Le sigo mirando, pero su expresión no cambia, no se ríe, ni tampoco se larga.

—¿Hablas en serio?

Sonríe y toma hoyuelos. *Es un puño directo a la parte baja del estómago.*

—Muy en serio, Láhria. Además no tienes con qué pagar sus disfraces.

—Disculpa, todavía me queda dinero de la venta de *mi* coche, ese que vendiste a mis espaldas.

—Guárdatelo. O mejor, úsalo para comprarte un par de vestidos como este. —Me coge de la muñeca y tira de ella.

Al final nada de Halloween, ganan las hadas. *Van a ser las niñas más guapas de todo Saltwater. Aunque para eso tampoco hacía falta disfraces, con ropa normal valía.* Decir que están eufóricas se queda corto.

Entramos en la tienda de las medias con estrellas brillantes y glitter de la que llevan hablando veinte minutos y no hay ni una sola dependienta que no se quede boquiabierta al ver a Kían. *Si supieran que encima de poseer ese atractivo de demonio-que-se-ha-escapado-del-infierno-para-pecar, consiente a sus sobrinas en sus ratos libres y es bombero de profesión, harían cola para salir con él.*

Mientras se prueban y eligen, me dedico a mandarle fotos a Daisy de lo que hemos comprado y lo hago hasta que llega un punto de la mañana que incluso sostener el móvil se vuelve un suplicio.

—¿Tan rápido te agotas? ¿No se supone que eres joven? —Kían se pone en cuclillas

frente a mí.

—Piérdete. —Hago por empujarle, pero ni se inmuta, *la maldita montaña rocosa*.

El contacto me quema, su mirada penetrante me remata.

—¿Estás cansada?

—Pfff, por favor.

—¿Eso es un sí?

—No, es un no. He sido enfermera un montón de años, chaval, yo no sé lo que es estar cansada —*sí, sí lo sé y estoy muerta, a diferencia de ellos cuatro que por lo visto tienen bebidas energéticas corriéndoles por las venas*.

—Ehhh —Kían se incorpora y silba a las tres embobadas con un escaparate de zapatos con plataforma.

—¿Puedes no llamarlas así? —Me pongo derecha—. No son cabras.

—¿Tenéis hambre?

—¡Me muero de hambre! —revolotean a nuestro alrededor.

—Pues vamos a comer, ¿qué os apetece? —Kían no me mira cuando pregunta, pero sí pone una mano en la parte baja de mi espalda.

El contacto físico constante me está dejando mareada. Lo culpo a él de todas mis meteduras de pata. Llegamos a la entrada de un restaurante de kebabs.

—¿Seguro que no queréis algo más sano? ¿Y si os sienta mal? —Los cuatro me miran como si me hubieran salido dos cabezas más sobre los hombros—. Me siento muy impopular ahora mismo.

—Vamos, no tienes de qué tener miedo —dice Bonnie.

—Confía en mí, saldrá bien —dice Alice.

Tiran de mí y entramos a un local de paredes de ladrillo decoradas con banderines coloridos y luces de colores, una barra abarrotada de gente y un aroma especiado que me hace rugir a la hiena que habita mi estómago. Las mesas están llenas de flores y las sillas… las sillas son lo que me convencen del todo. *Descanso, oh, sí. Argh, pienso quedarme a vivir en esta silla*. Doy un bote en el asiento cuando la mano de Lysander llega a mi muslo, peligrosamente arriba. Lo miro alarmada y dice:

—Deja de hacer ruiditos.

¿Yo he hecho…? Ahhh, la silla. Me uno al trío y sumerjo la cara en la carta.

La comida resulta ser de lo más deliciosa, pero lo mejor es que las risas no cesan en ningún momento. Antes de venir aquí ya sabía, por muchas anécdotas que me ha contado Cleo, que no todos los padres tienen la suerte de tener a tres bombones como estas MacAlister. *Pero cada minuto que paso con ellas me resulta más evidente que a esos dos les ha tocado el premio gordo*. Es agradable ver en los ojos de Kían, que no soy la única que se da cuenta.

—Tito Kían, ¿tú sabes cómo se hizo papá la cicatriz de su ceja? —pregunta Ayris en el postre: batidos—. Nunca ha querido contárnoslo.

Automáticamente se le dibuja una sonrisa traviesa en la cara. Doy un largo trago a mi batido de caramelo.

—Fue culpa mía. Habíamos discutido porque creía saber la mejor manera de enseñar a Alex a jugar a beisbol.

—Pero papá no sabe jugar.

—Exacto, Bonnie. Así que discutí con él y acabé largándome de casa hecho una furia.

—¿Cuántos años tenías? —pregunto.

—Diez. El caso es que estaba tan metido en mis pensamientos que no me di cuenta del coche que venía directo hacia mí. Pero vuestro padre sí. Me saltó encima, rodamos por la carretera y acabó con parte de un botellín de cerveza atravesándole la ceja.

Se rasca el codo de manera inconsciente y veo, por primera vez, una cicatriz de siete centímetros por lo menos. *Ahí el resto del botellín de cerveza.*

—¡Por eso dice que nunca salgamos solas! —salta Alice, mortificada.

—Sí, es peligroso. Vuestro padre me salvó la vida y doy gracias de que ese trozo de cristal acabó en su ceja y no en el ojo —Kían se lleva una mano al pecho, pero nada le borra la sonrisa—. Después de que nuestro padre nos llevara a ambos al hospital, acabamos enseñando a Alex a jugar al béisbol a su manera. Se lo debía.

—¡Por eso el tito Alex tampoco sabe jugar! —exclama Bonnie, en su momento de «¡eureka!».

—Exacto. —Se recuesta en el respaldo—. Y por eso vuestro padre nunca ha querido contároslo, porque sabe que, en el fondo, yo tenía razón.

Bajo la fachada de chulería de la que las niñas se carcajean hay una admiración tan fuerte por John-Luke que resulta cegadora. *Por más capas que descubra, siempre hay muchas más.*

—Tito, serás un padre genial —Alice pone una mano sobre la de Kían.

Mis ovarios se retuercen.

—¿Vas a tener hijos, Kían? —pregunta Ayris.

—En otra vida, tal vez. —Su expresión se mantiene neutra, pero oigo el deje sutil en su voz.

Vuelve a mi mente ese geométrico armario que encontré en su piso lleno de fotos de bebés.

—Ufff, qué bien no tener que compartirte —dice Alice estirando los brazos para abrazarle.

Admito que me resulta difícil apartar mi mente del tema el resto de tiempo que pasamos en el restaurante.

Mientras Kían paga la cuenta, lo cual evidencia lo de la lotería de antes, las empujo hasta la tienda de accesorios para el pelo más cercana. Tengo el tiempo justo de comprarles algo que les guste antes de que nos encuentre y lo cierto es que me siento un poco mejor conmigo misma. *Pienso comprar su cariño ahora que son pequeñas y cuando quieran darse cuenta, me querrán para toda la vida.*

42

Kían-Lysander



Dejo algunas de las bolsas en el coche para no tener que cargar con ellas y antes de ir a buscarlas, le compro unas pinzas a Láhria para que deje de robarle las suyas a las niñas. *Tulipanes*. No entiendo de pinzas, pero al ser metálicas parecen más elegantes que las de plástico.

Entro en la tienda de artículos de fiesta, ignorando el cálido y reconfortante alivio que me da encontrarlas. Lo que le pasa a mi estómago cuando Alice me saluda con su mano diminuta como si no acabáramos de vernos hace dos minutos. Le hago un cariño al pasar por su lado.

Casi puedo imaginarme lo que sería si ellas fueran mías.

Joder, les habría dado todo cuanto tuviera.

Mis pasos me llevan hasta Láhria sin siquiera buscarla, está ahí, mire a donde mire. Tiene las manos llenas de cosas para las niñas, se las quito y le pongo las pinzas en la palma.

—Hola, gracias por sujetármelo, no consigo saber si esas cosas con luces se encienden o... ¿qué es esto? Dios, que bonitas, ¿son de aquí? Imposible, ¡son preciosas! Me encantan los tulipanes, caray y tienen dos brillantes rosas, ¿las han hecho para mí o qué? —Se mira en el espejo colocándoselas en el pelo para ver cómo le quedarían. Por desgracia, la sonrisa desbordante se apaga rápido—. Pero no he venido a por nada para mí, ya me compré mucho. Prefiero guardarme el dinero que me queda y comprarle algo a las niñas.

Hace una mueca mientras se las quita. Las mira con un deseo que resulta difícil de ignorar. *Seria genial poder estar con ella un segundo sin dudar si voy a controlar los movimientos de mi polla.*

—Aunque tal vez podría comprármelas igualmente. Hacer una excepción. Es decir, el coche dio ciertos beneficios...

—No me gustaría tener que pagar por ellas dos veces.

—¿Qu...? —Frunce el ceño, las mira y luego a mí—. ¿Las...? ¿Tú has comprado para mí? Tipo... ¿un regalo?

—No des importancia a lo que no la tiene. —Paso de largo camino a la caja y ella me corta el paso, se alza sobre sus talones y me besa la mejilla.

—Gracias, Lysander.

Se las pone, una a cada lado, y me mira, esperando un comentario, una opinión. *A ninguno de los dos nos conviene que se la dé.* Desvío la mirada hacia la tienda.

—No te quedes aquí, ve a por más cosas. Todavía tienes tiempo de coger otro bote de... «glitter para el pelo». Espera, ¿solo cuesta *dos* dólares? ¿No se les caerá el pelo a las niñas si les ponemos esto?

—Cleo y yo lo hemos usado montones de veces, no hay de qué preocuparse. —Camina hacia atrás cuando la cola avanza, sin dejar de mirarme.

—*Aurora*.

—Me llamo Lay.

—Deja de mirarme así.

—Solo estoy preocupada. ¿Y si explotas por llevar tanto tiempo sin gruñir? Está en tu naturaleza, no deberías fingir ser quien no eres.

Le gruño, pero no como ella espera. Sus largas pestañas le golpean los párpados de ese tono rosa suave y la boca se le queda entreabierta a mitad de un jadeo sordo. La gente alrededor, en la cola, nos mira y ella me aprieta el brazo para que pare, pero no lo hago. Sus manos acaban en mis mejillas.

—Te lo suplico, ya basta —parece un cervatillo frente a los faros de un coche así que cedo.

—Entonces cuéntame sobre eso que leías en tu móvil de camino aquí.

—¿El…? —frunce el ceño—. ¿El libro de psicología para familiares de enfermos terminales? Oh, no he leído casi nada… aunque ayer sí. —Sonríe con timidez—. Es increíble lo del cerebro humano, ¿no te parece? Es súper complejo y a la vez tonto como él solo. Se supone que su prioridad es mantenernos con vida, pero luego nos hace entrar en pánico por cosas que ni siquiera han pasado o nos impide llorar cuando más lo necesitamos. ¿Y lo que le hace eso a nuestras emociones? Pfff, es terrible escuchar a ese liante, pero lo genial es que también podemos hackearlo.

—¿Podemos?

—Sí, ¿sabías que revivir un recuerdo feliz con mucho detalle puede activar las mismas áreas cerebrales que cuando lo viviste? Claro, eso también tiene su inverso, el cual puede ser peligroso si entras en una espiral de sufrimiento terrible. El quid de la cuestión es guiar tú tus propios pasos, no dejar que sea él quien mande. Hay niños que nunca han aprendido a manejar sus emociones porque nadie los ha enseñado y crecen sintiendo que están rotos cuando en realidad solo les faltan herramientas. Lo hablo mucho con Cleo. Al final, una emoción no procesada es como un nudo en una manguera: o lo desatas, o tarde o temprano revienta.

—Eso… tiene sentido.

—Sí, ¿verdad? Perder a un ser querido puede hundirte hasta el fondo del lago como un ladrillo, pero con las herramientas adecuadas, puedes nadar de vuelta a la superficie y… Perdona, no quiero aburrirte.

—No me aburre.

Se me queda mirando. Odio esa sorpresa. *Mucho*.

Me deja claro que el tonto de Sean y el capullo de Hector eran de la clase de hombres que ven a su pareja como un complemento, algo de lo que presumir mientras monopolizan todas las conversaciones con sus logros académicos que no le importan a nadie.

Empieza a hablar y dejo pasar a un par de personas delante nuestro con la excusa de comprarle a esas tres unos cordones de zapatos brillantes ultra-necesarios.

Encontramos a las niñas fuera de la tienda, hablando en voz baja entre ellas con nerviosismo.

—Peques, ¿qué pasa? ¿A qué vienen esas caras? —Láhria se agacha frente a ellas de inmediato.

—No, nada —dice Bonnie forzando una sonrisa—. Estamos genial.

Le clavo el índice en la mejilla y enseguida se desinfla.

—¿Os ha dicho alguien algo? —pregunto mirando a nuestro alrededor.

Hay seguridad en este sitio, pero como algún desgraciado les haya…

—No es eso —dice Ayris mirando de reojo a Alice—, de verdad que no es nada.

Lay, que también lo ha visto, coge las manos de la MacAlister más pequeña.

—Estamos bien, ¿podemos ir hacia allí? —señala Alice y tras compartir una mirada con Láhria, me largo en dirección opuesta—. Espera, no le digas nada. Se enfadará.

—¿Quién se enfadará, Alice?

—La señora Rheinols —suelta Bonnie—, es la profesora de ciencias de las tres. Es mala y siempre tiene comentarios horribles para Alice porque una vez la corrigió en clase.

—¡Bonnie! —Alice le da un manotazo.

—Es la verdad. Y ni siquiera vive en Saltwater, no sé qué hace aquí.

—¿Qué clase de comentarios horribles? —pregunta Láhria, su tono adquiriendo frialdad.

—Le hace preguntas avanzadas de cosas que todavía no se han explicado para dejarla mal. Para ridiculizarla.

—¡Y se burla de su voz y de cómo se viste!

—Se metió con la camiseta del arcoíris de Alice llamándola payasa y algunos de la clase se rieron.

—¡Es una bruja odiosa y mala!

Sueltan sus hermanas alternándose.

—¿Por qué no me habías dicho nada, Alice? —intervengo cogiéndole una mano cuando Lay se las suelta para ponerse de pie—. A tus padres, a quien sea.

—Es la profe de ciencias de las tres. Si mamá o papá hablaban con ella y la enfadaban más, fijo que la señora Rheinols nos suspendería a las tres por mi culpa. Todos en el cole saben que es muy capaz, ha habido rumores de hermanos a los que les ha pasado y me da miedo. Además, yo quiero ser científica.

—Nosotras no, pero tampoco queremos defraudar a nuestros padres con un suspenso —dice Bonnie cabizbaja.

—A mí ya no me importa suspender —dice Ayris enfadada—. Quiero que pare. Quiero justicia.

—Lo que ha hecho la señora Rheinols está muy mal, ¿lo entiendes, Alice? —se limita a asentir a mi pregunta—. No puedes permitir que alguien te maltrate así, mucho menos que lo haga un adulto supuestamente responsable de ti. Si alguna vez vuelves a estar en una situación donde alguien te hace sentir pequeña o indefensa, no quiero que te calles. No quiero que ninguna de las tres lo hagáis, ¿entendido?

Asiente.

—Alice, contéstame a una cosa. ¿Estabas en su clase cuando fui a verte? ¿Cuando te dio la migraña? —pregunta Lay en tono neutro, y cuando la pequeña responde que sí, parece capaz de matar a quien se ponga en su camino.

—¿Qué vas a hacer? —camino a su lado cuando sale disparada por el pasillo del centro comercial.

—Sabes lo que voy a hacer —se gira a las niñas, que vienen detrás—. Avisadme cuando la veáis.

—Láhria.

—No vas a frenarme, Lysander.

—Por supuesto que no, esa escoria se va a pudrir en la puta cárcel —digo apretando los dientes.

—¿La cárcel? —Frunce el ceño—. No va a ir a la cárcel por esto.

—Lo hará cuando la declaren responsable de un incendio de la semana pasada. Tengo el presentimiento de que van a encontrar todas las pruebas necesarias en su casa.

Se le hunde el pecho con una respiración abrupta y no sé si le encanta la idea o le horroriza, pero la voz de Bonnie corta nuestra conversación.

—Es esa de ahí, la del moño bajo y chaqueta gris. La que ha dejado ese móvil mal puesto.

Entramos en la tienda de aparatos tecnológicos.

—¿Señora Rheinols? —Lay la llama con educación, pero su mirada es puro acero. La mujer deja de desordenar todos los móviles de última generación y levanta la cabeza.

Su expresión no tarda en volverse altiva al reconocer a las niñas detrás de nosotros.

43

Láhria



No soy una persona conflictiva, no me gustan las discusiones, pero esta es más que necesaria.

Dios, si me voy a salir de mi cuerpo de tanta rabia. ¿Es ella la que ha empeorado las migrañas de Alice? ¿Qué más le habrá dicho? ¿Cómo puede alguien ver a una niña como ella y querer hacerle algún tipo de daño?

—Oh, las MacAlister. ¿Puedo ayudaros? —desvía la vista hacia la mesa de teléfonos.

—Lo cierto es que una explicación sería lo propio, sí. Ha estado tratando de forma injusta e intimidatoria a mi prima Alice durante sus clases y me gustaría saber por qué.

Me echa un vistazo, repasándome de arriba abajo. Su sonrisa se curva con perversión y luego mira más allá de mí.

—Alice, sí. Ella sabe por qué hago lo que hago. —Aprieta los labios marcando más las arrugas de su cara.

—No hay ninguna razón válida para que un adulto trate de…

—¿Ponerla en su sitio? Naturalmente que sí.

—¿Faltándole al respeto? ¿Va en serio?

Se carcajea, moviendo los hombros y todo. Veo a Alice revolverse y se me llevan los demonios.

—¿Respeto? ¿Qué respeto? Si son solo niñas. Mira, yo solo le he enseñado lo que ocurre al intentar pasar por delante de la profesora. Sales escaldada y con ganas de cerrar el piquito de niña sabionda. Las que son así nunca caen bien y esa lección le servirá una vez salga al mundo. Dos por uno, guapa, de nada.

—¿Acaso no sabe la responsabilidad que tiene al tratar con niños? ¿El daño que pueden hacerle sus actos? —Me acerco dolida y con la vena de la frente a punto de reventarme de enfado.

—Mira, bonita —me clava el índice en el hombro—, tú no deberías ni haberte acercado a discutirme nada. Si tú —otro golpecito—, tienes algún problema conmigo, pides cita y vienes a verme a mi despacho, pero no me molestas en mi día libre. Fíjate, hoy también has aprendido una lección, igual que Alice.

Quiero tirarle de los pelos, gritarle hasta que me escuche y echarme a llorar todo a la vez. *Está con las niñas montones de días, están desprotegidas. ¿Qué se hace en estas circunstancias? ¿A quién acudes?*

—Me pregunto qué opinará la directora de esta conversación —Kían alza su teléfono, enseñándonos la grabadora activada, apartándole el índice que me seguía clavando—. Tal vez sí sería buena idea que fuéramos a su despacho, señora Rheinols, juntos. Se me ocurren unos cuantos adjetivos para calificar su inexistente ética de trabajo, pero no quiero asustar a las niñas.

—¿Me estás amenazando? ¿A mí?

Kían sonríe y sus ojos lanzan cuchillos, impone tanto que tengo un escalofrío.

—No llevo bien las injusticias, señora Rheinols, ni soy de los que ceden ante los abusos de poder que no son más que patéticos intentos de personas muy pequeñas de demostrar que valen algo. ¿El lunes le va bien?

Oigo a las niñas inspirar en shock a mi espalda. *Si pudiera respirar, habría hecho lo mismo. ¡¿Puede dejar de ser el héroe en todos mis capítulos?!*

—No vamos a rendirnos, que lo sepa. —Me cruzo de brazos—. Se ha metido con las niñas equivocadas. Estaremos allí el lunes, a primera hora.

La señora Rheinols se marcha de la tienda indignada y sin decir nada, pero lo tomamos como una victoria.

Las niñas a nuestra espalda se acercan ojipláticas, diciendo que ha sido una pasada, mientras yo agarro al brazo de Kían para no caerme al suelo.

—¿Qué hay de los demás alumnos? —pregunto—. ¿Hay más niños a los que trate mal? Porque si es así deberíamos hablar con sus padres.

—Te queda bien la capa de justiciera —dice en un susurro en mi oído mientras las niñas narran, unas encimas de otras y a velocidad hipersónica, distintos momentos en los que esa mujer ha sido horrible con alguien. *Incluso con otros profesores*.

—No será necesario que hablen con la directora —interviene una mujer, al otro lado de la mesa de los móviles.

—Señora Hogwarts —dicen las niñas al tiempo con un deje dulce en sus voces.

—Hola, niñas. Siento mucho que hayáis tenido que aguantar eso, en especial tú Alice —les dedica una sonrisa cariñosa y se acerca a nosotros—. Cristina Hogwarts, soy profesora de lengua en el colegio, encantada. No lo han oído de mí, pero la señora Rheinols no va a seguir mucho más en el colegio de Saltwater. Algunos problemas con los alumnos ha hecho que… la inviten a irse. Es una noticia que todavía no se sabe, ruego discreción.

La abrazo.

—Gracias, Cristina.

—Un ambiente seguro es algo que debería darse por sentado —dice dándome golpecitos en la espalda—. La directora siempre está persiguiendo este tipo de actitudes.

Me obligo a dejar de abrazarla en algún momento y me presento. Agradezco la mano de Kían en la parte baja de mi espalda, no sé si se da cuenta de que si no me fallan las piernas es gracias a él.

44

Kían-Lysander



En cuanto Ayris, Alice y Bonnie entran en los recreativos del centro comercial y ven la tabla de air hockey, se olvidan de todo. A Láhria le cuesta un poco más, igual que a mi cabeza le está costando olvidarse de la cara que se le ha quedado cuando he intervenido. *Fijo que Sean y Hector eran de los que no defendían ni a su madre, de los de «¿por qué quieres que te abra la puerta, cariño? ¿Te pasa algo en las manos?»*.

—Prima Lay, tienes que colarla en su lado.

—Ya, Ayris, gracias por la aclaración —responde mientras Bonnie y Alice se parten de risa después de que haya vuelto a meterse un gol en propia—. ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo?

—Evitar morirme de vergüenza ajena —la enjaulo entre mis brazos y sujeto la mano del mazo para ayudarla.

O puede que no sea capaz de estar cerca tuyo sin tocarte.

—Sé jugar. —Me lanza una mirada asesina por encima de su hombro.

—Ya, pero te gusta mucho disimularlo —mis labios casi rozan su oído al hablar y el estremecimiento que le recorre el cuerpo es mi gasolina.

—Es cierto —se carcajean las niñas.

—Vale, ¿sabes qué? Ya no juego. No, se me da fatal, en serio, esto es ridículo —pone morros, pero no dejo que se mueva.

—Ehh, escucha, tu problema es que eres más rápida que el disco. Te mueves antes de tiempo y cuando llega a ti tiene la portería desprotegida, empiezas a mover el mazo en modo pánico adorable y acabas de cagarla del todo. Relájate y espera el momento perfecto.

—El momento perfecto —repite y trato de ignorar el tono.

—Dale, Bonnie —le pido y el disco se mueve rápido golpeando los bordes de la mesa con el ruido metálico característico.

Su mano tiene un espasmo de moverse antes de tiempo, pero lo controla. Lo hacemos juntos. Esperamos. *Boom*. Incluso nuestras rivales celebran el primer gol de Láhria.

—¡Sí! ¡Sabía que podías hacerlo, prima! —se alternan en vítores.

Seguimos jugando y Láhria se mueve en mis brazos para acabar poniendo el culo donde no debería. Puede que empeore la situación con algún que otro movimiento gratuito.

—¿Eso es parte del entrenamiento? —pregunta solo para mí.

—No. Esto es parte de otra cosa. —Mis dedos aprietan los suyos mientras hago todo lo que puedo por no devolverle la mirada, pero soy un débil y acabamos con otro gol en propia.

—Qué desastre —jadea.

—No te preocupes, yo me encargo de ganar la partida. Tú encárgate de no volverme loco.

Ganamos, por supuesto, y me aparto antes de tener un problema serio. Doy gracias a mi móvil, que me vibra como un taladro en el pantalón y puedo usarlo de excusa. Me aparto de ellas mientras Lay cede su puesto a Ayris, y contesto al teléfono.

—¿Le estás comprando disfraces para carnaval a mis hijas?

—Hola a ti también.

—¡Pero si ya tenían! —me grita y tiene mérito que casi me deje sordo, teniendo en cuenta el ruido que hay aquí—. ¿Cómo? Daisy acaba de decirme que tú eso ya lo sabías. ¿Ya lo sabías?

—Yo sé muchas cosas, JL, soy un hombre muy sabio.

—¿Puedes dejar de malcriar a mis hijas?

—Uy, qué pena, estoy entrando en un túnel… interferencias… ¿JL? —Cuelgo y me guardo el móvil en el bolsillo.

—¿Qué era eso? —pregunta cuando vuelvo a su lado.

Me gusta que sepa que estoy ahí, sin siquiera darse la vuelta.

—Nada. —Bajo de nuevo a su oreja—. Deberíamos irnos, todavía no tienen todo lo que necesitan.

Sus ojos sonríen y me doy cuenta de que funcionan como antídoto a las pesadillas que me persiguen incluso estando despierto. Tengo un segundo de pánico. Dudo si me moriré antes de poder decírselo. Dudo si le importará una vez me haya ido, o si solo me odiará.

—Ayris ha pedido una más y le he dado el dinero.

—Porque has nacido para contradecirme.

Su sonrisa se vuelve amplia y preciosa, y quiero hacer mucho más que discutir con ella.

Entramos en una tienda, ni me fijo en cual, las niñas cogen algunas cosas, ni idea de qué, llegamos al eterno pasillo de probadores menos llenos de lo que cabría esperar dado el poco tiempo que queda para el carnaval de la escuela. Vamos perdiendo MacAlisters a medida que encuentran un probador vacío en el que meterse. Tengo que apoyarme en la infinita pared a mi izquierda porque las curvas de Láhria quedan delante de mí y hoy ha sido un día duro.

Sigue caminando después de que Bonnie encuentre el suyo y voy tras ella, por supuesto. La veo mirarse sus pinzas de tulipanes nuevas en el primer probador libre que encuentra y poner caras en el espejo. *Bueno, estará de acuerdo todo el mundo en que ya he aguantado bastante*. La empujo dentro del probador sin tocarla: yo me acerco y Láhria retrocede.

Inclino mi boca hacia la suya, pero se aleja.

—Muy arriesgado. —Hace el amago de irse y me da la espalda.

Craso error. La cojo de la cintura, pego a mi polla contra sus curvas y me froto contra ellas esta vez sin disimulo.

—¿Estás loco? —Se agarra a las paredes y me mira por encima del hombro, alarmada, pero sin alejarse.

Le aparto el pelo y le beso el cuello, le amaso los pechos hasta que sus pezones se marcan por encima de la tela. El alivio que siento por poder tocarla por fin lucha contra

de deseo desesperado. Mi erección no está contenta con la cantidad de ropa que hay de por medio. Empiezo a subirle el vestido sin dejar de mecerla contra mí.

—¿En qué estás pensando? —pregunta mientras se retuerce acelerando la fricción, echando la cabeza hacia atrás para exponer más su cuello.

—Estoy pensando si podría follarte sin que nos pillaran. —Meto la mano entre sus piernas y acaricio el encaje.

—Imposible —gime, pero con lo fuerte que está la música de la tienda, sé que soy el único que la oye.

Aparto sus bragas y el primer roce a su clítoris ya le provoca una sacudida. La acaricio de arriba abajo, despacio y me detengo en su entrada, justo a las puertas.

—Esto es lo que vamos a hacer —empiezo, pero la voz de Ayris llega desde alguna parte del pasillo.

—¿Lay? Estoy lista, necesito opinión. ¿Vienes? ¿Dónde estás?

—¡Yo casi estoy! —se suma Alice.

—Y tú también —murmuro antes de morderle la oreja.

—Estoy a-aquí —sale del probador tropezándose consigo misma, jadeante, roja y a toda prisa—. Quedaos donde estáis, voy enseguida. Quiero recoger unas perchas que alguien ha olvidado en un probador vacío. —Se acerca a mí, mira mi boca y luego mi erección—: no sé cómo ibas a terminar esa frase, pero estás loco.

Beso la humedad de sus labios, resbalo mi lengua por la suya y le abro bien la boca para meterme en ella con urgencia. No hay paciencia, no hay control. Mis manos rozan su cara, su pelo, su espalda, incapaz de decidir qué necesito tocar antes, entonces llegan a su culo. Gime y sé que podría destruirme con uno más. Sus dedos llegan hasta mi nuca, desesperados, atrayéndome hacia sí mientras me clava las uñas. Mientras sube una pierna de tal manera que mi polla palpitante también reciba su dosis de…

—¡Lay! —llaman las niñas y un segundo después ya no está en mis brazos.

Desaparece y lo único que veo es la estúpida pared blanca frente al probador. Oigo a otros clientes acercándose y solo entonces reacciono. Corro la cortina, me dejo caer contra el taburete y suspiro a la espera de que la tienda de campaña de mis pantalones desaparezca.

45

Láhria



Veo a Kían mirando el móvil y contengo un «¡ajá!», para mis adentros. En la entrada de la tienda de maquillaje, recula y dice que vuelve en un rato. *Claro, típico, se ha aburrido. Pues como es normal.*

Mensaje de Cleo (la única, la irrepetible)
17:19 llego al centro comercial en veinte minutos, ¿me has echado de menos?
17:20 tengo una increíble noticia que darte!!!!!!

—¿A qué viene ese ceño fruncido, granujilla?

—Quiero probar este color, pero ya no me queda espacio —Alice me enseña el diminuto dorso de sus manos y hay un arcoíris de sombras.

Le ofrezco el mío y ella lo pinta con gusto. No una franja pequeña para poder probar más de una sombra de ojos, sino un montón. *Artista ha salido la niña.*

—¿Te gusta este azul entonces?

—Sip.

Pues menos mal. Me doy la vuelta y camino entre un mar de esmalte de uñas para ver si Ayris necesita asistencia, pero no la alcanzo. ¿Por qué? Porque «el rato» resulta ser siete minutos.

—Hola —dice, como si acabara de llegar a una fiesta a la que no le han invitado, una a la que es el +1 de alguien, pero ese alguien no ha venido.

Creo que es porque esto está lleno de niñas y adolescentes. *Está tan mono cuando se siente incómodo.*

—¿Qué llevas ahí, Lysander? ¿Has comprado algo?

—Es una tontería. —Alguien le da un golpe al pasar y siento como se me hincha la vena del cuello.

Quiero ponerme a la defensiva con una niña que no llega al metro veinte, ¿qué pitón me ha hincado el diente y cómo puedo sacarme este veneno?

—¿Qué tontería? —me acerco, *me juro protegerlo*—. Has tenido que ir corriendo para volver tan rápido, ni siquiera hemos escogido los gloses.

—No he ido corriendo —aclara, **ocho niveles más mono**—. JL necesitaba no sé qué herramientas para arreglar un microscopio. No tiene importancia. Esperaré fuera.

Y desaparece.

—¿Por qué está tan raro nuestro tío, Lay?

—Ayris, no lo sé, pero sería una idea genial ir a por sujetadores luego.

—No usamos, no tenemos nada que sujetar. —Se mira bajo la camiseta.

—No hace falta que compréis nada —me agacho frente a ella y suelto la pasta—. Os doy diez dólares a cada una si fingís que sí.

—Un placer hacer negocios con usted, señorita Daughbeth —coge la pasta y se va.

—Niñas, estaré en la entrada, avisadme cuando terminéis.

—¡Hecho! —dicen las voces de *cuatro* niñas a la vez.

Va…le.

Lo veo sentado en un banco frente a la tienda antes de salir y tengo que limpiarme las babas imaginarias que tal vez no lo sean tanto.

—No voy a poder mirar la ceja de JL igual a partir de ahora —admito y su expresión es de sorpresa, pero enseguida se vuelve cálida, *mejor*.

Sin entender nada, me quedo inmóvil en el banco cuando se acerca a mí y con el pulgar, frota mi labio inferior.

—Con ellas te vuelves una niña más.

—¿Es un insulto? —pregunto con la boca entreabierta, él me lanza una mirada larga, pero no contesta.

Glup. Termina y siento que no te puedes fiar del océano de Saltwater, cuando te descuidas te baña entera.

—¿Estabais muy unidos de pequeños?

—Cuando hay un enemigo en casa, el resto siempre hace piña.

Sé que estoy a punto de cruzar una puerta y que si me para los pies está en todo su derecho. Pero ojalá no lo haga.

—¿Tu madre?

Asiente manteniendo la vista al frente, hacia la tienda.

—Una mujer normal, incluso buena, hasta que dejaba de tomarse las pastillas contra su trastorno bipolar. Siempre elegía los viajes de trabajo de nuestro padre para dejarlas, si me preguntas a mí, sabía perfectamente lo que hacía.

—¿Y qué hacía? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Torturarnos —se levanta y deambula, y yo le sigo—. Exigirle unos rendimientos académicos de la hostia a John-Luke, incluso aunque eso supusiera castigarlo sin cenar ni dormir. Intentar tratar la homosexualidad de Alex como si fuera una enfermedad, retirarle la palabra cuando se negaba a cooperar.

—¿Y qué hay de ti?

Se gira, su iris se ha vuelto gélido y cortante.

—Yo era un cero a la izquierda para ella. Conmigo no hacía gran cosa. Las únicas veces que hablaba conmigo era cuando me metía entre ella y John-Luke. Es curioso que a pesar de que era a mí al que Emberly llamaba basura, mediocre o estorbo, era John-Luke el que se rebotaba y acababa castigado montones de veces.

—¿B…? ¿Basura? —musito.

—Sí, entre otras cosas. Aprendí a callarme la boca, por él. Mi hermano ya tenía bastante con lo suyo.

Le doy un apretón a su mano, ignorando las vibraciones inmediatas del contacto porque ya me faltan bastantes palabras. Me mira con el ceño algo fruncido, como si no le gustara las emociones que refleja mi cara.

—¿Nunca hablasteis con vuestro padre de esto?

—Nuestra madre era muy camaleónica —mira mi mano con detenimiento—. No siempre era mala. Nosotros éramos sus hijos y queríamos su cariño. Ella siempre nos trataba muy bien justo antes de pedirnos que la perdonáramos, así que acabábamos haciéndolo. Al menos durante algunos años, esa técnica le funcionó. Alex y yo

terminamos hablando con nuestro padre, pero Emberly tenía un trastorno de bipolaridad severo y nosotros no le dimos todos los detalles. —Kían se pierde en un pasado horrible—. Digamos que no vio venir que su mujer acabara secuestrando y casi matando a su primogénito.

Me lanzo a sus brazos, en los que encajo sorprendentemente bien, y lo aprieto contra mí con la fuerza con la que me gustaría borrar a esa horrible mujer de su memoria.

—Lo siento mucho, Kían. —Mi voz neutra tiembla y las lágrimas que se me habían atascado resbalan libres por mi cara—. No eres basura, eres pura magia. Eres excepcional y no tiene nada que ver con tu trabajo, aunque ahí también eres increíble. Eres generoso y muy dulce con las niñas... Eres muy buena persona. —Dejo de hablar cuando su mano llega hasta mi mejilla y me aparta lo suficiente como para mirarme a los ojos.

—No quiero que me siga quitando cosas, Láhria. —Me limpia las lágrimas—. No llores.

Alcanzo sus labios cargándome la distancia y beso a todas sus pesadillas con la esperanza de que así duelan menos. *Si no puedo acabar con los fantasmas que siguen contigo, haré todo lo posible para que no haya oscuridad. Así no podrás verlos.*

Se separa un instante y mira a su alrededor. *Ah, ya, pueblo cotilla y todo eso.*

Al cabo de unos minutos, cuando volvemos a la tienda, Cleo ya está en ella.

—Anda, hola, ¿estabais aquí? —pregunta la peor actriz del mundo, que tiene unas flores de Mountville en el pelo y una sonrisa post-sexo-salvaje que no se aguanta.

—Sí, ahí fuera, ¿no nos has visto? —pregunto caminando entre minas porque tenemos público y tengo miedo de lo que responda.

—He visto a una chica muy parecida a ti, pero tenía algo en la cara... era algo grande, como un...

Me abalanzo a su lado y le aprieto el brazo para que se calle.

—Vamos a hacer la cola —dice Kían llevándose a las niñas, calmado, como si no pasara nada.

—¡Os habéis besado! —grita en susurros en cuanto nos quedamos solas.

—Hemos hecho mucho más que eso. *Anoche.*

A mi mejor amiga le dan tres infartos, cinco ataques y siete shocks, pero consigue decir:

—Cuéntamelo todo.

—Lo haré, pero no aquí —señalo a las niñas con la mirada, no están tan *tan* lejos como para que me sienta cómoda para despotricar. Sin querer miro a Kían, cierro los ojos con fuerza y aprieto el brazo de mi amiga—. Necesito volver a estar a solas con él, Cleo. *Ya.*

Quiero quitarle la tristeza a base de alegrías.

—Así de bien, ¿eh? —Se carcajea y yo me pongo roja como un tomate.

—¿Qué he estado haciendo toda mi vida, Wilson?

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar, Lay, no te calientes la cabeza. Si lo hubieras hecho con Sean o Hector, alias Los Frígidos, podrían haberte hecho renunciar al sexo de por vida.

—¿A dónde me llevas?

—Voy a sacarte de esta tienda para que el tiempo que tardan en hacer la cola me cuentes de mayor a menor intensidad lo que te hizo, lo que le hiciste, y lo que hicisteis

juntos.

De esta no me libro.

—Espera, ¿cuál era tu buena noticia?

—¡Me han cogido en el colegio! Empiezo a trabajar el lunes.

Hay gritos. También abrazos. Creo que nunca he sido tan feliz.

46

Kían-Lysander



—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de recuperar la bolsa que nos hemos olvidado en el centro comercial? —pregunta Láhria desde el asiento del copiloto.

Hemos vuelto a casa todos juntos, pero ahora ella y yo somos los únicos en el coche y en la carretera. El cielo se ennegrece por la tormenta.

—Volveremos con ella, no te preocupes.

—Eso espero. Las tiendas suelen guardar las cosas que la gente se deja en la zona de las cajas, ¿no?

—Eso tengo entendido.

—Es la que tenía las alas de Ayris. —Mira por la ventanilla—. ¿Estamos tomando un desvío? No me suena este recorrido. ¿Es por la lluvia? —Se deja caer en el respaldo—. Pfff, si no está cuando lleguemos, le compraré otras con mi dinero, ¿de acuerdo? Ayris no puede quedarse sin sus alas, ni hablar. Con la ilusión que le hacen.

—No se quedará sin ellas, tranquila. —Aprieto el volante.

Esa puta preocupación infinita porque todo salga bien, porque todos estén contentos. ¿Y ella qué?

—¿Tan seguro estás de la buena fe de la gente? Podrían haberlas robado, eran una belleza y caras para ser de niñas, y no todo el mundo tiene un bombero rico en la familia.

—No existen los bomberos ricos.

—¿Por qué paramos a un lado de la carretera? ¿Por qué recolocas tu asiento? ¿Kían?

La desabrocho.

—Necesito oír como te corres.

—¿Tu neces…? ¿Qué?

Perpleja es poco. La beso, la toco, su piel es de puta seda, sus labios un sismo en mi corazón. Sé que algo se desconecta en su cabeza cuando me devuelve el beso con más ansia que yo. Ese momento es el día de Navidad, el día de Acción de Gracias y mi cumpleaños, todo a la vez. Acaricio la cara interna de uno de sus muslos, trepando sin freno hasta colarme bajo el vestido. En cuestión de segundos la hago jadear antes de arrancarle un gemido roto.

—Abre bien las piernas, Láhria, más.

Lo hace. Se muerde el labio, me muerde el mío. Aparto sus bragas y mi dedo corazón se hunde en una piscina que no deja de palpitar.

—¿Desde cuándo? —consigo decir tras un par de maldiciones—. ¿Desde cuándo estás así de mojada?

—No lo sé, ¿qué día nos conocimos y empezaste a tocarme las narices?

Sonrío como un crío. Quiero arrancarle ese precioso vestido del cuerpo y devorarla.

—¿Puedo meterte otro? —gime muy fuerte, pero a mí me gusta tentar los límites.

Esta vez no habla, solo asiente con la cabeza. No le doy tregua, ni tampoco dejo de besarla, así que llena el coche de gemidos cortos, agudos, suplicantes.

—Así es perfecto, lo haces muy bien —admito mientras veo cómo su muslo se mancha de miel brillante.

Mi postre.

Se contrae, se tensa, está a punto. Ni siquiera entiendo cómo me deja formar parte de esto, cómo me da semejante privilegio si yo soy solo *yo,* pero ella es… *todo.*

—No, espera, ¿t-te parece que hay tiempo para esto? —Me agarra la muñeca, jadeante, enrojecida, preciosa—. Nos van a cerrar las tiendas.

—Las alas de Ayris están en el maletero, Aurora. —Curvo los dedos y golpeo su punto G repetidas veces, tantas que parece que voy a destrozarla.

Resbalo mi lengua por la longitud de su esbelto cuello, todo la hace gemir.

—Dame un segundo —eso suena a súplica—. No dejes que me corra todavía. Quiero que estés dentro de mí.

—Lo siento, no tengo preservativos en el coche —se me escapa la risa—, y si hubiera llevado encima, no sé qué habríamos hecho en ese probador.

Sí lo sé. Joder, lo sé perfectamente.

Es rapidísima cuando quiere. Se coloca encima mío, me libera y apartando el encaje de sus bragas, se roza contra mi erección, piel con piel. *Delirio.* Dejo de respirar para siempre y empezamos a frotarnos el uno contra el otro con la misma rabia con la que discutimos.

—¿Es así como quieres correrte, Láhria?

Gime tan fuerte como intenso es el beso que la sigue. Levanto su vestido y meto las manos bajo sus bragas. Me muerde la oreja, me clava las manos en el pecho, las hunde en mi pelo.

—Juegas fatal al air hockey —dice.

Juego fatal a estar lejos de ti.

Se desliza sobre mi erección en un vaivén hipnotizante. No hay ni una sola célula en mi cuerpo que no quiera estar dentro de ella, pero la verdad es que esto también es bastante alucinante. Me mira como si estuviera viendo no solo mi presente, sino también mi pasado, lamiendo heridas que a día de hoy sigo teniendo muy abiertas. Entonces se acerca a mi boca y susurra barbaridades.

—Quiero que te corras dentro de mí, Kían-Lysander.

Mi erección da una sacudida. Ella se aferra al cabecero del asiento, se frota por toda mi longitud moviendo las caderas en un movimiento incansable. Siento su miel empapándome la polla.

—¿Qué acabas de decir?

—La píldora —jadea—, también regula la menstruación. Llevo años tomándola.

Esto no puede ser verdad.

—Raylan dijo…

—¿Raylan? —pregunto.

—Sí, en nuestra cita que llevabas tiempo sin salir con nadie, así que si estás limpio…

—Lo estoy —*y también celoso de oír el nombre de otro tío en su boca.*

Le cojo de la nuca, la atraigo hacia mí tanto como puedo y procedo a comerme su boca. *Dios, nunca he sido territorial, ni celoso, ni obsesivo y ahora lo soy todo.*

—Entonces, es perfecto. Sobra decir que yo también lo estoy, ¿no?

Me cuesta prestar atención a sus palabras y el miedo me patea las entrañas.

—¿De verdad quieres…? ¿Lo has dicho en serio? —insisto.

Lo siguiente que siento puede bien compararse a una explosión atómica, porque se la ha metido sola.

No entera, ni de coña, pero suficiente como prender el coche en llamas. Mirar el punto exacto donde mi polla se pierde en ella es un gran error.

—Dios, Lay, *hostia puta*.

La tengo más dura que nunca, es como haber tenido una erección veinticuatro horas y por fin, *por fin,* hallar ese alivio apocalíptico y atómico. Quiero correrme cada segundo que siento que se la mete un centímetro más y no sé de dónde saco la fuerza para no hacerlo, ni cuanta me queda.

—¿Así está bien? —gime sin frenar sus caderas, mordiéndome el cuello.

—No.

—¿Quieres que me mueva…? ¿…de otra forma?

—No está *bien,* nada de lo que tú haces esta solo *«bien»* Láhria. Eres indecente. Eres una barbaridad.

Sus paredes se dilatan a mi paso y se contraen, me atrapan y succionan mientras su dueña me besa como si se estuviera muriendo. La inclino para rozar su clítoris, la muerdo, la guío y ella se va abriendo como una flor, dejándonos el espacio justo que necesitamos. *Puede que menos, por eso es así de perfecto.*

—Lo siento —gruño—, no voy a poder darte más de una.

Se cierne sobre mí. Deja que entra y salga, que resbale.

—Quiero esto Kían… cada segundo del día… Contigo —gime y suelta un sonido de asfixia, de éxtasis.

Estalla y me succiona. Es tan bruto y palpita tan rápido, que no puedo parar. Me rompo en su boca sin llegar a sellar el trato con un beso, me quedo justo en el borde. Manchándola. Haciéndola mía.

Solía largarme cuando terminaban los espasmos y me prometo que eso es lo que voy a hacer mientras la abrazo, la pego a mi pecho y le beso la frente.

Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa hasta que levanta la vista y me inspecciona el alma, pero sí sé que para entonces, los cristales del coche están empañados.

—Me gusta el color que tienen ahora tus ojos —susurra, todavía conmigo dentro.

—¿Por qué? ¿Son diferentes?

Asiente.

—Por una vez, parece que no tienes el peso del mundo sobre los hombros.

Una voz en mi cabeza me recuerda que no merezco esa paz y la migraña vuelve, igual que nosotros volvemos a la mansión en algún momento. Sigue lloviendo cuando nos bajamos del coche.

—Lay —la freno antes de entrar, cogiéndola de la mano que sujeta la bolsa de Ayris—. ¿Podrás curarla? A Alice.

—Estamos haciendo mejoras.

—Eso no es suficiente. Es su vista, no puede perderla. No me lo perdonaría.

—Si me preguntas a mí, creo que aprenderá a controlar todo lo que siente y a canalizarlo. ¿Pero por qué lo dices así? Como si el resultado de lo que pasara con su vista fuera cosa tuya.

Porque lo será. Porque a menos que tú la enseñes a dominar su hipersensibilidad, a menos que tú la salves, mi muerte la dejará ciega. Y esa será otra cosa más que jamás podrás perdonarme.

—Me preocupa, nada más.

—¿Tengo que volver a subirme encima tuyo para que te relajes? —intenta con una sonrisa—. Porque lo haré.

Acaricio su mejilla y ella me besa la palma.

Durante la cena con Láhria, Cleo y las niñas, grabo hasta el último detalle en mi mente. Alice baja a cenar con su camiseta del arcoíris. Ayris llora de alegría por haber recuperado sus alas y se empeña en no separarse de la bolsa. Bonnie le pide a Cleo si pueden ser sus niñas de las flores en la boda y ella acepta. Láhria es mi faro, brilla tanto que a veces no veo a nadie más. *También me gusta, solos ella y yo*. En mi cabeza siempre es así.

Paladeo cada segundo y cuando después de cambiarme, las paredes se vuelven negras y empiezan a engullirlo todo, pienso que es una suerte que esté solo.

Por desgracia, esa vez, tardo mucho más en despertar.

47

Láhria



Llegamos al parque de bomberos antes del mediodía. Kían tenía que hablar con su jefe, Hayden, *que según dicen las niñas es capaz de apagar un fuego con la mirada,* y hemos decidido acompañarle. Las tres subidas en la moto cuando Kían salía inocentemente solo de casa, es una imagen difícil de borrar para mi mente. Otra vez hemos cogido el coche familiar. *Me estoy amoldando rápido a la experiencia.*

—Tienes una sonrisa para la que voy a necesitar gafas de sol —dice Cleo agarrada a mí, mientras Kían llega al parque unos metros más allá y empieza a saludar a todos de la mano de las niñas.

—Sí, el golpe va a ser duro, Cleo —suspiro.

—¿El golpe?

—Es imposible que esto sea real para él. Que quiera algo más de mí que esto.

—¿Que malditas sandeces estás diciendo?

—Que esto no va a durar. Tengo diecisiete años menos que él, fijo que mis preocupaciones le parecen ridiculeces de *cría*.

Cleo detiene sus pasos, pone las manos en mis hombros y ocupa todo mi campo visual colocándose frente a mí.

—Lay, esto te lo digo porque te quiero, ¿vale? Pero no has tenido una vida fácil. Te quedaste huérfana al poco de nacer y has crecido con tu hermano y tu abuela como principales modelos a seguir, y digamos que la adicción controladora y un pelín obsesiva del primero se te ha pegado con el tiempo.

—Ehhh —me quejo tapando mi reloj cuando lo mira.

—Tus preocupaciones nunca han sido de cría, ¿vale? Siempre has tenido esa madurez oculta tras tu sonrisa, esa empatía y aceptación que poca gente tiene. Has sido tan adulta que casi te pierdes a ti misma en los «debería hacer esto o lo otro». Por fin estás haciendo lo que quieres, sin pensar en nada más. Te prohíbo estropeártelo.

—¡Lay, Cleo! —grita Ayris junto a los camiones para que nos acerquemos.

Cleo tira de mí y llegamos hasta ellos. No esperábamos encontrar a ningún compañero de Kían porque no tienen turno hasta mañana, pero resulta que algunos están haciendo horas extra para sacar algo de pasta, así que se hacen las presentaciones pertinentes.

De repente vuelvo a tener nueve años y dudo si voy a encajar. Kían me presenta como Lay, como si Láhria fuera algo que quiere solo para él. Al tercer abrazo, la espalda se me relaja un poco de la tensión repentina.

—Tendrá que ver con que sois familia de Daisy porque, guau, qué estilazo os calzáis, ¿aceptáis adeptos? —pregunta Tina, con sus mechones fucsias y parte de la cabeza rapada.

Creo que ya la quiero.

Se me escapa una risita tonta y todo, así de fan soy de su corte de pelo. No me pasa por alto la mirada que me lanza Kían, es una flecha que pasa a través de la gente que nos separa.

—Lay antes se vestía horrible, con chándal, siempre anchísima y con ropa de chico. Pero ahora está muy guapa.

—Gracias por aclararlo, Bonnie. —Le tapo la boca a la pequeña y añado ataque-de-cosquillas-vengativo a la lista de tareas.

Cleo dice algo sobre volver a su pelo natural para la boda y la conversación toma un giro peligroso.

—Te compadezco por todo el estrés que se te va a venir encima, en serio, las bodas rompen más parejas de las que unen —dice Cameron poniéndole su casco de bombero a Alice mientras Ayris da zancadas por ahí metida en las botas gigantes de Kían.

—No la asustes —se queja Jane—, aunque sí que es cierto que las madres siempre se vuelven un poco locas con las bodas de sus hijas.

—La mía estuvo a punto de volverme loca a mí —interviene Tina mirando a Cleo—. ¿La tuya tampoco deja de llamarte incluso al trabajo para preguntarte sobre el velo o cualquier mínimo detalle?

Después de ser repudiada de Mountville, las cosas no mejoraron para Antea. Digamos que no logró coger las riendas de su vida. Empezó a salir con hombres conflictivos que terminaron de arruinarla.

Su desinterés por Cleo no hizo más que crecer y solo la buscaba cuando se quedaba sin dinero. No se tomó bien que su hija le pusiera límites después de darle todos sus ahorros y no querer pedirle más a su padre. Aquel día no fue la primera vez que pegó a Cleo, pero sí la última. Yo misma la acompañé a poner la orden de alejamiento que nos ha dado paz los últimos cuatro años.

—No, la que no deja de atosigarla en este caso soy yo —intervengo rompiendo el repentino silencio en el aparcamiento—. Soy un verdadero incordio.

—No lo eres —dice, su tono ahora más bajo.

—Sí, lo soy, una súper-pelma, pero vas a tener una boda perfecta con un hombre increíble que te quiere horrores y con eso me contento. —Le doy un beso en la mejilla.

—¿De verdad no sois hermanas? —insiste Cameron—. Porque os parecéis mucho.

Cleo les está explicando que no es rubia natural y que en unos días va a volver a sus orígenes cuando alguien me da dos toques en el hombro. Me doy la vuelta y una amplia sonrisa confiada me da la bienvenida.

—¿Cómo te va, Lay?

—Raylan, hola. Me alegro de verte.

Me abraza y tengo una sensación rara. Principalmente porque creo que me huele el pelo.

—Lo mismo digo. ¿Qué? ¿Ya te has acostumbrado a vivir en la mansión? Tres niñas son muchas niñas, Dhorothy y yo ni siquiera tuvimos uno.

La ex otra vez a la carga. Lo tiene superadísimo.

—Qué va, ha sido fácil, la verdad es que había echado mucho de menos a las… —veo que Raylan mira con nerviosismo a algún punto por encima de mi cabeza, me giro y veo a Kían, erguido como una torre infranqueable a un tímido palmo de mi espalda—. MacAlister.

Sus ojos descienden hacia mí y me funde las células con su intensidad. *Pero bueno.*

—Lysander —musito a modo de saludo antes de que me desintegre.

Su mano alcanza la mía y dice:

—Ven, voy a presentarte a Hayden.

No tiene pinta de que tenga opción a negarme. Atravesamos las puertas.

—Teniente, ¿hay algo que deberíamos saber? —pregunta un chico joven que no es de su camión, mirando nuestras manos con una sonrisa seductora cuando nos cruzamos con él.

Le ladra una negativa, pero su tono cortante no parece asustarle lo más mínimo, lo cual me indica que lo conoce bien.

—¿Estás furioso por algo? —pregunto cuando entramos a un pasillo vacío en el que apenas se oyen las voces de fondo.

Sin respuesta. Seguimos caminando a paso ligero. Lo siguiente que sé es que una puerta se cierra, pasamos a estar en una pequeña salita. Solo he dado un par de pasos cuando Kían pone una mano en la pared, enjaulándome con su pecaminoso cuerpo de Sr Montaña.

—¿Raylan te ha olido el pelo? —mira mi boca cuando la abro en busca de una palabra que nunca encuentro, solo para volver a cerrarla—. Voy a matarlo.

Le freno, poniendo las manos en sus caderas.

—¿De verdad? ¿No te parece un poco excesivo?

Junta su cuerpo con el mío clavándome a la pared y la repentina fricción pone un volcán candente entre mis piernas.

—Lo mío me cuesta mantener las manos lejos de ti, ¿pero esto? —inhala junto a mi cuello—. Esto es mío.

Tiemblo. No estoy segura de si quiero que me devore o que me deje respirar porque ahora mismo ambas cosas parecen igual de urgentes.

—Habías dicho nada de besos en tu lugar de trabajo —susurro cuando me doy cuenta de la terrible idea que ha sido ponerme falda. Me cuelo bajo su camiseta y encuentro músculos duros y ardientes que me queman las yemas de los dedos—. ¿O ya no te acuerdas?

—Sí, pero los dos estaremos de acuerdo en que soy un idiota.

Sus labios derriten todas mis barreras, me roban el sentido y terminan emborrachándome de placer en tiempo récord. Su erección se hunde en mi falda a través del pantalón. Me retuerzo, le clavo las uñas y él gruñe en mi boca acortando mucho más la mecha de mi resistencia.

Hay ventanas con venecianas subidas, alguien podría pasar por el pasillo y vernos. Mi lógica y sensatez tropiezan con el roce urgente de su cuerpo y salen de la sala para no volver. Me doy cuenta de que esta vez el beso no es una batalla que acaba con mi irremediable sumisión, esta vez es una clara rendición, una cesión de poder.

Me quito la camiseta y él tira de su cinturón. Cuelo la mano hasta su erección en la fracción de segundo que se distrae con las transparencias y las flores rosas que abrazan mis pechos. Quiero arrancarle esos pantalones y ganar el espacio que necesito para tocar algo más que un puñado de centímetros.

—¿Es esto lo que llevas normalmente?

—¿Qué tiene de malo?

—Tiene de malo que quiero arrancártelo con la boca.

Se frota contra mí, a través de nuestra ropa interior, y cuando me deja las rodillas temblando, se aleja. *Boom.* Sus dedos me penetran, se hunden en mi deseo y me llenan por completo. Apenas contengo el grito.

—¿Qué me estás haciendo, Aurora?

Aurora. El maldito Aurora que me puede cada una de las veces.

Busco sus labios, desesperada, y los encuentro. Su polla da una sacudida en mi mano mientras acelero tanto cómo él acelera el ritmo de sus dedos. El orgasmo hondea su bandera, lo veo venir, está muy cerca.

—¿Y el teniente MacAlister? —La voz profunda que hace que Kían se tense, debe ser de su jefe.

Todo se paraliza durante un largo segundo. Solo oigo el latido de mi corazón golpeando frenético. Entonces se separa de mí, mirándome a los ojos como si fuera su último aliento. Luego cae en las ventanas a nuestro alrededor y en el estado en el que estamos ambos.

—Mierda —Kían aprieta los dientes.

La culpa marca sus atractivos rasgos antes de agachar la cabeza en señal de disculpa. Todo pasa muy deprisa, me pone mi camiseta en las manos, pero ni se abrocha el cinturón. No sé cómo no arranca el pomo de sitio cuando abre la puerta para salir de la sala. Desaparece tras lo que parecen unos baños y yo… yo me largo en cuanto puedo para que no me encuentre cuando salga.

¿Qué digo? Para no entrar ahí antes de que lo haga.

48

Kían-Lysander



Tardo un par de minutos en convencer a mi erección que no voy a hacer nada con ella en mi lugar de trabajo. *Por mucho que sienta que si no termino, aunque sea solo, voy a perder la cabeza*. Me lavo la cara y dejo que el agua fría caiga en mis muñecas. No sirve de un mierda. Lo de respirar, en cambio, ayuda un poco.

Antes de cruzar la puerta de la sala de reuniones y lidiar con la razón que me ha traído aquí en un día de fiesta, me cruzo con Cameron saliendo de ella.

—Odio a ese tío —murmura sacudiendo la cabeza.

Si mis ganas de entrar ahí eran cero, ahora son negativas.

Hayden me lanza una mirada desde dentro, una muy clara. Aprieto los puños. *Acabemos cuanto antes*. Entro en la sala de reuniones de Matt Hayden y huele a medicamento. La razón está de pie, junto a la mesa.

—Hola, MacAlister, cuánto tiempo —dice Mason Whitlock, con su estúpido tupé kilométrico y su traje de banquero habitual—. ¿Cómo te va?

—De cine.

Comparten miraditas. Si Whitlock cree que ese silencio va a hacerme hablar, que pruebe otra vez.

—Dice que no has vuelto a llamarle, ni a pedir cita con él —este es Hayden.

—Hice las sesiones obligatorias. —Me apoyo en la pared, me cruzo de brazos—. ¿Se suponía que debíamos hacernos amiguitos?

—Teniente —la voz cortarte de Hayden me quita la sonrisa de la cara.

—Nadie te está juzgando, MacAlister —dice con la típica voz que usan los psiquiatras antes de ponerte la camisa de fuerza—. Es cierto que hiciste las sesiones de terapia obligatorias, igual que el resto de tus compañeros. Pero te dije que mi puerta estaba abierta para ti y no la utilizaste. ¿Puedo saber a qué se debe?

—No me ha hecho falta. Soy un tío feliz.

Hayden se frota la cara perdiendo los nervios, pero Whitlock ni se inmuta.

—¿Ya no tienes esas pesadillas tuyas? —estrecha la mirada.

—No.

—¿Ni ese pánico paralizante a la oscuridad?

—No.

Sonríe demostrando una vez más que no hay palabras que afecten a su permanente mueca snob. Chista la lengua.

—Debo serte sincero, me cuesta creerlo.

—Lo mejor será que yo no te sea sincero a ti —murmuro.

—Teniente —repite Hayden, pero mi cabeza ya ha enviado la orden.

—¿Qué fue lo que dijiste, Whitlock? ¿Que debía conectar con el espíritu de mi

vulnerabilidad y encontrar al héroe que llevo dentro?

—Solo intento ayudarte, MacAlister.

—Pues un consejo, súbete al camión cuando suenen las alarmas y presencia algún rescate, pasa un día entero en las urgencias de cualquier hospital, mira a la muerte a los ojos. Seguro que tus consejos mejoran, peores ya no pueden ser.

Hayden abre la puerta de la sala y mueve la cabeza hacia fuera.

No tiene que pedírmelo dos veces. Cierra tras de sí y me frena en mitad del pasillo.

—¿Qué parte de «lo envían del ayuntamiento, no nos conviene cabrearle» no entendiste?

—¿Le has visto la cara? No está cabreado. Me da que no tiene los músculos faciales para estarlo.

Me coge del hombro y aprieta.

—Hijo, sé que es un cretino insoportable, que no tiene ni puta idea de lo que supone ser bombero, pero con Braxton en contra, nos conviene cabrear a cuanta menos gente mejor. ¿Puedes hacerme el favor de recordarlo?

Hayden no es de pedir favores, ni ayuda, más bien es de la clase de tío que hace todo cuanto está en su mano hasta que desfallece. Entro de nuevo en la sala con una gran sonrisa en la cara, me acerco a Whitlock y casi se cae de la mesa del susto. Le cojo de las manos.

—Te pido perdón por mi comportamiento, Mason. Mis chacras estaban rechazando un viaje espiritual doloroso porque es para lo que mi mente masculina está programada. Para cerrarme en banda, como tú decías, lo reconozco. ¿Quieres un té de lavanda? Podemos hablar de ello en profundidad mientras hacemos uno de esos dibujos sanadores, ¿tienes tus tijeras con mango ergonómico a mano?

49

Láhria



Me convenzo de que el aire fresco me aliviará mientras camino con una mano apoyada en la pared. Encontrar otro baño es una suerte inmensa del destino. Me lavo la cara y agradezco haberme puesto rímel *waterproof*. Me doy la charla en el espejo sobre lo que supone tener un mínimo de autocontrol y salgo fuera.

Encuentro a Cleo en su salsa.

—Mira, justo a tiempo, Jane y Tina me estaban contando secretos del teniente MacAlister, ¿no es genial? —Cleo golpea en el taburete libre a su lado y me siento con ellas en la mesa con cafés y vasos vacíos del aparcamiento—. ¿Cómo has dicho, Jane, que él nunca…?

—Nunca deja que sus ligues se queden en su casa a pasar la noche, *jamás*.

—¿Has oído eso, Lay? —dice Cleo alucinada hincando los codos en la mesa—. ¿Qué más, chicas?

—Nunca cocina para sus ligues.

—Ah, y nunca presta ropa a sus ligues.

—¿No? —carraspeo, abanicándome con una servilleta—. ¿Y eso?

—Creo que tiene que ver con lo de no volver a verse —Tina arruga la nariz y se carcajea—. Así no tiene que comprarse un armario nuevo cada dos por tres.

—Y nunca, *nunca,* lo hace sin preservativo —dice Jane.

Se me para el corazón. A Cleo le da un ataque de risa.

—Cree que los que lo hacen son idiotas —dice Tina.

—En parte lo admiro, no hay muchos tíos capaces de resistirse a algo tan bueno solo para no pillar algo —dice Jane.

—Creo que lo hace para no intimar de verdad, ¿sabes? Mantener una barrera entre su frágil corazón y lo que está haciendo.

—Sí, Tina, una barrera literal mantiene.

Mi pulso golpea frenético.

Puede que empiece a flotar, a levitar como un fantasma. Tal vez el pánico también tiene cabida en mi pecho. *Esto no puede estar pasando*.

—¿Y cómo…? ¿Cómo sabéis todo esto, chicas? —pregunto con un tono alegre-forzado, pero bastante normal para toda la adrenalina que me asfixia.

—¿Yo? Porque he visto a montones de chicas venir a rogarle aquí una segunda cita —dice Tina y luego señala a Jane con la barbilla—. Ella, por el contrario, fue una de esas chicas.

—Eh, yo no le rogué. Le pregunté si quería repetir y respeté su decisión cuando dijo que no. —Se encoge de hombros.

Siento que me trago un hielo inmenso y que me astilla la garganta a su paso además

de congelarme por dentro. Lo primero que pienso es que Jane es preciosa. Lo segundo es que al ser paramédico, tiene un montón de cosas en común con Kían. Además tiene cuarenta y un años, así que también tendrá mucha más experiencia. *¿Estoy encogiendo o el mundo se está haciendo más grande?*

—¿De verdad? —pregunta Cleo.

—Sí, pero hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo —Se vuelve a encoger de hombros, pero se pone un poco roja—. Ahora solo somos amigos.

—Venga ya, no mientas. No lo he probado nunca, pero por mis narices que el teniente MacAlister no es de la clase de hombre del que te olvidas ni en mil vidas —dice Tina disfrutando de su vergüenza.

—Jane, la ambulancia está mal aparcada, ¿puedes sacarla de en medio mientras yo repongo el antiséptico? —dice Winifred en un tono muy cortante, pasando de largo antes de que Jane le responda.

A esta se le cambia la cara mientras se pone en pie, tamborilea los dedos en la mesa y dice:

—Se acabó la diversión.

—Ehh, espera —le pide Tina—. Se sincera, Jane, ¿repetirías esta misma noche si te lo propusiera?

Rueda los ojos, parece que no va a contestar, pero se acerca, baja la voz y dice:

—¿Tú le has visto? ¡¡Obviamente!!

—¡Entonces sí te acuerdas!

—Claro que sí, ¡pero que no salga de aquí!

Cameron nos pide que entremos para comer y los que quedamos en el aparcamiento entramos en el parque.

—¿Estás celosa de Jane? —me pregunta Cleo en cuanto nos quedamos solas.

—Sí —*¿para qué andarnos con rodeos?*

—Tiene sentido —asiente con pesar—. Es decir, con ella se acostó una vez hace siglos y en cuanto a ti, esa lista de «el teniente MacAlister nunca…» sonaba muy parecida a «todas las cosas que sí he hecho con Lay». ¿Cómo vas a competir contra eso?

Me saca los colores.

—Sé que no tiene sentido, Cleo, que fue hace mucho tiempo, ¿pero cómo no la eligió a ella? O sea, es una pasada de mujer. No solo por fuera, ¿has oído cómo trató un neumotórax en plena calle usando solo un bolígrafo? Es todo lo que he visto en las series y más.

—Ya, por increíble que suene, puede que con Kían-Lysander haya que hacer algo más que un neumotórax para enamorarlo.

Enamorarlo. Qué ridiculez.

Estoy haciéndole cosquillas a Bonnie por lo de antes cuando Kían llega con su jefe y aprovecha para presentarnos a Cleo y a mí. *Esta vez de verdad.* Hayden tiene que medir por lo menos dos metros. Tiene el pelo oscuro, tanto como su tez, y hay algo en sus ojos que me transmite cercanía, una bondad cálida de lo más agradable. ¿Lo raro? Que Kían no me mira a la cara mientras hablamos.

Ni. Una. Sola. Vez.

—La familia del teniente MacAlister es también familia del parque, por favor, sentíos como en casa —dice antes de soltarme la mano en un prolongado saludo.

—No son mi familia, son *amigas* de la familia —recalca Kían por lo bajo.

—¿Me estás contradiciendo?

—Puntualizando.

—Pues puntualiza cogiendo más servilletas y cerrando la boca.

—Sí, jefe.

Lo siguiente que veo es la espalda llena de músculos de Sr. Montaña esquiva-miraditas. *¿Es por vergüenza por lo de antes? ¿Se ha enfadado porque me haya saltado su norma? Dios, cómo odio esa maldita máscara que no me deja entender nada de este hombre.* Parte del equipo reclama a Hayden justo después, entre ellos Jane, que viene a decirle algo sobre el freno de la ambulancia. Por lo visto no va muy bien. Me vibra el móvil y veo que es la app de la comida.

Cleo y yo no queríamos venir con las manos vacías, pero tampoco que la comida se enfriara durante la espera, así que lo hemos encargado en vez de traerlo.

—Ahora vuelvo.

—¿Voy contigo? —se ofrece Cleo cuando acababa de sentarse.

—No hace falta. —Troto de vuelta al aparcamiento. *Ahhh, ¿no te encanta cuando la gente llega exactamente a la hora que dijo que iba a llegar?* La repartidora tiene el pelo teñido de púrpura y me pregunto si es el agua del mar lo que hace que la gente de Saltwater sea tan guay—. Muchas gracias.

—Ponme una opinión de cinco estrellas, porfi —sonríe y se va con su bici.

Termino de escribir la reseña con un smilie cuando dedos masculinos y grandes rodean mi antebrazo con fuerza. Alzo la vista y el aire se congela.

—¿Qué haces aquí fuera tú sola, guapa? —Un tío algo mayor que yo, alto y corpulento, que no he visto en mi vida, me sonríe encendiendo todas las alarmas que tiene mi instinto a la vez.

—¿Di-disculpa? —retrocedo, pero tira de mí con un movimiento brusco que me desestabiliza.

—Ehh, cuidado. ¿A dónde vas tan rápido? Eres mi tipo de chica, ¿nos tomamos algo? —Un escalofrío me recorre entera cuando sus ojos verdes perversos cargados de malas intenciones se me acercan todavía más—. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—Esto no está pasando. Es el siglo veintiuno, esta especie ya se ha tenido que extinguir.

—¿Qué murmuras?

—Que no estoy interesada.

—¿Tienes nombre? Yo soy Markus. —Más aliento cálido y apestoso.

—No, no tengo nombre —intento soltarme: nada—. ¿Sueles coger los brazos de chicas que no conoces, Markus?

—Suelo coger todo lo que me gusta en la vida, guapa, e ir a por ello.

—Muy atrevido. La cárcel está llena de personas como tú. ¿Qué tal si me sueltas?

Su carcajada es ácido corroyéndome por dentro. Convierte mis sudores fríos en cristales de hielo. *Mierda. Mierda.*

—Me da que no. —Se pasa la lengua por el labio inferior mostrando sus dientes amarillos, ahogándome en olor a tabaco—. Quiero que vengas conmigo a un sitio, voy a tratarte muy bien.

El corazón se me va a salir por la garganta. No hay nadie en la calle.

—Lo que vas a hacer es dejarme en paz —hago por soltarme, pero me hace daño, me clava las uñas y cuando no consigo moverlo un ápice, empiezo a ponerme nerviosa de

verdad.

—Vamos, no seas tímida. —Sus palabras resbalan como aceite sucio, pero su agarre no.

Tira de mí y pierdo la bolsa de la comida. Solo logra que dé un paso en la dirección que quiere, *uno*, pero juro que el miedo no se deja ni un solo rincón de mi mente sin recorrer.

—¡He dicho que me sueltes! —Mi rodilla se mueve sola.

Y rápido. Golpeo donde más le duele y se dobla sobre sí mismo llevándose las manos a la entrepierna.

—Serás puta. No me dijo que eras una zorra salvaje —gruñe entre dientes y aunque no le entiendo, pasa a un segundo plano en mi cabeza cuando él aparece.

Kían.

Le da *tal* puñetazo en la cara que hace que se olvide de sus partes y de toda su etapa escolar. El baboso retrocede, saca fuerza de no sé dónde y hace lo que está en su mano por devolvérsela. «Iluso» sería la palabra adecuada. Apenas tiene tiempo de recuperar el equilibrio antes de que Kían lo agarre por la camiseta y lo estampe contra un coche aparcado.

—¿Qué puto problema tienes en el oído, gilipollas? ¿Es que no has escuchado que te ha pedido que la sueltes? —su tono de voz ya podría matar a alguien, es furia letal.

Le da otro puñetazo en el estómago y dudo si va a seguir empujando hasta que quede aplastado contra ese coche. Entro en pánico por un motivo distinto. *Las esposas no quedarán bien alrededor de sus muñecas.*

—¡Kían! —grito por encima de su conversación—. Estoy bien, suéltalo.

—¿A dónde iba a llevarte, Lay? —me atraviesa con la mirada.

Markus aprovecha la oportunidad, le da un fuerte cabezazo y consigue que afloje su agarre lo bastante como para salir corriendo.

—Dios mío, Kían. —Ni siquiera soy consciente de que tenemos público hasta que veo a Tina y otros dos bomberos salir corriendo tras el pirado-agarra-desconocidas—. Kían, ¿estás bien?

Tiene una mano en la sien y se agarra la cabeza como si un arma afilada hubiera estallado en su cerebro. Tiene sangre en el pómulo y parece desorientado cuando sus manos me encuentran, me abraza y me pega contra sí.

Oigo su corazón latiendo tan frenético como el mío y le abrazo con fuerza.

—Ese hijo de puta… —su voz es un ladrido bajo que retumba por mi cuerpo.

—Estoy bien, estoy a salvo gracias a ti.

Me aprieta más fuerte. Durante el momento que dura el abrazo, antes de que Cleo llegue y se vuelva lo-ca, tengo la impresión de que sus manos tiemblan. Lo achaco a la adrenalina del momento, si es que no me lo he imaginado.

Todos han salido fuera, incluso las niñas. *Mierda, Alice.* Tiene una cara de horror que me traspasa. Reconozco que centrarme en no preocuparla me ayuda a quitarme el susto del cuerpo. El aire fuera es denso, lleno de tensión chisporroteando de unos a otros, y la cosa no cambia cuando entramos dentro.

Digamos que el buen rollo de la comida se enfría un poco cuando llega la policía. Hayden no es el único que ha insistido en llamarlos, cuando Tina y el resto vuelven con las manos vacías, están rabiosos.

—¿Le habías visto alguna vez? —pregunta el policía llamado Alejandro, que tiene

pinta de ser el que manda entre los tres que han venido.

—No, nunca. Aunque no soy de aquí.

—Ese desgraciado tampoco era de Saltwater, te lo aseguro —afirma Kían paseándose delante de mí en la sala de descanso del parque setenta y uno.

Tanta preocupación colectiva me ha encendido una hoguera en el pecho. *Sobre todo la suya*. Me siento querida, lo cual es lo último que esperaría sentir después de que un pirado haya intentado… *mira, prefiero no pensarlo*.

—Daremos el aviso con la descripción que nos has dado de él —me dice Alejandro—. Teniendo en cuenta lo implicado que es este pueblo en saber todo lo que pasa por aquí, es más que probable que alguien haya visto u oído algo.

Vamos que va a encender las radios del cotilleo. Cleo, sentada a mi lado en el sofá de la sala de descanso, me aprieta la mano y entonces recuerdo algo.

—Ha dicho «no me dijo que eras una zorra salvaje», como si ya me conociera o como si alguien le hubiera hablado de mí. Lo cual no tiene ningún sentido.

Alejandro comparte palabras que no alcanzo a oír con sus compañeros mientras el ceño de Kían se frunce tanto que parece que va a quedarse así para siempre.

—De verdad que estoy bien, no ha sido nada —aclaro y sonrío a Raylan que está manteniendo entretenidas a las MacAlister.

—¿No? Pues yo estoy bastante segura de que una de las paramédicas va a sumarse a lo de denunciar a ese desgraciado.

—¿Por qué lo dices, Cleo? —pregunta Alejandro.

—¿Qué paramédico? —La voz de Kían sube trece escalones de tensión.

—La que no es Jane —la señala al otro lado del pasillo, tras unas puertas acristaladas —. Se ha esforzado mucho por grabar al tío ese antes de que se largara corriendo.

—¿Winifred? —pregunta Alejandro compartiendo una mirada con Kían que no entiendo.

—Agente, ¿podemos hablar en mi despacho? —pide Hayden mirando a Alejandro—. Teniente MacAlister.

Kían no rompe el contacto visual conmigo hasta que no le queda más remedio. Sigue a su jefe y desaparece tras las puertas.

50

Kían-Lysander



La puerta del despacho se cierra sola detrás de mí y ardo en deseos de destrozar cosas.

—Está con Braxton.

—Te he oído la primera vez, tomad asiento —pide Hayden exhalando.

—Ambos sabéis que me culpa de la muerte de su hijo y que tiene muchos contactos. Seguro que por eso Winifred consiguió plaza aquí sin tener buenas referencias del último parque en el que trabajó. Pensadlo, todos quieren trabajar en el setenta y uno, esto huele más que sospechoso. Alejandro, tienes que interrogarla.

—Esto no funciona así, tío. Tú puedes colarte en el barco de quién coño quieras por tener un puto presentimiento, una corazonada. ¿Que no te pillan? Pues te salvas, pero yo soy policía y esa clase de tonterías pueden costarme la placa. Sin pruebas, tengo las manos atadas. Te guste o no.

—¿Que te has colado dónde? —la voz de Hayden amenaza problemas.

—En el barco de Morgan. Estaba seguro de que fue su coche quien causó el accidente de Lay hace unas semanas.

—Lo sigo estando —digo atravesando a Alejandro con la mirada.

Hayden da un golpe en la mesa y hasta los cuadros tiemblan.

—¿Es que crees que eres policía, MacAlister? ¿Es que estás empeñado en buscarte la ruina? —su tono es bajo, tan peligroso como un cuchillo afilado a un centímetro de su garganta—. Dime, ¿eso fue antes o después de decirte que mantuvieras un perfil bajo y no llamaras la atención de nadie?

—Lo siento jefe, pero acaban de atacar a alguien que me importa, ¿de verdad vamos a ignorar lo que ha hecho Winifred? ¿Que ella puede estar detrás de esto? Habéis oído lo que ha dicho Láhria, lo que ha dicho Cleo después.

—La verdad es que resulta sospechoso —Alejandro alza las manos en son de paz y usa un tono de mediador de manual.

—Más que eso, Alejandro —insisto—. Si alguien ha pagado a ese tío para que amenazara a Láhria justo delante del puto parque de bomberos, era porque sabía lo que iba a pasar. Si Winifred lo ha grabado, bien podría ser para darle a Braxton material que usar en mi contra.

—Tendrías la verdad de tu parte —dice Alejandro—. No podría hacerte nada.

—¿Has oído hablar de la manipulación? Sería muy útil ver la grabación y comprobar a quién ha enfocado más, si a Markus o a mí.

—Es más que probable que no se llame así de verdad —dice Alejandro por lo bajo.

Hayden exhala de nuevo, pulsa el interfono de su mesa y pide a su secretaria que avise a Winifred para que venga.

—No estoy contento contigo, MacAlister.

—Jefe…

—Una palabra más y te sanciono —me amenaza.

Asiento y me muerdo el interior de la mejilla, centrándome en el dolor de cabeza que insiste en avisarme de que algo en mi cuerpo no va bien. *Ya lo sé, déjame en paz, ahora no es el momento.*

—¿Quería verme, jefe? —pregunta Winifred tras tres amigable toques en la puerta.

La he visto sonreír un total de cero veces desde que llegó aquí, pero a Alejandro el poli sí que le sonríe.

—Sí, pasa —el jefe usa su tono más cordial.

—Le he traído un café —lo deja en su mesa colándose entre las sillas que ocupamos Alejandro y yo, dándonos la espalda y quedándose ahí como si no fuéramos a ser parte de la conversación.

Hayden le hace un gesto cordial con la mano para que se aleje.

—Verás, Winifred, ha llegado a nuestros oídos que has podido grabar algo de lo que ha sucedido. La policía quería saber si puedes enseñarnos las imágenes.

—Qué vergüenza —agacha la cabeza, luego la sacude y se ríe—, resulta que no he grabado nada. Estaba tan nerviosa por el momento que no he pulsado el botón. Pfff, me quiero morir.

—¿No se ha grabado nada? —pregunta Alejandro—. ¿Estás segura?

—Sí, del todo. Lo siento. Pero seguro que alguien de la zona lo habrá visto salir corriendo —dice en tono esperanzador, casi alegre.

Hayden la despacha y el silencio se extiende cuando cierra la puerta.

—¿Lo veis? —Me levanto.

—¿Ver el qué? Dice que no ha grabado nada.

—¿Y tú te lo crees? ¿En serio, Alejandro? Estamos hablando de una paramédica, alguien a quien probablemente hayan apuntado muchas veces con un arma y que dedica su jornada laboral a estar bajo altos niveles de estrés donde la gente se muere. ¿Que yo zurre a un baboso crees que supera todo lo anterior? Venga, por favor.

—Una vez más, lo que yo crea da igual, no tenemos pruebas.

—Vete a casa, teniente —dice Hayden poniéndose en pie—. Deja que la policía haga lo suyo y no hagas nada. *Kían* —me frena antes de que llegue a la puerta o la atraviese—, es una orden.

—Jefe, esa chica…

—No me importa lo que sientas por ella, si vuelves a desobedecerme no trabajarás más en este parque. Ahora desaparece de mi vista.

Mensaje de Alejandro

18:03 Estoy de tu parte, tío. Ya lo sabes.

18:04 Haré todo lo que esté en mi mano.

51

Láhria



Le pregunto a Kían lo que ha pasado en el despacho de Hayden, pero es un libro cerrado con candado y un ladrillo encima. Se lo pregunto a Cookie cuando se acomoda a mi lado en el sofá, pero no contesta. *Vaya día*. Cleo está en videollamada con Josh, arriba, hablando de lo ocurrido cuando Kían vuelve al salón donde hemos visto Avatar parte 153 con las niñas.

—Ya están acostadas.

Me levanto sin despertar a Ck y me acerco a él.

—Cenando parecían más animadas.

—Te has esforzado lo tuyo para tranquilizarlas.

—Espero haberlo conseguido, ¿cómo has visto a Alice?

Se acerca hasta que sus botas chocan con la punta de mis sandalias.

—Bien, un poco triste, pero es normal. —Baja el tono y coloca tras mi oreja ese mechón corto que se ha escapado de la pinza de tulipán.

—¿Porque sus padres al final no llegan hasta mañana?

—Porque no le gusta que hagan daño a alguien a quien quiere. —Endurece la mandíbula—. No debería haberos llevado al parque.

—¿Cómo dices? Lo siento, no te oigo, es que el hombre que me ha salvado de un bruto baboso, *mi héroe,* está demasiado cerca y me despisto.

Espero que se ría, que me regale al menos una de esas sonrisas tímidas que dejan entrever sus hoyuelos. Pero no hay suerte. Me da un largo beso en la frente y se separa lo justo para sacarse algo del bolsillo y ponerlo en mi mano.

—¿Un spray de pimienta?

—Por favor, llévalo siempre encima. Por si acaso.

—¿Solo uno? —me burlo—. Después de lo de este mediodía, te aceptaría una sartén si me cupiese en el bolso. Como Rapunzel.

Nada, que no hay sonrisa.

Sus manos llegan hasta mis mejillas y a un palmo de mi cara dice:

—Estoy muy orgulloso de cómo te has defendido. Lo has hecho muy bien, mi Láhria.

¿Ha dicho «mi»…?

—¿Kían?

Pega mi frente a la suya.

—Ojalá hubiera llegado antes.

Dudo si ha dicho «hubieras», pero eso no tendría sentido, ¿no?

—Ehhh, ¿hay algo que no me estés contando? —pregunto acariciando sus muñecas.

Su cuerpo siempre tan cálido, el mío siempre tan frío.

—Tengo muchos enemigos, Lay. —Me suelta y agacha la cabeza—. Es posible que lo

de hoy fuera una trampa. —Traga con dificultad—. Para mí.

—¿De Winifred, verdad? Sé que no os lleváis bien. ¿Para qué? ¿Qué buscaba con eso?

—Por favor, no vuelvas a ir al parque.

Se cierra en banda. Es como intentar ver qué hay tras de una docena de venecianas cerradas: intuyes que hay algo, pero ni idea del qué. Frustrante se queda corto. *Pero esta noche no me importa. Porque veo el peso sobre sus hombros, está ahí, hundiéndole los talones en el suelo y me ablanda.*

—Prométemelo —pide.

—Te lo prometo.

Aun así no se queda tranquilo.

Miro al hombre al que tanto daño han hecho y que aun así, tanto amor tiene para dar. *Quiere proteger a todo el mundo y se olvida de sí mismo.* Me alzo sobre mis puntas me acerco a sus labios y los rozo con los míos. Beso la punta de su nariz, su mandíbula, su mejilla amoratada y pensaba besar su frente, pero no me da alternativa. Me levanta como si fuera a sostenerme entre sus brazos una eternidad y me besa de verdad, profundo.

De la clase de beso que te lleva tan alto que te cambia para siempre. Deja que cada grieta de mi alma encuentre un eco en la suya.

Subimos la escalera desesperados por estar más cerca y es gracioso, porque no tiene nada que ver con la proximidad de nuestros cuerpos. *Me toca como si fuera de cristal.* Frágil no: sumamente importante. Me asusta, me aterroriza. Hace que mi alma tiemble y cuando me deposita sobre la cama sé que estoy perdida. Que ya soy suya. Que lo soy desde hace tiempo.

—Discute conmigo, Lysander —un tercio de susurro, otro de jadeo y el último de súplica.

—Esta noche no, Aurora.

Me arde la garganta antes del siguiente beso. Quiero decírselo, que estoy tan perdidamente enamorada de él como puede estarlo alguien cuerdo. *Que le quiero.* Pero cuando las palabras, insignificantes para cargar con el peso, no salen de mis labios, dejo que sea él quien entre en mi boca y lo descubra.

Sus manos dibujan constelaciones sobre mi piel. Kían es el ancla y el salvavidas. Tiene la mirada vidriosa cuando sus circonitas de lapislázuli me encuentran, contrayéndome el estómago y trastocándome la vida entera.

Me toca como si llevara consigo la cura a un dolor que ni siquiera sabía que tenía. Me toma con deseo, con veneración. Puede que se me escape alguna lágrima al reconocerme a mí misma que estoy absoluta y completamente a su merced, pero hago todo lo que puedo para apartarla sin que se dé cuenta.

Sus labios recorren cada una de mis pecas y mi pecho se llena de algo que tiembla, que arde, que pide más. Entre sus brazos, con sus dedos entrelazados con los míos, me desarmo sin miedo. El tiempo deja de existir, igual que el mundo exterior. Esto es todo cuanto deseo. *Ojalá el único aire que respire sea el que roba de mis pulmones.*

52

Kían-Lysander



La oigo gritar. Me pongo en pie adormilado, sin ver bien dónde está la salida de la cueva. Su hermano está lejos, ni siquiera oye sus gritos, pero son los que me han despertado a mí. Hay botellines de cerveza en la cueva y me clavo uno roto en el pie cuando corro hacia el borde.

Casi vomito del susto al ver dónde está.

Metros más abajo del borde, cogida con una sola mano a un saliente de rocas afiladas. Tiene la mano ensangrentada. El océano ruge al final del acantilado, como si quisiera comérsela.

—¡Socorro! —Laylah llora sin parar—. ¡KL! ¡Ayuda, no aguanto más!

Quiero alcanzarla, pero no sé cómo. Me tumbo, alargo el brazo, pero no llego, imposible.

Su mano se resbala poco a poco.

Me quito la camiseta, engancho el cuello en otro saliente de roca y tiro para comprobar si aguantará mi peso cuando empiece el descenso. La tela empapada se rasga, dejándome sin nada.

—¡Por favor, KL, no dejes que me caiga!

Siento que me quedo sin sangre en el cuerpo. Al viento le da igual las súplicas de la niña, ruge fuerte igual que la lluvia, empeorándolo todo.

—¡Alejandro! —grito con la misma urgencia, si vuelve y me ayuda, podré bajar y traerla de vuelta haciendo una cadena humana.

Él ni siquiera quería venir aquí, apenas habíamos cruzado un par de palabras en clase, pero el día que estuve a punto de perder a mi hermano mayor coincidió con la muerte de la madre de Laylah y Alejandro. Nos pareció buena idea venir, beber, dejar de pensar. Una mala decisión de dos críos estúpidos de doce años. Laylah ni siquiera debía venir.

Oigo otro montón cristales de cerveza rompiendo contra las rocas. Alzo la vista y veo a Alejandro a mitad de descenso, horrorizado ante la imagen. Le grito que se dé prisa, que venga hasta mi posición, pero no se mueve. Tampoco le habría dado tiempo. Laylah se suelta y se precipita hacia las rocas, metros y metros de caída.

Tras un último grito desgarrador, solo hay silencio.

Me despierto con cuchillos atravesándome los pulmones con cada respiración. Empapado en sudor, con el cuerpo adormecido y el corazón bombeando frenético. Alzo una mano temblorosa hasta la mesita de noche y enciendo la lámpara tenue cuando la oscuridad me asfixia.

—Estoy despierto. Estoy despierto —repito llevándome una mano al pecho.

Me froto la cara, me la seco con la mano dudado cuándo narices voy a poder curar

todas mis debilidades. Librarme de ellas. No solo de las pesadillas, sino de la maldita dependencia de la luz. Han pasado meses desde que ocurrió el accidente y aquí sigo. Aunque teniendo en cuenta la de años que han pasado de la muerte de Laylah y la de veces que sueño con ella a día de hoy, diría que estoy jodido de por vida.

Tiene su gracia, si lo piensas. A veces se me olvida que me estoy muriendo.

Un breve quejido me hace ladear la cabeza y volver a la realidad, al presente. A lo único que de verdad importa. Tengo a un ser de luz aferrándose a mi camiseta como si supiera cuánto la necesito. Bajo hasta ponerme a su altura y atraigo su cuerpo contra el mío, acercándola tanto como me resulta posible.

—Vas a luchar por todo lo que quieres, Aurora, ¿me oyes? —susurro contra su sien.

—Mmm. —Se acurruca contra mi cuello.

—Vas a tener la vida que mereces. La que Nolan quería darte. Vas a ser muy feliz, ¿de acuerdo?

Durante algunas horas, solo escucho se respiración acompasada.

53

Láhria



Me despierto cuando ya es de día, envuelta en esa sensación mullida de estoy-en-una-nube. El peso contra mi espalda, el aliento rítmico y pausado contra mi cuello… es tan agradable que mi cuerpo se olvida por un momento de por qué debería entrar en pánico. Pero cuando los recuerdos de anoche me alcanzan, Sr Instinto empieza a correr de un lado a otro en el ataque de histeria mañanera. *Esto ya me resulta más normal.* Pero lo cierto es que hasta él acaba calmándose gracias al cuerpo de Kían.

Sonrío.

La forma en la que me abraza, en la que su brazo cruza por mi torso y su mano se aferra a mí bajo la camiseta rosa en un claro gesto de esto-es-mío, me deja el corazón contento. Despertarme abrigada, querida e incluso necesitada, es nuevo para mí. *No deja de arrebatarme mi virginidad en todos los aspectos posibles.*

Alzo un poco el brazo para ver qué hora es y entrecierro los ojos porque la luz de la mesita me los apuñala. La apago, leo la hora y acto seguido, trato de huir de mi enredadera personal. Es lunes, sí, aún es pronto, pero ¡hay mucho que hacer!

—*Láhria…* —tira de mí.

Vuelvo a intentar salir, pero se dan algunos roces. Puede que yo provoque otros. Acabo con mi espalda apoyada en su pecho y una durísima y enorme erección que no estaba ahí antes (creo) rozándose contra mi culo. *No. Llevo. Bragas. ¿Dónde están? ¿Qué he hecho con ellas?* Su respiración se relaja. *¿Está dormido? Qué mono es.* Ganas para despertarle no me faltan, pero necesito ducharme, despertar a las niñas y prepararme para la reunión con la directora. *Hay mucho que hacer*, me digo intentando inútilmente salir de sus brazos.

El roce de su polla contra mi…*(dios mío),* sus manos errantes y curiosas que tocan todo lo que… *(ufff).* Mis caderas se mueven solas y la inhalación profunda que hace contra mi pelo me deja clara una cosa: ahora sí está despierto.

No se queja por tener mi pelo en la cara, solo murmura un gruñido y ronco «miel». Le haría de todo a esa voz gutural y profunda para devolver el equilibrio al universo y compensar lo que me hace a mí.

—Hola —digo ladeando la cabeza para mirarle por encima del hombro.

Sigue siendo muy alto incluso tumbados.

No contesta, solo sonríe, cierra los ojos otra vez y hace un «mmm» de gusto. De repente su cuerpo se tensa, como si entendiera justo entonces dónde acaba él y dónde empiezo yo. Sus dedos resbalan muy al sur y se cuelan entre mis piernas sin frenos ni barreras. *Boom*. Directo al clítoris.

—¡Lysander!

Su erección se frota contra mi culo y otra de sus manos llega a mi cadera para

acompañar el siguiente movimiento.

—*K-Kían*. —*Dios, qué maravilla*.

—Que gimas mi nombre así me… —no termina la frase, pero su deseo da una sacudida y me hago una idea.

Me muevo contra su polla dura que persiste en colarse entre mis nalgas.

—Tengo que ir a vestirme —le digo mientras abro más las piernas.

—*Mmm*.

—Hay que llevar a las niñas al cole.

—*Ya*.

Sus dedos acarician mi entrada al tiempo que la base de su mano sigue el roce contra mi clítoris. Se mueve de arriba abajo, de lado a lado, en círculos. Para cando hunde los dedos en mi entrada la que está hundida soy yo. Sumergida. Inundada. Temblando. Estoy muy blandita de haber dormido, muy implicada como para achacar solo a eso lo fácil que entra. Empieza a besarme el cuello, la oreja, a hacer cuanto quiere conmigo.

Debería darme vergüenza lo rápido que me corro.

Kían no cesa en su empeño, ni baja el ritmo, me acompaña mientras mis espasmos de lava le empapan los dedos y me rompen en pedazos con brutalidad deliciosa.

—¿Estoy soñando? —susurra contra mi mejilla antes de besarme, cargándose toda mi resistencia.

Todavía temblando, me aparto de él, me desnudo del todo y hasta el roce de mi camiseta contra mis durísimos pezones me muerde las terminaciones nerviosas. A Kían se le encoge el estómago cuando me ve desnuda, como si fuera la primera vez, marcándole los abdominales que quiero pasarme el día chupando. Pero empiezo por su polla.

Estoy tan inmersa en lo que hago con los labios, en los sonidos de placer que le arranco, que no me doy cuenta de que me mueve. No, hasta que su lengua se abre paso por mi centro. Hasta que me succiona el clítoris con tal intensidad que tengo que sacarme su erección de la boca para chillar.

—¿Puedes…? ¿Dej-*aaah*-arme trabajar? —pido sin soltarle.

Creo que no me oye. Me separa los pliegues y me devora con delirio. *No puedo ni pensar*. Vuelvo a meterle en mi boca y a saborear todo lo que tiene para mí, ayudándome con las manos a darle lo que se merece. Su polla palpita contra mi lengua, resbalo por su longitud, recorro el glande y hago lo que se me antoja. Oigo maldiciones cada vez más seguidas y dudo si voy a ganarle.

Si la novata va a ganar al experto por todo eso de «la suerte del principiante».

Nop. Mis temblores se vuelven violentos, mi cerebro se desconecta. Una ráfaga, no, un huracán arrasa conmigo de pies a cabeza. El orgasmo me deja empapada, débil, blanda, hecha un absoluto desastre y eufórica. Vuelvo a lamer su erección cuando mis espasmos amainan y oigo en algún lugar de la habitación:

—No dejes que me corra.

Quiero hacer exactamente eso. Mil veces. Por todas partes. Por todo mi cuerpo. No hay *nada* que no quiera hacer con él.

Pero entiendo a qué se refiere.

Resbalo por su anatomía esculpida por los dioses, cada condenado roce haciéndome estremecer. Tiene la punta brillante y su lubricación se mezcla con la mía cuando me doy la vuelta y me muevo hasta que su erección entra en mis puertas.

—¿Y ahora? —Sonrío satisfecha, mareada y hambrienta, disfrutando de las vistas. Puede que esté tumbado, pero metafóricamente, lo tengo de rodillas.

Me aprieta los muslos, me abre más las piernas, se recoloca debajo de mí, *dentro* de mí. La sonrisa se me borra de la cara, culpa de un puñado de centímetros.

—Nunca voy a poder acostumbrarme a lo grande que eres.

—Claro que sí. —Alza las caderas y me retuerzo con la sensibilidad a flor de piel.

Me aprieta el culo y parece que es lo único que lo ancla al mundo de los vivos. *¿Cómo puede estar tan despeinado y adormilado y apañárselas para ser el tío más guapo que he visto nunca?* Su pulgar se cuela entre nuestros cuerpos, tentando a mi clítoris, mientras su mirada taladra mis pechos con un deseo desbordante, primitivo y visceral. Mi estómago se contrae, mi cuerpo entero cosquillea, vibra.

Hago cosas con mis caderas, no sé muy bien el qué, solo me muevo por instinto, pero funciona porque gruñe como si estuviera al límite. Su polla palpita contra mis paredes y lo hace demasiado rápido como para que no vea el orgasmo venir directo hacia mí. *Es como tener a alguien pulsando el botón rojo, el de máximo peligro, de tu sexo, pero desde dentro.*

Con la mandíbula tensa, roza uno de mis pechos por debajo, como si no confiara en sí mismo como para tocarlo de verdad. Me retuerzo. Un segundo después masturba mi pezón con una intensidad que me vuelve un manantial a su merced.

—Joder, Aurora —dice, pero no a mí, a sí mismo, parece en trance, en un sueño.

Levanto el culo, me inclino, me relajo, hago todo lo que puedo para dejarle espacio y cuando llega al fondo creo que me muero. Se me arquea la espalda, me contraigo mientras me llena por completo. *La tiene tan dura.* No puedo soportarlo más. *Qué manera de empezar el día, dios, a este paso voy a volver a necesitar descanso.*

Gimo con fuerza y me corro en su polla con brusquedad, sin freno. Y él lo ve todo. Justo antes de perderse conmigo, alargando mi placer, destrozándome con el suyo. Vertiéndose dentro de mí sellando todo lo que dijimos anoche sin pronunciar palabra.

—Eres increíble.

Me inclino tumbo encima suyo, a duras penas respirando.

—Y tú un peligro, MacAlister.

Me acaricia la parte baja de la espalda, me mira a los ojos y me besa.

Unos perezosos minutos después, le pido que se dé una ducha rápida y le informo de que yo me largo a mi dormitorio a darme la mía. *Prácticos, eficientes y más rápidos por separado.*

—He dado unos buenos argumentos, señoría.

—¿Sí? A mí no me lo parece. —Se acerca y mientras retrocedo.

—Muchos y válidos, además de consistentes, ¡con pruebas irrefutables!

A nadie debería sorprenderle que salga de su habitación treinta minutos después, empapada de la ducha, sin tener muy claro si necesito otra.

—Láhria Daughbeth Taylor —Cleo me pilla en mitad del pasillo, en toalla, y decir que lo disfruta se quedaría cortísimo.

—No me has visto. —Paso de largo.

—¿Estás intentando ponerte al día con lo del sexo? ¿Recuperar los años de espera? —sigue mis andares rápidos—. Porque hay músculos que pueden, ya sabes, lesionarse.

—Eres muy graciosa. Feliz primer día de trabajo, por cierto. Estás muy guapa, ¿puedo ver tu culo mientras se contonea alejándose en dirección contraria?

—¿Ahora quién es la graciosa?

—¿Sabes si están despiertas las peques?

—Huele a desesperación por cambiar de tema. Espera, espera, espera —me sujeta de la muñeca y me frena como si no estuviera en toalla en mitad del pasillo—. Sé que es pronto y que jugaremos un tiempo más a lo de "esto no está siendo importante para mí y tú, amiga mía, estás loca", pero…

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, le quiero.

—¿Qué has…? —Se tapa la boca y a través de las manos pregunta—: ¿Cómo has dicho?

—Estoy enamorada de él, Cleo. Le quiero. —Le planto un beso en la mejilla y corro a la habitación antes de que me haga más preguntas.

Por supuesto, ella me persigue porque de lo contrario, no sería mi mejor amiga, ¿no? Es una suerte que podamos hablar un rato antes de que tenga que salir disparada hacia la puerta con su termo de café y su bolso de profe colgado del brazo. Tiene que irse mucho antes que las niñas para preparar su clase, así que no es hasta cuarenta minutos después, que subimos a las MacAlister al coche.

Otra vez estamos solos Kían y yo con las niñas.

—Ehhh, déjamelo a mí —dice Alice.

—De eso nada, lo voy a llevar *yo* a *mi* clase.

—¿Por qué tú, Ayris?

—Porque Jane me lo dio a mí.

—Pero dijo que era para todas, además, yo quiero ser como ella. De mayor pienso ser paramédica.

Mi tono de piel empieza a volverse verde.

—Tú cada semana quieres ser algo diferente, Bonnie.

—¿Qué tenéis ahí, niñas? —pregunta Kían intentando mediar antes de que se desate una guerra civil en la parte trasera del coche.

—Es un muñeco de prácticas RCP en miniatura, ¡mira qué mono!—Ayris se inclina hacia delante enseñándoselo a su tío—. Parece de goma, pero cuando le das con el dedo, tarda siglos en volver a su forma original. ¿No te chifla?

—Qué asco.

—En realidad, sí que da un poco de asco —concuerda Alice arrugando la nariz.

—No da asco, y yo lo quiero —insiste Bonnie—. Porfi, ya bastante tengo con no haberme subido a su súper ambulancia. Es lo único que me queda.

—Te lo dejo mañana si quieres, es mi última oferta —dice Ayris volviendo a apoyar la espalda en el respaldo.

—¡Genial! Pues mañana iré toda de azul, como Jane. Alice, ¿sabías que el finde pasado Jane hizo un torniquete con un par de calcetines?

—Eso es imposible —dice Ayris.

—¿Qué es un torniquete? —pregunta Alice.

—Estás muy callada —La voz suave de Kían acompañada por su mano dándole un toque a mi muslo al ir a cambiar de marcha, interrumpe mi monólogo interno de no-estoy-celosa-de-Jane-en-absoluto—. ¿Todo bien?

—Muy bien —sonrío, pero lo mío me cuesta.

—¿Es por la entrevista?

Ni me acordaba. Maggie me escribió un email muy halagador el viernes, diciendo que respetaba mi decisión de dejar de ser enfermera, pero que mi empatía tenía un posible hueco en el Virginia Health. Me habló de un posible trabajo en Recursos Humanos, uno de mediadora, en el que trabajaría codo con codo con ella. Quieren crear un espacio en el que empleados y pacientes puedan tener charlas difíciles y quieren que esas charlas las tengan conmigo. *Para que si hay otras Mirah por ahí haciendo maldades, se sepa.* Maggie siempre tiene ideas geniales, pero no sé si soy la indicada, aún no estoy segura de poder volver allí. De *querer* volver allí.

—No, no es nada.

—Te llevaré a la mansión a tiempo. No te preocupes.

Desvío la mirada por la ventanilla. *¿Tan evidente lo ve en mi cara? Soy ridícula. Absurda. Sé que ha habido otras y eso no hace lo nuestro menos especial.*

¿Será especial para él?, susurra una voz irritante en mi cabeza (la mía).

Acuérdate de la lista de «Kían nunca…» so fulana, (esta es la voz de Cleo).

Mi cabeza repasa todos los rasgos geniales de Jane empezando por su personalidad entera, pasando por su valentía y entrega, y acabando por su gran habilidad con simples calcetines.

Aparcamos y bajamos del coche en un par de padres apresurados por llegar a sus trabajos. La alegría de tantos peques corriendo a clase no ayuda a eso de mantener bajo control el instinto maternal. *Aunque para eso, las MacAlister son expertas.*

—Adiós, Lay, qué guay que hayas venido —dice Alice moviendo la manita.

¿Ves lo que te digo? ¿Oyes cómo me estruja el corazón? Es una sádica.

—Para mí también lo ha sido, preciosa.

—Que tengáis un buen día —dice Kían.

—Muero de ganas de ver a Cleo en acción, ¡hasta luego! —Ayris sale disparada detrás de Alice.

—Y yo, pero más todavía de que me des ese muñeco. Llamadme mini-Jane a partir de ahora, ¿vale? —pide Bonnie antes de salir escopeteada hacia el edificio.

Mis intestinos se hacen un nudo mientras ellas desaparecen. *Maldita sea, ¿en algún momento voy a dejar de luchar contra mis inseguridades? Tengo un corte de pelo nuevo, ¡se suponía que eso ya lo solucionaba todo!*

—Vale, habla —Kían hace eso de invadir mi espacio personal y convertirse en todo mi campo de visión.

—¿Sobre qué? —retrocedo y me topo contra el lateral del coche.

Me mira con dulce impaciencia agónica, como si lo estuviera sacando de quicio un gatito recién nacido.

—*Esa* mueca. *Esa* que llevas haciendo todo el camino. Estás poniéndome morros, Láhria.

—No sé de qué hablas, Lysander —me escudriña tan fuerte con sus ojos azules, que tiemblo—. Vale, puede que ayer en el parque surgiera el tema de lo tuyo con Jane.

—¿Lo mío con Jane? —junta las cejas, pero enseguida se relaja y sonríe—. ¿Que nos acostamos hace ocho siglos?

Nop, escucharlo de su boca no lo hace mejor.

—Ajá. —Me revuelvo, pero vuelvo a estar contra el coche enjaulada entre él y la verdad.

—Déjame que lo entienda. —Pasa la lengua por el interior de su boca.

—No hay nada que entender, ¿podemos entrar ya? —Hago lo que puedo por salir de su prisión, pero pone sus bíceps a cada lado de mi cuerpo y no tengo alternativa.

—Estás celosa.

Ahora sí hay hoyuelos, tócate las narices.

—En absoluto. Yo no soy una chica celosa. Creo que mi cerebro no puede sentir celos.

Guarda silencio, poniéndose más serio y más guapo todavía. *#Injusto.*

—¿No puede? —pregunta y sacudo la cabeza—. ¿Eso significa que no tienes preguntas?

—¿Crees que quiero saber lo que hiciste con ella? ¿Que gastaría un segundo de mi tiempo con mi curiosidad? *—Ya tengo bastante con odiar a mi imaginación, no hace falta añadir también a la memoria, gracias.*

—Así que admites que la tienes. —Ladea la cabeza, estudiándome—. Tienes curiosidad.

—No, no la tengo y *no* quiero saberlo —resoplo—. Ni ahora, ni nunca. Jane es guapísima y está muy en forma, además fijo que tendría mucha experiencia y yo… —carraspeo sintiendo cómo el cuello se me pone rojo, las orejas, las mejillas, *dios*—. Puedo hacerme una idea, ¿vale? No hace ninguna falta que tú lo confirmes.

—Tu imaginación ya rellena los huecos, ¿no?

—Exacto.

—Y odias todos y cada uno de ellos.

—¡Claro que los od…! —*mierda*—. No he querido decir eso.

Da igual, ya está sonriendo otra vez. *Pfff, pillada por la tangente.*

—Lo odias, dices. ¿Odias le idea de mí y Jane o acaso odias la idea de mí y cualquier otra mujer que no seas tú?

Capullo. Sí que soy transparente sí. Pongo las manos en su pecho, pero no lo muevo ni un poquito.

—¿Me dejas pasar, Kían-Lysander? Tenemos prisa.

Ahora quien sacude la cabeza es él.

—No tienes motivos para estar celosa, Láhria. Ninguno.

Me enderezo y alzo la barbilla.

—No lo estoy, pero… Sigue hablando.

—Lo que pasó entre Jane y yo no significó nada —baja la cabeza hasta que nuestros labios están a un palmo—. Pero si sigues fingiendo que sí estás celosa, igual no llegamos a la reunión con la directora.

—Debo estar loca, porque suena a buen plan.

—Joder, Aurora. —Sonríe y esta vez yo también lo hago.

Oigo murmullos a nuestro alrededor.

—Dijiste que todos creen que tu pelea con Nolan fue un malentendido no-relacionado conmigo, ¿no?

—¿Qué? Sí. Sí, Keylah puede ser muy buena escampando rumores y Daisy se ha inventado una sarta de mentiras que nos cubren.

—Pues apártate de mí a la de ya, si no quieres que lo que sea que estemos haciendo deje de ser un secreto. Nos están mirando.

No parece importarle porque no se mueve.

—Alguien tuvo que vernos en el centro comercial, ¿no? Me besaste.

—Que te apartes, Kían.

Se aleja carcajeándose y yo salgo escopeteada de entre sus brazos. La pega es que ya tengo los pulmones llenos de su aroma inconfundible, sexy, seductor y masculino, y estoy in-tox-i-ca-da. Me alcanza, porque no podemos olvidarnos que sus piernas son mucho más largas que las mías, y se adelanta en cuanto cruzo la verja que da a la entrada del colegio.

—¿Sabes? Es una pena —dice esperándome unos metros más allá, aguantando la puerta para que pase delante, con una sonrisa difícil de ignorar en ese mar azul que tiene por ojos.

—¿El qué?

—Que no pudieras oír todo lo que Bonnie decía de ti la semana previa a que llegaras. Por si te interesa, se moría por ser enfermera.

—Oh, ¿en serio?

Su pecho sube y baja de forma abrupta.

Su cercanía me obliga a salir huyendo al interior del edificio: sé que si me toca ya no hay vuelta atrás.

54

Kían-Lysander



Salimos del despacho de la directora y digamos que lo hacemos con buenas noticias. No hemos estado solos en la reunión, también había padres de otros alumnos. Por lo visto, hemos sido los últimos en apuntarnos al linchamiento. *Rabio porque Alice se callara esto con tal de no entristecer a sus padres. Joder, se lo callaron las tres. Pienso encargarme de que JL les deje claro qué cosas son verdaderamente importantes en la vida.*

—¿Y si esa profesora malvada era el mayor desencadenante de Alice? —Láhria se pasea por delante de mí mientras avanzamos por el pasillo, me coge del brazo, haciendo que el resto de padres nos miren.

Puede que sea porque habla muy alto. *También es posible que sea porque es preciosa y se ha puesto las pinzas de tulipanes que le regalé.*

—¿Kían? ¿Me estás escuchando?

—Sí y en ese caso, el hecho de que la hayan invitado a largarse esta misma mañana, se convierte en algo todavía mejor.

—¿Y si era lo que más la alteraba y por fin va a acabar esta pesadilla?

—La enfermera eres tú, pero tengo entendido que la hipersensibilidad no es que algo concreto te altere. Es algo que eres.

—Tienes razón. Pero aun así, pienso hacerme ilusiones.

—Bien. —*Sigue torturándome con toda esa alegría, campanilla*—. Háztelas.

La madre de Ashley, una niña de la clase de Ayris, viene a darnos las gracias. A Láhria, en realidad, por todas las cosas que ha dicho en favor de las niñas. Le ha dejado claro a la directora y a todos, muy educadamente, hasta dónde estaba dispuesta a llegar porque los alumnos tuvieran un trato justo en el aula. La directora no ha hecho más que disculparse, me cae muy bien esa mujer. Se nota que le importan los niños. Casi tanto como a Láhria.

—Eres un encanto, las MacAlister tienen mucha suerte de tenerte —concluye la madre de Ashley.

—Gracias, Rose, ha sido un placer conocerte. Despídenos de Fran también, ¿de acuerdo? Nos vemos. —Sonríe tanto que no le da la cara.

Primero los celos y ahora esto. Digamos que empiezo a ponerme nervioso. Me concentro en la respiración.

—Cleo se va a mooorir de la alegría —dice mientras recorremos el interminable pasillo—. Deberíamos celebrarlo. Comprar una tarta. ¿Crees que Stef y Patty se ofenderán? Porque yo lo digo para que no tengan que trabajar y puedan celebrar con nosotros el mega-éxito, pero me encanta como cocinan, sea lo que sea lo que hagan. Oye, estás muy callado.

—En absoluto. —Sigo caminando y ella me sigue de cerca.

—¿Estás emocionado por dentro? ¿En plan estoico?

—Exacto —cuando llegamos a la entrada del colegio noto algo extraño. Al principio no sé identificar qué es, pero enseguida me doy cuenta: es como si alguien nos observara.

—¿Por qué te paras? Queda muy poco tiempo para mi entrevista, hay que darse prisa.

En la acera de enfrente al colegio hay un hombre con la mirada fija en nosotros. ¿Sabes cuando te encuentras a alguien que te da tan malas vibraciones que te cambias de acera porque es plena noche y no quieres que te apuñalen? Bien, pues el tío que estoy mirando tiene unos ojos como para cambiarse de acera incluso en pleno día.

—Lay, ¿conoces a ese tío? *—Debe rondar los cuarenta y muchos o cincuenta, tiene el pelo blanco, barba gris abundante y por las marcas de sus brazos y su aspecto demacrado en general, diría que se droga.*

—¿Qué tío? *Uy* —su mano roza la mía, como si quisiera cogerla—. No, no me suena de nada. ¿Tú sabes quién es?

Me coloco delante de Láhria impidiendo que siga mirándola.

—No. No es de aquí, eso seguro.

Como si se hubiera roto el hechizo, el tío da media vuelta y se larga a paso ligero.

Pasan tres segundos hasta que alguien me clava el índice en la espalda varias veces.

—Fíjate, lo has asustado. Oye, por cierto, ¿ya me hablas?

—¿Cuándo he dejado de hablarte?

—Ah, es cierto, hablar sí, lo que no haces es mirarme.

—Qué tontería —retomo la marcha rápida hacia el coche.

—¡Pero si lo estás haciendo ahora mismo! Y también lo hiciste en el parque de bomberos, cuando me presentaste a Hayden. ¿Es un insulto indirecto?

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, una manera de llamarme fea o difícil de mirar, porque si es así eres odioso y tremendamente ingenioso para los insultos.

Láhria agarra la maneta de la puerta del copiloto, intercepto su mano, muevo su cuerpo suavemente hacia atrás y abro la puerta del asiento trasero.

—Tú te sientas detrás —digo sujetando la puerta, dejándome blancos los nudillos de apretar.

—¿Qué? ¿Por qué?

Inhalo con fuerza, llenándome los pulmones de todo menos de oxígeno, y cierro los ojos.

—*Láhria.*

—¿He hecho algo?

—No.

—Mentiroso. ¿Te quitas alguna vez la armadura?

—Solo quiero que no vayas a mi lado, ¿tan difícil es? —pregunto llegando al límite.

—¿Sabes qué? —resopla—. ¡Por mí perfecto! Ya no estoy de humor para hablar contigo.

Murmura algo que se parece mucho a «nunca sé por qué haces nada de lo que haces» y entra en el coche. Bordeo el vehículo y nos alejo de las miradas cotillas de bares y locales cercanos.

—Iremos a mi casa, tomaré un desvío y llegaremos antes.

—No tengo mi portátil —dice en tono seco.

—Te dejo el mío.

No. Hay. Tiempo. Céntrate en la carretera.

Es ridículo, quiero bajar las ventanillas porque su olor me la está poniendo dura. *La puta miel de las narices.* Lo que siento por ella tiene que estar aplastándola contra el asiento y lo peor es que no puedo parar. *No es que tenga un punto débil, es que soy débil y punto.* No puedo resistirlo más. Mis ojos se mueven solos hacia el retrovisor y ni siquiera me sorprende cuando veo que ella ya me estaba mirando.

—No me mires.

—Oye si estás enfadado, dilo.

—No estoy enfadado.

—Pues tu cara no debe haber recibido el mensaje —Se cruza de brazos—. Pero me has sentado aquí para no hablar, ¿no?

—¿Puedes…? —aprieto el volante, siento que la piel me quema.

—¿Qué? ¿Callarme? Un poco predecible.

—Masturbarte. ¿Puedes masturbarte?

Parpadea. Una vez. Dos. Su mandíbula se abre unos centímetros y luego se cierra, intentando procesarlo y fallando estrepitosamente. Está roja como un tomate.

—¿Kían…? ¿Qué acabas…?

—*Por favor*. Me estás volviendo loco. —Ni siquiera reconozco mi voz cuando sale de mi garganta.

—¿Cómo? No he hecho nada.

Eso me hace gracia, en serio.

—No tienes ni puta idea, ¿verdad?

—¿De qué? —pregunta más ojiplática todavía.

—Déjalo, no importa.

—¿Por eso no me mirabas en el parque? —pregunta acalorada, quitándose la chaqueta—. ¿Porque querías acercarte a mí y no podías?

—¿Acercarme? Quería hacer mucho más que eso. —Aprieto el volante. *Al final voy a romperlo*—. Láhria casi te follo entera en mitad de una puta sala llena de ventanas, justo ahora que tengo enemigos hasta en la sop… *Joder, da igual.* La cuestión es que no me fío de mí mismo. No me dejas pensar con claridad.

—Para el coche.

Alzo la vista hasta sus ojos y me topo con fiera determinación. Mi polla da una sacudida.

—No vas a perderte la entrevista porque yo esté así —acelero—. Necesitarás un trabajo al acabar tu tiempo con Alice.

—Tú y tu sentido del deber. ¿Quieres que nos estampemos contra un árbol?—resopla irritada.

—Lo que nos queda es en línea recta, pero olvida que lo he dicho, ¿vale?

—Frena un segundo para que me ponga de copiloto y pueda *ayudarte* mientras conduces —dice, una vez más llevándome la contra.

—No lo entiendes. Quiero verte a ti. Es tu placer lo que más me… —carraspeo. Necesito salirme de mi puto cuerpo un rato. El cielo se nubla, como si supiera la de ruido que hay en mi cabeza—. Mira, mejor deja de hablar.

El primer gemido llega hasta mí como una flecha en llamas. El golpe que se lleva el

órgano que late en mi pecho no es nada en comparación a lo que siento al alzar la vista hacia el retrovisor. Ambas piernas subidas en el asiento, la falda enredada en su cintura, está tan abierta que se me hace la boca agua.

—Nunca me he masturbado delante de alguien —admite sonrojada.

Se abre más.

—*Joder*, Aurora.

—¿Qué quieres que haga ahora? Guíame.

—Quiero que te masturbes como lo haces cuando estás sola. Enséñame cómo lo harías.

Se recoloca sin alejarse de mi campo visual, mordiéndose el labio. Sus gemidos se vuelven más rápidos, cortos, oigo sus inspiraciones breves y todas sus exhalaciones largas de aire contenido. Miro la carretera, pero un puñado de sonidos húmedos y obscenos llenan el coche. Me cojo la erección con una mano con tal de aferrarme a los únicos gramos de control que me quedan. *¿En qué mundo esto ha sido una buena idea?* Vuelvo a mirarla.

—¿Las ventanas…?

—Son tintadas. Soy el único que puede verte. Dios, *Láhria*. —La miel empieza a empaparle los dedos. Gime—. Te veo sonreír, tan contenta, y lo único que puedo hacer es pensar la manera de mejorarlo. Hundir la cara entre tus piernas aunque estemos rodeados de…

—¡Kían! —se le arquea la espalda.

—No pares.

—¿Quieres que… *aquí?*

—Sí —gruño—. Lo estás haciendo muy bien.

Cierra los ojos. Su expresión se retuerce.

Cada sonido que provocan sus dedos es gasolina para el fuego que me consume las putas venas. Podría soltar el volante, pero es lo único que me mantiene anclado a la realidad. Le pido que vaya más rápido y lo hace, hasta que le tiemblan las piernas.

—Quiero que me mires a los ojos cuando te corras.

El orgasmo la alcanza y se clava en mí como un golpe directo. Tengo que apartar la vista para no frenar y destrozarle el coche a mi hermano de la mejor manera que se me ocurre. Lo que oigo se quedará conmigo para siempre.

—Estás loco —dice cuando puede hablar otra vez, se ríe aún más enrojecida que antes —. No hay manera posible que estemos en la misma casa sin tocarnos después de…

—Ya hemos llegado, bájate.

Lo hace y se acerca a mi ventanilla con una sonrisa preciosa.

—Kían, la entrevista no me importa. Tú sí.

—Hay una llave enredada entre los tulipanes, abajo a la derecha y la clave de mi portátil es la fecha de nacimiento de Ck, el número está en su collar.

Antes que diga nada, piso a fondo y me largo pese a saber que no hay lugar en el mundo que pueda alejarme de Láhria Daughbeth Taylor.

55

Láhria



He abierto la puerta de su casa, tengo las llaves en la mano, pero soy incapaz de dar un paso. Debería cerrar la puerta para que Cookie no se escape. *¿Qué narices acaba de pasar? A mí ha tenido que poseerme algo*.

No es hasta que me suena el móvil, que reacciono. Es Maggie. Le cuento que he tenido un problema con el portátil mientras lo busco. Es una suerte que esté en la isla de la cocina.

Cuando la entrevista con Recursos Humanos y Maggie termina, no estoy segura ni de quién soy. Me quieren en Virginia, pero no consigo que me importe. Ni siquiera me he esforzado mucho en la entrevista, solo he contestado con sinceridad, lo cual, en cualquier otra circunstancia, podría significar algo bueno. Cookie se ha sentado en mi regazo y llevo acariciándola un buen rato sin darme cuenta. Es evidente, las pruebas están ahí: Kían-Lysander MacAlister me está volviendo loca.

El nombre de Daisy aparece en la pantalla de mi móvil y descuelgo.

56

Kían-Lysander



Raylan golpea mi ventanilla diez segundos después de que aparque y rompe mi monólogo interno de autodesprecio.

—¿Y ese coche?

—Es el de llevar al cole a las niñas. —Abro la puerta y salgo.

—¿Acabas de llevarlas al cole a las seis de la tarde? Oye, ¿has comido ahí dentro?

—¿Te callas alguna vez? —Le cojo del cuello e intento hacerle una llave, pero se suelta dándome en el estómago.

—Mi ex decía que no. ¿Hoy no viene Lay contigo?

—Piérdete, ¿quieres?

Resulta que trabajar no me va mal en absoluto. Es una putada que nadie haya necesitado el camión setenta y uno en las cuatro horas que llevo aquí. *Imagino que decir eso siendo bombero, me convierte en un tío bastante despreciable.*

Salgo al aparcamiento cuando estoy a punto de subir un gato a un árbol y pagarle diez dólares al primer crío que pase por aquí para que nos llame. Veo a Tina sentada en una silla, con las piernas colgando del reposabrazos y la cara pegada al teléfono.

—¿Qué haces, Tinasaurius?

—Aprovecharme de la bondad de una buena muchacha.

—Está hablando con Lay —dice Avery bajando del camión, pasando de largo.

—¿Tú qué hacías ahí dentro? ¿Otra vez haciéndote fotos para tus redes?

—Es lo que quieren los fans —se encoge de hombros—. Ábrase una cuenta, teniente, está de muy buen ver —desaparece con esa estúpida sonrisilla engreída que tanto me recuerda a mí cuando tenía su edad.

—¿Por qué hablas con Lay? —ocupo la mesa junto a la silla de Tina.

—Esa chica sabe escuchar como nadie. Te abre como un libro, te sonsaca lo que quiere, y encima tú le das las gracias. —Deja caer el móvil sobre su regazo y suspira aliviada—. ¿Te haces una idea de lo mierda que es ser la única chica en el camión? ¿No tener una mente femenina que sepa por lo que paso? Sí, mi querida Lara lo intenta, pero hay cosas que no puedo compartir con ella. La traumatizaría.

—¿Y le has contado esas cosas a Lay? No quieres traumatizar a tu mujer, ¿pero a ella sí?

—Calma, teniente. Ella es enfermera, ha visto cosas igual de duras. Además, tampoco entro tanto en detalle.

—Buenas noches, chicos —dice una voz reconocida que considero de mi familia.

—Philipa, hola.

—Kían, cariño —la mujer de Cameron me da dos besos—. ¿Cómo os va la noche?

—Una juerga que tenemos montada, ufff, esto es un no parar —dice Tina volviendo a

su teléfono.

—Nos va bien. ¿Qué te trae por aquí, Philipa?

—Mi santo marido me trae. Argh, no os caséis nunca.

—Tarde —dice Tina alzando su mano del anillo.

—¿Por qué lo dices? ¿Ha hecho algo Cameron? —no me molesto en contener la sonrisa.

—Nunca me cuenta las barbaridades que hacéis por ahí, pero me he encontrado a Lara en el supermercado. Por eso estoy aquí.

—¿Habéis oído eso? —Tina se levanta de un salto—. Creo que me ha llamado Hayden. ¿Cómo dice, jefe? —Sale huyendo como alma que lleva el diablo.

—Por lo visto, mi Cameron tuvo la genial idea de meterse en un camión ardiendo sin las protecciones.

—Fue una situación límite, Philipa…

—¡Moló un montón! —oímos a Tina desde la lejanía.

—Fue arriesgado, pero no una temeridad —digo intentando arreglarlo—. No le habría dejado hacerlo si no, me conoces.

—No os hacéis una idea del infierno que es esto para cualquier pareja, ninguno de vosotros, ¡no se lo deseo a ninguna esposa! Sí, me siento orgullosa de él, claro, es un héroe. Pero hay días… —chista la lengua—, ¡hay días que desearía que fuera solo mi marido!

—Philipa, hola. ¿Eso es la cena?

—¡Sufrir! —le grita a Raylan haciéndole dar un bote—. ¡Solo nos hacéis sufrir!

Pese a todo, la sigue cuando entra al parque y estoy a punto de hacer lo mismo cuando Jane llega con la ambulancia. Al bajarse, veo que trae muy mala cara, al contrario que de costumbre. Winifred parece contenta. No necesito más, así que sigo a Jane dentro.

—¿Todo bien? —pregunto cuando cruza el pasillo a la zona de las camas.

—¿Es una pregunta retórica?

—¿Un café y me cuentas?

—Mejor una escopeta. —Me sigue de cerca, robamos la cafetera sin ser vistos y salimos de la cocina—. ¿Quieres saber qué ha pasado en el primer aviso de la tarde? Nos han llamado de la cuarenta y tres con Mherylande, una chica iba en un taxi y la hemos encontrado con un lápiz de ojos atravesándole el derecho.

—Joder, qué dolor.

—¿Sabes qué le ha dicho Winifred? «Te lo has buscado tú solita, de ahora en adelante sé más espabilada y puede que no pierdas el otro» —resopla y aprieta los puños—. Era una cría, MacAlister, se estaba arreglando porque tenía una cita después del examen de la uni y no le había dado tiempo en casa por estudiar. Va a perder el ojo y esa pedazo de… —aprieta los labios—. Esa horrible mujer no debería tratar con víctimas heridas y vulnerables en el peor momento de sus vidas. El resto de avisos del turno no ha ido mejor que ese, te lo aseguro.

—¿Vas a decírselo a Hayden? —le pongo un café en la mano.

—No puedo. Sobre el papel, Winifred es perfecta, no comete fallos y no ha dejado de remarcarle al jefe que yo sí lo hago.

—¿Tú? —frunzo el ceño—. ¿Desde cuándo?

—Si una paciente se está desangrando y tengo que saltarme los semáforos y pasarme

el límite de velocidad por el arco del triunfo, lo hago. Son cosas que entre paramédicos nunca nos chivamos, pero ella… —maldice y se frota las sienes—. Hayden me echó la bronca en el último turno y ahora no me atrevo ni a pisar su despacho.

—Hayden sabe la clase de paramédico que eres. Si te ha echado la bronca es porque no se fía de ella y quiere que no se lo pongas fácil.

—¿Ponerle fácil el qué? ¿Quedarse con mi puesto? Haría falta un par de errores más para eso, de los graves. —El aviso suena por megafonía—. Ni un segundo de descanso, vuelta a la carga.

—Jane, ten cuidado.

—Siempre.

Esta vez, nos requieren a todos, corremos al aparcamiento para salir de inmediato.

Llego a mi casa pasadas las dos, agotado hasta los huesos. Ck viene corriendo a saludarme, moviendo su pequeña cola con entusiasmo.

—Eh, ¿me has echado de menos? —murmuro cogiéndola en brazos y me chupa la cara como respuesta—. Eso lo dices porque no sabes la clase de persona que soy. Lo mejor será que te apartes de mí.

Pero no lo hace. *Desobediente hasta la médula.*

Compruebo que todavía tiene comida y agua en su bol, y tras ponerle el postre, voy a cambiarme.

Las palabras de Philipa no me abandonan ni dejan de repetirse en bucle. Esta vez no puedo esquivar la culpabilidad, me taladra la cabeza y me golpea en el pecho de forma rítmica. Me baña entero. *Cameron se puede morir, pero yo sé que voy a hacerlo y aun así…*

Me quito la camiseta, dolorido, y miro mi reflejo en el espejo del armario. No hay nada heroico en mí. Solo soy un cuerpo que se desmorona, cada fibra al borde del colapso. Aparto la mirada. Me juré que no me acercaría a ella, que no la arrastraría conmigo. Pero aquí estoy, incapaz de soltarla. Soy un cabrón. Un egoísta de mierda. *Y ella será la primera en escupir sobre mi tumba.*

—Podrías hacerle un favor a todo el mundo, morirte ya y dejar de joder… las… co… Mmm. —Noto un reguero cálido directo a mi boca, mi rodilla golpea el suelo, la oscuridad se abre para mí y después, no hay nada.

Absolutamente nada.

Recupero el conocimiento durante pocos minutos, oyendo los ladridos asustados de Cookie. La siguiente vez aterrizo sobre la esquina de la mesita de noche y cuando abro los ojos, hay un pequeño charco de sangre que proviene de mi boca.

En una de estas, pasará en una de estas.

Sin que pueda despedirme.

Solo. Como ha sido siempre. Como debe ser.

57

Láhria



No puedo evitar sonreír cuando la veo.

—Yo me sé de una mami que ha echado mucho de menos a sus pequeñajas.

Encuentro a la tía Daisy en el jardín de las margaritas, bebiendo de ese enorme café que tiene entre manos mientras mira a sus hijas jugar a la fiesta del té con secadores y planchas de pelo como asistentes.

—No sabes cuánto. Hasta hace un segundo era la peluquería más *hot* de todo el mundo virtual.

—Vaya, siempre llego tarde a esos eventos.

Me coge la mano y me da el mismo tipo de apretón sentido de esta mañana, cuando les he contado todo lo ocurrido con la directora. Se han quedado un poco hechos polvo, como es normal, pero han ido a buscarlas al cole caminando y cuando han vuelto todos estaban de buen humor. *Nada como hablar las cosas y cerrar heridas.*

Daisy me pasa una mano por la cintura y nos quedamos embobadas con el teatro.

—¿Qué voy a hacer yo con esta niña, Lay? El día que repartían empatía ella se puso las botas.

—Tendrá una inteligencia emocional del copón cuando sea mayor. Sí, también tendrá que trabajar más que Ayris o Bonnie para controlar las emociones malas, pero es muy fuerte, podrá con ello.

—¿Sabes? He pensado que la ciencia es muy estresante. Creo que voy a empezar a inventarme cuentos sobre historiadoras mágicas, listas y graciosas. No me mires así, mi trabajo es un pozo de frustración con algún que otro regalito alucinante, la historia es pasado, ahí no hay sorpresas, es estable. Me gusta para ella.

Mejor me callo lo que dijo el otro día en el centro comercial sobre lo de ser científica, ¿no? Sip, yo diría que sí. El cinturón brillante de Alice se engancha al mantel de la mesa y sin darse cuenta, lo arrastra hasta tirar tres vasos al suelo que acaban hechos pedazos.

Huelo el pánico de la culpable, me atufo con el de la madre.

—¡Uy, qué torpe soy! —salta Ayris.

—Ehhh, ¡pero si he sido yo! —exclama Bonnie—. ¡Yo los he roto mamá!

—No es verdad, he sido yo —dice Alice con una mueca.

—No mamá, castígame a mí —insiste Ayris.

—Qué plasta, que yo puedo afrontar la culpa, ¡¿no ves que soy súper fuerte?! —dice Alice.

—Ya, sí, pero también eres mi hermana pequeña y si te protejo, te callas y te aguantas.

Daisy se da la vuelta abanicándose la mirada.

—Va, mamá, decide a quién eliges —pide Bonnie canturreando en quejiqueo, poniéndose delante de las dos.

—Pues me castigo yo sola, ¡hala! —se harta Alice—. Hoy ya no puedo jugar más.

—Yo menos todavía —dice Ayris—. Así aprenderé.

—Podríamos quedarnos castigadas las tres, recogiendo. Yo solo lo digo. —Bonnie alza las manos—. Y si las tres fuéramos brujas huérfanas abandonadas, obligadas a ocultar su magia mientras sirven como esclavas en una casa de ricos malos, tampoco sería trampa.

—Supongo —dicen Alice y Ayris al tiempo.

Y juntas empiezan a recoger los pedazos.

—No os cortéis —se limita a decir su madre, *lo único que puede,* mientras yo pongo mi cabeza sobre su hombro.

No he vuelto a ver a Kían desde esta mañana cuando se fue con el coche así que si sé que está trabajando es porque hablo con Tina por la noche. No sé por qué él no está contestando a mis mensajes, aunque solo le he mandado uno. «Gracias por el portátil». Pensaba que me preguntaría por la entrevista. Que volvería, después de lo que ha dicho en el coche.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Cleo en mi cama, recogiéndose el pelo en un pequeño moño despeinado.

Me trago la mueca.

—Sí, que tu primer día como profesora ha sido un total éxito y vamos a celebrarlo con una breve noche de chicas, que mañana madrugas. —Saco los esmaltes de uñas nuevos para que elija.

—¿No vamos a hablar del chico por el que te has pasado la cena pegada al móvil?

—¿Rosa dices? Qué buena elección.

Se dedica a taladrarme con la idea de coge-las-riendas-de-tu-vida y ve-a-por-lo-que-quieres toda la noche. Me burlo de ella llamándola libro de autoayuda, pero surge su efecto. Al día siguiente, al atardecer, cuando todavía no he recibido noticias de Kían, voy a verle.

—Oye, quiero pedirte algo… —murmuro de camino a su casa, pisando la hierba con rabia—. No, así no, que no es un banco y no voy a pedirle un crédito. Ehhh, Kían, ¿una cita? ¿Tú y yo? —me sacude un escalofrío—. Pero qué horror, *por dios*. ¿Cómo hace esto la gente normal? Kían —carraspeo, cuadro los hombros—, creo que salir a cenar juntos estaría bien. No tiene por qué significar nada. O sí, si tú quieres. Podríamos dar el siguiente paso… o no, si tú no quieres. ¡Argh! —gruño al acantilado. Ni se ven las rocas, pero sé que las hay—. Tirarme por ahí sería menos doloroso que esto.

Me obligo a seguir caminando, a golpear la puerta con los nudillos y a no fantasear con las historias sobre flores de mis tías mientras miro los tulipanes.

Abre la puerta y durante unos segundos solo veo kilómetros y kilómetros de pectorales. Se ha puesto una camisa a cuadros, otra, esta es amarilla y negra, también unos jeans gastados. Me tiemblan las rodillas. Estiro el cuello para encararlo y boom.

—Dios mío, Kían, ¿qué te ha pasado en el labio? ¿Te han dado un puñetazo?

—Trabajo —se limita a responder.

—Parece un corte profundo. ¿Cómo ha sido? ¿Y no piensas curártelo? Lo que hay que aguant… —dejo de hablar cuando se mueve ocupando el marco de la puerta, impidiéndome entrar. Aparto la vista de sus labios y la alzo hasta sus ojos, ahora

inexpresivos—. ¿No puedo pasar?

—No.

—¿No? —repito confusa. Hace eso de llenar el pecho de oxígeno y paciencia, como si se hubiera quedado sin palabras que sirvieran—. ¿Un mal día? —asiente, más serio todavía—. Puedo ayudarte. Mejorarlo.

—No, Lay, no puedes —su tono es arisco, seco y me hace dar un respingo.

—Vale, entonces te curaré el labio y me iré.

Se cruza de brazos.

—¿No te pedí que no volvieras aquí?

—Sí, pero eso fue antes de… —me revuelvo ante su atenta mirada—. ¿He hecho algo? ¿Le ha pasado algo a tu portátil? Porque lo dejé en la isla antes de irme y estaba bien.

Cierra los ojos y endurece la mandíbula. Sale del umbral de la puerta y cierra tras de sí, dejando claro que lo de pasar dentro está fuera de la mesa.

—¿Cómo fue tu entrevista?

—Bien, sin más. Les he gustado, pero a mí no me llama nada la idea de volver a ese hospital. No debería haberle hecho perder el tiempo a Maggie.

—Deberías aceptar.

—¿Cómo dices?

—Volverás a Virginia en algún momento, allí está tu vida.

—Es una suerte que sepas las decisiones que voy a tomar antes incluso que yo, ¿qué más voy a hacer?

—Solo estaba siendo sincero.

No. No es eso. Es otra cosa.

Recuerdo a lo que había venido y decido dejar esa conversación en pausa.

—He venido a pedirte algo.

—No me queda —dice de inmediato.

—Es una cena, ¿vale? Quiero salir contigo a cenar. Una cita —sueno mucho más impositiva de lo que quería.

La sorpresa cruza sus ojos de fuego azul durante un segundo, pero desaparece y me topo con bloques de hielo. Se carcajea, pero por primera vez en la historia, se me revuelve el estómago.

—¿Vas en serio? ¿Me estás pidiendo una cita?

—¿Podemos acostarnos pero no podemos cenar? Ya lo hemos hecho antes —me veo obligada a recordarle, lo que me hace sentir un poco patética.

—Sí, con las niñas. Estaba haciendo de canguro, no saliendo contigo.

—¿Tan horrible te parecería?

—No, horrible no —se encoge de brazos—. Simplemente es algo que yo nunca haría.

—¿Por qué no? —musito sintiendo que el corazón se me encoge en el pecho, intentando inútilmente protegerse.

—Soy diecisiete años mayor que tú.

—¿Y eso qué importa? —cuanto más se frunce mi ceño, más se relaja el suyo.

—Importa, y mucho. Sí, el sexo ha estado muy bien. Eres joven y no te cansas.

—¿Que no me… *canso?*

—Además, eras virgen, lo cual, biológicamente, lo hace mucho más satisfactorio para mí.

Me tiembla el cuerpo cuando doy un paso atrás. La garganta me quema y si no

estuviera en shock, estaría llorando. *Mucho*.

—¿Qué estás haciendo, Kían?

—Ser sincero por una vez en mi vida.

—No es verdad, no estás haciendo eso. ¿Es porque he hablado con Tina y Avery? Me dijiste que no fuera al parque, no pensaba que tuviera que acabar con el contacto de tus…

—No es por eso.

—Dejaré de hablar con ellos. Si lo que quieres es no mezclar lo profesional con lo personal, yo…

—No deberías renunciar tan rápido a tus deseos por complacer a otra persona. Y te he dicho que no es eso —sentencia, más tajante.

—¿Entonces qué es? —Me trago el nudo como puedo, sintiendo que el cuerpo ardiendo, dolorido.

—He conocido a mil como tú. ¿Pensabas que no veía lo que sentías detrás de esa fachada furiosa? Babeaste por mí desde que te salvé, intenté que salieras con Raylan para que me dejaras en paz, pero la cosa no cuajó. Al final caí, porque soy un tío y tú eres muy guapa, pero si quieres darle más importancia a lo que hemos hecho, tengo que pararte los pies.

—*No*. Tú nunca dirías… —Se me escapa una lágrima y él aparta la mirada, asqueado. Siento mi propia traición amplificada, porque no puedo irme. No puedo moverme—. Nadie puede cambiar tan rápido.

—No he cambiado, pregúntale a cualquier persona de Saltwater que encuentres, te lo confirmará. Por primera vez, estás viendo quién soy de verdad.

—No te creo.

—Ódiame un tiempo y olvídate de mí, ¿vale?

—Para.

—¿Qué quieres que te diga, Láhria? Esto es lo que hay, es lo que soy. Mira, follas muy bien, así que no cojas complejo por eso, ¿vale? —Sonríe, pero las emociones no llegan a sus ojos, ninguna de ellas—. Es solo que el compromiso no es lo mío y no quiero que pierdas la dignidad intentando hacerme cambiar porque eso no va a pasar.

Quiero darle un bofetón tan fuerte que mi mano se quede marcada en su cara para siempre, pero para eso tendría que tocarle.

Y antes que hacerlo prefiero morirme.

Me doy la vuelta y me alejo tan rápido como puedo. Oigo cómo se cierra la puerta de su casa, justo antes de que un sollozo rompa en mi pecho. Pero yo estoy demasiado cabreada para llorar, debe ser de otra persona.

Tengo las manos cerradas en puños tan fuertes que las uñas se me clavan en la piel. Me duele la cabeza, el estómago, el corazón, el orgullo. Por doler me duelen hasta los huesos. Siento que me han dado la vuelta como a un maldito jersey viejo y que ahora todo lo blando, lo vulnerable, lo que tenía que estar protegido, está más que expuesto.

Quiero meterme bajo tierra. Borrar cada interacción que hemos tenido, cada palabra que ha salido de mi boca. Todo lo que he sentido por él se ha vuelto un arma y necesito que desaparezca.

Huyo de la gente. Corro hasta que el sonido del mar lo ahoga todo. El faro se alza sobre mí, inmóvil, indiferente a mi miseria. Ella me encuentra, cómo no. Debe tener un sexto sentido si no, no me lo explico. Abrazar a tu mejor amiga debería recetarse como

medicina natural y nadie va a bajarme de ese burro.

—Voy a matarlo —repite paseándose frente a mí.

—No vas a hacer nada —digo removiendo la cuchara dentro del bote de helado que lleva descongelándose en mis manos treinta minutos.

—¿Es que se ha dado un golpe en la cabeza que lo ha dejado tonto? ¿De qué narices va? Lo vi en el centro comercial, no podía apartarse de ti. ¿Y cómo se puso cuando aquel pirado te ataco? ¡Venga ya! Parecía estar a punto de cometer un homicidio súper voluntario.

—¿Podemos no hablar del tema? Estoy bien.

—Pues yo no —rebuzna—. Le odio. Es un falso, un payaso y no tiene cerebro. ¡Y le odio! Pero sobre todo lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haberte animado a acercarte más a él.

—Cleo, nada de esto es culpa tuya así que quita esa cara.

Suspira.

—¿He dicho que le odio?

Volvemos horas después, cuando estamos seguras de que las niñas ya estarán dormidas. Insiste en dormir conmigo y es una putada porque me fastidia mi fiesta de la autocompasión y el *afterparty* de ¿qué-narices-estoy-haciendo-tal-mal-en-la-vida?

—Puedo faltar mañana al trabajo.

—No digas tonterías.

—Prométeme que no te pasarás la mañana escuchando a Céline Dion.

Ambas sabemos que no puedo prometerle eso.

—Duérmete, Cleo.

58

Kían-Lysander



Pasan los días, según el calendario. Ocupo la silla roja que hay frente a la mesa del despacho de mi notario y juego con el bolígrafo de plástico mientras él me trae más papeles que firmar.

—¿Cuánto tardará en ser efectivo?

—En unos veinte días hábiles. Es bastante rápido.

No me lo parece.

—Pero ellos no sabrán nada, ¿no? —pregunto.

—No, el testamento no se comparte con los herederos hasta que el sujeto fallece. Es por seguridad.

Fallece. Esa palabra me deja un regusto metálico en la boca a modo de recordatorio de que esto es real. Salgo de la notaría y conduzco dos horas de vuelta a Saltwater. *Los inconvenientes de vivir en un pueblo pequeño y cotilla.*

Mensaje de Matt Hayden
21:33 Te he aprobado un par de turnos extras.
21:34 Entras a trabajar a las tres a.m. No hagas que me arrepienta.

Llego al parque y miro la silla de Tina, paso de largo del uniforme de Avery y compruebo que sigue estando el mío. Me presento rápido al equipo con el que voy a trabajar y me largo a dormir hasta que tengamos un aviso, pero un tío con la mitad de años que yo y más piercings de los que puedo contar, me corta el paso.

—Teniente MacCallan, ¿verdad?

—MacAlister.

—Un placer, MacAlister, espero que no sea un problema para ti seguir las órdenes de nuestro teniente Fitzgerald. ¿No habrá choque de egos? ¿Pelea de titanes?

—En absoluto. —Le dejo atrás y cuando cruzo la puerta, oigo a lo lejos:

—El nuevo no es muy hablador.

—Mientras trabaje bien.

Sé que si mantengo las manos ocupadas, igual que mi cabeza, dolerá menos, pero no me parece justo después de lo que hice. Así que me tumbo, cierro los ojos y veo los suyos. Veo su cara cuando le dije todo aquello. Cuando la rompí. La forma en que su cuerpo se quedó quieto, haciéndose cada vez más pequeño. *Apreté el cuchillo y lo hundí hasta el fondo, ¿qué coño esperabas que pasara?* Me muero por aliviar su dolor, estrecharla entre mis brazos y volver a besarla, pero no soy tan cabrón.

Las horas pasan, el sol sale y la tortura continúa. Mi cuerpo se mueve de un lado a otro en piloto automático. *Puedo vivir así, lo he hecho antes.*

Mensaje de Tina

13:41 Dos turnos seguidos sin nuestro teniente?

13:41 Y qué es eso que dice Hayden de necesitar pasta? Cuánto? Tengo ahorros.

Mensaje de Cameron

17:38 La esclavitud no está bien vista, teniente.

17:40 Ahora en serio, si necesitas dinero, solo tienes que decirlo.

17:42 Oye, escucha, lo he hablado con Philipa. Podemos apretarnos el cinturón. Dime una cantidad.

Al morir, papá nos dejó la mansión. No estuvo mal tener un sitio donde vivir. Lo mínimo que puedo hacer es dejar los gastos de Ck cubiertos, y algo para cuando las niñas crezcan. Nunca he tenido mucho. Nunca me he preocupado por tener mucho. Salvo ahora.

Llego a casa y no soy capaz de cruzar el umbral. Arranco la enredadera. Recojo los pétalos que caen al suelo y lo tiro todo por el acantilado.

Mensaje de Daisy

19:03 eres de lo que no hay, tanto trabajo, tanto trabajo.

19:04 haz el favor de pasarte por casa y recoger los mimos que te corresponden.

19:04 Hace días que no te vemos.

No se lo ha dicho. Láhria no les ha contado nada. Dudo si se habrá dado cuenta tan pronto de que le va a ir mucho mejor sin mí o si es que oculta su malestar por las niñas. *Lo segundo suena horrorosamente a ella.*

JL me escribe al día siguiente, preguntándome si puedo ir a buscarlas. Espero a la salida del colegio cinco minutos antes de que sea tarde, cuando ya hay muchos críos fuera, pero ellas aún no han salido. Enseguida se vuelve un mar de risas, pisadas rápidas de pequeñajos que corren a los brazos de sus referentes, sus modelos a seguir. *Mis dos mayores arrepentimientos. No haberla conocido antes y no haber tenido hijos.*

—¡Kían! —El rostro de Ayris se ilumina al verme y se carga todas las nubes que encapotan el cielo de Saltwater.

Salen las tres juntas, porque se esperan unas a otras, así que me placan al tiempo.

—¿Dónde está el coche? —pregunta Alice estirando el cuello cuanto puede, con tal de mirarme sin soltarme.

—Me apetecía pasar un rato con vosotras, ¿os da mucha pereza caminar hasta casa?

—Sip, *muuuucha* —dice Bonnie cogiéndome de la mano y echando a andar—. Tendrás que soportar que nos quejemos. ¿Te estás dejando barba?

—Estoy experimentando, ¿os gusta?

Arrugan la nariz disconformes.

—¿Estás bien, tito? —pregunta Alice caminando de espaldas—. ¿O estás triste?

—Estoy bien, Alice, cuidado no te caigas. —La cojo de la mano, no me fío—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienes oscuro aquí —se toca las ojeras—. Lay también lo tenía, pero se ha puesto una crema y se le ha quedado blanco.

—Era maquillaje y ha dicho que es por falta de sueño, no por estar triste —le dice Ayris anclando el brazo con su hermana.

Trago saliva como puedo.

—Contadme qué tal os ha ido el día, anda. ¿Qué tal es tener a Cleo de profe?

—¡Es la mejor manera posible de empezar el día!

—Es súper buena y muy dulce.

—Y ha hecho un chiste muy gracioso, pero que no he acabado de entender. Espera, ¿qué es una raíz cuadrada?

—Kían —Bonnie tira de la manga de mi camisa interrumpiendo el huracán de sus hermanas—, ¿sabes que quiero ser profesora de matemáticas cuando sea mayor?

Voy tan despacio como puedo, pero acabamos llegando a la mansión de todas formas. Me había prometido no cruzar las puertas, pero termino despidiéndome de ellas en el jardín, a escasos metros de la entrada.

—¿Quieres entrar a jugar con nosotras? —pregunta Ayris.

—No puedo, tengo que irme ya.

—¿Por qué? —me hacen pucheros, pero por suerte, nos interrumpen.

—Alice, Lay ya está esperándote arriba para vuestra súper sesión —dice Cleo saliendo de la casa.

Mis ojos suben por la fachada de la mansión y caen directos en su habitación. Un segundo después, ya no está. Desaparece tan rápido que dudo si la sombra de su cuerpo ha estado ahí alguna vez.

Tras un rápido abrazo, las niñas entran corriendo a la mansión pidiendo la merienda. Cleo se acerca a mí con paso decidido y una expresión que no había visto nunca en ella.

—Hola, Cleo, ¿qué tal tu trabajo en…?

—Eres escoria, ¿lo sabías? —Se cruza de brazos—. No, eres *peor* que eso, Kían-Lysander. Eres basura.

«—Para el futuro de John-Luke no eres más que basura, Kían. ¿Y la basura qué hace? Estorbar».

—Solo he traído a las… —carraspeo—. Ya me iba.

Doy media vuelta, pero me corta el paso.

—¿Sabes la clase de persona a la que has hecho daño?

—No quería hacerle daño —cierro los ojos. No quiero oírlo—. Intentaba ser sincero para *evitar* hacerle daño.

—Y una mierda sincero. Querías ser lo bastante cruel como para que se alejara de ti y no tener que lidiar con sus sentimientos después de haber hecho todo lo que estaba en tu mano para generárselos. Eres un capullo interesado.

—Cleo… —Me tenso.

—No vas a tener más suerte en tu vida, ¿eres consciente de eso? No, seguro que no. Si fuera así habrías besado el suelo que pisa. ¿Pero qué se puede esperar de un mujeriego? ¿De un tío tan asustado de sentir algo real, tan cobarde, que es incapaz de comprometerse con nada?

—¿Has acabado?

—No, no he acabado. No vas a volver a dirigirle la palabra. Ni a respirar cerca de ella. Vas a hacer todo lo que esté en tu mano para que te olvide porque ella… —su rabia se convierte en otra cosa—. Ella no se merec… —Parpadea rápido con la misma rabia con la que se limpia la lágrima que se le escapa—. Pero supongo que da igual. Una vez más, tengo que soportar ver como la mejor persona que conozco se lleva otro palo. Como si la vida no le hubiera dado ya suficientes. —Se ríe y se limpia con rabia la lágrima que se le escapa—. Es genial haberte conocido, Kían, en serio. Me has hecho valorar a mi

prometido muchísimo más de lo que ya lo hacía.

Echa a andar hacia la mansión y yo lo hago en dirección opuesta.

59

Láhria



—Uy, me has manchado de colorete —dice Alice entre risas, después de que la besuquee por toda la cara—. ¿Acabas de maquillarte ahora?

No tenía muy buen aspecto, se le veía agotado. *Debe cansar ser un imbécil.* Daisy ha dicho que está trabajando más turnos. No es que me importe, pero no debería ignorar a su familia por esto. ¿Tan insoportable le resulta coexistir en mi presencia como para no pisar la mansión ni cinco segundos? Tampoco es que me importe si resulta ser el caso.

O puede que sí, puede que me importe mucho. Tanto, que no sepa dónde meter todo lo que me importa.

—¿Prima?

—¿Qué? Ahh, no, tesoro. Ya me has visto esta mañana, ¿no te acuerdas? Me has dicho que te gustaba esta sombra —no me gusta mentirle, pero tampoco puedo decirle que tengo la cara irritada de tanto desmaquillarme y volver a maquillarme cada vez que me hago un santísimo estropicio.

—Sip, estabas muy guapa —se come sus galletas a toda prisa. Que le guste tanto nuestras sesiones que no quiera esperar ni a merendar, me hace de todo en el corazón—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

Me trago las ganas de decirle que no valgo para esto, que no tengo ni idea de cómo puede creer en sí misma, que yo no he conseguido hacerlo del todo. Pero la miro y es tan perfecta, tan llena de luz, que por encima de mi cadáver la enturbiaré con mis sombras.

—Vamos a leer tu cuaderno como cada día, a hacer los ejercicios de respiración y... a plantar un roble en el jardín.

—¿Un roble?

La cojo de las manos y coloco una bellota en su palma.

—Igual que la confianza que llevas trabajando desde que llegué, necesitará que lo cuides durante años para que crezca grande y fuerte. Pero una vez las raíces arraiguen fuerte en la tierra, o en tu cabecita —le planto un beso en la frente—, no habrá quien lo mueva. Y la seguridad que tengas en ti misma, tampoco. ¿Te apetece?

—Lay —se mira la palma, luego a mí, otra vez su palma y sin más dice—: Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

No nos va a hacer falta una manguera, vamos a poder regar la semilla con mis lágrimas. *Toma ya.*

60

Kían-Lysander



Salgo de mi dormitorio cuando amanece y sorpresa sorpresa, mi humor sigue siendo una mierda. Voy al baño seguido por un peluche que insiste en ser un perro de verdad y me lavo la cara. *Pienso pasarme las siguientes horas dándole a mi saco de boxeo hasta que se me caigan los brazos.* Le rasco la tripa a Ck cuando invade el marco de la puerta del baño, impidiéndome salir, al tiempo que deja sus cuatro patitas en el aire.

—Buenos días, pequeñaja. Buenos días.

Pongo la comida y el agua en su bol, estiro los músculos de la espalda y con mi café en la mano, abro la puerta de casa para coger el correo. Encuentro un sobre bastante grande metido en el buzón y al ver el remitente tengo que apretar la taza para que no se me caiga. Lo abro en la isla de la cocina.

«Departamento de Bomberos de Saltwater. Oficina de Administración y Supervisión Interna. ASUNTO: Notificación de suspensión temporal de funciones como teniente y apertura de investigación formal».

Leo Braxton junto a la firma y las letras se mezclan unas con otras. *Hijo de puta.* Mi mente trata de encontrar una explicación lógica, una grieta que pruebe que esto es un error, pero sigo leyendo y cada palabra es un clavo más en mi ataúd.

«Presunto uso indebido de fondos, denuncias de conducta profesional inapropiada…». Han adjuntado una foto y la titulan "agresión a un civil en mitad del turno". El tío al que zurré, el que se acercó a Láhria, sale borroso, oscurecido, como si alguien hubiera editado la foto. *«Durante el periodo de suspensión no podrá presentarse a su lugar de trabajo ni realizar ninguna actividad relacionada con sus funciones habituales…».*

Arrugo el papel al apretar el puño. *Esto no… esto no puede estar…* Cierro de tal portazo que los cimientos de mi casa tiemblan. Conduzco. Sigue sin entrarme el aire en los pulmones. Sigo conduciendo.

Entro en el despacho de Matt Hayden hecho un basilisco.

—Tenemos que hablar. —Las cortinas están cerradas, como si hubiera sabido que venía.

—No puedes estar aquí —dice y dos segundos después de que cierre la puerta, me coge de la camiseta y me estrella contra la pared—. Dime que no es cierto.

Su mirada es la de un hombre que no reconoce a quien tiene delante. Eso duele más que cualquier paliza.

—¡No es cierto! Jefe, sabe que fue Winifred, es ella la quien grabó el vídeo. Le dije que se lo enviaría a Braxton.

—No hablo de eso. —Aprieta su agarre, dudando, estudiándome como si esperara encontrar la culpa escrita en mi cara—. ¿Has cogido fondos? ¿Estás metido en algo?

—¡No! ¿Cómo…? Hayden, ¿cómo puedes siquiera…? Eres como un padre para mí.

¿Es que nadie me conoce en absoluto? Me suelta, pero sigo sin poder usar la tráquea.

—¿Y por qué cojones está tu firma en estos documentos? —Vuelve a su mesa y estampa la mano contra ellos—. Una petición para que nos traigan cuarenta y siete sierras nuevas al parque setenta y uno. Dime que no es tu firma, que alguien la ha falsificado muy bien.

Me acerco y empiezo a leer, veo mi firma, pero yo no… Las palabras de Hayden se mezclan con mis recuerdos.

«—Has mandado a Tina a poner gasolina a nuestro camión y al de la brigada solo por oírla discutir con Avery sobre quién hacía hoy la comida.

—Esto no es un puto patio de colegio y a él también le he reprendido.

—Sí, obligándole a limpiar los cristales de toda la primera planta lo cual deja entrever bastante claro quién es tu favorita.

—Raylan, ¿qué quieres?

—Que firmes esta petición para que nos traigan una sierra nueva al parque para suplir la rota y que levantes el castigo a Avery, Cameron se ha ofrecido a hacer la comida y sabes lo mal que cocina Cameron».

El café se vuelve ácido en mi estómago. Su traición no me golpea, se encadena a mi tobillo y me arrastra al fondo del océano donde la presión de miles de litros de decepción me aplastan los pulmones. Levanto el papel, lo toco, sigue siendo real.

Hayden me pone una mano en el hombro y aprieta para que le mire, creo que estaba hablando.

—Te conozco, de dentro a fuera, y estoy intentando aferrarme a eso, a la lógica que me dice que tú nunca pasarías por encima de mí. Pero alguien ha tenido que colarme esas peticiones y escalarlas, porque nunca tocaron mis manos, y si no has sido tú…

Se lo cuento, pero sigo sin entender las palabras que salen de mi boca. Apenas puedo creerlas. *Ni tampoco la daga que me atraviesa, pero ahí está, en mi estómago. Delante de mis narices.* La migraña que me nace es tan fuerte que amenaza con volarme la cabeza.

Sé que Hayden me cree, se lo veo en la cara y es la primera gota de alivio de toda la mañana. Estoy a punto de marcharme cuando Hayden dice:

—No eres el único, MacAlister. Jane también está suspendida.

—¿Qué? ¿Jane? ¿Por qué?

—Suministró la dosis equivocada de anestesia a un paciente y la víctima acabó en la UCI. No saben si sobrevivirá. De momento el mando de la ambulancia cuarenta y siete se lo queda Winifred.

—¿Jane cometiendo un error tan grave por un despiste? ¿En serio a nadie le suena sospechoso? Jefe, ha tenido más quejas de Jane desde que llegó Winifred que en toda su carrera como paramédica. Ha tenido que tenderle una trampa.

Exhala, se frota las sientes y alza la mano hacia la puerta.

—Vete a casa, MacAlister. Haré todo lo que esté en mi mano para que haya justicia, pero no jodas más las cosas. No vuelvas a pisar este parque hasta que yo te lo diga y ni se te ocurra hablar con Winifred. Ni con Raylan. Déjamelos a mí.

Me pongo el casco y me subo a la moto. Los nudillos se me quedan blancos de apretar el manillar. Ni siquiera tengo que pensar a dónde quiero ir, me lleva sola. *En el nacimiento de Ayris, en el de Bonnie, en el de Alice. Estuvo en todos.* Descubro que me

sangra la nariz cuando me quito el casco.

Subo los tres escalones del porche, levanto la rana de cerámica, la que está fumándose un puro, y tomo prestada la llave que siempre hay debajo. Cojo una cerveza de la nevera, ocupo el sillón de la sala de estar y espero.

No tarda en llegar con las bolsas de la compra. No puedo expresar lo que me provoca que haya ido a hacer algo tan normal después de joderme la vida.

—Raylan.

—Dios, qué susto, capullo. —Se lleva la mano al pecho—. ¿Qué cojones haces tú aquí?

El silencio no puede reflejar la explosión interna que me deja incapaz de procesar nada de lo que está pasando, pero está cerca.

—¿Qué tiene Braxton contra ti?

—¿De qué estás hablando? —se ríe—. ¿Ha pasado algo? Oye, ¿no es un poco pronto para beber?

El botellín de cerveza se hace añicos contra la pared cuando lo lanzo. Me acerco a él en dos zancadas. Mi puño conecta con su mandíbula y lo hace con tanta fuerza que lo tumbo. No hay catarsis alguna. Me siento encima y le doy otro puñetazo. *Nada. Peor que nada, es como perder lo poco que me quedaba.*

—Vamos, Kían-Lysander, si vas a romperme la cara, al menos hazlo bien —una de sus comisuras se curvan hacia arriba.

—¿Qué puede tener contra ti para que me hayas traicionado? ¡¿Para que estuvieras dispuesto a venderme y joderme la vida?! —otro más, insistiendo en hallar alivio en su dolor, en compensar la balanza—. ¡Defiéndete!

—No, me lo merezco —ya no sonríe—. Desahógate.

—¡Dime qué tiene contra ti!

—Lo siento, Kían. Es lo único que voy a decir.

—Escúchame —cogiendo su camiseta lo levanto un palmo del suelo—, vas a contarle a Hayden la verdad. Vas a admitir que me engañaste para que firmara esos documentos y luego vas a contarnos la razón por la que lo hiciste.

—No lo haré. Aunque te cueste la carrera, no lo haré. —Su tono frío y sincero es todo cuanto necesito.

Lo suelto.

Me pongo en pie sintiendo que mi rabia se desvanece, que me ahogo en algo mucho peor.

—Habría hecho cualquier cosa por ayudarte. *—Eras como un hermano para mí, pero has preferido traicionarme.* Aprieto los puños—. Eres un hijo de puta, Raylan. Ojalá Braxton te traicione igual que has hecho tú conmigo.

Cierro tras de mí haciendo temblar las bisagras de la puerta. Bajo los escalones y el jardín delantero de la casa de Raylan se vuelve borroso durante un segundo, pero no voy a desmayarme. *Todos estos años… hijo de puta. No me puedo creer que vaya a ser él quien le consiga a Braxton lo que tanto quería.* No veo que hay alguien junto a mi moto hasta que estoy a un metro de distancia.

—¿Qué haces tú aquí, Alejandro?

—He hablado con Hayden al enterarme de tu suspensión. Sabía que vendrías aquí, aunque tu jefe te dijera que no lo hicieras. ¿De verdad Raylan te ha vendido a Braxton?

—Eso parece. *—Lo hizo antes de que las llevara al parque, le dejé a él con las niñas tras el ataque a Láhria.*

—Debe haberle ofrecido mucha pasta para que Raylan te haya vendido de esa manera. Menudo cabrón sin escrúpulos, ni principios —maldice mirando hacia la casa. Me pongo el casco, pero él se coloca en mi trayectoria—. Voy a investigarlo a fondo, no voy a dejar ni un puto papel sin remover, pero necesito saber algo antes.

—Nada de lo que se me acusa es cierto.

—Eso ya lo sé, joder. Lo que necesito saber es si estás dispuesto a hundir a Raylan como él ha querido hacer contigo. Si estás dispuesto a jurar que te engañó y a ponerlo a él en el punto de mira.

Podría haberme reído de eso. En serio.

—No tengo ningún aprecio a la escoria que vive en esa casa. Por mí como si acaba en la cárcel. —Arranco la moto.

—MacAlister.

—¿Qué?

—Siento lo que te ha hecho.

—Gracias, Alejandro.

Acelero y me largo. Conduzco hasta que se hace de noche y aun así, no es suficiente. La velocidad, el rugido del motor solía acallar el ruido en mi cabeza. Supongo que esto no son gritos, esto es veneno que se me ha colado dentro.

Raylan ha firmado su traición con mi propia mano. Hayden duda. Y el hijo de puta de Braxton gana.

Y yo... no tengo ni puta idea de cómo salir de esta.

Mensaje de Jane

23:00 He hablado con Alejandro. Sé que se supone que no debemos vernos, pero esto es una mierda tan injusta qué no sé ni qué hacer conmigo misma. ¿Puedes… venir a mi casa?

61

Láhria



Dicen que el amor de verdad solo existe si es correspondido. Teniendo en cuenta que para él no fui nada, debo haberme envenenado con otra cosa para sentirme así de mal.

Harta de estar encerrada en mi dormitorio y del sabor salado en mi garganta, escribo a Cleo para vernos a la hora de comer. Tras un puñado de días de lluvia, hoy hace un sol espléndido y estoy dispuesta a convencerme de que quiero aprovecharlo.

Llego tres minutos antes de la hora y cojo mesa en la terraza del Cangrejo de Oro. El restaurante está decorado con madera envejecida que tiene pinta de haber tenido tres vidas en el fondo del mar. El aire está impregnado de un olor a especias y marisco muy agradable. La espero en una de esas sillas que te deja marcas en las piernas si llevas algo corto y compruebo que llevo todo lo que necesito en el bolso.

¿Sonrisa falsa? *Puesta.*

¿Maquillaje de buena cara? *¡Hecho!*

¿Farsa de que tengo un hambre que me muero? *Mmm, qué buena pinta tiene el *insertar el plato más barato**.

Ha estado obligándome a correr con ella con la excusa de volver a estar en forma para la boda, pero sé que lo ha hecho para que me distraiga. *Es una fulana y se merece todos los dulces que quiera, se los ha ganado.* Estoy a punto de llamarla cuando la veo. El estómago se me retuerce al verle la cara, no parece haber tenido un buen día. *Joder, ¿ya han sido bordes con ella? ¿A quién tengo que patearle el culo?*

—¿Eres tú mi cita? He de reconocer que eres mucho más guapa en persona que en tu foto de perfil.

—Lay, me parece que… Creo que tengo que ir a la policía.

—¿Qué? —me levanto del asiento y ya la tengo cogida de las manos, le tiemblan—. ¿Qué ha pasado?

—Se me ha acercado un hombre de unos cincuenta y tantos en la puerta del colegio, venía tan directo hacia mí que he supuesto que era el padre de algún alumno. Pero no lo era y me ha empezado a decir cosas muy raras.

—¿Qué cosas?

—«Este no es tu sitio. Deberías haberte largado cuando podías. Ahora ya es tarde para ti», eso.

—¿Ya es tarde para ti? ¿Qué narices significa eso? ¿Tarde para qué?

—Ha dicho que voy a arrepentirme por lo que hizo mi hermano, ¿Lay y si tiene que ver con la señora Rheinols? ¿Con que yo haya conseguido trabajo justo cuando ella lo ha perdido? Kían es rubio, como yo, y estuvo hablando con la directora, ¿es posible que Rheinols no supiera que es un MacAlister? ¿Que haya mandado a alguien para meterme

miedo?

Cleo no tiene clases por la tarde, así que nos olvidamos de la comida y volvemos a casa de inmediato. Reconozco que el camino de vuelta se me hace interminable, no paro de mirar en todas direcciones, es como vivir en los segundos previos a que te den un susto. Llegamos a la mansión y vamos directas a ellos.

Golpeo la puerta del laboratorio de JL y Daisy con los nudillos, y algo en mi corazón revolotea cuando al abrir la puerta es evidente que se estaban besando. *Aquí huele a flores frescas y productos químicos, peculiar y cálido como ellos.* El terror, tan narcisista como siempre, vuelve a asomar su fea cabeza.

—Ha pasado algo —digo y Cleo desembucha a la velocidad de la luz.

Acto seguido sacan sus respectivos teléfonos, JL llama al policía que conocí en el parque, Alejandro, y Daisy llama a Keylah, por si sabe de alguien que encaje con la descripción que ha dado Cleo. *Por lo visto, no hay ni un solo forastero capaz de resistirse a pasar por el Ancla.*

No puedo dejar de estrujarle la mano, ni pensar en nada que no sea que han intentado hacer daño a mi mejor amiga. *Tengo instinto líquido y violento picándome en la piel y nadie con quién descargarlo, esto es una mierda.*

—Ya están aquí —dice John-Luke pegado a la ventana.

—¿Están? Creía que Keylah no podía venir —me dice Cleo mientras bajamos las escaleras, pero cuando llegamos abajo descubrimos que quien viene con él no es el alma del Ancla Oxidada, sino Kían-Lysander MacAlister.

Daisy abraza a Kían de manera sentida, porque no sabe querer de otra forma. Luego le da un golpe en el hombro.

—No vuelvas a tardar tanto en venir a vernos, maldito.

—Gracias por pasarte, Alejandro —le dice JL estrechándole la mano.

—No me costaba nada.

—¿Qué haces tú aquí? —la pregunta me sale en su dirección antes de pensar si es buena idea o si siquiera deseo dirigirle la palabra.

—Yo he traído al poli y voy a quedarme a oír la historia —responde con la misma voz con la que me hizo tanto daño—. Aunque no sabía que debía pedirte permiso para entrar en mi casa.

—Solo era una pregunta.

—Entonces lo mío es solo una respuesta.

Me muerdo la lengua. *¿Por qué parece que le han dado una paliza bajo la ropa ancha que lleva puesta?*

—¿Ha pasado algo aquí que debamos saber? —pregunta la tía Daisy con cautela en el tono.

—¿Kían? —le pregunta su hermano en un tono más arisco que el que ha usado él conmigo.

—No lo sé, Lay, ¿ha pasado algo que quieras compartir con el grupo?

—Sí —desvío la mirada—, tiene que ver con Cleo. Me preocupa que el desconocido que la ha amenazado vuelva a acercarse a ella. No sabemos de qué es capaz.

—Pasemos a la salita, hablemos tranquilos.

Todos siguen el consejo de Daisy, pero él se gira hacia mí cuando no echo a andar de inmediato. Se queda ahí, parado, y me obliga a dudar si lo sabe, que soy la luna y él la Tierra, que por mucho que lo intente, sigo orbitando a su alrededor. *Debería haber*

plantado unos cuantos robles a mis dieciocho y haber estudiado menos.

—He oído lo de Alice, que fuisteis al médico. Me alegra que la hayan visto mejor. Es todo gracias a ti. —Me asusta lo dulce que sale su voz, lo que puede llegar a hacerme.

—No, es gracias a ella. Es la que está haciendo el trabajo duro. Yo solo voy a presenciarlo. —Mis ojos caen hasta sus nudillos magullados y tengo que apretar los labios para no preguntar.

—Cuidado, Lay, o acabaré pensando que te molesta que esté aquí —otra vez el tono suave.

—¿A qué juegas?

—No juego a nada.

—Quieres mi atención para luego cerrarme la puerta en la cara, ¿eso no es jugar? Me pediste que no fuera a verte y lo he respetado. Ahora respétame tú cuando te pido que me dejes en paz.

Su nuez hace eso de disfrutar su descenso y posterior ascenso por su cuello.

—Tienes buen aspecto —me repasa con la mirada—. Me alegra que ya lo hayas superado.

¿Buen aspecto? ¿Está de puta coña?

—A esta edad las cosas se viven de forma más intensa, pero también se pasa página más rápido. Supongo que ya no te acuerdas de lo que es, ha pasado tanto tiempo.

Sonríe y exhala. ¿Sorprendido? No lo sé, pero guapísimo sí. *Tengo que alejarme ya.*

—Si me disculpas, mi mejor amiga me necesita. —Mi imaginación me juega una mala pasada, casi me da la impresión de que cuando paso por su lado, se acerca a mí hasta casi tocarme.

Entro en una salita desconocida de este laberinto de puertas y chimeneas y no veo de qué color son las paredes, ni la forma de las lámparas, ni mucho menos de qué tela está hecha el sofá que comparto con Cleo.

Veo la alfombra que hay a mis pies y me centro en sus cenefas rojas y enrevesadas, eso sí, porque son lo único que miro mientras ella le cuenta lo sucedido al agente de policía. Por último le describe al culpable de que tenga todo el vello del cuerpo erizado y quiera esposar a mi amiga a la primera columna que pille.

Y en ninguno de los muchos minutos que guardo silencio, en ninguno, cedo a ladear la cabeza y mirar al dueño de todas mis pesadillas. *Puede que me hayas roto el corazón, pero todavía me queda el cerebro. Sigo siendo una Daughbeth. Una Taylor. Y no pienso dejar que juegues conmigo, ni siquiera tú.*

—¿Tenía la barba gris y abundante y una dilatación en la oreja? —pregunta su voz de repente.

—Sí, exacto —afirma Cleo saltando al borde del asiento—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Lo conoces? —pregunta Alejandro.

—No, pero Láhria y yo lo vimos —dice, alzo la vista y el peso de su iris me aplasta contra el sofá—. Al salir del colegio, tras hablar con la directora. ¿Lo recuerdas?

Aquel tío por el que Kían se volvió un muro, colocándose delante de mí para cortar el contacto visual.

—Sí, claro que me acuerdo —*y de lo que pasó después*. Trago saliva sintiéndome tonta y avergonzada. Desvío la mirada—. Daba muy mal rollo.

—Miraba a Láhria —dice John-Luke—, y ella sí tiene hermano, Nolan-Kane. Estuvo aquí hace unas semanas.

—¿Crees que en realidad la amenaza era para ella? —pregunta Daisy.

—Pero Lay no trabaja en el colegio, ¿quién podría querer amenazarla a ella? —pregunta Cleo.

—No tiene sentido —sacudo la cabeza.

—No tenemos información suficiente como para sacar una conclusión válida —Alejandro se pone en pie—. De todas formas, pondré a una patrulla frente al colegio. Si es un borracho cualquiera se asustará y no volverá más. Ahora tengo que irme, estoy de trabajo hasta arriba, llamadme si tenéis noticias.

Cleo se levanta para acompañarlo a la puerta y soy un gato huyendo del agua. La sigo, vaya que sí, y en cuanto tengo la oportunidad tomo un desvío y me voy tan lejos de la puerta como puedo.

—Cálmate, lo has hecho muy bien —me digo, aplastando la mano contra el órgano tonto y masoquista que late frenético en mi pecho.

Cierro puertas, una, dos, hasta tres y ocupo un asiento junto a la ventana de la sala en la que acabo. Alguien llama a la puerta y juro que dejo de respirar. Antes de poder reaccionar la puerta se abre.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Tía Daisy. Sí, claro, ¿qué ocurre? ¿Ha… dicho algo Alejandro?

Me abraza. Es demasiado sentido como para que no me ablande.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros, ni hasta qué punto habéis estado juntos. Pero no quiero que tengas que disimular conmigo, esta es tu casa, mi niña.

—Estoy bien —aseguro, pero su mano llega a mi cabeza y la forma que tiene de acariciarme el pelo, bueno, digamos que deberían implementarla en interrogatorios policiales.

Me vuelvo una cascada.

—Sácalo todo, no dejes nada dentro.

—No sé por qué lloro, si estoy bien.

—Lay, tienes que saber que Kían… Él ha tenido una vida difícil, tesoro —sus imposibles ojos turquesas brillan con emoción—. Su madre le hizo mucho daño, su padre se fue demasiado pronto y la pérdida de Lana Stapleton tampoco fue fácil. Pero es una buena persona, tiene un gran corazón y se preocupará por ti incluso cuando estés de vuelta en Mountville porque él es así. —Me besa la mejilla—. Siento que no haya funcionado, pero vas a encontrar a tu amor, te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que eres, mi preciosa Lay. Es lo que desprendes. La gente como tú, es un imán para los finales felices.

¿Y él? ¿Por qué, si le odio tanto como creo, es lo primero que me pregunto cuando me quedo sola?

—Para —me digo antes de salir en busca de Cleo, meter todas mis emociones en una caja y echarla al océano para que la engulla.

Resulta que intentar distraer a Miss Wilson de lo ocurrido también me sirve a mí de distracción. *Dos por uno*. Así que la tarde se diluye en planes de boda y cálculos sobre cuántas flores pueden caber en un altar antes de que parezca una jungla.

—Perdonad, chicas, no estoy familiarizada con el término «demasiadas flores» —dice Daisy, paseándose por el jardín con su chocolate caliente.

—Yo creo que si alguien tiene que apartar una enredadera para ver a los novios, es

que se nos ha ido de las manos —dice Cleo con la boca manchada del suyo.

Es cuando el cielo adopta tonos violáceos que las oímos llamarnos desde dentro de la mansión.

—*¡Mamiiii!* —grita Ayris.

—¡Laaay! —sigue Bonnie.

Y luego al unísono:

—¡A Alice le duele la cabeza!

Seis palabras que estrangulan el aire fuera de mis pulmones.

No. Mierda. ¿Qué ha podido pasar? Comparto una mirada con su madre y las tres volamos escaleras arriba. Las encontramos en su cuarto. Veo a Alice sentada en una silla al fondo de la habitación. Mi corazón deja de latir.

—Ayris, Bonnie, venid conmigo fuera —pide Cleo con voz dulce.

—Estoy bien, no os pongáis a llorar —les dice Alice balanceando las piernas sin mirar a ninguna parte en concreto.

Dios, no.

—No lloramos —asegura Bonnie con voz llorosa.

—Estamos muy bien —dice Ayris con unos lagrimones que no veas.

—¿Qué ha pasado? —Daisy acaricia sus rostros tensos, conteniéndose como bien puede.

—La bruja de Marcia, ha llamado para decir que ya no quiere ser más su amiga —susurra Bonnie.

—Es una pedorra, ¡a Alice le irá mejor sin ella! —susurra también Ayris.

Daisy les dice algo que no llego a oír, cierra y se queda en la puerta para no intervenir aunque puedo imaginar las ganas que tiene de acunar a su pequeña entre sus brazos. Cuadro los hombros, le pido a mi corazón que aguante y me acerco a ella.

—Vale, tesoro, ya sabes cómo va esto. Podemos hacerlo, estamos juntas, ¿vale? —me agacho extendiendo la mano y buscando los brazos de su silla.

—No, no cierres los ojos, Lay. Te veo.

Esas palabras tardan unos segundos en asentarse. Los abro.

—¿M-me ves?

—Sí —respira muy hondo, dilatando su pequeña nariz—. Ayris y Bonnie me han aplastado el culo contra la silla en cuanto he dicho que tenía la migraña. Pero he hablado con mi corazón… —aún más hondo—, y ya no corre, solo hace footing.

Se me escapa la risa mientras pongo la mano en su pecho mientras la pulsera le vibra en alerta.

—Es verdad, granujilla —digo con la garganta ardiendo—. Lo estás haciendo muy bien. Eres una campeona, sigue respirando así.

—Hoy también he dormido con Miedo, ¿sabes? —acepta mi mano cuando se la ofrezco—. Me encanta lo mucho que brilla y es muy maja cuando la conoces. Es genial saber que solo me avisa, como un semáforo. Tenías razón. —Baja el tono—. Y mis hermanas también la tienen, Marcia es una pedorra.

Se me escapa la risa y me trago las lágrimas.

—Lo vas a conseguir Alice. —Hacemos todos los ejercicios de respiración y entonces llegan los abrazos.

Esto pinta muy bien.

Esa noche escribo el mejor email a *Darren.Kramer@VirginiaHealth.org* hasta la

fecha.

62

Kían-Lysander



Salgo al jardín tras Alejandro y el mar de truenos retumba sobre mi cabeza. *Necesito poner tierra de por medio. Le irá bien. Dejará de estar triste. Con suerte no se culpará a sí misma cuando me haya ido.*

—Alejandro.

—Ya me lo has dicho, sí, las vigilaré a ambas. Tengo que irme.

—¿Has averiguado algo sobre…?

—Estoy haciendo uso de todos mis contactos, créeme. Dame un poco de tiempo, ¿de acuerdo? Oye, no habrás vuelto a ver a nadie del parque, ¿no? ¿A Hayden? ¿A Jane?

—No, a nadie, estoy haciendo lo que me pediste.

—Bien, sigue haciéndolo. —Da la conversación por terminada.

La voz de mi hermano frena mis pasos en mitad del jardín mientras veo al policía desaparecer por el sendero de árboles. Me giro y me cargo de paciencia, dejando que la lluvia vuelva pesada mi ropa y que él me alcance.

—¿Qué coño le has hecho?

—Hoy no estoy de humor para esto, JL.

Me coge y me estampa contra la estatua más cercana.

—Creí haberte dejado claro que Lay era intocable. ¿Tengo que recordártelo con los puños? ¿Acaso quieres que Nolan-Kane vuelva y te remate?

Lo aparto de mí de un empujón.

—Te advierto que tengo el puño muy suelto. No te conviene enfadarme.

—¿Pero a ti qué te pasa? Es Lay de quien estamos hablando —dice como si la conociera en tercio de lo que la conozco yo.

—Nunca he querido hacerle daño, te lo aseguro.

—A juzgar por el hecho de que, durante el tiempo que hemos estado en esa sala no te ha mirado hasta que no le ha quedado más remedio, diría que tus deseos no se han cumplido. Tío, ¿qué ha pasado?

Dudo. Dudo si contárselo todo. Lo de Braxton, lo de Raylan, lo de mi enfermedad, la razón por la que no puedo volver a acercarme a la mujer a la que…

Me apoyo en la estatua, me encorvo hasta apoyar las manos en mis rodillas y exhalo, pero sigo ahogándome. Inhalo agujas que se clavan en mis pulmones y exhalo fuego.

—Kían, nunca te he visto así. Hermano, me estás asustando. —Me pone una mano en el hombro y mi visión se vuelve borrosa—. Habla conmigo.

No puedo. No puedo hacerle eso. No puedo cargarle con toda mi mierda sabiendo lo que le hará y que encima tendrá que mentir a su familia. *No puede salvarme. Lo mínimo que puedo hacer es no arrastrarlo conmigo.*

—¿Alguna vez te preguntas cómo habría sido nuestra vida si Emberly no hubiera

estado en ella?

Se pasa una mano por el pelo empapado y asiente.

—Antes sí. Desde que Daisy apareció en mi vida, apenas pienso en nada que no sea ella. ¿Por qué?

«—Destruyes todo lo que tocas. ¿Sabes lo caro que era ese microscopio?

—Mamá, ha sido sin querer.

—No me importa —me empuja y mi espalda recibe un golpe fuerte antes de que mis piernas cedan—, vas a quedarte en este armario hasta que tu hermano termine de estudiar lo que debe.

Pasan diez largos minutos hasta que alguien golpea la puerta.

—¿De verdad lo has roto? —pregunta Alex lacrimoso, pero esperanzado.

—Pensaba que sin él, JL podría descansar.

—Ha sido un buen intento. Aunque haya salido mal.

—Ehh, mocoso, no llores. No pasa nada. —Saco un dedo por las rendijas del armario, dudando si debería romper la puerta de una vez por todas—. Estoy bien. Contigo aquí ni siquiera voy a poder aburrirme.

—Ojalá papá estuviera en casa. —Agarra mi dedo con el puño cerrado, sin dejar de llorar.

—Dijo que volvería pronto. Mamá siempre es dulce cuando él está. Todo se arreglará, solo tenemos que ser un poco más pacientes, ¿vale? ¿Puedes hacerlo, Alex?».

—¿Kían?

—Por nada en especial. Vigílalas, ¿vale? A ellas dos y también a las niñas. Al menos hasta que Alejandro consiga que ese tío deje de rondar el colegio, o con suerte, Saltwater. —Las siguientes veces que me llama, acelero el ritmo de mis pasos.

Llego a casa cuando para de llover. *Estupendo.* Treinta minutos después estoy tumbado en el sofá, odiándome a mí mismo por no haber comprado uno más grande, dudando si merecería la pena comprarme otro a estas alturas. Uno de tres metros o mejor aún, ¡uno de esos en forma de «U»! Uno bien grande y horroroso que les cueste mucho trabajo tirar cuando tengan que vaciar mi casa para venderla. Alzo la cabeza. *¿Podría pegar la mesa al suelo? ¿Las sillas tal vez?*

Alguien golpea la puerta de mi casa. Lo ignoro, claro, hasta que me cabrea la insistencia. Me levanto entre gruñidos.

—¿Quién cojones no sabe entender que si no te abren es porque no quieren verte la ca...? —Tiro de la puerta y el cabreo se me cae a los pies.

La hostia.

—¿Me consideras tu hermano o desde que me mudé a Mountville ya no lo soy? —dice el pianista de la familia, pelirrojo desde su última película—. No te quedes ahí como un pasmarote y contéstame.

—Claro, ¿por qué lo dices? ¿Y por qué lloras? Alex, joder, ¿cuándo has llegado?

Me abraza y es como si Saltwater volviera a ser mi hogar.

—Lo digo por Braxton, pedazo de imbécil —me pega arrugando su cara paliducha—. Me he encontrado a Matt Hayden, ¿te han suspendido y no me lo cuentas?

Entra en casa y tira de una maleta que no había visto. *Acaba de llegar y ya se ha enterado, por estas cosas digo que mi hermano tiene poderes.*

—Joder con la confidencialidad —resoplo—. No es para tanto, Alex, ¿puedes parar de llorar?

—¿No es para tanto? Pero si tú te desvives por ese parque.

—Digo que no es para tanto porque Hayden lo arreglará, no porque no me joda —Le sirvo un vaso de agua—. Ven, siéntate.

—¿Cómo ha sido?

—Cometí un error. Braxton lo aprovechó.

—¿Tú? ¿Qué error?

—No quiero hablar del tema. Alex, ¿qué haces aquí?

Señala su maleta sin dejar de atravesarme con esos ojos rojos de los que no paran de caer lágrimas.

—He traído tarta, para celebrar lo que Daisy me dijo sobre Alice. No sabía que los ánimos estarían por los suelos.

—Eres el único que tiene los ánimos por los suelos. —Saco una caja de pañuelos y se la pongo delante—. Te recomiendo que dejes aquí el drama, no te perdonaría que entristecieras a mis sobrinas.

Inhala todo el aire de mi cocina, me acusa con su índice y se levanta del taburete con un estruendo.

—No se lo has contado. ¡No lo saben!

—Claro que no. —Veo a Ck acercarse moviendo su cola a cada paso.

Nadie puede tomar en serio esos andares.

—Es nuestro hermano mayor.

—Y la posible ceguera de su hija pequeña ya es preocupación suficiente, ¿no te parece?

—Hayden ha dicho que nadie del parque lo sabe, que creen que Jane y tú estáis trabajando en otros turnos, a diferentes horas del resto. ¿Es cierto?—acaricia a la pomerania ajena al concepto de seriedad.

—Sí, legalmente los implicados no pueden hablar del tema. Podría influir en la investigación.

—Entonces, ¿no has podido desahogarte con nadie? —su voz se rompe.

Cierro los ojos.

—¿En qué idioma te digo que estoy bien, tío? —pregunto, pero mi hermano pequeño choca contra mi pecho y me abraza con fuerza desmedida.

Reposo la barbilla en su cabeza y le devuelvo el abrazo. *Gracias.*

—Me asusta todo lo que te callas, Kían. Todo lo que no sé —susurra, pero no contesto.

No hay mucho que pueda decir.

63

Láhria



Llego al mediodía, a la hora pactada. La carcajada de Cleo es música para mis oídos.

—¿Vas a venir a buscarme todos los días? —pregunta saliendo del colegio picoteando de una bolsa diminuta de lacasitos—. ¿Temes que me secuestren?

—Mmm, ¿significa eso que te has olvidado de lo que vamos a hacer hoy? Vaya, vaya, ¿qué diría Josh si lo supiera?

—¿Josh? —se le abren mucho los ojos y se coge los mechones rubios—. La peluquería.

Pedimos hora hace ya más de una semana. No es ningún secreto que odia las peluquerías, *cualquiera puede hacerse una buena idea de por qué,* pero no voy a permitir que se achicharre el pelo haciéndoselo sola cuando falta tan poco para su gran día. Ni hablar.

—Sip. Me parece un buen momento para recordar al público que fuiste mi acompañante en mi corte de pelo y fue genial —balanceo mi melena, cuatro dedos más corta que la suya.

—Es cierto. Va a salir bien. ¡Mierda! Me he dejado el móvil en mi mesa, dame un segundo.

—¿Es una excusa? ¿Tengo que perseguirte?

—No, va muy en serio, salgo enseguida —se mete de nuevo en el edificio.

—Está cagada —murmuro sacando mi móvil que no deja de vibrar con mensajes entrantes.

Mensaje de Paciente nº 499 (Abuela Carla)

14:10 Hoy me marcho del hospital, te he enviado un ramo de tulipanes a casa porque no he podido despedirme de ti.

14:11 gracias por todo, reina.

Tina Alrik

Probé a abrirme con Lara de las inseguridades que me provocaba la chica nueva de su trabajo y resulta que ha reaccionado genial. ¿Cuánto dices que cobras por sesión terapéutica?

Eres un encanto.

Te invito a tarta cuando quieras.

Tarta?

Has dicho tarta???

Jajajajaja

Pásate por el parque y te llevo a un sitio especial.

No puedo ir al parque.
Kían…
Yo…
(Escribiendo)

Ahh, ya. El susto del zumbado secuestrador, lo entiendo.
A veces tengo menos tacto (y memoria) que un estropajo.
Suerte que en lo de rescatar soy una crack, que si no…

Doy fe de que lo eres
A estas alturas debes tener miles de Auroras felices

¿Auroras? ¿Más de una? No entiendo.

¿Montones, ¿no?
Espera, no llamáis así a las víctimas que rescatáis?

Ay, qué va, quién te lo ha dicho?
Cameron? Siempre le gusta hacer el lío a la gente.
Aurora es el apodo que le pones a la persona o grupo de personas cuyo rescate te cambia la vida para siempre.
Yo todavía no tengo mi Aurora, pero soy joven, aún hay tiempo
Tal vez rescate a una niña que acabe adoptando como hija o algo así.
Tengo que dejarte, Hayden nos reclama.
Te debo una tarta!!!!!

Se me cae el teléfono de las manos y tardo unos buenos diez segundos en agacharme a recogerlo.

—Vale, ya estoy aquí —dice Cleo jadeante, recogiéndose el pelo en un moño improvisado y despeinado—. ¿Puedo decir algo antes de que vayamos a que me torturen? Igual te suena raro, pero me estoy imaginando de rubia en mi boda y no me parece tan mala idea. O sea, piénsalo con la mente abierta un segundo, ¿cuántas veces mira una persona normal las fotos de su boda? Seguro que poquísimas. ¿Por qué aprietas tanto tu móvil? ¿Me estás escuchando? ¿Te has hartado de mis muchas, muchas, debilidades de una vez por todas?

Anclo nuestros brazos y hago lo único que puedo: caminar.

—Vámonos.

—¿A Mountville?

—A que te tiñan de rubia para la boda, Cleo.

—Mmm, creo que no has oído mi discurso. Yo ya soy rubia, lo cual significa que tengo la tarde libre, ¿qué te apetece hacer?

—Ir a la peluquería.

—Eres odiosa cuando quieres.

Contra todo pronóstico, llegamos a nuestro destino. Los pájaros cantan y la lluvia de la mañana gotea de los árboles cuyas hojas son bañadas por los rayos del sol. *Este lugar es mágico*. Nos detenemos frente a la peluquería, un local pequeño, pero pintoresco y acogedor, con un puñado de cortinas en tonos pastel siempre echadas que combinan a la perfección con sus paredes y el olor a caramelo que te dejan en el pelo.

Cleo clava los talones al suelo.

—¿Sabes? —se da un golpe en la frente—, qué tonta. Se me han olvidado las fotos, no voy a poder enseñarle el color de pelo que quiero.

—Entonces tendrán que imaginarse lo que significa la palabra «morena». Venga, tira.

—Solo para que conste, la Cleo del futuro, la que ya está teñida, cree que eres la mejor dama de honor del mundo y te quiere por obligarme a hacer esto.

—¿Y la del presente?

—La del presente te llamaría bruja en pleno Salem y saldría corriendo.

—Volando, Cleo, saldrías volando. Vamos entra. —Las campanillas de la entrada nos dan la bienvenida. A diferencia de cuando vine, solo hay una peluquera y somos las únicas clientas. Nos adentramos en el local—. Hola, buenas tardes. Teníamos cita dentro de tres minutos, a nombre de Cleo Wilson. ¿Llegamos pronto?

—Llegáis justo a tiempo. —La mujer con el delantal de cuero beige se da la vuelta y un fantasma pasa a través de mi cuerpo llevándose mi alma conmigo.

Dios mío.

Una versión de Cleo mucho más mayor, achicharrada por el sol, de escasa melena y con la mirada cargada de veneno, nos sonríe desde el otro lado de la peluquería. Se remanga la fina chaqueta y veo las numerosas marcas en sus brazos. Antea Wilson tiene unas tijeras en la mano.

—¿Es que no vas a decir nada, hija? Voy a pensar que no te alegras de verme.

No hace falta que mire a Cleo, noto como tiembla, aún la tengo cogida.

—Retrocede —susurro.

—Oh, me parece que no —dice Antea, en cuanto damos un paso oigo el cerrojo y al darme la vuelta lo veo a él.

Aquel hombre, el del colegio, el que no dejaba de mirarme. Él no tiene unas tijeras, tiene una pistola.

—Volvemos a encontrarnos —le dice a Cleo—. No podrás negarme que se parecen.

—Como dos gotas de agua. —Antea sonríe con sus labios secos, relamiéndose en nuestra falta de opciones—. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Por qué no tomáis asiento?

Intercambio una mirada con Cleo y, despacio, ocupamos dos sillas de espaldas a los espejos.

—¿Cómo estás, hija?

—Te puse una orden de alejamiento y la estás violando. ¿Lo sabes?

—Por cada insolencia que salga de tu boca —acerca las tijeras a un mechón de pelo de Cleo y este cae a su regazo—, más fea saldrás en las fotos de tu boda.

—Antea, por favor, esto no tiene por qué ser así. Podemos hablar.

—Me alegra ver que estás dispuesta a colaborar, pequeña Lay —se acerca a mi silla tamborileando sus largas uñas sobre el filo de las tijeras—. He de reconocer que siempre te he tenido muchas ganas. Al fin y al cabo, las dos personas que más odio resultan ser las que más te quieren a ti. Qué tragedia más grande sería si te pasara algo, ¿eh? —Me araña la pierna con el filo subiendo por mi muslo mientras se acerca a echarme su alcoholizado aliento a la cara—. Tu hermano me lo quitó todo el día que decidió meter las narices donde no le llamaban. Por su culpa, perdí la casa, el trabajo y mi lugar en Mountville. Lo perdí todo por culpa de Nolan-Kane y vosotras vais a ayudarme a recuperarlo.

Dudo si me las va a clavar en el estómago. Si le va a hacer algo a Cleo. Si alguien va a poder ayudarnos antes de que sea tarde.

—Claro —trago saliva—, ¿cómo?

Antea se aleja soltando una carcajada y algo de oxígeno entra en mis pulmones.

—Veréis, niñas, lo bueno de no tener nada que perder, es que puedes llegar muy lejos en tu venganza. Si Drait me devuelve mi casa, mi local y me da la pasta que necesito para empezar de cero, aquí paz y después gloria.

—¿Así por las buenas papá tiene que renunciar a todo por lo que ha trabajado? —pregunta Cleo escupiendo odio y desprecio.

—A todo no, cariño —se enrolla un mechón de Cleo en el dedo, tira de él para acercarla—. *Yo* renuncié a todo trayéndote a este mundo, lo único es que en aquel entonces no lo sabía —se lo corta—. Tu padre solo se deshará de sus bienes materiales. Al fin y al cabo, él te quiere, lo más justo es que los dos ganemos.

—Hablaremos con él —digo.

—Empiezo a entender por qué le caes bien a todo el mundo, Láhria Taylor. Pero todavía no has hecho la pregunta del millón.

Miro sus ojos donde la cordura hace tiempo que dejó de existir y una gota de sudor me recorre la columna despacio.

—¿Y si nos negamos?

—Ya habéis conocido a mi amigo, ¿no? Puede que no sea muy bueno reconociendo rostros femeninos, pero tiene una cualidad excepcional: tampoco tiene nada que perder. Ah y es muy impulsivo, como habéis podido comprobar y no siempre tiene las mejores ideas.

—Me gusta el riesgo y también ver el miedo en la cara ajena —dice el susodicho.

Antea se gira hacia Cleo.

—Josh parece un pelma insípido y tieso, pero imagino que sangra como todo el mundo. No me gustaría estropearte el banquete, cariño. Me da que Mountville no se recuperaría. ¿Me habéis entendido?

—Alto y claro —respondo.

—¿Cleo?

—Sí, Ant… mamá. Te he entendido.

—Bien, os doy un plazo de veinticuatro horas para que Drait empiece con el papeleo. Si cometéis la estupidez de hablar con la policía esto se pondrá muy feo para Lay más rápido de lo que podéis imaginar.

Hace un movimiento con la barbilla hacia el tío que tampoco tiene nada que perder y este quita el cerrojo y abre la puerta. La ráfaga de viento con sabor a sal y a mar que entra por la puerta huele a trampa.

—Todo dicho. Podéis marcharos. A menos, hija, que desees que te tiña el pelo en serio. Si quieres mi opinión, el rubio te sienta mucho mejor.

Cleo me agarra de la mano, tira de ella y juntas corremos hacia la salida. Giramos la esquina, dejamos atrás la peluquería.

—Dios mío. ¡Dios mío, Lay!

—Cleo, corre, tú solo corre.

No paramos hasta estar a mitad de camino de la mansión.

—Era él, Lay, ¡era el de la amenaza! ¡Es a ti a quien quiere! —se le escapan las lágrimas y me abraza aplastándome contra su cuerpo.

—Lo sé —digo al borde del ataque.

—He pasado tanto miedo.

—Yo también.

—¿Qué vamos a hacer, Lay? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo que vamos a hacer… —me trago las lágrimas y me aparto lo mínimo para mirarla a los ojos—. Es darle a esa mujer lo que se merece, ¿de acuerdo? De una vez por todas. Tenemos que llegar a la mansión, ¿puedes seguir corriendo?

Asiente y lo hace sin dejar de llorar. Treinta minutos después de hablar con Daisy y JL, Alejandro entra en la mansión vestido con un atuendo hawaiano rarísimo.

—Deberíamos pedir a Levi-Ryan que viniera cagando leches —dice John-Luke paseándose por la sala del piano antes de ponerle en contexto de quién es—. Joder, y a Nolan-Kane también.

—Eso no sería en absoluto inteligente —dice Alejandro.

—Su hermana está bajo mi techo, se supone que debía protegerla.

—Si quieres echarte la culpa, ponte a la cola, MacAlister —le dice Cleo, con una tila entre manos.

—*Cleo*… —le aprieto la pierna.

Odio cómo me mira. Como si las decisiones de su madre fueran las suyas propias.

—Antea no puede sospechar que os habéis ido de la lengua —dice Alejandro.

—No tiene a gente en el FBI, Alejandro —dice Daisy—, no va a enterarse de lo que Levi-Ryan sepa, siempre que no venga aquí.

—¿Y qué pasa con Josh? —pregunta Cleo con la voz rota—. Querrá venir cuando se entere. Él es de Mountville, allí se corre la voz con una facilidad de vértigo.

—Sí, ese cuento me suena —dice Alejandro—. ¿Estáis seguras de que nadie os ha visto salir de la peluquería?

—No, nos hemos cruzado con gente, pero tras una calle corriendo sin parar —respondo.

—Bien, eso ayudará a no cabrear a Antea. Trabajaré con mis hombres de mayor confianza y si requiero ayuda hablaré con Lewis-Ryan.

—Mejor te apunto el nombre —dice JL.

—¿Qué ha pasado? —Kían entra por la puerta y sus ojos viajan del pelo de Cleo a mi pierna para acabar en mis ojos.

La furia se escampa por sus facciones. El claro enfado en sus ojos, que tan fácil podría confundirse con desesperación, me trastoca hasta las mitocondrias.

—Alex, Kían, qué bien que estáis aquí —dice el primogénito de los hermanos.

—He recibido un mensaje un poco peculiar de Daisy, por cierto, aquí tienes tu… —Daisy da un bote y se mueve hasta él, rauda y veloz.

Esconde lo que sea que haya en esa bolsa blanca tras su espalda, pero no puedo prestarle atención. Les ponemos en contexto aprovechando el poco tiempo que nos queda antes de que alguien vaya a buscar a las niñas al cole.

64

Kían-Lysander



Quiero llamar a la dueña de la peluquería, Melisa, una adicta a las galletas de mantequilla de Raphael, y pedirle explicaciones, pero no puedo porque eso levantaría sospechas. Quiero ir a buscar al hijo de puta que ha llevado un arma a la puta peluquería y darle motivos de verdad a Braxton para considerarme peligroso, pero no puedo porque eso dejaría claro a Antea que Cleo y Lay se han ido de la lengua. *Pero eso no importaría si Antea estuviera en el fondo del mar.*

—Igual te conviene relajarte un poco —me susurra Daisy.

—¿Por qué? —aprieto más los puños.

—Porque vas a acabar dándole miedo si sigues mirándola así. Pobre, ¿no ha sufrido ya bastante? —susurra.

Desfrunzo el ceño y salgo de la habitación mientras la discusión sigue tan frenética como al principio. Mi cuerpo se mueve, pero mi mente está estancada. *¿Que quiere hacerle daño a Lay porque es la persona a quien Cleo y Nolan-Kane quieren? Hay que joderse.*

Me quedo con el mango del cajón en la mano cuando tiro de él con demasiada fuerza. Recojo el cajón roto y las cosas que había dentro, y vuelvo con lo que necesito.

Me arrodillo frente al sofá y abro el botiquín.

—Oh, tranqui, estoy bie… —deja de hablar cuando la miro.

No sé lo que ve en mí, no descifro lo que piensa desde que he llegado, pero si percibe lo que siento sería lógico que quisiera apartarse. Ahora mismo soy una bomba de relojería.

—¿Puedo? —pregunto y ella asiente.

—Mi padre quiere hablar contigo, Alejandro —dice Cleo cediéndole el móvil al poli, ocupando de nuevo el asiento junto a Láhria.

—Buenas tardes, señor Wilson. —Se aleja y sale de la sala.

—¿Qué ha dicho tu padre, tesoro? —pregunta Daisy sentándose en el brazo del sofá, una mera excusa para cogerle la mano a Cleo.

—Está dispuesto a darle la casa y el local.

—No dejaremos que eso pase —dice Lay haciendo una mueca cuando empiezo a limpiarle la herida.

—Perdona.

—No quiere arriesgarse a que Antea se dé cuenta de que los papeles son falsos —dice Cleo al borde del llanto.

Me retuerce las entrañas.

—Cleo, la idea es fingir que ha ganado, pero sin perder de vista que no podemos dejar que se vaya de Saltwater —intervengo, centrándome en las palabras que digo y no en la

herida de la pierna de Lay porque si no, no voy a poder curarla.

Si no, voy a tener que llevarla a mi casa y encerrarla allí hasta que pueda ver con mis propios ojos a ese hijo de puta armado y la perturbada de Antea Wilson en la cárcel.

Alex, Alejandro y JL se unen a la conversación.

—Le notificarán a Antea la cesión de la propiedad mañana a primera hora —dice el agente de policía.

—¿Cómo lo habéis conseguido tan rápido? —pregunta Cleo.

—Lewis-Ryan no es el único que tiene contactos.

—Levi —dice la mitad de la sala a coro.

—Pero eso nos deja con un pequeño problema encima de la mesa: eso no impedirá que Antea se largue —dice Lay mientras cojo una gasa e ignoro su forma de ponerme los ojos en blanco.

—Familia, mi experiencia negociando con ladrones es que cuando exigen algo y se les concede, siempre piden más. Creedme, la avaricia no solo rompe el saco, también ha conseguido una plaza en la cárcel a muchos. Dudo que Antea se vaya mientras tú estés aquí, Lay. Eso nos dará tiempo para encontrarla. Tened paciencia, no puedo investigar abiertamente, eso me cortará el paso más de una vez.

—Sé que es difícil guardar un secreto en Mountville, ¿pero de verdad no puedo avisar a mi familia? —el tono vulnerable que le rompe la voz me rompe a mí por dentro.

—Nolan-Kane no puede saberlo, Aurora.

Sus labios se mueven, pero no sale ninguna palabra de ellos cuando me mira a los ojos. Me doy cuenta de que la he cogido de la pierna y me obligo a soltarla.

—Se presentaría aquí, Lay —dice John-Luke.

—Y no lo haría solo, lo cual supondría un problemazo —dice Alex.

Me imagino la gracia que debe hacerle a mi hermano estar lejos de su marido y su hijo en una situación como esta.

—Si Antea conoce a Josh es probable que tenga a alguien en Mountville, vigilando —dice Alejandro—. ¿Levi-Ryan está casado con una de tus hermanastras, Daisy?

—Sí, Lexi.

—Levi y Lexi, apenas confuso —murmura—. ¿Y las visitas entre vosotras suceden con frecuencia?

—Con *mucha* frecuencia —dice John-Luke intercambiando una breve sonrisa cómplice con su mujer.

—Bien, haz que vayan a visitarlos unos días. Invéntate lo que sea, pero no des explicaciones reales. Di que tienen que estar allí, sí o sí, durante al menos una semana. ¿Puedes hacerlo?

—¿Por ponerlos a ellos a salvo? Puedo conseguir hasta que se muden a Virginia hoy mismo —desaparece de la habitación, teléfono en mano, con una determinación fiera en los ojos.

Lay me mira porque sigo ahí pese a que ya he terminado de curarla. Es lógico que no le guste que le toque, pero no hace que duela menos. *Toda esta situación es una mierda.* El vacío que deja su piel en mi mano cuando la aparto me vuelve débil. Me siento en el brazo del sofá más alejado y me recrimino lo irónico de la situación.

La aparté para protegerla y eso es justo lo que no voy a poder hacer.

65

Láhria



Durante la tarde, disimular delante de las niñas es fácil. No hablar del tema es lo difícil. Cleo no se suelta el pelo hasta después de la cena. *Todavía no se lo he dicho*. Llego hasta el baño mientras se mira el destrozo que le ha hecho su madre.

—Aún lo recuerdo como si fuera ayer.

—¿El qué? —pregunto poniéndome a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—El día que Ridelmunt me dijo que era muy injusto que no se celebrara el día de la abuela. Sabía que Antea apenas había dado señales de vida y me dijo que si la apreciaba un poquito, le daría a ella los dibujos que hiciéramos en el cole para el día de la madre. —Cierra los ojos y le limpio la lágrima que corre por su mejilla—. Si te pasa algo, mi vida se acaba. Lo sabes, ¿no? Me moriría.

—Ay, calla, ¿qué me va a pasar? Si tenemos un escuadrón secreto de policías y otro no tan secreto de MacAlisters furiosos.

—Lo siento tanto.

—Si pudiera cambiar las cosas, ¿sabes que haría, Cleo? Que Nolan avisara antes a tu padre. No, mejor, que tu madre ni siquiera estuviera en el plano existencial. Pero echar la vista atrás no sirve de nada, las cosas son como son. —Le giro la barbilla de nuevo hacia el espejo—. Hay que mirar hacia delante. ¿Qué ha dicho tu querido Josh?

—Llegará aquí por la mañana, antes de que me vaya al trabajo.

Bien, Josh, ganando puntos. Así me gusta.

Si Antea lo ha tenido vigilado, sabrá que siempre que están separados viajan a verse el uno al otro con frecuencia, no tiene por qué hacer saltar las alarmas de nadie si no se queda en Saltwater mucho tiempo.

—Kían se ha puesto como un basilisco porque hayas salido herida con esto —dice trayéndome de vuelta—. Casi vuelve a caerme bien.

Decido no hacer comentarios al respecto. La siento en el taburete y le cepillo el pelo para lo que se viene.

—Está más guapo desde que ha llegado Alex a Saltwater —dice—. Se ha afeitado.

Aurora. Aurora. Aurora.

Dios mío, de esta acabo loca, lo veo venir.

—¿Tengo que preocuparme del color de tus mejillas, Lay?

—En absoluto. No tienes que preocuparte por nada. —Alguien golpea la puerta de la habitación de Cleo y voy a abrir con el cepillo en la mano.

—¿Se lo has propuesto? —susurra Daisy con un camisón sexy de infarto asomando bajo una bata de seda blanca con una margarita en el hombro—. Ya lo tengo todo listo.

—¿Proponerme el qué? —Cleo y su oído agudo salen del baño con la curiosidad en los ojos.

—Que te pongas en manos de la mejor peluquera secreta de Saltwater —muevo la barbilla hacia Daisy.

—Tenemos un tinte, tesoro, por si te apetece. Puedo igualártelo también. He pensado que no querrías recordar lo que ha pasado cada vez que te mires al espejo. Pero sin presiones. Si no te apetece, no hacemos nad…

Cleo se lanza a sus brazos, la abraza y solloza dejando que los poderes sanadores de infinitas-posibilidades-Dooren la empapen. La llevamos a la habitación de Alex y ella se deja. No hay nada como la familia para curarte las heridas.

—Bienvenida, mademoiselle —dice Alex a las puertas de su baño, poniendo acento francés y frotándose las manos de forma maquiavélica—. Que empiece la magia.

Los quiero tanto.

—Cleo, tú siéntate aquí. Alex, tú te encargas de los peines y Lay, tú de las pinzas. Vamos a ir cortando a capas primero para igualar y darle el corte chulo que merece esta futura novia, luego pasaremos al tinte y haremos todo lo necesario para que Josh se caiga de culo al verla.

—No hace falta que quede perfecto. Me conformo con no ser la imagen de una muñeca a punto de ser desechada a la basura.

—Estarás perfecta y punto —Alex le aprisiona los mofletes con una mano.

—Un segundo, tía Daisy, me he dejado las pinzas en la habitación de Cleo.

Corro de puntillas, sigilosa hasta la habitación y cojo todas las pinzas. Salgo al pasillo igual de sigilosa y justo antes de echar a correr de nuevo oigo un ronco y repentino:

—¿Qué estás haciendo?

Desparramadas. Por. El. Suelo. *Kían.*

—No quería asustarte.

—Pues no quiero verte intentándolo —admito agachándome al tiempo que él a recoger todas las pinzas—. No hace falta que me ayudes, puedo sola.

—Lay, lo que te ha pasado hoy…

—Ya —le corto porque me conozco, sé lo que me hace oírle hablar.

—Ojalá hubiera podido estar ahí.

Alzo la vista y la luz de la luna que entra por la ventana le hace sombras preciosas en su anguloso rostro, en su piel de caramelo. Mi corazón se estremece.

—¿Para qué? —pregunto con sequedad.

—¿Para qué? —dice ofendido—. Para impedir que te hiciera daño, que os amenazaran.

—No soy cosa tuya, Kían. No tienes que salvarme, ni ayudarme, ni hacer nada.

—Me preocupo por ti, Lay, eso no va a cambiar.

—Puede que no, pero tampoco cambia las cosas.

—¿Qué quieres decir?

Exhalo y me pongo en pie con todas las pinzas en la mano, salvo una.

—Me ha costado mucho entender que no soy la indicada para ti. Pero las pruebas estaban ahí y debí prestarles atención. Es decir, si lo hubiera sido, te habrías abierto a mí por difícil que te resultara. —Sacudo la cabeza—. Me he dado cuenta esta tarde, viéndote escuchar y ponerte furioso, sin decir una sola palabra. Porque tú siempre escuchas, pero nunca compartes nada.

—Eso no es cierto.

—¿Acaso me hablaste de Lana Stapleton? ¿De tu padre? Puedo averiguar más en una

conversación de diez minutos con Alex que en mil semanas contigo y estoy bastante segura de que, de no haber vivido en esta casa, ni siquiera sabría que tienes hermanos. Así que al menos has sido coherente. Sí, eso tengo que reconocértelo. No debería haberme sorprendido cuando me dijiste que no significaba nada para ti.

Me atraviesa con la mirada como para desintegrarme. Su pecho sube, pero no baja. Tensa la mandíbula y espero a que la voz de mi cabeza deje de suplicarle que diga algo. *Lo que sea*. Después de unos insoportables segundos, deja la única pinza que no había recuperado en mi mano, su contacto provocándome cosquillas involuntarias en la piel.

—Para ser alguien a quien le importan tanto las palabras, no recuerdas una mierda de lo que dije.

«Eres joven y no te cansas. Además eras virgen, lo cual biológicamente, lo hace mucho más satisfactorio para mí». Está todo grabado a fuego en mi cabeza.

—Me gustaría que pararas —empujo las palabras a través del nudo que arde y crece.

—¿De qué?

—Esta es tu casa, es tu familia, es tu sitio, pero en cuanto a mí respecta… No quiero nada de ti. No me gustan las cosas a medias. No quiero tener que preguntarme si voy a hablar con el Kían simpático que me presenta a su pomerania o si voy a toparme con el que me cierra la… —No espera a que termine de hablar, se marcha y desaparece de mi vista al girar la esquina.

Me sorprende lo que me duele el vacío que deja su cuerpo en el ambiente. Me muerdo la lengua para que mi visión deje de estar borrosa. *No voy a luchar por tener un hueco en la vida de nadie. Si no me lo hacen, entonces ya no lo quiero.* Eso es lo que me dice una vocecita débil en mi pecho mientras ignoro esa inmensa parte que asegura conformarse con lo que sea, si se trata de Kían.

—Empezábamos a pensar que te habíamos perdido —dice Alex con los dedos enredados en el pelo mojado de Cleo, a modo de pinza.

—¿Y esa cara? —pregunta ella con el ceño fruncido, pese a que sonrío.

—Ahh, nada, que me he dado un golpe en el dedo meñique por ir corriendo, me he caído y conmigo todas las pinzas.

—Ha tenido que doler un montón.

—Sí, tía Daisy —trago saliva—. Ha dolido mucho.

JL viene a supervisar la sesión de peluquería cuando hemos acabado de cortar y nos toca empezar con el tinte. No solo le da el visto bueno a Cleo (que está de espaldas al espejo y no va a verse hasta el final) sino que además, tiene el detallazo de traernos bebidas. *Esas luciérnagas que bailan en sus ojos cuando mira a Daisy, eso es lo que quiero. Alguien que me elija siempre a mí. Después de catorce años juntos o de toda una vida.*

—Dinos, Alex —carraspeo—. ¿Cómo está Sawyer MacAlister?

—Derrochando felicidad y sabiduría súper sexy por todos los poros, ya lo conoces. Aunque va a tener que lidiar con algo de resentimiento por parte de su marido. Todavía estoy digiriendo que la segunda pregunta después de «Alex, ¿qué haces aquí?», fuera, tanto en tu caso como en el de Daisy, «¿viene Sawyer contigo?».

—Sabes que te amamos igual que a él, ¿a qué vienen estos celos?

—A todos nos gusta creernos especiales.

Viéndolo en los carteles del cine con tanta frecuencia nadie se imaginaría que es un chico normal que también necesita mimitos de vez en cuando.

—Eres muy especial, Alex MacAlister. —Estoy a punto de hacerle un cariño cuando Daisy dice con voz tajante:

—Soltad el pelo de Cleo y os entierro vivos en el jardín.

—Sí, señora —decimos al unísono, la risa de suena Cleo de fondo.

Ser peluquera es duro. Acabo con calambres por los brazos, pero no importa. Después de lavar, aclarar y secar, el resultado es im-pe-ca-ble.

—Estás preciosa, Cleo —dice Alex.

—Sí, lo está —Daisy ya vuelve a ser la de siempre, sonriente y relajada.

—¿Lay? —alza las cejas y conozco bien esa cara.

Está cagada de que a Josh no le guste porque le llega un pelín por debajo de la barbilla y nunca lo había tenido tan corto.

—Vaya, vaya, así que esto es lo que pasaba en realidad, ¿eh? —muevo las cejas, me cruzo de brazos y estrecho la mirada—. Querías copiarte de mi corte de pelo y no sabías cómo decirlo, ¿no?

—¿Cómo me queda? —Sonríe.

—Vas a ser la novia más guapa que haya visto Mountville y el mundo entero.

Vas a ver Antea. No sabes con quién te has metido.

Esa noche me cuelo en la habitación de Cleo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Me hacen falta subtítulos? —miro mi almohada bajo el brazo—. ¿Tú qué crees que hago aquí? Voy a dormir contigo.

—No hace falta —dice sonriente, echándose hacia un lado de la cama.

Tengo el corazón a rebosar de todo el cariño que le han dado a mi mejor amiga cuando más lo necesitaba. *Tanto como se merece*. Nos quedamos fritas una vez más: por agotamiento. *Ya le hemos dado muchas vueltas a la cabeza. A veces, lo mejor es desconectar la máquina un rato*.

—Ayer cuando fuiste a por las pinzas, viste a Kían, ¿a que sí? —pregunta a la mañana siguiente mientras busca algo que ponerse.

Estoy a punto de negarlo categóricamente cuando la voz de John-Luke llega desde abajo: el prometido ya está aquí. Cleo lanza un grito ahogado y se enreda en una manga mientras sale corriendo de la habitación con una sola zapatilla. *Estos enamorados*.

El día avanza, pero mi mente sigue estancada. No pasa nada porque ya estoy acostumbrada.

Bien entrada la tarde es cuando pasa. Mientras Miss Wilson está cogiendo algo para merendar. Ninguno de los dos esperaba que justo después de salir de la cocina entra en la sala del piano, mi favorita desde que llegó Alex. Pero lo hace. Y nos pillara a Josh y a mí en mitad del lío. En plena faena. Con las manos en la masa, se podría decir. *O los ojos*.

—¿Qué estáis haciendo?

—Shhh, es un experimento —dice Alex, actor y astrólogo profesional.

—¿De un duelo de miradas? —Cleo se acerca al sofá que ocupamos su prometido y yo, uno frente al otro.

—Dicen que dos personas pueden llegar a un gran nivel entendimiento solo con unos segundos mirándose a los ojos —le explica Alex.

—¿Sí? Pues Lay debería quitar esa mirada asesina.

—Te estoy oyendo —le recrimino.

—Vale, sigamos con las preguntas —dice el MacAlister—. Josh, ¿qué harías si Cleo quisiera irse a vivir a Alaska?

—Comprarme un buen anorak y seguirla.

—¿Y si cayera súper enferma de forma repentina?

—Dejar de trabajar para cuidarla, por supuesto.

—¿Qué tontería es esa? —interviene Wilson, fijo que sonrojándose.

—¿Y si se alargara? —pregunto alzando una ceja—. ¿Y si te despidieran?

—Buscaría otro trabajo —Josh se encoge de hombros—. He oído por ahí que hay gran cantidad de gente con dientes.

—¿Otro chiste de ortodoncista? —alzo la otra ceja.

—Ahí vas a tener que ceder tú, amiga, eso no voy a poder cambiarlo.

Suspiro descontenta taladrando esa mirada simpática.

—Supongo que puedo intentarlo.

—Empiezo a dudar si estamos haciendo algo mal —murmura Alex pensando en voz alta.

66

Kían-Lysander



Me deshago de la basura y uso el tercer pack de sábanas nuevas. Me doy una ducha y saco a Ck de paseo. Como de costumbre, se aleja tanto como puede del barranco y camina tan despacio que casi va parada.

—¿Te has quedado en pausa? ¿Estás evolucionando a tortuga?

Alza su diminuta cabeza peluda y me lanza una mirada asesina versión-peluche-poco-intimidatorio.

—¿Te parece que tengo todo el tiempo del mundo para llegar al otro lado? —gruño—. Ven aquí, anda.

Me lleno los pulmones de la esencia de las flores, de lo que el sol del mediodía le hace al agua del mar, pero no consigo librarme del todo de la sensación de mareo. *Ya debería haber desaparecido*.

Un par de minutos después, una voz reconocida me grita desde un coche patrulla.

—¿Qué cojones te pasa en el teléfono?

—Alejandro —me acerco a la ventanilla—. ¿Qué tienes de Antea Wilson?

—De tu suspensión, más bien. Sube —dice y alzo a Ck—. Si te cabe en la mano, no cuenta como perro. Sube. —Mueve la cabeza hacia el asiento del copiloto, obedezco y dejo a Ck en mi regazo para que no se ponga en modo exploradora—. Te he llamado cuatro veces esta mañana antes de entrar a comisaría y no me contestabas.

—Es que soy muy madrugador. Estaba fuera haciendo ejercicio.

—Ya, lo único que se te permite hacer con tu tiempo, ¿cómo lo llevas?

—¿Quieres hablar de sentimientos? ¿Conmigo?

Carraspea desviando la mirada un instante.

—Hemos detenido a Wyatt Foster.

—¿Y quién cojones es Wyatt Foster?

—El tío al que zurraste en el parque de bomberos por intento de agresión a Láhria Taylor, ese tío. Sé lo que vas a decir, en la foto de tu suspensión apenas se le veía la cara. Hemos tenido la suerte de contar con la opinión de la víctima. Lo ha reconocido al instante.

Se me revuelve todo.

—Te pedí que la dejaras al margen, ¿no hay gente capaz de editar esas cosas?

—Sí, carcamal, se llama inteligencia artificial. Sé que quieres protegerla, pero esto era más rápido. En cualquier caso, ahí no acaba la cosa —me ofrece un pañuelo—, te sangra la nariz, no me manches el coche. Wyatt ha resultado ser primo de una compañera tuya. ¿Te suena el nombre de Winifred?

—Joder, ¡sí! ¡Bien! —muevo el puño en señal de victoria y Ck se cae a mis pies del susto. La recojo—. ¿Con esto podemos demostrar que Braxton está detrás de esto? ¿Que

Winifred no es trigo limpio?

—El caso de Jane se ha vuelto mucho más interesante, desde luego. El problema es que Wyatt no está dispuesto a soltar prenda, lo cual significa que alguien le ha dado un montón de pasta para cerrar la boca. Creemos que esa es nuestra oportunidad de vincularlos con Braxton. Si hubiera sido listo y no hubiera firmado tu suspensión, habría sido más difícil vincularlo, pero que lo hiciera demuestra que el ego le puede, que esto es un pulso y que quiere mirarte a los ojos cuando te gane. Esa clase de tíos es carne de cañón para la policía.

—¿Pero?

—Pero también es un político y ellos se saben todos los trucos para limpiar sus huellas a base de sobornos, no será fácil.

—Tenemos un tío que no habla y Braxton con la policía corrupta de su parte, menuda mierda de pronóstico —me froto la mandíbula con rabia.

—Oye, ¿tú siempre estás de tan buen humor?

—Va a días.

—Ya, pares e impares de mal humor y el resto pura bondad, ¿no?

—Lo vas pillando. ¿Qué sabes de Antea Wilson?

La única manera que tenía Drait Wilson, el padre de Cleo, de acelerar los trámites de la casa y el local era mediante una escritura pública de donación ante notario. Antea firmó los documentos en cuanto los recibió y volvió a mandárselos a Cleo para que Drait efectuara la inscripción en el registro de propiedad.

—Esta clase de procesos tardan semanas. Ella lo sabe, así que tenemos algo de tiempo antes de que se ponga nerviosa —explica Alejandro.

—¿Qué hay del tío del arma? Walter.

—Es su exnovio, tal y como pensábamos. Resulta que Walter y ella estuvieron envueltos en un par de delitos menores en Kentucky hace no demasiado. Fue algo que hizo saltar las alarmas porque él acababa de salir de la cárcel.

—¿Por qué lo encerraron?

—Por intento de robo fallido a un banco y posesión de drogas. No es ningún lince, te lo aseguro. —Se frota la cara sin deshacerse del cansancio—. Creemos que será más fácil encontrar a Antea a través de él.

—Gracias, Alejandro. Por todo. Llámame si descubres algo más. —Mi mano libre llega a la maneta de la puerta.

—Espera, he averiguado el motivo por el que Raylan decidió joderte. —Espera unos segundos—. ¿Quieres saberlo?

Me dejo caer sobre el reposacabezas. *No lo sé. ¿Quiero?* Le miro y se lo toma como una invitación.

—Dhorothy, su ex-mujer, trabaja en el departamento legal del ayuntamiento. ¿Lo sabías?

—No.

—Pues sí y por lo visto, ha barrido algunos informes bajo la alfombra. Se ha dedicado a hacer la vista gorda con ciertos *problemas*. Me da en la nariz que todo eso la ha ayudado mucho a comprarse su casa.

—Adivino, Braxton era quien la sobornó para que hiciera esas ilegalidades y ahora es quien quiere dejarla en la estacada.

—Tiene pinta. El equipo de la investigación está convencido de que hablamos de

cargos de cárcel de quince años, pero la investigación aún está en pañales.

—Joder, ¿quince putos años? ¿Qué mierda escondió? ¿La muerte de alguien?

—No, más bien fueron muchos casos pequeños que acaban sumando a la gravedad del asunto. Lo más curioso es que la investigación fiscal a Dhorothy quedó en pausa sin explicación el día que firmaste la petición de todas esas sierras. ¿Casualidad? A Hayden no se lo ha parecido. Está presionando por su lado para que te dejen en paz y despidan a Braxton. Debes caerle bien para ir de frente contra un tiburón tan fuerte como Braxton.

Me aferro a esa lealtad con todo lo que tengo, pero no lo demuestro.

—¿Cómo has descubierto todo eso tan pronto?

—Levi-Ryan ha…

—Perdona, ¿le has llamado? —por primera vez en siglos tengo ganas de sonreír.

—Oh, cállate.

—Creía que no estabas interesado en su ayuda.

—Bájate de mi coche.

—Con mucho gusto, pero dime antes qué escondió Dhorothy exactamente.

—¿Importa? Hizo lo que no debía, dio de comer a las pirañas y ahora se ha quedado sin mano. Cógeme el teléfono cuando vuelva a llamarte.

—Sí, cariño, no llegues tarde para la cena, ¿vale? —cierro la puerta del copiloto de un portazo.

—Eh, MacAlister —alza la voz y vuelvo a girarme—. ¿Esto cambia en algo tu situación con Raylan?

Me trago el regusto amargo que me produce oír siquiera su nombre.

—Para mí, Raylan está muerto.

Asiente un vez y el coche patrulla se pierde en el horizonte, dejando un silencio en el aire tan denso como el humo después del incendio.

En algún momento, Ck y yo llegamos a casa. No me encuentro muy bien, así que abro la nevera y acabo con las cervezas que me quedaban. Tres no son muchas así que busco el tequila, pero ya no hay ni gota.

Me tumbo en el sofá y pienso en lo traicionado que me siento porque Daisy no incluyera la visita de Láhria a la comisaría entre sus mensajes. Me ha escrito para que supiera que Josh no se separa de Cleo y que «los tiene a todos conquistados». Para contarme hasta el más mínimo detalle de eso sí, pero para decirme lo de Láhria no tiene tiempo. Probablemente se lo pidiera ella.

Sí me abrí a ti.

Y nunca te dije que no significaras nada.

Aprieto la mandíbula. Estoy tan harto de las mentiras. De fingir. Necesito que se acabe ya. He aguantado bastante, ¿no? Es suficiente.

Un escalofrío me traspasa de pies a cabeza. Ck me mira, hecha una bolita en mi pecho, la única parte de mi cuerpo que no está helada.

—Todos los armarios bajos de mi casa están a reventar de tu comida. Espero que no te la comas toda de golpe.

Otro escalofrío. Debe ser porque llueve y han bajado las temperaturas. Cierro los ojos y la veo con las niñas, en el centro comercial, en el jardín, cenando en familia, riéndose… La veo en todas partes. Dudo que me merezca sentirme bien después de lo que le he hecho, pero me aferro a esa calidez porque es lo único que tengo.

No es hasta que Ck ladra por tercera vez que me doy cuenta de que alguien ha

llamado a la puerta. Gruño, arrastro los pies, pero voy a abrir a Alex que sigue teniendo la mitad de sus cosas aquí y la otra mitad en la mansión.

Salvo que no es él. *Es ella*.

—¿Por qué «Aurora»? —pregunta. Está empapada, le tiembla el cuerpo y las lágrimas están a punto de desbordarle los ojos—. No… no lo entiendo. Por más que le dé vueltas, no soy capaz.

—Láhria.

—Necesito una respuesta, Kían, contéstame a eso y te dejaré en paz. ¿Por qué me has llamado Aurora tantas veces? No te he cambiado la vida. No soy nada para ti, lo dijiste. Lo dijiste, pero ahí estás, pidiéndole a Alejandro que me deje al margen. ¿Por qué? Si yo no… —exhala fuerte, desesperada, con la voz rota—. Si no te importo nada, ¿por qué me llamabas Aurora?

—Eso ahora da igual. —El cielo ruge con un trueno—. Vete.

—No, no da igual. —Estampa la palma de la mano mojada por la lluvia contra la puerta. Invade mi espacio vital, sus ojos ardiendo en fuego celeste—. ¿Es porque tienes miedo? Porque yo también lo tengo. He perdido las riendas de lo que siento por ti y sé por qué. Kían, yo te…

—Deja de hablar.

—Quiero decirlo. Vas a dejarme que lo diga.

—Joder, con el puto romanticismo —Me obligo a coger su muñeca, a apartarla del recorrido de la puerta—. No quiero oírlo, ¿de acuerdo? Por favor… —aprieto la mano libre—. Por favor, Láhria, márchate.

—¿Por qué? —pregunta agarrándome también, volviendo mi último intento en mi contra mientras una lágrima se desborda.

No puedo más. No puedo. Es todo cuanto quiero.

—Para. —Cierro los ojos, pero necesito verla.

—¿Qué es lo que no me cuentas, Kían? Porque estoy harta de estar al otro lado con una venda en los ojos, no puedo dormir, no puedo pensar en nada más que en esto. En ti. Porque una parte de mí duda si el daño que me has hecho ha sido en realidad un intento de ayudarme de alguna manera, porque eso es lo único que has hecho desde que nos conocimos. Te juro que no voy a irme. Me da igual que se haga de noche o que la lluvia me cale hasta los huesos. No me iré hasta que me hagas entenderlo.

—Láhria.

—¡¿Qué?!

—Me muero.

67

Láhria



Pasan los segundos y la sangre continúa abandonando mi cuerpo, ya debo estar vacía.

—¿Qué acabas de decir?

—Es algo en mi cabeza. Le ocurre a algunos bomberos —las gotas caen de los mechones mojados de su pelo—. Se nos cae el casco, nos damos muchos golpes en la cabeza a lo largo de los años. Por lo visto, el cráneo es más delicado de lo que pensamos

—¿Qué estás…? ¿Por qué? ¿Por qué dices esas cosas?

—El día que llegaste aquí, me desmayé por eso y cada vez lo hago con más frecuencia. Así es como me rompí el labio. Me muero, Lay.

—No puede… eso no puede ser verdad.

Pero todo encaja. Sus palabras. Sus actos. Lo sé, en el fondo de mi corazón lo sé.

—Alice está bien. Tienes que irte de Saltwater y llevarte a Cleo contigo.

Quiero llorar más fuerte que en toda mi vida, pero el sollozo se me atasca en la garganta al darme cuenta de algo. Me doblo sobre mi misma. Me duele muchísimo el estómago, el pecho. Voy a explotar si no grito. La lluvia se vuelve veneno. El oxígeno son cuchillas en mis pulmones.

—¿Láhria? —Se agacha frente a mí y en cuanto vuelve a tocarme, estallo.

Le pego. En el hombro, en el pecho, donde pillo. Y también sollozo.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de…! ¡Querías que te odiara para que doliera menos! —grito y lo tiro al suelo, caigo sobre él y sigo pegándole—. ¿Cómo has podido hacerte esto? ¿Cómo has podido *hacernos* esto?

—Lo siento.

—Te desprecio tanto. —Me aferro a su cuello y lloro tanto como puedo.

¿Qué cree que habría pasado tras la autopsia? ¿Cuando todos supiéramos la verdad? El sollozo me rompe. Nunca he sentido tanto dolor. Que tonta fui cuando creí tener el corazón roto. Ahora sí que lo tengo.

—¿Quién lo sabe? ¿Daisy? ¿John-Luke?

—Eres la primera.

Me aparto de él. Creo que voy a vomitar. O a morirme.

Me muerdo la lengua con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre en la boca. Camino de un lado a otro por el estrecho camino intentando calmarme. *Esto no puede estar pasando*. Él se levanta, con sus propias lágrimas resbalando por las mejillas y esa estúpida postura estoica que me ha robado tanto.

—No se lo puedes contar a nadie. No pueden saberlo.

—Tienes que estar de puta coña.

—¿Crees que mi hermano podrá ocultárselo a las niñas? ¿Que Alice no se dará

cuenta? ¿Qué crees que pasará con sus migrañas si se entera? Joderíamos todo el progreso que hemos…

—¡Para! —chillo—. ¡Te estás muriendo!

—Y eso no va a cambiar.

No. No, por favor. Mi instinto de supervivencia toma el control de mi cabeza. La negación siempre es la primera fase y no pienso saltármela.

—¿Qué han dicho exactamente los médicos? —pregunto entre temblores—. Necesito ver las pruebas que te hayan hecho.

Sacude la cabeza y se me cae el mundo a los pies.

—Kían, dime que has ido al médico.

—El hermano de Hayden murió de lo mismo, Láhria, ya sé lo que tengo. Me olvido de dónde dejo las cosas y pierdo el conocimiento cada dos por tres, no me hacen falta pruebas para reconocer en mí lo que ya vi en él.

—¿Quieres que te guarde el secreto? —me acerco—. Pues vamos a ir al hospital ahora mismo a que te hagan tantas pruebas como a mí me dé la gana. —Saco mi teléfono—. ¿No me crees capaz?

—Para —me coge la mano—. ¿Crees que esto es fácil para mí? Si no voy al hospital es porque no quiero saber cuánto tiempo me queda. No quiero saber si son trece días o veinte o dos. No viviría ninguno de ellos.

—Kían, he sido enfermera durante demasiados años como para quedarme de brazos cruzados. Puedes estar equivocado. ¡Unas pruebas pueden salvarte la puta vida, imbécil!

—¿Vas a discutirme esto también?

—Ya lo creo que sí. Y espera que hay más. Te quiero. Te quiero y no voy a irme a ninguna parte. Voy a estar contigo pase lo que pase, digan lo que digan las pruebas, porque te quiero más de lo que te odio ahora mismo. Y te odio una puta barbaridad.

Me agarra de la nuca, me acerca a sí y sus labios colisionan contra los míos con una urgencia dolorosa. Dejándome verlo todo, la desesperación, el miedo. Permitiéndome ver que soy la chispa entrando en su tanque de gasolina. *Ha estado solo en esto. Todo el tiempo, desde el principio, desde el primer desmayo*.

Le rodeo la cintura, su boca y su cercanía no alivian ni un ápice mis emociones. *Es tan injusto*. Pierdo la camiseta, me muevo contra él mientras la lluvia ruge tan fuerte como el órgano que me late en el pecho. Mi piel grita en alivio al recordar sus manos, su olor, su calidez. *Mi amor*.

—Espera, tenemos que ir al hospital, no hay tiempo para esto.

—Te quiero, Aurora.

Mi mundo entero colisiona ante sus palabras dejándome a solas con el eco tras el disparo.

Lo ha dicho.

—Habría hecho cualquier cosa por alejarte de esto, de mí. Cualquier cosa para protegerte.

—Y por eso te odiaré para siempre.

Vuelvo a besarle, me lleva hasta su habitación y me deja al borde de la cama. Se aparta lo justo y necesario para arrancarme la ropa que me queda, ni un milímetro más. Muerdo su vulnerabilidad. Él besa todo el daño que me ha hecho. Suplico a quien quiera escuchar que esto no sea el final.

—¿De verdad me quieres?

Sollozo antes de volver a besarle. *Lo han dejado ciego. No puede ver ni lo que es, no es capaz. Dios, quiero empezar una guerra.* Contra Emberly MacAlister. Contra el mundo entero.

—¡Te quiero, idiota! Claro que te quiero —le grito.

Kían es la gota que colma el vaso, lo inevitable, todo cuanto no puedo resistir.

—¿Estás aquí de verdad? —dice contra mi boca rompiendo mis gemidos, cuando ya está dentro de mí.

Dejo de clavarle las uñas en los hombros y acaricio el viaje hasta sus mejillas.

—Estamos juntos en esto, hasta el final. —*Sea el que sea.*

Por favor, mi amor, por favor, que estés equivocado.

68

Kían-Lysander



El dolor de cabeza me atraviesa el cráneo de lado a lado, pero no le hago ni caso porque la tengo en mi habitación. Toqueteando mis cosas. Sigue metiendo ropa en la primera bolsa de deporte que ha encontrado en el armario y sé que nunca me voy a cansar de mirarla porque es preciosa. *Y jamás creí que volvería a ser mía. Ni siquiera que me dirigiría la palabra. Mucho menos…*

—¿Kían? ¿Esto es un pijama o no?

—Sí —carraspeo—. Oye, falta poco para que anochezca, es tarde, podemos ir al hospital mañana por la mañana.

—¿Cuándo dices que te ocurren los desmayos?

—No creo que haya un patrón. No nos vamos de excursión, ¿a qué viene toda esa ropa?

—Hay que pensar en todo, ¿y si te ingresan?

—Entonces tendré una camiseta que pegue con el color de mis ojos cada día de la semana.

—Muy gracioso. ¿Te ha pasado alguna vez estando conmigo? ¿Alguna de la que no sea consciente?

—Alguna que otra —me limito a decir, pero su mirada inquisitiva no se sacia—. ¿El primer beso? ¿Cuando apareció tu hermano?

Se le descompone el rostro durante un momento.

—Láhria, arrepiéntete de haberme conocido, pero no me eches de menos.

—Kían, te quiero y si no te curas vas a… vas a destrozarme.

Su confesión me hace querer salvarme como nunca hasta ahora, pero también me cierra unos grilletes encadenados a unos ladrillos y me empuja al fondo del mar. Junto mi frente con la suya maldiciéndome. *¿Cómo voy a poder protegerte?*

—Di lo que piensas —pide.

—Si hubiera sido lo bastante fuerte cuando llegaste aquí, si me hubiera alejado, no tendrías que pasar por esta mierda. *—No me lo voy a perdonar nunca.*

—Me alegra que no lo fueras. Gracias a ti sé lo que es el amor. —Se quita su reloj.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca? —lo cojo con el pulso a mil para que vuelva a ponerse su obsesiva personalidad controladora en la muñeca, pero sacude la cabeza y lo vuelve a dejar en la cama.

—No voy a necesitarlo allí.

Soy un capullo pero mi corazón nunca ha sentido esto y yo tampoco.

—No hay nada que pueda decir, ¿eh? Estás decidida a quedarte conmigo si me ingresan.

—Coge tu cepillo de dientes, ya lo tenemos todo.

—¿No te dan allí uno?

—Si, pero si el color del cepillo no te combina con el de las sábanas, no pueden darte otro hasta después de los masajes con piedras volcánicas y eso no es hasta después de las nueve de la noche. Política de hotel estándar.

—Puedo masticar tu sarcasmo.

—¿Y mi impaciencia? ¿Puedes masticarla también? —Me empuja fuera de la habitación—. Vamos, date prisa, que el taxi debe estar a punto de llegar.

—¿Taxi? Mi moto está…

—A punto de caerse por el acantilado si piensas siquiera en terminar esa frase.

—Cuanta agresividad. —*Voy a acabar empalmado otra vez.*

Al abrir la puerta de casa y esperarme a que salga, uno de sus elegantes dedos se alzan hasta la cornisa de la puerta.

—¿Y la enredadera? ¿Y los tulipanes?

—Ya te veía por todas partes, no me hacía falta ningún recordatorio adicional. —La siguiente respiración que inhalo es la suya, inclino su barbilla hacia mí al tiempo que mis pulgares acarician su rostro—. ¿Nos vamos? —Asiente, pero no se mueve. La beso para que reaccione, *me digo,* pero cuando me alejo sigue mirándome de *esa* maldita forma—. Haré lo que quieras, Aurora, todo cuanto quieras.

Agarra mi mano con suavidad y tira de mí por el camino de tierra.

—¿Tienes miedo? —pregunta caminando despacio—. Porque sería normal tenerlo.

Le he hecho daño y aquí está con mi bolsa colgada al hombro, metiéndome pastillas de preguntas directas en sus sándwiches de caricias.

—Sí, lo tengo —le quito la mochila y me la cuelgo yo porque pesa un huevo—, deberías estar más enfadada.

—Oh, lo estaré. Mi furia caerá sobre ti, Lysander, y no podrás hacer nada para evitarlo —dice con voz conciliadora y esperanzada, pese a que no debería.

Esto ha sido un error. No puedo alejarme de ti, ni tampoco estar contigo.

¿Qué se supone que debo hacer?

—Láhria —freno sus pasos y los míos se hunden un poco en la tierra mojada—, debes saberlo. Lo que dije aquel día, cuando te hice daño, solo lo hice para apartarte. No pienso nada de eso.

—Biológicamente, algo de verdad debía haber.

Detengo mis pasos.

—No la había. Nunca me hice las más mínimas ilusiones contigo. Jamás creí que pudieras ser mía, aunque era lo que quería desde te vi.

—Kían, no hace falta que…

—Odié que me pidieras una cita con Raylan. No sabes cuánto.

—Te la pedí para quedarme contigo, para que no me echaras todavía de tu casa.

—Y era lo único que quería hacer porque veía lo peligrosa que eras para mí, Láhria. —clavo los dedos en sus caderas—. Y que fueras virgen no fue lo que hizo que el sexo fuera el mejor de mi vida. Lo mucho que te quiero, sí.

Me besa como si no pudiera resistirse y le correspondo mientras la alejo del acantilado que siempre se ha encargado de recordarme lo frágil que es la vida. Una de sus lágrimas llega hasta mis labios y se mezcla con el sabor siempre dulce de su boca.

—Hazme el favor —dice jadeante—, de guardarte todas esas verdades preciosas hasta que te cures. Voy a estar furiosa contigo hasta entonces. —Me coge de la mano y tira de

mí. De repente, cuando estamos a punto de llegar al taxi, me suelta de un tirón—-¡Keylah, niñas! —exclama excesivamente eufórica para que suene creíble.

Las veo junto a mi moto casi-despeñada.

—¿A dónde vais? —pregunta Alice en mitad del abrazo.

—Al gimnasio a entrenar un rato —digo interrumpiendo el «mmm» de Láhria en absoluto sospechoso.

—¿En taxi? —La ceja alzada de Keylah pasa a ser parte de la conversación.

—Es que le duele un poco el tobillo derecho, se ha hecho daño jugando con Ck —digo y Lay se acaricia el izquierdo mientras asiente.

—Entonces ir al gimnasio es una idea fantástica —dice Keylah con una mirada astuta, sagaz, ladina.

—¿Si? —pregunta Alice confusa.

—¡Nosotras venimos de coger flores! —exclama Bonnie—. Vamos a hacer coronas de boda para Cleo.

—Coronas de flores muertas, mola —murmuro y Lay me da un manotazo en el estómago—. ¿Qué? —murmuro—. Aún falta.

—Son del barranco —sigue Ayris—, Keylah dice que son las mejores porque huelen a mar.

—Y lo son.

—¿Qué barranco? —pregunto.

—El de aquí al lado —dice Keylah sin darle importancia.

—El que está al sur —las palabras salen de la boca de Bonnie antes de que la mano de Keylah pueda tapársela.

—Hemos caminado mucho, estoy agotada —dice Ayris.

Agarro a Keylah del brazo y tiro de ella.

—¿Has llevado a mis sobrinas a un sitio tan peligroso?

—¿A qué gimnasio dices que vais?

—Si les llega a pasar algo…

—Mis hijos jugaban allí montones de veces, relájate que al final te estalla la vena de la frente, ¿no es raro que solo llevéis una bolsa de deporte y no dos?

El taxi toca el claxon.

—Bueno, nosotros nos vamos ya, que vayan bien esas coronas —Láhria tira de mí antes de que el conductor se vaya sin nosotros.

En cuanto le da la dirección y el taxi se pone en marcha, se le mueven los hombros. Se lleva la mano al pecho mientras se ríe.

—Eso no ha tenido ninguna gracia.

Me mira y le brillan los ojos.

—Un poco de gracia sí ha tenido.

Llegamos al hospital y se pone en plan mandona. *Cosa que me pone horrores*. No se calla ni debajo del agua, da todos los detalles que le he contado y lo hace de forma rápida y concisa. Es una máquina. Casi parece que la que tiene cincuenta pacientes a los que atender en los siguientes tres minutos sea ella.

—Debido a tu trabajo, será complicado saber cuál fue el detonante concreto, pero vamos a centrarnos en averiguar lo que tienes y a partir de ahí ver cómo curarlo.

—Gracias, doctora Sones.

—No hay de qué. Enseguida vendrá alguien a buscarte —se marcha y tengo la

impresión de que me quedo a solas con una de sus enfermeras.

—Eso ha sido impresionante.

—¿El qué? —pregunta.

Damas y caballeros, Láhria Daughbeth Taylor.

—No quieres ser enfermera, pero te encanta tratar con tus pacientes. ¿Es por la posibilidad de muerte inminente?

—Mis padres murieron en un accidente de coche y aunque no lo vi, siempre he tenido el trauma detrás de la oreja. La idea de que alguien esté y al segundo desaparezca para siempre. Tratar baches psicológicos con los pacientes y ayudarlos a mejorar, no me produce el miedo gélido que trae consigo la muerte. Kían, hablemos claro —se sienta en la camilla a mi lado—, ¿recuerdas cuándo fue el primer episodio que te dio? ¿Si ese día te diste algún golpe sin el casco?

—No estaba en Saltwater, nos habían llamado desde la ciudad. En unas oficinas, un tío al que acababan de despedir fue al despacho de su jefe y se prendió fuego. La cosa escaló muy rápido, cuando llegamos allí, la situación ya era terrible. Los ascensores habían repartido el fuego a distintas plantas, eran muchas las afectadas. Los cimientos del edificio no se mostraban estables y sabíamos que iba a venirse abajo en cualquier momento. Avery, R... —me froto el cuello—. Avery, Raylan y yo fuimos al sótano para asegurarnos de que sacábamos a todo el mundo. Antes de llegar, el suelo del aparcamiento se vino abajo y acabé enterrado entre los escombros. No veía nada, estaba aplastado, inmovilizado y mi radio no funcionaba. Fue bastante desagradable.

Alzo la vista cuando su voz temblorosa me trae de vuelta.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que alguien te encontró?

—Cuarenta y dos minutos.

—Dios mío, Kían.

—Sí, tuve tiempo de paladear la experiencia de ser enterrado vivo y digamos que ahora no soy muy fan de la oscuridad. —Me doy cuenta entonces de que es la primera persona ajena al parque a la que se lo cuento.

Y lo fácil que ha sido. La atraigo hacia mí.

—Por eso la luz de la mesita de noche estaba siempre encendida —musita para sí.

—Ridículo, ¿eh? Como un crío.

—Kían, tu trabajo es muy duro y tu vida también lo ha sido —baja la voz—. Debes de ser la persona más fuerte que conozco para tener un corazón tan puro después de todo.

Me pregunto si alguna vez se da cuenta del bien que hace a todos solo con existir.

Un segundo después, ella ya no está y yo vuelvo a estar a oscuras.

69

Láhria



He ignorado las muchas manchas de sangre en su ropa mientras preparaba la bolsa, he pasado por alto los moratones que tenía por el cuerpo cuando se ha desnudado para mí, pero cuando veo que se lo llevan, me dejan con un agujero del tamaño de un puño en la parte izquierda del pecho. *Sin latido*.

Ocupo un asiento en el pasillo y hago lo único que puedo: espero. Me voy haciendo más pequeña. El abismo a mis pies más grande. El barullo del hospital queda en segundo plano, su voz llega hasta mí nada más salir del ascensor.

—Lay.

—Has venido. —Me levanto con la camiseta empapada.

—Por supuesto, en cuanto he leído tu mensaje. —Me abraza fuerte.

—Cleo, se lo han llevado. Ni siquiera he tenido oportunidad de cuidarle. ¡No me lo contó! ¿Por qué no me lo contó? —La mano alrededor de mi cuello se cierra y aprieta, las lágrimas quieren salir todas a la vez—. ¿Y si esta es la última vez que…? ¿Y si este es el final? Dios mío, Cleo.

—Se va a despertar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todas las anteriores veces que se ha desmayado ha vuelto en sí. Es matemática pura —me limpia las lágrimas sin preocuparse de las suyas, me obliga a tomar asiento y ocupa el de al lado—. ¿Cuánto rato ha pasado desde que se lo han llevado?

—Más de veinte minutos.

—Señor, no hemos acabado —vocifera un médico en mitad del ajetreo.

Hay demasiadas voces, así que no sé por qué le hago caso a esa. Hay montones de pasillos en este laberinto de blanco, pero suena aproximándose.

—Me ha visto perder el conocimiento, necesito verla para…

Doy un bote.

—¡Vuelva ahora mismo a la camilla!

—¡Señor!

—Láhria —Kían llega al pasillo con la bata de hospital encima de la ropa—. Estoy consciente, estoy bien.

No sé quién alcanza primero a quién, pero me aferro a su camiseta como si eso pudiera mantenerlo a mi lado para siempre.

—Dios mío, Kían. *Kían*. Tienes que hacer caso a los médicos. Tienen que hacerte pruebas.

—Lo sé, Aurora. —Me da un beso en la frente, otro en los labios—. Solo quería evitar que te diera un infarto. Con una futura lápida tenemos suficiente.

—¡No hagas esas bromas horribles! —sollozo y le pego.

—Señor, tiene que volver, *ahora* —sentencia tajante una enfermera muy cabreada.

—Sin problema —dice él con esa sonrisa matadora, con sus hoyuelos, con toda su luz.

Me la contagia, por supuesto, y hace más que eso. Me da esperanza.

—Vale, en tu mensaje no decías tanto —Cleo me lleva de vuelta a los asientos en cuanto se lo llevan—. Me da que tenemos que ponernos al día.

—No te haces idea de hasta qué punto.

Decir que se siente muy mal consigo misma sería quedarse muy corta, culpable tampoco le hace justicia. Resulta extraño ser la que cuenta la historia cuando aún sigo digiriéndola. Si mi corazón ya estaba resquebrajado, ahora está hecho un maldito smoothie.

—Le odio —dice mirando al horizonte *la pared de enfrente*.

—Te entiendo.

—Pero porque me rompe el corazón.

—Ajá.

—¿Quería que le odiaras para que no te destrozara verle morir? ¿Pero qué clase de tío hace eso? ¿Es que está mal de la cabeza? —Sus ojos brillan no solo con lágrimas, ahora con horror—. Dios, Lay, le dije cosas muy hirientes. Cosas que, a luz de la verdad, son súper injustas.

—¿Qué cosas hirientes? —me incorporo.

—Estaba enfadada por todo lo que te había dicho, eres mi mejor amiga y él el capullo que no había sabido valorarte.

—Cleo.

—En resumen, le dije que era escoria humana —se tapa la cara con las manos—. Dios mío, ¿de verdad te ha dicho que se muere?

—Está seguro de que tiene lo mismo que Frederick Hayden, pero no le han hecho pruebas —remarco—, la realidad es que no sabemos lo que tiene. Pueden ser un millón de cosas. —*Ninguna de ellas buena.*

Pero existen medicinas para cosas terribles. Hay esperanza.

—¿Y John-Luke tampoco sabe nada? ¿Ni Alex? —me mira ojiplática y cuando sacudo la cabeza parece que no hay pasillo lo bastante largo como para que el paseo la calme—. ¿Cuándo vamos a decírselo?

—No podemos. Kían no quiere arriesgarse a que Alice se entere. Se lo he prometido a cambio de que accediera a hacerse las pruebas.

—Pero yo no le he prometido nada —sonríe con maldad.

—*Cleo*.

—Vale. —Se detiene frente a mí.

—¿Qué le has dicho a Daisy? —pregunto, ya que sé que Josh, prometido y confidente, sí sabe dónde estamos en realidad.

—Que necesitabas una noche de chicas. No sospecha nada. Joder, menuda mierda. —Se arrodilla me aprieta las manos—. ¿De verdad te ha dicho que te quiere?

—Sí, pero yo se lo he dicho antes.

—Esto da mucho miedo, pero estoy aquí. Pase lo que pase, estaré a tu lado.

Le aprieto la mano con la mía. *Mi ancla. Mi salvavidas. Siempre conmigo*.

—Gracias, Cleo.

70

Kían-Lysander



Llevo más de una hora de sala en sala y no quiero volver a pisar un hospital en la vida. *No entiendo cómo a la gente le pueden gustar las series de esto*. Quiero volver con Láhria.

—Buenas tardes, señor MacAlister. Soy el doctor Tayler Stokdeil.

—Con Kían vale, ¿me puedo ir ya?

—Primero hablemos, ¿te parece? —Mira sus informes en su *clipboard* con el logo del hospital—. Me gustaría saber por qué no acudiste al hospital la primera vez que te desmayaste.

—¿Es para una encuesta ciudadana? —el tío no se inmuta—. Soy bombero. No hay ni un solo rincón de mi cuerpo que no me haya roto, dislocado, quemado o todo lo anterior. Si me duele algo, lo ignoro hasta que se me pasa.

—¿Y qué tal te ha funcionado eso hasta ahora?

—¿Es una pregunta retórica?

—Supongo que sí. Cuando resultó evidente que era recurrente, ¿por qué no viniste entonces?

—Vi como la vida de un bombero amigo se le escapaba de las manos con los mismos síntomas que tengo yo y algunos extras que todavía no han llegado. Sabía que el trabajo era lo que se lo había provocado. No vine porque no quiero saber cuánto tiempo me queda.

—Es tratable, Kían.

Durante unos segundos mi cerebro escucha esas tres palabras como si me hubieran sido pronunciadas en egipcio antiguo. *No es posible, yo voy a morirme de esto. Llevo semanas muriéndome de esto. He firmado mi testamento.*

—¿Cómo has…?

Sonríe calmado, como si no acabara de soltarme una bomba.

—Tomate tu tiempo. —Se lo toma él—. Imagino que no te lo esperabas.

—¿No esperármelo? Estaba a punto de mirar ataúdes, joder, he ahorrado para… —susurro. *Tratable, ha dicho tratable*—. ¿Significa eso que el cerebro no se me va a derretir dentro de la cabeza?

Frunce el ceño y echa la cabeza hacia atrás, confundido.

—Kían, el problema no está en tu cabeza. Está en tu corazón. ¿No te han explicado las pruebas que te han hecho?

—¿Tengo pinta de que lo han hecho?

—Me disculpo en nombre del hospital. Tal vez mis enfermeros creyeron que con el historial de tu padre, ya lo sabías. Sé que no es excusa.

—Doctor, ¿qué tengo?

—Una cardiopatía neurovascular reactiva. Tu corazón está muy débil, pierdes el conocimiento porque no te llega sangre al cerebro.

—*Joder*.

—En el ecocardiograma hemos visto que su capacidad de bombeo está gravemente reducida. El resto de pruebas nos han ayudado a confirmar que tu ventrículo izquierdo no puede impulsar la sangre con la fuerza suficiente. Está sobrecargado y si no te tratas, eso te llevará a una insuficiencia cardiaca terminal más pronto que tarde.

—¿Y sin la jerga médica?

—O te operas, o te mueres.

—¿De qué clase de operación estamos hablando?

—No es de las más sencillas, pero se puede hacer. Consiste en añadir el refuerzo que tu ventrículo izquierdo necesita. Te lo explicarán todo en detalle si decides seguir adelante con el proceso.

—¿No necesito un trasplante de corazón, ni un marcapasos?

—No, y tu recuperación sería más breve que en esos casos. En un mes podrías volver al trabajo.

—¿Los médicos no suelen darte un porcentaje de la gente que se salva con la operación que necesitas?

—Un setenta y cinco. Es elevado, pero tiene sus riesgos. El problema, Kían, es que la otra opción es mucho peor. Puede que no quieras saber cuánto te queda, pero no es mucho, te lo aseguro.

—Dímelo.

—¿Semana y media? ¿Tres como mucho? Es difícil estimar una fecha exacta, pero muy poco tiempo. Tu corazón está cerca de rendirse, así que toma una decisión cuanto antes.

71

Láhria



Veinticuatro horas. *Será la última operación de mañana*. Como ex-enfermera, sé muy bien a la clase de casos a los que se le da semejante preferencia. El doctor Stokdeil le ha dado semanas, pero yo no me lo creo.

Sentada en su cama, cara a cara, sentada en su regazo, con las piernas enredadas en su cintura, tengo un sabor agridulce en el paladar. La luz de la luna entra por la ventana besando su piel tostada por el sol. Me doy cuenta de que solo siento paz viendo cada inhalación y exhalación que hace.

—Debes estar muy cansada —sus dedos se hunden en mi pelo, me lo apartan de los ojos y me vuelve a arder la garganta.

No podré cerrar los ojos hasta que él abra los suyos tras la operación, pero eso ya lo sabe, así que no lo digo.

—Un setenta y cinco por cierto es un número decente —susurro.

Veinticinco de cada cien no sobreviven. Doscientos cincuenta de cada mil.

—Es mejor que solo unas semanas.

Se me llenan los ojos de lágrimas. *¿Y si Tina no me hubiera enviado ese mensaje? ¿Y si no hubiera venido? ¿Y si en estas últimas veinticuatro horas hasta la operación descubro que, en realidad, ya es tarde?* Las imágenes de su desmayo repentino en el hospital vuelven a mí congelándome el alma.

—Siento haberte asustado antes.

Sacudo la cabeza.

—Puedes seguir jugando, te toca a ti.

El juego de la verdad.

—¿Has apagado tu teléfono? —pregunta—. Llevo mucho sin oírlo.

—Sí. ¿Esa es tu pregunta?

—Viene con segunda parte, ¿qué pasa con tus pacientes? ¿Y si te escriben?

—Ahora solo tengo uno. —Acaricio las pecas de su hombro con el pulgar—. Me tocan dos preguntas, so tramposo.

—Dispara —me muerde el antebrazo a lo juguetón.

—¿Por qué decidiste dejar de venir a las cenas familiares hace nueve años?

No se lo piensa. No duda.

—Siempre he querido tener hijos. Pero no me veía capaz, ni merecedor de tenerlos, así que fingía que no era mi sueño. La mayor parte del tiempo podía tragarme el engaño, pero esa clase de reuniones en Londres… avivaban cosas en mí. Los deseos más profundos y secretos de mi corazón, unos que no podía aceptar. Me quitaban mi propia coraza. Era demasiado para mí.

—¿Por qué no te creías merecedor?

—Nunca me he atrevido a soñar muy alto. —Sonríe de manera torcida—. Supongo que en el fondo sigo siendo el hijo mediocre de Emberly MacAlister.

—Nunca has sido el hijo mediocre de nadie. Eres excepcional —me acerco más a él, al mar en calma de sus ojos. *No llores*—. Vi el armario que tienes al fondo del pasillo, al otro lado de la casa. —Enredo las manos en su pelo—. Con Bonnie, Alice y Ayris, y también los hijos de Keylah.

—No me extraña nada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tú siempre has tenido la forma de colarte dentro de mí, Aurora. Haga lo que haga por intentar evitarlo. Eres más fuerte que mi resistencia.

—Kían, ¿te he dicho alguna vez que me gustaría ser madre?

Cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia delante, junto con el peso de sus hombros. Sonrío, pero también me asusto.

—Kían, respira normal, no conviene que te alteres.

Un sollozo brusco y ronco se arranca con fuerza de su garganta. Solo uno, como si fuera el máximo de vulnerabilidad permitida en su código. El resto de sus lágrimas son silenciosas, como su dolor, el peso de cada una siendo igual de gigantesco.

Ahora es mío, Emberly.

Ya no podrás tocarlo.

72

Kían-Lysander



El sueño no se refleja ni mínimamente en sus delicadas facciones hasta llegado el amanecer. Nunca había agradecido tener dolor de cabeza, pero cuando me despierta y la veo a mi lado, resulta difícil no hacerlo. La dulzura de su rostro es desgarradora. Disfruto de la paz que refleja después de todo lo que lloró ayer.

«O te operas, o te mueres».

«¿Te he dicho alguna vez que me gustaría ser madre?».

—No hay nada que quiera más que tener una vida a tu lado —beso su frente antes de levantarme—. Ahora sé por qué has tardado tanto, *mi amor*. Tenías que salvarme la vida.

Salgo de la habitación sin hacer ruido.

Acaricio a Ck, que se ha tumbado boca arriba junto a la correa. *Una petición muy sutil, como de costumbre*.

—Tengo que salir un momento, pero luego paseamos cuanto quieras. —Le rasco la tripa y voy hacia la puerta, pero antes de que la alcance, alguien se cuelga de mi espalda.

—¿Qué crees que haces? —Láhria pega su cara somnolienta al borde de mi hombro.

—Duérmete.

—Es mediodía, no tengo sueño.

Me giro en su abrazo y la levanto, como si fuéramos recién casados y este fuera el inicio de nuestra nueva vida.

—Sí, lo tienes, mentirosa.

—¿A dónde vamos? —se aferra a mi cuello, mucho más despejada y me freno tras cruzar el marco de la puerta del dormitorio.

—Tú a dormir, yo… Necesito decírselo a John-Luke. A él… digamos que me cuesta ocultarle las cosas. —Siempre me saca las verdades a puñetazos.

La deposito en el suelo y en el trayecto su cuerpo resbala por el mío dejándome claro que tan moribundo no estoy.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Tú —acaricio la franja de piel expuesta en su cadera—. Sé que esto no es solo cosa mía y que es injusto para todos fingir que sí. Sigo queriendo proteger a Alice, pero mientras Daisy y Alex no se enteren, creo que no pasará nada. Sabrá guardar un secreto durante unas horas.

—Me parece una gran idea. Va bien tener a unos cuantos seres queridos cuando despiertas de una operación.

Me agacho hasta encontrar sus labios, pero soy yo al que besan en cuanto la toco. Es un beso lento, todavía cargado del sueño que no la ha soltado del todo. No hay urgencia, pero sí mucha necesidad. *Te pertenezco, Aurora. Soy todo tuyo*.

—Kían —se separa y sacude la cabeza—, no puedo.

—¿Qué no puedes?

—No puedo dejarte solo. No quiero separarme de ti. Estoy dispuesta a esperar fuera mientras hablas con John-Luke, entiendo que es una conversación privada e importante, pero quiero ir contigo a la mansión. Quiero estar cerca de ti cada segundo que pueda.

La levanto del culo y la empotro contra la pared.

—¿Cómo de cerca?

—Ni se te ocurra —sentencia con ojos llorosos—. Tu corazón no puede acelerarse así. Lo que hicimos ayer estuvo muy mal.

—¿Disculpa? ¿Muy *mal*?

—Ya sabes a lo que me refiero. Esperaremos a después. —La vulnerabilidad de su voz cuando se rompe no me da alternativa.

—Por supuesto, Láhria. Después. —Acaricio su nariz con la mía y luego la beso.

—No voy a poder vestirme si no me sueltas. —Se ríe contra mi boca.

—¿Quieres apostar? —cojo una sudadera mía y hago lo propio.

Al final resulta que no, que no se puede.

Llegamos a la mansión MacAlister con Ck en lo que parece un sábado cualquiera. Saludamos a Creed y a Mhílena. Poco después encontramos al hombre que busco en la sala de la chimenea cercana al jardín. No está solo.

—Papi, ¿jugamos a algo? —Bonnie se acerca al brazo del sofá arrastrando los pies.

—¿A qué? —pregunta JL acariciándole el pelo a su hija sin apartar las narices de su estudio obsesivo y científico.

—No lo sé, a algo.

—Estamos súper aburridas porque Cleo se ha ido con Josh a pasear al faro y Lay no se ha despertado todavía, lo cual indica que la noche de chicas fue divertida —añade Ayris tumbada en el sofá, con la cabeza apoyada en su regazo—. O eso dice mamá.

—Podéis leer un libro, en la biblioteca hay muchos.

—Papi, ¿tú nos quieres? —Alice, al borde de sus piernas, ladea la cabeza.

John-Luke se carcajea y cierra su fuente de entretenimiento.

—Vale, lo pillo, nada de libros. —Hace una mueca pensativa—. ¿Qué os parecería ir al cine?

—¡¿Al cine?! —exclama Alice.

—¿De verdad? —Ayris se levanta de un salto.

—¡¿Y vendrá mamá también?! —pregunta Bonnie dando saltitos, eufórica.

—Si se lo pedís con vuestras mejores caras de pena, seguro que os dice que sí.

—¡Siempre funciona! —Bonnie sale corriendo la primera y el resto la sigue sin percatarse de nuestra presencia.

—Hacen conmigo lo que quieren —dice JL, por primera vez mostrando ligeros signos de edad ante mis ojos.

Nos hemos hecho mayores sin darnos ni cuenta.

Láhria me aprieta el brazo cuando terminan los saludos.

—¿Qué? Parecéis querer decir algo —solo entonces John-Luke desvía la mirada hacia la mano de Lay, alza una ceja y me atraviesa con la mirada. Un segundo después me aplasta contra la pared más cercana—. ¿Qué te dije?

—¡John-Luke!

—Lay, no te metas en esto —le gruñe.

—Tío, apártate —le advierto—, hoy no venía a zurrarte.

—No puedes jugar con ella, es de la familia, Lay es…

—¡Le quiero, suéltalo! —Láhria aprovecha la confusión de mi hermano para soltar su agarre y colocarse en medio a modo de barrera humana con un olor indecente a miel—. Estoy enamorada de él.

—No más de lo que lo estoy yo de ella —la rodeo con ambos brazos.

—No puedes interponerte.

—Perderías el tiempo.

No es que mi hermano se quede a cuadros, es que todo su entendimiento ha desaparecido en el triángulo de las Bermudas. *Ojalá pudiera hacerle una foto.*

—¿Vas en serio? —me mira a mí, me taladra con sus ojos de hermano mayor responsable. Le sonrío al asentir y con eso basta para romper su coraza y hacerla pedazos—. Vas en serio. La hostia. Lay, ¿estás segura? —se burla con una emoción cruda en el tono—. Aún tienes tiempo de correr, puedo abrirte la puerta si quieres.

—Todo lo que necesito está aquí —dice ella dándose la vuelta en mis brazos.

—Aurora, vas a ponérmelo muy difícil hoy, ¿eh?

—Sí, pero solo hoy —se muerde el labio y se los beso mientras mi corazón asegura que puede aguantar una o dos horas follándose a la mujer de mis sueños.

—¿Has dicho Aurora? —repite JL, que sabe exactamente lo que significa.

La suelto despacio para mirarle, sin ser capaz de dejar de tocarla del todo.

—Sí, JL. Mi Aurora.

Entonces es mi hermano quien me abraza. Le correspondo y cuando quiere soltarse lo mantengo ahí. Él duda un instante, pero vuelve a abrazarme hasta que estoy listo para soltarle.

—Gracias, JL. Por todo —digo en un tono bajo que solo él oye porque las niñas están de vuelta.

Es una suerte que las peques requieran su atención porque si llega a aguantarme la mirada unos segundos más, lo habría sabido. De alguna forma, se habría dado cuenta de todo.

Daisy llega poniéndose el último pendiente y nos invita a ir al cine con ellos. Tenemos que estar en el hospital un puñado de horas antes de la operación, así que vemos cómo se marchan desde la sala del piano.

—No se lo has dicho —dice Láhria con la mejilla pegada a mi pecho.

—En mi cabeza John-Luke sigue siendo un adolescente, magullado, triste y protector, que se esfuerza por mantener a todos a salvo sin pensar en sí mismo. No he sido capaz de arrebatarle toda la felicidad que desbordaba ahora que por fin la tiene.

Me besa en la mejilla y entrelaza nuestras manos.

—¿Vamos?

—¿A dónde?

—A la cocina, a por un poco de la tarta de todos los chocolates que existen que Stef y Patty te hicieron ayer, y luego a casa. Voy a prepararte algo delicioso.

73

Láhria



Cleo ha llegado una hora después de que le asignaran una habitación a Kían y en estos momentos está en la planta de abajo haciéndose con los mejores cafés de todo el hospital. Es genial que esté con nosotros por mil razones y una de ellas es que hemos podido infundir rumores falsos de por qué está Kían en el hospital.

Sé que en parte, él odia que esté aquí. Que detesta lo que supondrá para mí si la operación no va bien y la suerte decide no estar de nuestro lado. Sé que en su mente, todavía está el deseo de volver atrás y alejarse de mí para evitarme esto. Así que no lo hago solo porque John-Luke querría saberlo, también lo hago porque quiero que sepa que no estaré sola si mi peor pesadilla se convierte en mi realidad.

Para que deje de preocuparse por mí de una vez por todas.

Mensaje para John-Luke
21:00 Tío, no puedes decir nada a Daisy, pero necesito que vengas al hospital. Es por Kían.
21:01 Josh puede cubrirte, él lo sabe todo.
21:01 Por favor, date prisa.

—¿Qué haces?

—Nada —me guardo el móvil en el bolsillo y salgo del pequeño baño—, comprobando si el cepillo de dientes combina con las sábanas. —Sonrío, pero mi intento flaquea en cuanto le veo con la bata de hospital, en la camilla, a merced de lo que pueda pasar.

—Ven aquí —toca el espacio que ha dejado a su lado—, cuéntame más sobre las técnicas psicológicas japonesas de monjes muertos que has estado usando con Alice.

—Prefiero oírte hablar a ti —me acurruco contra su costado, apoyando la oreja a la altura de su corazón para oír ese bonito latido.

Pienso en que no ha venido nadie del parque porque no les ha contado nada. También pienso que Raylan me las pagará cuando todo esto acabe y ese asqueroso de Braxton. Justo cuando creía que no me quedaban más lágrimas, voy y encuentro los papeles de su suspensión en uno de los cajones de la cocina. *Hay demasiada gente de la que quiero vengarme. Tal vez pueda dedicar a eso mi vida en caso de perderle en el quirófano.*

—Ya te he contado todo. No me quedan secretos.

Me curva los dedos de los pies y me veo obligada a buscar sus labios. Kían cuela su mano por mi camiseta y me recuerda lo difícil que ha sido no atacarle en todo el día. El hielo se cuela entre el fuego de sus caricias, se convierte en un monstruo oscuro que solo da luz a aquello que no quiero que pase.

—No puedo creer que estés aquí —susurra—. Aun sabiendo que puedo dejarte sola.

—Vas a dejarme sola, eso justo lo que vas a hacer.

—¿Qué? —Su cuerpo se tensa bajo el mío.

—Vas a morirte en esa operación, Kían, y vas a hacerme mucho daño.

—¿Qué estás diciendo, Láhria?

—¡Discútemelo, idiota! ¡Discútemelo como haces con todo! —Mi voz sale rara, gangosa.

Será porque cada palabra es un clavo en mi garganta. Me revuelve el estómago. Su mirada termina de romper hasta el último superviviente en pie de mi fortaleza.

—No sabe de lo que está hablando, enfermera —estrecha la mirada en una pose arrogante—. Estoy perfectamente.

—Más quisieras.

—Puedo con esto y con cualquier cosa —resopla.

—Más te vale demostrarlo —susurro antes de besarle.

—Podemos volver luego —dice Cleo acompañada de cafés y el policía que ya es de la familia, en la entrada de la habitación.

—¿Qué cojones haces ahí tumbado, MacAlister? ¿Tan mal te ha sentado la suspensión? —bromea.

—Estoy perfectamente. Más te vale hacer tu trabajo y dejar a Braxton en el fango. Me han dado solo un mes de recuperación tras la operación.

A Alejandro se le cambia la cara y me deja claro que Cleo no le ha contado nada.

No hay muchas novedades respecto a Antea, pero sí hay algunas de la suspensión de Kían. Al parecer Winifred también ha sido suspendida hasta nuevo aviso. *Ups, qué lástima*.

—Voy a tirarlos aquí fuera, vuelvo enseguida —digo llevándome los vasos vacíos de los cafés, aunque solo es una excusa.

Me ha costado mucho no ahondar en la traición de Raylan y si lo he conseguido ha sido para no hacerle más grande la herida a Kían en un momento como este, pero me está devorando por dentro.

Lo ha traicionado a lo bestia. No le ha importado una mierda aprovecharse de la confianza de Kían para acabar con su carrera solo por salvar a una culpable a la que quiere.

Voy al primer baño que encuentro y me lavo la cara con agua fría. *Dhorothy debe ser una persona horrible para aceptar lo que ha hecho Raylan por ella.* Gruño y si fuera una persona violenta igual la tomaría con la papelera del baño o con el espejo. Pero no lo soy.

Todo mi cabreo queda en pausa cuando me dispongo a salir del baño y me topo con un paciente, un hombre en silla de ruedas frente a la puerta.

—Hola. Disculpe, este baño es solo de mujeres —me esfuerzo en sonreír—, el de caballeros está al otro lado del pasillo.

—¿Nadie te ha dicho que conducir tan deprisa en una carretera mojada es peligroso? —Se levanta de la silla, se quita la bata y tras un pinchazo en la mano noto algo expandiéndose por mi brazo, mi torso.

Mis piernas dejan de responder.

Caigo sobre algo blando, pero firme. Una visera baja me arrebata parte de la visión del baño, de la bata que me coloca por encima de la ropa. No quiero dormirme, pero mi cuerpo sí quiere hacerlo.

Estoy en un ir y venir que no controlo. No puedo hablar, ni moverme, apenas estoy

consciente. Estoy en la calle, lo sé por la brisa fría que me da en la cara.

Desconozco cuánto tiempo pasa, pero en mitad de la oscuridad, un rayo de claridad llega hasta mi cabeza. Oigo algo mientras mi cuerpo se mece.

—¿Todo bien, Morgan? ¿Necesitas ayuda? —Es Raphael.

Raphael, socorro. Ayúdame. Pero yo ya no estoy en el exterior, a mí ya no puede verme.

—¿Quién cojones es ese tío, Morgan? —susurra furiosa la peor Wilson de todas.

—Nadie —dice él arrancando el motor—. ¡Tuya no, Raphael! ¡Puedes meterte en tus asuntos! Puto pueblo cotilla.

—No hay razón para ser maleducados —insiste Raphael, que debe estar en el muelle —. ¿Sabes que se avecina una tormenta?

—¿Quieres que me ocupe de él? —pregunta Antea.

Después de eso, vuelvo a estar sola entre las sombras. En los brazos de la nada más absoluta.

74

Kían-Lysander



Dejo de interesarme por las novedades de mi suspensión en el momento en que ella se va. Siete minutos después cuando aún no ha vuelto, estoy por levantarme y salir a buscarla. *¿Quién me iba a decir a mí que iba a ser así de pegajoso? Pero es que la quiero conmigo, no respiro bien si no está.*

—Cleo, ¿puedes ir a buscarla? Hoy no se encontraba muy bien. Apenas ha comido nada.

—Descuida —me da un apretón en el brazo y sale disparada, demostrando de más con sus pasos.

—¿No se supone que tienes que ir desnudo bajo la bata? —pregunta Alejandro inclinándose hacia mi espalda.

—En mi caso no hace falta. ¿Qué sabes de Antea?

—Ya te lo he dicho, uno de mis hombres la vio subirse a un taxi antes de perderla de vista. Dudo que esté en Saltwater todavía, aunque no vamos a dejar de buscarla hasta que Levi-Ryan la aviste en Mountville. Walter no iba con ella, nadie lo ha visto desde entonces, es probable que siga por aquí.

—¿Sigues creyendo que tienen vigilada a Melisa?

—Sí. No sabemos cuántas personas están metidas en esto, ni siquiera podemos fiarnos de la gente de Saltwater.

Un cuerpo choca contra la puerta de la habitación abriéndola de golpe con el puño a punto de atravesarla. Doy un bote en la camilla y Alejandro se lleva la mano al arma hasta que ve quién es.

—Hijo de puta —dice mi hermano jadeante, y me pregunto si ha venido corriendo desde casa.

—¿Qué haces tú aquí?

John-Luke no responde y dudo si voy a llegar a la sala de operaciones con la cara partida.

—La pregunta es qué haces tú aquí, con *eso* puesto —señala mi bata, tambaleándose al acercarse—. Tú no estás enfermo.

—Un poco sí.

—¿De qué mierda estás hablando? —Me coge de la bata.

—Tengo el ventrículo izquierdo un poco hecho polvo. No quiero aburrirte con los detalles, no es tu clase de ciencia. —Suelto su agarre.

—¿Tienes mal el corazón? ¿Como papá? —Me agarra de nuevo—. ¿Qué van a hacerte? ¿Cuáles son los riesgos? ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿De eso iba el puto abrazo de esta mañana? Debería matarte por no habérmelo dicho.

—Cálmate, ¿quieres? El setenta y cinco por ciento de la gente sobrevive a esta

operación y yo siempre he tenido mucha potra con el azar. ¿Te acuerdas cuando gané trescientos dólares en la lotería?

Me lanza una mirada que podría matarme más rápido que ese veinticinco por ciento.

—Respira, tío, seguro que sale bien —interviene Alejandro.

—¿Y tú qué haces aquí? Está en el hospital, no necesita que lo atosigues con lo de Antea Wilson. ¿Por qué no me has llamado a mí?

—Porque no he venido por lo de Antea, sino por lo de su suspensión.

—¿Su qué?

—Ay la hostia. Alejandro, ¿puedes ir a ver dónde está Cleo o a tomar por culo? Lo que pilles antes. Gracias. —Lo empujo hasta donde alcanzo.

Aprieta los labios y se va con cara de circunstancias.

—Vas a empezar a contarme de qué cojones va todo esto —se sienta en la cama y no voy a negar que su forma de atosigarme resulta halagadora—. En un segundo volvemos a lo de que te han suspendido. ¿Cuánto tiempo hace que sabes lo de tu ventrículo?

—Menos de veinticuatro horas. Creía que iba a morirme de lo mismo que Frederick Hayden, que era de mi cabeza, por lo de... tío, si no dejas de mirarme así, no voy a poder contarte nada.

Me abraza y es como si no fuera él. Vuelve a tener quince años, quemaduras en los antebrazos y que soy yo quien viene de visita. Soy yo al que necesita a su lado.

—¿Creías que ibas a morirte?

—Al final te van a ingresar a ti también. —Le doy unos golpecitos en la espalda—. Va tío, suéltame, que estoy bien.

Dos golpes en la puerta después oigo un:

—¿Cómo vas, Kían?

—De mala hostia, doctor Stokdeil.

—Vaya, ¿debo recordarte que no conviene que te estreses?

—Ya, pero es que este tío no me suelta ni a tiros, ¿no hay seguridad en este hospital?

JL me da una colleja y se levanta para darle la mano y presentarse.

—John-Luke MacAlister, soy su hermano mayor. ¿Usted va a ser el cirujano que le opere?

—Ese soy yo, no te preocupes, John-Luke. Tu hermano está en buenas manos.

—¿Puedo preguntar cuántas veces en su vida ha hecho esta clase de operación? Con todos mis respetos, parece ser bastante joven.

Pero si tiene un huevo de canas, ¿qué coño joven? Le empieza a dar detalles que no quiero oír y salto de la camilla cuando dos enfermeras entran en la sala y Stokdeil dice que vienen para llevarme a quirófano.

—Mira, vais a tener que darme un segundo porque mi futura mujer todavía no ha vuelto y ni de puta coña me voy a ir sin despedirme de ella.

—Vas descalzo, vuelve a la cama —JL me corta el paso.

—¿Te parto el brazo? Apártate.

—Vamos a hacer una respiración grupal —pide el cirujano.

—Es por la que se escapó ayer en mitad de las pruebas —susurra una de las enfermeras a la otra, poniéndole mala cara—. Valdría la pena avisar a Mike, podrá con él.

—No hay razón para alterarnos, tenemos un par de minutos —dice Tayler Stokdeil, el cirujano más relajado de la historia de los cirujanos.

Cleo entra en la habitación, sollozando.
—¿Qué ocurre? —bordeo a JL—. ¿Y Alejandro?
—Hablando con la central. Se han llevado a Lay.

75

Láhria



Estoy en un barco, lo sé incluso antes de abrir los ojos. No es solo porque oigo las olas y huelo a humedad y sal, sino por el vaivén constante. De que tengo las manos atadas a la espalda también me doy cuenta enseguida, y de que estoy en el suelo.

—Eso es, pequeña Lay, abre los ojos. —Los fríos dedos de Antea Wilson se clavan en mis mejillas antes de soltarme y darme un bofetón—. ¡Vamos, que no tengo todo el día!

Me arde la cara, noto como mi piel cosquillea y lo que siento en el paladar tiene que ser el sabor del puro pánico haciéndoselo con el miedo. Antea me yergue de nuevo cuando mi hombro choca contra el suelo. La lámpara de aceite a su espalda parpadea y veo a Walter ocupar un asiento a un par de pasos a mi izquierda.

—¿Qué hago aquí? —pregunto arrastrando las palabras sintiendo como mi lengua no está despierta del todo—. No hablamos con la policía. Seguimos las normas.

Su sonrisa se vuelve espeluznante cuando dura muchos segundos más de lo que sería normal.

—¿Es eso cierto? —pregunta sin mover un solo músculo y espera hasta que me empapo en sudor frío y dudo de hasta cómo me llamo—. Me alegra oírlo, aunque vas a tener que explicarme por qué Morgan me ha dicho que un poli estaba contigo en el hospital.

—Hay una investigación que concierne a Kían, su trabajo en el parque de bomberos. No hablamos con nadie de lo ocurrido, salvo con Drait, pero solo para que firmara los documentos —sería estupendo que no me temblara la voz y a poder ser, que se me ocurriera un plan de huida—. ¿Por qué estoy aquí?

—¿Por qué? —exhala—. Pues verás, pequeña Taylor, cuando tuve en mis manos los papeles de mi casa y mi local, no me sentí mejor —chista la lengua—. No sentí que fuera justo, ¿sabes?

La miro y no reconozco nada en ella. No veo a la mujer que una vez quise para Nolan. Acerca un cuchillo a la línea de mi mandíbula y con la suerte que tengo, con la siguiente ola fuerte me voy a quedar sin mejilla.

—No me pongas esa cara. Al fin y al cabo, entregué mis mejores años a una niñata que acabó poniéndome una orden de alejamiento y que me desprecia tanto como yo a ella.

—Antea, ¿puedo hablar contigo? —dice el tío que me ha traído aquí, alguien a quien no había visto en la vida.

—¿Qué quieres? —pregunta parpadeando una docena de veces.

¿Le…? Venga ya, ¿le está poniendo ojitos?

—Hablar. *Ahora*. —Sube unas escaleras, que tienen pinta de dar a cubierta, y desaparece.

—Walter, vigílala.

Genial, a solas con el tío del arma. Intento mover las piernas, pero siento el cuerpo adormecido.

—Con mucho gusto, guapa.

Sonríe, le da una palmada en el culo a Antea cuando pasa de largo y le ruge como si quisiera comérsela. Walter da un largo trago a la botella de ginebra que sostiene, me mira y se rasca la barbilla con el cañón del arma. *Espero que no oiga lo que estoy pensando.*

—¿Tú qué coño miras?

Desvío la mirada hacia el pequeño armario de madera astillada que tengo delante, está roto y la forma del agujero tiene la medida exacta de una botella de ginebra. Estoy empapada, un poco atontada todavía, pero me quedo pensando si Kían creerá que me he largado. Aunque me aterra aún más la posibilidad de que sepa que yo jamás haría eso.

—No estoy conforme con el plan —dice la voz de Morgan desde la cubierta.

—Dijiste que casi matarla en ese accidente había sido cosa del destino —dice Antea—, que demostraba que debíamos hacer esto juntos.

Un segundo, ¿cóoooomo? ¿El que me ha drogado y traído hasta aquí es el dueño del coche esmeralda? Sin duda este es un pueblo pequeño.

—Sí, tú y yo. Pero ahora somos tres —responde Morgan y Antea le contesta algo que no alcanzo a oír—. ¿Hace falta que te recuerde que quedamos en un secuestro? Quedamos en cobrar la pasta y dejarla libre, no en matarla y hundir mi barco.

Me quedo sin sangre en el cuerpo. Walter, el tío que asustó a Cleo, el de la peluquería, me taladra la mejilla. *Sabe que lo he oído.* El corazón me golpea el pecho, bombeando a demasiada velocidad.

No tengo opción de salir de aquí. La estancia es enana, van armados y son tres. ¿Qué narices voy a hacer? ¿De verdad voy a palmarla justo ahora?

—No me gusta ese tío, ¿sabes? —Se me acercan Walter, su arma y la botella—. Se está interponiendo entre la mujer que quiero y yo. ¿Qué debería hacer con él?

—¿Dialogar? Tal vez podáis llegar a un acuerdo. —*Hundirle el barco y dejarme libre, también es un buen punto medio.*

—Es una posibilidad. También podría tomar la iniciativa —me coge del pelo y tira hacia atrás—. Podría matarte, subir ahí y matarlo a él, eso impresionaría a Antea y *enzanjaría* el asunto de que mi chica dude qué tío le conviene más, si el calvo o yo.

Enzanjaría como nuevo condicional simple de indicativo del verbo zanjar. Joder, es una lástima que las dos únicas neuronas que tiene este tío sepan cómo manejar una pistola.

—Es una controladora, a Antea no le gustan las sorpresas.

Me suelta y se carcajea. Luego me señala con el arma como si fuera su índice y asiente.

—Antea tenía razón, no eres nada tonta. Tal vez pueda convencerla de que te vengas con nosotros después de acabar con el calvo —Me agarra la cara, saca la lengua y me lame toda la mejilla riéndose por lo bajo.

Un segundo después está en el suelo y la botella de ginebra rota en dos trozos de cristal grandes.

—¿Te he dicho que la babees o que la vigiles? —pregunta Antea en tono estridente.

—¿De qué cojones vas, Wilson? —se levanta rojo de rabia—. Puedo hacer lo que

quiera con ella, ¡es nuestra rehén! Además tú la odias, ¿por qué mierda te metes? —pregunta gesticulando con el arma en su dirección y en la mía.

Antea lo coge de los huevos y acerca su boca a la suya.

—A mí no me apuntes con el arma o te tiro por la borda, Walter. —En cuanto le suelta él la aplasta contra el primer mueble que pilla y la besa. Es tan bruto y torpe que Antea se golpea la cadera contra la mesa y lo aparta de un empujón después de soltar un quejido—. Para, ahora estoy con Morgan.

Aprovecho la distracción para palpar el bolsillo trasero de mi pantalón, pero mi móvil no está. *Mierda. Piensa en algo, lo que sea.*

—De eso nada —vuelve a tocarle el culo—. Vas a volver conmigo.

—¿Para que vuelvas a darme palizas? No, gracias —dice, pero cede a que la pegue a su entrepierna.

—Me sacabas de quicio aposta, Anti, pero eres mi chica. Fuiste la única que vino a verme a la cárcel. —Le besa el cuello.

—Solo soy tu chica cuando quieres mi dinero —se queja, pero sonríe, pone cara de quererse bajar las bragas.

—Y vamos a hacer mucho dinero con esta zorra, ¿a que sí? —Walter se carcajea y Antea también.

Estoy súper muerta.

76

Kían-Lysander



Alejandro ha recibido una llamada de Raphael alertando de un comportamiento extraño en el muelle poco después de toparse con Cleo en el pasillo, quien ha encontrado el móvil de Láhria en el suelo del baño de mujeres. *Uno más uno…*

—Doctor, me temo que tendremos que hacer un aplazamiento —digo quitándome la bata.

—Yo iré con él, Cleo se quedará contigo.

—Ni de puta coña, JL. Muévete.

—Deja que yo me encargue, tú quédate aquí —dice Alejandro, que acaba de alertar a todas las unidades para que se dirijan al muelle.

—Aprovecho para recordar que ponerte nervioso en tu condición puede ser un problema serio —el doctor Stokdeil hace su aportación.

—No hay ni un solo escenario en el que yo no salga de este hospital y vaya a por Láhria. ¿Os queda claro a todos?

—Pero si te desmayas y…

—Como si me muero, JL. ¿A qué cojones te crees que me dedico? A salvar vidas. No voy a dejar a la mujer a la que amo cuando me necesita, así que os apartáis o empiezo a repartir puñetazos.

Mandíbulas apretadas, caras disconformes, pero también aceptación.

—Pues vámonos —dice Cleo que me mira como la puta estrella del arbolito de Navidad.

Llamo a Hayden al llegar al coche. *Tengo una idea. Y voy a usarla para llegar hasta ti, mi amor.*

Es de noche cuando aparcamos en el muelle. La lluvia cae con fuerza. El oleaje es violento. Miro todos los coches patrulla que han llegado: ninguno es oficial, ni lleva la sirena puesta. *Perfecto.*

—¿Cómo sabemos que Lay está ahí? —pregunta Cleo.

—Raphael lo ha visto empujando una silla de ruedas y ese capullo no es famoso por cuidar ancianitas —explica Alejandro—. Aseguraba que estaba más nervioso y peculiar que de costumbre. Merece la pena probar suerte. —Me lanza una mirada—. Tal vez no sea tan mala idea guiarse por las corazonadas.

Pero esto no es una corazonada. Sé que la tiene, que pretende arrebatármela.

Me giro hacia el Ancla Oxidada. Humo negro sale de la chimenea. Lleva diez minutos así, al menos. El olor a plástico quemado se impregna en la ropa, en la lluvia, en todas partes. *No se irá del restaurante ni en mil años.*

John-Luke, se abre paso entre la gente curiosa y amontonada, que intenta averiguar lo que sucede en el interior del restaurante, y llega corriendo hasta nosotros.

—¿Tienes las llaves del barco de Keylah? —pregunta Alejandro.

—Sí, aquí están, toma.

—Perfecto, ¿y Hayden? —Se limpia la lluvia de la cara.

—Ha dicho que estaban al llegar. Ya se oyen las sirenas.

Alejandro no pierde el tiempo y empieza a subir a su equipo al barco Blackwood.

—Eh, quieta ahí Wilson —le corta el paso—. Cleo, tú te quedas en tierra.

—Será una broma.

—Sí, en mis ratos libres soy comediante.

—Mi mejor amiga está ahí por culpa de *mi* madre, Alejandro. ¿Entiendes lo que significan esas palabras?

—No eres policía y ellos dos boxean. Sabrán defenderse. A ti no puedo dejarte subir.

—Antea es una mala madre, una ladrona, una materialista interesada y una mentirosa súper rencorosa, entre otras muchas cosas, pero soy su hija. Y eso me convierte en un arma. De ninguna manera vas a dejarme en tierra. —Cleo lo bordea y va directa al muelle.

Aún no he subido al Blackwood cuando el camión setenta y uno y el de la brigada llegan con las sirenas puestas a petición.

El orgullo me baña entero. *Han venido*. Sacan la escalera, la manguera, todo. Van a montar el escenario perfecto.

Avistamos a alguien en el barco de Morgan, demasiado lejos de tierra firme como para reconocerle. Se vuelve a meter dentro y es entonces cuando los barcos de la buena gente de Saltwater abandonan el muelle. Navegarán más allá, formando una línea infranqueable.

No van a poder huir.

El jaleo no les permitirá oírnos llegar. Todo está preparado.

Espérame, Aurora. Voy a por ti.

77

Láhria



Oigo las sirenas de los bomberos de Saltwater y sé que algo pasa. *No puede ser una coincidencia.*

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera, Morgan?

El mencionado tío con ropa de pescador, entra en su barco cerrando la única salida a cubierta. El ruido pasa a ser lejano y mi agonía crece enjaulada.

—Un incendio en el Ancla. Son los camiones de bomberos.

A estas alturas tengo varias cosas claras. Morgan es un hombre de pocas palabras, con una violencia subliminal digna de un asesino en serie. Al contrario que Walter, que no se calla ni debajo del agua y que es igual de peligroso, pero porque tiene el temperamento de un crío mimado de ocho años. Ninguno de los dos parece tener excesivo aprecio a Antea, a medida que la tensión en el ambiente crece, y eso puede convertirse en un gran problema.

—Tendremos que esperar a que se callen para llamar a Nolan-Kane.

—¿Por qué? —le pregunta Walter.

Antea pone los ojos en blanco.

—Pues porque si no, avisará a su entrometida familia y les dirá dónde estamos —gruñe con hastío—. Qué fastidio. Me haré las uñas.

—No, joder, esa mierda huele super fuerte —dice Walter antes de mover las cejas en su dirección—. Se me ocurren muchas cosas que podríamos hacer con esas manos en el baño, guapa. ¿Qué? ¿Te apetece amenizarme la espera?

Morgan arrasa con todo lo que había en la mesa. Los vasos y botellas que estaban encima, se hacen añicos al estrellarse con el suelo, salpicando cristales y alcohol.

—¿Pero a ti qué te pasa ahora? —chilla Antea sobresaltada.

—Esto no me gusta —dice, se acerca a mí dando pisotones decididos y aterradores—. ¿Es una trampa?

—N-no lo sé… Yo no he hablado con nadie.

Morgan me arrastra hacia Antea y mi cuerpo aún adormilado, se niega a cooperar. Sus dedos me agarran de la ropa y me arranca del suelo como si no pesara nada.

—Antea, ¿nos la ha jugado? ¡Mírala bien, tú la conoces!

—Pero si tú mismo has dicho que es un incendio en el Ancla, ¿qué coño tendrá ella que ver si estaba aquí maniatada? ¡Estás paranoico! —Antea la da la espalda y se enciende un cigarro.

Morgan me suelta, regalando a mi espalda un golpe contra una pared. Una que cede un poco bajo mi peso, y que pronto deja de estar contra mí. *Es una puerta.*

—Eh, si esto es una trampa deberíamos ceñirnos al plan. Matarla, tirar la lancha al agua, hundir el barco y largarnos —dice Walter gesticulando con el maldito arma—. El

cielo ya está haciendo su parte, tenemos que aprovechar la tormenta y hacer la nuestra.

—¿Y el dinero que cuesta mi barco qué? —pregunta Morgan en tono bajo espeluznante, cuchillo en mano—. ¿Lo sacamos de tu parte?

—No me hables en ese tono, viejo, te lo advierto.

Este no tiene instinto de supervivencia.

—Centrémonos, joder —gruñe Antea—. No tenemos dinero que repartir todavía porque ni siquiera hemos llamado al puto Nolan-Kane. Si hundimos el barco ya, los MacAlister le llamarán y no habrá secuestro ni rescate que valga. La necesitamos viva. Al menos por ahora. En cuanto se callen las putas sirenas, lo hacemos.

—No la necesitamos viva, la grabamos y le enviamos un vídeo al Kane ese, ¿qué problema hay? Sujeta un periódico del día y punto. De toda la vida se ha hecho así —propone Walter, el de las mil ideas.

—¿Pero tú eres tonto? —pregunta Morgan mientras asiento—. ¿De dónde cojones quieres sacar un periódico ahora?

—Te he dicho que no me hables en ese tono.

—Si vais a mataros entre vosotros, no pienso frenaros, que lo sepáis. Más pasta para mí. En cuanto a Lay, Nolan-Kane querrá tener una conversación con ella para ver que sigue bien y con vida, que no nació ayer. Dejaos de periódicos y estupideces —Antea se sienta en la mesa, ahora vacía, y sinceramente, no sé a quién le tengo más miedo.

Los perros más peligrosos son los que no ladran y para cuando te quieres dar cuenta, ya te han mordido la yugular. Me arrastro un poco más, consciente de que me tiemblan hasta las pestañas. *Esta probablemente sea la peor idea que he tenido en la vida. Dios mío, no quiero morir aquí.*

—¿Qué ha sido? —Morgan se acerca de nuevo a las escaleras—. Parece el motor de un barco.

—¿Ahora quién es el tonto aquí? —se carcajea Walter—. ¿Quién va a navegar cuando amenaza una puta tormenta?

—No le hagas enfadar, ¿quieres? —susurra Antea—. Es peligroso.

—No más que yo —Walter mueve los labios sin emitir ningún sonido y cuando apunta a Morgan por la espalda, retrocedo los centímetros que me faltan y me meto en el baño.

Es una pena que una mano de uñas rojas llegue hasta la puerta antes de que pueda apoyarme contra ella y cerrarla. La puerta tiene un agujero de bala recién nacido cuando se abre.

—¿Por qué cojones disparas? —ruge Morgan.

—Eso ha sido muy estúpido, niñata. —La punta de la bota de una Antea cabreada se estrella contra mi barbilla y luego contra mis costillas.

Dos veces, hasta que aterrizo de cara contra el suelo. Teniendo las manos a la espalda, mi defensa es nula.

—¡Casi te vuelo la puta cabeza! —la risa de Walter es como un gato comiéndose a un pájaro carpintero picoteando un árbol mientras se muere—. Está claro que quiere morir cuanto antes.

Esa risa me perseguirá en sueños.

—¿Y tú para qué cojones disparas? —pregunta Antea.

—No podía dejarla escapar, Anti.

—¡Es un puto baño, no hay salida! Casi nos dejas sin pasta.

—Nos están rodeando. —Morgan baja las escaleras más inquieto de lo que se ha ido.

—¿La pasma? —Antea me suelta, pero no se aleja ni un paso.

—No, los barcos. Han salido todos del muelle, no queda ninguno allí. Esto no me gusta. —Se pasea de un lado a otro con la vena de la frente a punto de reventar, apretando el cuchillo hasta que los nudillos se le quedan blancos.

—Tío, tío, tío, no puedo volver a la cárcel —Walter entra en pánico—. Antea, me aseguraste que esto saldría bien.

—¡Cállate, ¿quieres?! Ninguno va a ir a la cárcel. Vamos a hacer ya la llamada y acabar con esto de una vez. —Antea tira de uno de mis brazos.

—¿Mamá?

El agarre de Antea se petrifica y Morgan detiene su paseo frenético. *No, por favor, dime que estoy delirando*.

Walter toma la iniciativa y dispara al techo hasta que Antea lo zarandea para que pare. *Grito a pleno pulmón sin emitir sonido alguno*. *Dios mío, Cleo*.

—Ya basta, no desperdicies balas —dice Antea.

—¿Esa es tu hija? —pregunta Morgan.

—¿Cómo cojones ha llegado hasta aquí? —Walter la coge del pelo y la arrincona—. ¿Estás con la policía? ¿Me has vendido?

—Mamá, solo quiero hablar —insiste Cleo, su voz sonando amortiguada desde fuera.

—¡Vete, Cleo! —chillo y en un momento tengo a Walter apuntándome con su arma.

—Vuelve a hacer eso y te vuelo la cabeza.

—Baja aquí —pide Morgan y el relámpago que lo sigue tiene que haber salido de mi corazón.

—No —dice Antea—, no tengo nada que hablar con ella. ¡No te quiero aquí, Cleo! Intentará convencernos para que soltemos a su amiga.

Joder, joder: Antea tiene miedo. Y lo peor de todo es que no soy la única que se da cuenta. Morgan se acerca a la escalera despacio con el cuchillo bien a la vista. *Vete en cuanto lo veas, Cleo, corre*.

—Ya está en el barco —le dice Walter a Antea, restregándose contra ella mientras le clava el cañón de la pistola en el costado—. Lo mejor será que veamos por qué. Además, siempre podemos utilizarla contra tu exmarido. Secuestro doble, dos por uno.

Cleo baja las escaleras con las manos alzadas y entra en la estancia como si no fueran tres delincuentes peligrosos sino un par de chuchos alterados. Me asfixio en un mar de impotencia. Morgan tira de ella los últimos escalones y por poco pierde el equilibrio.

—No la toques —ladra Antea.

Morgan la empuja a mi rincón. Estoy viviendo mi peor pesadilla. El horror me inunda los poros. *¿Quién ha tenido la genial idea de hacerla bajar aquí? ¡¡Alguien tiene que perder su maldita placa!!*

—No puedes salvar a Lay, ¿me oyes? —Antea le da un empujón a Walter para quitárselo de encima, luego chasquea los dedos—. Piérdete y no vuelvas.

—No he venido para sacarla de aquí. He venido a daros una información que os interesa —Cleo baja las manos y también la mirada, hasta que encuentra la mía—. La policía está aquí, en el barco, en los que rodean a este. —Busca a su madre—. La única manera que tenéis los tres de salir vivos de esta es si os rendís y dejáis que os detengan de forma pacífica.

Morgan da un bofetón a Cleo, mueve la mano del cuchillo y lo clava en la pared

contra la que estoy apoyada. El movimiento del mar la ha desequilibrado y la ha hecho caer encima de mí, salvando su cabeza del filo sin siquiera ver lo que acaba de pasar.

—¡Me prometiste riqueza, Antea! —grita Morgan antes de arremeter contra su barco y cargarse todo cuanto pille.

—¿Voy a volver a la cárcel por culpa de estas dos niñatas? ¿Porque tu puta hija no supo acatar órdenes? —Walter recorre la escasa distancia que nos separa y mi vida pasa en diapositivas.

Kían, Nolan, Nina, Keith-Jakaris, Ridelmunt, Lora, Mountville, Londres, *Cleo*. *Está delante de mí*. Es imposible que falle a esta distancia. Aunque solo le quede una bala, una de las dos no lo cuenta.

Jamás hubiera podido imaginarlo. Se mueve deprisa y se pone delante del cañón del arma justo antes de que suene el disparo. La bala entra en su cuerpo, en vez de en el de su hija, pero no lo abandona.

Antea nos salva, justo después se desploma.

78

Kían-Lysander



Estamos en el barco de Morgan, los cuatro y una docena de policías. Parecería una tarea sencilla, pero no lo es.

—Cleo no puede entrar ahí sola —digo en susurros con las sirenas taladrándome los tímpanos desde lejos.

—Si entramos ahí abajo no hay seguridad ninguna de que no maten a Lay en cuanto nos vean —dice Alejandro—. Hay que hacerlos salir de una forma u otra.

—No me parece una buena idea —dice JL.

—¿Tienes otra? ¿Y si montamos una mesa y nos ponemos a discutir cuáles son nuestras mejores opciones? —susurra Alejandro con la vena del cuello a punto de reventarle del cabreo.

—¿Mamá? —dice Cleo.

Me cago en la puta.

—¿Todo bien? —Nos susurran a gritos desde otro barco cercano.

—¡Cállate, Barry! —su mujer Olivia, que cocina siempre que está nerviosa, le arrea con el mortero.

No oigo nada más que el tambor constante de mi corazón.

—¡Vete, Cleo! —la oigo gritar.

Está viva. Voy a arrancarles la cabeza a todos los que haya ahí abajo, nadie volverá a apartarla de mí.

—Baja aquí —pide Morgan.

Cleo obedece y yo comparto una mirada con mi hermano cuando segundos después oímos jaleo dentro. Entendemos poco o nada. El sudor de mi frente se mezcla con la lluvia y la marea va a acabar tirándonos por la borda.

Sé seguir órdenes, sé trabajar en equipo. Alejandro debía entrar con uno de sus mejores hombres primero, ese era el plan.

Pero entonces oigo el disparo.

El mundo entero se congela. El sonido se estrella contra mi pecho, me atraviesa a mí. *Láhria. Me la han arrebatado.* Algo se desconecta en mi cabeza. Me imagino la vida apagándose de sus preciosos ojos azules. Me imagino que me lo quitan todo y me quedo sin nada. Me muevo rápido. Antes de que alguien pueda detenerme. Me apostaría todo cuanto poseo a que quien me sigue es JL.

Pasan demasiadas cosas a la vez. Veo a Antea Wilson, está en un charco de sangre y tiene mala pinta. Cleo está en shock e intentando desatar la cuerda que deja a Láhria con las manos a la espalda. *Sigue viva.* Veo a Morgan y no hay palabras suficientes para expresar las ganas que le tengo, pero el de la pistola está muy nervioso y cerca de ellas.

Me acerco a Walter por la espalda. Le doy la vuelta. Mis nudillos conectan con su

mandíbula. Una vez. Otra. Repito el movimiento contra su estómago más aterrado y furioso de lo que he estado nunca. El arma de Walter se dispara, pero falla. Ni siquiera levanta el cañón.

Agarro su muñeca con todas mis fuerzas. No pienso soltarlo. No pienso darle una jodida oportunidad. Se resiste lo bastante como para volver a disparar y no clavar la bala en el suelo. Estoy a punto de quitarle el arma cuando me da un cabezazo que me obliga a soltarlo.

El dolor es un fogonazo insoportable. Pasa de cero a cien. *Sé lo que viene ahora, lo noto. Voy a perder el conocimiento*. Intento buscarle a tientas, pero su puño impacta contra mi sien. Me doblo sobre mí mismo. Veo el cañón del arma apuntándome con la visión periférica.

Un segundo después oigo el disparo.

Caigo al suelo junto a un charco de sangre. No es mía. Todo se vuelve borroso. La que he oído no ha sido la pistola de Walter. Veo a Morgan, también en el suelo.

¿Y ella? *Si ella no está bien, no podré soportarlo.*

—¡Kían! —Su voz me encuentra en mitad del caos.

Mi cuerpo pesa como si me estuviera hundiendo en el agua. Las sombras lo engullen todo.

Lo siento, Aurora.

79

Láhria



Siete semanas después

El verano se huele en el ambiente, se ve en lo que resplandecen las flores silvestres bailando al compás de la suave brisa. Camino por el cementerio de Saltwater con mi ramo de lirios en la mano y lo hago acompañada por mi familia: Cookie. Sigue tan adorable como el primer día, como si el tiempo no hubiera podido tocarla.

El peso en mi pecho se hace más denso a cada paso, pero lo achaco a que este lugar es un imán para la tristeza. Lo cierto es que yo ya estoy bien. He conseguido pasar página.

A veces tienes que aceptar que la vida tiene planes muy diferentes a los tuyos. Exhalo al llegar frente a la lápida y detengo mis pasos. Leo las dulces palabras que fueron escritas en su nombre aunque ya me las sé de memoria. «Aquí yace Antea Wilson».

—Te deja sin palabras, ¿verdad, Cookie?

Antea fue enterrada en Saltwater por decisión de Cleo. Quería recordar lo último que hizo en ese barco y creía que si la enterraba en Mountville, solo recordaría *tooodos* los demás momentos horribles que vivieron juntas.

—Fuiste una bruja, pero si Cleo y yo estamos vivas es gracias a ti, así que eso. Gracias. También es verdad que de no haber planeado mi secuestro, Cleo no habría estado a punto de morir, ni yo tampoco, pero oye, fijo que estás en el infierno, así que vamos a dejarlo en tablas. —Dejo las flores frente a la lápida—. Te he traído lirios porque siempre decías que eran muy vulgares. Que los disfrutes.

Algunas ramas crujen a mi espalda y me giro sobresaltada.

—Perdona, no quería interrumpir tu charla de fantasmas —una sonrisa amplia y armada con hoyuelos me atraviesa el corazón cual flecha de cupido.

Kían.

—¿Qué haces aquí? ¿Has terminado la maleta? Nos vamos a Mountville enseguida.

—Por eso venía —saca su móvil y me enseña la pantalla—, ¿tú has visto qué hora es?

Pego un grito y miro mi reloj. Vivir con el hombre de mis sueños hace que me olvide de que sigue en mi muñeca montones de veces. Pero oye, lo estoy disfrutando.

—Dios mío, ¡tenemos que irnos o perderemos el avión!

—Ya he llamado al taxi, llegará en cinco minutos. Antes de irnos me gustaría hacer algo, si te parece bien.

—Vale.

—No hace falta que pongas la mano en mi corazón cada vez que no sabes por dónde voy, ya estoy curado, además la que está nerviosa eres tú.

Todavía recuerdo a Alice calmando a sus hermanas en el hospital, «no os preocupéis,

Kían estará bien». *Ella también está curada.*

—Mi amor, voy a estar preocupada toda mi vida, va con lo de amar locamente a alguien. Uy. Uy, esa mirada es peligrosa. Lysander —me muerdo el labio—, sabes que nunca te digo que no, pero creo que voy a plantarme porque la idea de hacerlo en un cementerio es un poco… —Me besa y dejo de hablar.

—Ven conmigo. —Me da un tirón y Cookie nos sigue.

—¿A dónde?

Caminamos hasta otra tumba. Una no muy lejana, de una mujer a la que quiso muchísimo y que me encantaría haber tenido la oportunidad de conocer.

—Lana Stapleton fue el verdadero amor de Ewan MacAlister, pero nunca estuvieron juntos. Ambos estaban casados, eran otros tiempos y además estaba la diferencia de edad… ella era diez años mayor y no hubiera estado bien visto —dice apretando su mano mientras doy gracias por la época en la que vivimos—. Perdí la cuenta de las veces que deseé que fuera mi madre, pero en ciertos aspectos, lo fue. Por eso llevo guardando esto veintiún años.

Elegante, fino, con pequeños cristales brillantes rodeando uno central más grande. Mi corazón se sacude, se estruja, se contrae y tiembla.

—¿Un anillo? —jadeo, *es precioso*.

—Me lo dio el día que murió mi padre. Dijo que debía usarlo como anillo de boda. Creí que estaba loca, yo no iba a casarme nunca y cualquier persona de Saltwater podía confirmarlo. Años más tarde, supuse que lo había hecho para darme esperanza de un futuro mejor, para que no entrara en una espiral oscura tras haber perdido a un referente al que tanto admiraba y quería. Pero cuando te conocí, entendí la verdadera razón por la que me lo dio —acaricia mis manos y me acaricia entera con la mirada—. Stapleton siempre creyó en mí. Estoy seguro de que sabía cuál era mi verdadero sueño en la vida, incluso antes de que yo me lo reconociera a mí mismo. Y este anillo demuestra que me creía capaz de conseguirlo. —Hinca una rodilla en el suelo.

—Dios mío.

—Así que me disculpo por pedirte matrimonio en un sitio como este, pero necesitaba que ella estuviera presente. —Sonríe y suplica—: Mi amor, por favor, no llores.

—No estoy llorando.

Se le escapa una carcajada cargada de emoción del pecho y a mí un sollozo.

—Mi querida y mentirosa Aurora, no soy un hombre dado a las palabras y no encuentro ninguna que refleje lo que supondría para mí una vida a tu lado, pero cada vez que mires este anillo quiero que recuerdes mi promesa. El tiempo que dure mi corazón reparado y fuerte, va a ser tuyo. Yo lo soy. Te daré todo cuanto tenga, porque eres todo lo que mi corazón suplicaba en silencio. Eres mi sueño. Láhria Daughbeth Taylor, mi amor, la chica de los mil nombres, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Sí! ¡Síiiii! —Me dejo caer frente a él y le beso porque si no explotaré de las ganas.

Me rodea entre sus brazos y me replanteo todo lo del sexo de cementerios.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad quieres casarte conmigo?

—¡Kían! ¡Por supuesto! —me lanzo encima suyo. *Adiós a lo de no llorar*—. Te voy a cuidar, a amar, a dar todo cuanto anheles, Kían. El resto de mi vida.

Si a él le faltan palabras, a mí me faltan besos.

Acaba cogiéndome en brazos y sacándome de allí él mismo para que no perdamos el avión. Eso sí, sin separar nuestros labios.

Por supuesto Daisy y las niñas están invitadas a la despedida de soltera de Cleo, así que nos rencontramos con la familia al llegar al aeropuerto. Es una suerte que haya alguien vigilando nuestras maletas cuando Kían y yo nos perdemos por allí y por allá.

—¿A quién se le ocurre declararse justo antes de estar rodeados de gente? —le dice John-Luke a su mujer por lo bajo cuando nos ve llegar rojos, acalorados, despeinados, un tanto avergonzados, pero *muy* felices.

—Lo de «el momento perfecto» siempre ha sido mi asignatura pendiente —dice Kían.

Le miro incrédula. *No se da cuenta de que ha sido del todo perfecto, Stapleton, pero yo se lo haré ver.*

El plan era dormir un poco en el avión, pero al final no se tercia. Que descansen los muertos, los recién prometidos queremos fiesta. Volvemos a nuestros asientos en mitad del vuelo y si comete la locura de volver a besarme la mano de forma tierna, no respondo.

—¿En qué piensas?

—En que deberíamos decidir dónde vamos a vivir.

—Decídelo tú, Láhria. Mountville o Saltwater, yo iré donde tú estés.

Eso no puede ser, porque Kían ya no es bombero. No puede trabajar en cualquier parte, tiene que hacerlo en Saltwater. Verás, desde que metieron a Braxton en la cárcel por una larga carrera llena de corrupción y otras ilegalidades, su puesto quedó vacante. *Adivina, adivinanza…* Pfff, todavía recuerdo la noche que me lo dijo:

«—No puedo seguir entrando en edificios en llamas.

—¿De qué estás hablando? —pregunto quedándome a medias de cortar un aguacate.

Tira de mí y nos lleva a un sofá que sigue siendo demasiado pequeño para Sr Montaña.

—Quiero vivir. Quiero una vida larga a tu lado, quiero hacerme viejo contigo y cuidarte hasta mi último aliento. No quiero la vida que Cameron le ha dado a Philipa para ti, quiero darte algo mejor.

—¿L-lo dices en serio?

—Más que nunca. Hayden me ha hablado de una vacante en el ayuntamiento. Allí podría ayudar a inocentes del cuerpo de bomberos que no han recibido un trato justo. Podría reabrir casos antiguos y luchar para que de ahora en adelante malnacidos como Braxton no consigan hacer daño a la gente buena de Saltwater».

Después de que los trapicheos de Dhorothy salieran a la luz, los intentos de Raylan por salvarla fueron inútiles. Aunque sí es cierto que la colaboración de Dhorothy con la policía, que acabó hundiendo más la carrera de Braxton, rebajó en algo su condena.

Raylan perdió su trabajo y fue disciplinado, por supuesto, y Kían no le cogió ninguna de las dos llamadas que le hizo su último día en Saltwater. *Si es listo, no volveremos a verle.*

Una vez se descubrió que quien había pagado a Wyatt había sido Winifred, se rastreó de dónde había sacado ella la pasta y su vínculo con Braxton fue evidente. Resultó que él le había prometido un puesto fijo en el parque setenta y uno a cambio de que lo ayudara a hundir a Kían. Imagino que ninguno contaba con que Jane podría demostrar que no fue su mano, si no la de Winifred, la que estaba detrás de muchos de los errores que causaron su suspensión. *Chúpate esa.* Winifred perdió la licencia de paramédica, *pooobre.* Eso sí, ganó una pequeña *suite* en la cárcel por la vida inocente que arrebató y

creo que le gusta, porque no ha salido. Y no lo hará en una larga temporada.

Un beso en la frente de Kían me trae de vuelta a la realidad.

—No hace falta que lo pienses ahora, Láhria, tenemos todo el tiempo del mundo.

—No me has entendido, me refería a en qué casa vamos a vivir porque el acantilado frente a la tuya sigue dándome taquicardias. ¿Cómo vamos a irnos de Saltwater después de que haya conseguido trabajo como terapeuta en el parque setenta y uno? Voy a estar muy ocupada ayudando a bomberos a lidiar con malos tragos.

—¿Lo has conseguido? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Esta mañana. —Me echo vaho en las uñas y las limpio en mi camiseta—. Ayudé a Alice MacAlister a librarse de sus migrañas, mi currículum es alucinante, no han podido resistirse.

—¿Entonces… Saltwater?

Me muerdo el labio, pero no contengo la sonrisa.

—Saltwater.

Llegamos al paraíso. Daisy sale disparada hacia la mayor y mejor villa del resort, pero yo necesito hacer una parada antes. Tiro de su mano y bajamos al pueblo. Quiero enseñarle cada rincón, contarle cada recuerdo feliz para que también sea suyo.

—Guau, debes quererme mucho para dejar esto atrás. Empiezo a pensar que estás chiflada.

No se me borra la sonrisa. Llegamos al aparcamiento y Watson trota hasta nosotros. Le hago mimos, pero se interesa más por Cookie. No me lo tomo a pecho. Entramos en el local ignorando el cartel de «cerrado por fiesta personal». Abrirá por la noche y solo a un grupo muy selecto. El olor a aritos de cebolla crujientes me transporta a mi infancia. Una mujer terca, que no debería estar trabajando, sale de la cocina y llega tras la barra. Sus pasos se frenan cuando sus ojos nos encuentran.

Me llevo la mano al colgante. El ambiente se crispa con una magia digna de hadas. Lo mira a él, me mira a mí y dejo de respirar.

—Vaya, parece que el correo viene cargadito hoy.

—Traigo a el mayor de los regalos conmigo —me trago el nudo en la garganta—, ¿puedo presentártelo oficialmente? Han pasado muchos años desde la última vez.

—Tienes que pedirle a la vida lo que quieres, LayLay…

—Si no, te dará lo que le sobra —termino y ya estoy al borde de las lágrimas.

Sus facciones llenas de arrugas se relajan y le sonríen los ojos. Ridelmunt extiende la mano hacia Kían.

—Tú debes de ser el regalo.

—El regalo es ella, yo solo soy Kían-Lysander.

—Ya me gustas, Kían-Lysander. Soy Mary Ridelmunt.

—Es un placer volver a verla.

Mi abuela me lanza una mirada y dice:

—¿He de suponer que esa ropa es demasiado refinada para que vengas a darle un abrazo a tu abuela?

Me lanzo a sus brazos y vuelvo a ser una cría que se muere de ganas de contarle todo lo que ha pasado hoy en el colegio.

—Eso nunca.

Se carcajea.

—Mi nieta ha vuelto. Esta vez de verdad.

Pienso que debe tener poderes para saber todo lo que me ha pasado con un solo abrazo y luego me doy cuenta. *Es Ridelmunt, claro que tiene poderes*. Se vuelve hacia Kían y es gracioso cómo le mira, como quien se sienta en primera línea de un cine y tiene que mover la cabeza para no perderse detalle.

—¿Sabes secar vasos, Kían-Lysander? —le pregunta ofreciéndole uno.

—Es una de mis especialidades. —Se acerca con su encanto natural y coge un trapo de la barra.

—Pues ayúdame con estos mientras me cuentas lo maravillosa que es mi nieta.

—Esa es mi especialidad número uno.

Cleo me envía un mensaje de SOS cuando estamos a punto de llegar a la villa de mis padres. *Me pregunto si alguna vez llegaré a abrazar a mi madrastra*. Pasamos de largo la villa de Lora y entramos en la que el resort les ha cedido a los futuros novios.

—¿Cleo, qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Es tu vestido? ¿Le ha pasado alg-?

—¡Cuidado! —La advertencia llega tarde, resbalo y caigo de culo a un mar de purpurina.

Yo la mato.

—¿Esta es la emergencia? —pregunto mirándome las manos, en especial la del anillo —. ¿Qué ha pasado?

—Sé que la despedida de soltera empezará aquí, porque es lo único que me has querido contar, y quería dejar el salón bonito, pero se me han caído los botes y ahora tengo purpurina hasta en las pestañas.

Es una sucia mentira, no empezará aquí. Todo el pueblo está implicado en la despedida. Empezaremos por un desayuno en el Boogie, luego pasaremos la mañana relajándonos en las aguas termales y bebiendo mojitos. Por la tarde habrá tarta, juegos en la playa, música, bailes y al llegar la noche un Flashmove en las piscinas del que Josh será la estrella principal. *El día que aceptó, tuve la certeza de que era el indicado. ¡¡No puedo esperar!!*

—Respira, Cleo.

—No me ha dejado ayudar porque dice que interferiría en la dinámica ambiental de la despedida y no, no sé qué quiere decir con eso —explica Josh, que ya ha aceptado su destino en manos de una Wilson—. KL.

—Josh.

Me encantan como se saludan. Parecen dos shérifs del lejano oeste amigos que se limitan a inclinar el sombrero al pasar por el pueblo del otro.

—Siento haberte hecho venir nada más llegar, estas preciosa y te quiero. ¿Te he dicho que te quiero? Por favor, no dejes de ser mi dama de honor.

Me arranca una carcajada. *Eso nunca*.

Mientras ellos salen al jardín con una cerveza, yo me dedico a tranquilizar a mi mejor amiga que en realidad, solo está nerviosa porque queda una semana para el mejor día de su vida. ¿Y cómo lo hago? Distrayéndola.

—¿Puedo enseñarte algo? —pregunto cuando sé que no queda purpurina en el suelo porque la tengo toda encima.

—¿Es a cómo dejar de ser torpe? Porque me vendría de perlas. ¿Por qué me enseñas tu mano? *Láhria* —se lleva la suya al pecho—. Espera, no voy a flipar todavía. Explícate. ¿Qué es esto?

—Estoy prometida.

—¡¿Estás prometida?! —grita.

—Shhhh, no quiero que Lora se entere antes de que les cuente la noticia a mis Taylor.

—¡¡¡Laaay!!! —me estruja contra ella, reímos, lloramos, acabamos cayendo de culo en el suelo impregnadas de purpurina, luego me separa y con una expresión muy seria, me coge de los hombros y pregunta—: ¿Quieres casarte el mismo día que yo? ¿Quieres que tengamos una boda doble?

—Ni hablar, es tu turno. No pienso colarme.

—¿Y cuándo vas a casarte? ¿Al día siguiente?

—Esperaré a que vuelvas de tu luna de miel. Esperaré a que todos tus festejos terminen, solo entonces empezarán los míos.

—Acabas de darme un motivo enorme para que me muera de ganas de volver de mi luna de miel. —Pone cara de susto—. No le digas a Josh que he dicho eso.

Se me escapa una risa llorosa. Últimamente no tengo de otras.

—Descuida.

—Después de mi luna de miel.

—Sip.

—Láhria Daughbeth Taylor MacAlister. Guau.

—Con el cuarto apellido me regalan un castillo en las Azores.

Quedamos para cenar juntos más tarde y cuando por fin pasamos de largo los setos con rosas de un rojo intenso, veo a cierto adolescente en una tumbona frente a la piscina, con la cara pegada al móvil. Me acerco por detrás y susurro:

—¿Cómo estás, hermanastro?

—¿Lay? —Se levanta tirando el móvil al suelo y luego me levanta a mí en un abrazo.

—Dios, ¿desde cuándo te has vuelto tan fuerte? ¿Seguro que tienes quince años? —Me separo para echarle un buen vistazo—. Pero qué guapo estás —*puedo entender por qué esos ojos lima son la perdición de todo Mountville, guau.*

—Te he echado de menos. O sea, no lo he hecho, soy un tío. Ya me entiendes.

—Me sorprende que entre todos tus actos vandálicos y rebeldes hayas tenido tiempo siquiera de pensar en mí.

—Apenas lo he tenido.

—¿Cómo están Dareth y Ash? ¿Siguen siendo un peligro?

—No serían mis hermanos de lo contrario.

Yo tengo a Cleo y él tiene a esos dos delincuentes. Me alegra que, aun así, dejemos un hueco especial en nuestras vidas el uno para el otro.

—¿Cómo te va KL? ¿Todo bien? —pregunta abrazando también a Kían.

Se vieron tras su operación de corazón. Mi hermanastro vino al hospital junto con todas mis tías, sus maridos e hijos. Nos llevamos una buena bronca por meter a tanta gente allí dentro. Fue precioso.

—Como nuevo, igual que tu tatuaje.

—¿Qué tatuaje? —pregunto ojiplática.

—Tatuaje *secreto* —le lanza una mirada que no surge el efecto esperado en su receptor.

—Vamos, tenemos que darle una noticia a tus padres —dice tirando de Keith hacia la casa sin olvidarse de coger mi mano.

Hay una razón por la que las pequeñas MacAlister no están en la villa y es que John-Luke, tan sabio como siempre, sabía que no se podrían callar la noticia. Así que cuando

entramos en casa, Nina está solo con Daisy en el sofá y mi hermano está en la cocina fingiendo que no babea por su mujer mientras prepara algo que parecen mojitos de fresa.

—Cuánto he echado de menos esa voz —admito y Nina se gira hacia la puerta como si fuera un fantasma de otra época que ha llegado para concederle tres deseos.

Es una exagerada. No me creo la suerte que tengo.

Un segundo después, la realidad cae sobre su cara y se enfurruña.

—Anda, pero si resulta que no hay un campo de fuerza invisible que te impide entrar en esta casa. *Tú* casa. —Se cruza de brazos—. ¡Hace dos semanas que ibas a venir a vernos! ¡Dos! —Se frena con la mano aún en el aire alzando dos dedos, mira a Daisy y pregunta—: ¿He sonado tan a mamá como creo?

—Cien por cien Victoria Daughbeth, sí. —Daisy empuja a Nina en mi dirección y ella se olvida del cabreo con la facilidad con la que lleva haciéndolo toda mi vida.

Nina me abraza y vuelve a ser la persona que convirtió esta villa en un hogar después de años de trágica ausencia. *Vuelvo a tener diez años y a no creerme del todo que estoy despierta. No entiendo cómo una princesa caída del cielo me ha pedido ser mi madrastra, justo después de preguntarme si puede casarse con mi hermano, porque resulta que lo quiere a rabiar.*

—¿Cómo estás, KL? —Nolan, que tiene devoción por mi prometido, aprovecha el momento para saludarle con esos golpes en la espalda con los que los tíos muestran afecto.

Digamos que cuando supo que Kían había salido del hospital con su corazón a punto de rendirse, con tal de intervenir en los planes de Antea y salvarme la vida, se quedó prendado. *Es difícil no enamorarse de él, te lo digo yo que no he podido resistirme.*

—Tienes que contarme todas tus novedades, quiero oírlo todo. Mañana es el día de Cleo, pero esta noche es de las dos.

—Me encanta la idea.

—Tenemos que ponernos al día con tu nueva vida en Saltwater y con todo lo que… —Nina, que me ha cogido las manos en un gesto de cariño, deja de hablar en cuanto lo nota, su mirada cae directa al anillo.

Sus ojos verdes se alzan rápido hasta los míos y no puedo evitar la reveladora sonrisa.

—Voy a casarme.

—¿Vas a…? ¿Mi niña? —Nina abre el grifo y ya no hay quien lo cierre.

Daisy se une al segundo abrazo y como no, también al llanto. *Pues ya estamos todas.*

—¿Al final ha sido en el cementerio? —oigo preguntar a mi hermano.

—Sí, tal y como te conté.

—Buena elección, KL. Bienvenido a la familia.

Epílogo

Kían-Lysander



Julio.
Boda MacAlister.

Estaba haciendo ejercicio en el ático de la mansión, abdominales para ser exactos, tumbado en el suelo. Entonces ha venido ella, se me ha sentado encima con su libro y ahora está apoyado en mi pecho.

—¿No has sido tú la que ha dicho que no ibas a tener tiempo de terminar de leer el interesantísimo libro de psicología antes de empezar con la preparación de la boda?

—Ya, pero te echaba de menos. —Se inclina, me da un rápido beso en los labios y solo con eso ya la tengo dura—. Tú sigue haciendo abdominales, no te cortes.

—Será una broma.

—Último subapartado —empieza a leer—. Síndromes y efectos comunes. Síndrome de Diógenes inverso: personas obsesionadas con tirar absolutamente todo.

Acaricio los valles y las curvas de su cuerpo. Meto las manos bajo la fina camiseta blanca con tulipanes rosas y encaje. Rozo su pezón, lo pellizco y amaso sus pechos. Láhria se roza contra mis abdominales volviéndome la sangre de lava. Un segundo después me da un manotazo.

—Estás haciendo ejercicio.

—Sí, justo ahora acabo de quemar mil calorías. *—¿Me volverá a pegar si le pido que se corra en mis abdominales?*

—¿Vas a obligarme a irme? Te echaba *mucho* de menos —pone morros.

—Puedes tenerme cuanto quieras. —Bajo su camiseta de pijama exponiendo sus pechos y la polla me da una sacudida.

La acaricio y hasta me deja inclinarla hacia mí lo suficiente como para que sueñe con tenerlos en la boca. *Lo que mi lengua haría si me dejara.*

—Pero necesito leer —se yergue de nuevo—, tengo que escribir un email a mi jefa de departamento sobre esto.

—Podrías empalmarme solo con estar en la misma habitación, ¿y tú pretendes que haga ejercicio como si no estuvieras encima de mí?

—Vale, me cambio —se sube la camiseta y se recoloca. Creía que dejaría de tenerla encima, pero lo único que consigo es que me dé la espalda—. ¿Contento?

Gruño. *Contento dice.* Ahora tengo su culo y está demasiado cerca de mi cara para que me pueda concentrar en lo que dice y no en correrme o hacer que ella se corra, o cualquier cosa mínimamente relacionada con hacerle perder los papeles a mi prometida.

—Síndrome del impostor: gente buena en algo que no se cree suficiente.

—Yo sí que no me creo lo suficiente: suficientemente fuerte —acaricio la piel de sus piernas, de sus caderas.

—Eso, Lysander, es lo opuesto al efecto Dunning-Kruger.

—¿El qué de quién? —pregunto enredando las manos en su pelo, que le ha crecido un montón.

—Efecto Dunning-Kruger: las personas menos competentes suelen creer que son las más competentes. Tú, mi amor, puedes aguantar mucho más que esto. No te subestimes.

Agarro sus caderas y la deslizo por mi cuerpo hasta que su centro caliente, húmedo y prometedor cae encima de mi erección. *Joder, sí.*

—Igual tienes razón, sigue leyendo —pido meciéndola contra mi longitud.

—El síndrome de… de Capgras —carraspea y el siguiente roce lo propicia ella, bien profundo—. La persona cree que alguien cercano ha sido reemplazado por un impostor idéntico. Básica-aah-mente "tú no eres mi perro, solo te pareces".

—Fascinante. —Le inclino la espalda, ella se apoya en mi pierna con una mano curvando el culo, propiciando el roce—. ¿Más?

—Síndrome de Deja Rêvè: la persona siente que ya soñó lo que está viviendo.

—No me importaría soñar con esto todas las noches. Estás empapada, Aurora, lo noto. —Y palpitando, igual que yo.

—Imaginaciones tuyas.

Siempre discutiéndomelo todo. La muevo lo mínimo. Libero mi erección y, aprovechándome de lo fino que es su pantalón corto, dejo que mi glande toque justo en su clítoris. Se lleva una mano a la boca para ahogar un grito.

—Solo me quedan dos más.

—Adelante, lee cuatro —pero no coge el libro, solo se mueve, empieza a temblar.

—Eh, tú no me mandas.

Aparta su pantalón y me hundo en sus pliegues. *Dios.* Casi necesito un corazón nuevo. Láhria se cierne sobre mí, sus paredes me aprisionan, me hacen suyo. Le separo más las piernas, estoy en una mina de oro y quiero recorrer has el último rincón. Entonces se agarra a mis cuádriceps, y al inclinarse, se penetra hasta el puto fondo.

—Jod-der. —Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez, no voy a durar nada.

—Kían —gime, se sacude.

—Láhria.

—Llevamos toda la mañana… *así.*

—Bienvenida al resto de tu vida —tiro de su camiseta para liberarle los pechos.

Puede que no los tenga en la cara como me gustaría, pero imaginármelos con cada vaivén es suficiente como para volverme loco. *Huele tan bien.* Su miel empapa mi erección a medida que entra y sale. Le amaso el culo, la aprieto contra mí, la arrastro fuera para volver a estar dentro un instante después.

Su orgasmo llega y me atraviesa entero.

Es tal la intensidad que no puedo frenar el mío. Me corro dentro de ella cual novato. *Qué vergüenza.* Me doy cuenta de que voy a estar luchando conmigo mismo el resto de nuestras vidas para que tenga algo de tiempo para sí misma. *¿Dónde hay que firmar?*

Jadeante, se aleja de mí un palmo o dos, dejándome contra su culo. La veo inclinarse y coger el libro, y me siento mal por ella.

—Lo siento, Lay.

Me mira por encima del hombro. Una sonrisa peligrosa tira de sus labios cuando dice:

—No lo sientas, ya había acabado el libro.

—*¿Cómo?* —mi voz suena diez octavas más grave.

—Me has hecho una cuadrícula planificando la tarde y la noche del día de mi boda, Lysander. ¿Qué esperabas? ¿Que no te atacara?

Se larga a la ducha tan deprisa como puede, pero no hay lugar en esta casa en el que pueda esconderse de mí.

Tal vez existan personas en el mundo que considerarían absurdo que, antes de una boda, algunos de los invitados se reúnan para comer. *Pero no lo sé, porque no invitamos a esa clase de personas.* Las tías de Láhria, mis hermanos y sus respectivos cónyuges e hijos, nos reunimos en el Ancla Oxidada con el resto de la familia.

—¿Hace falta algo más de beber?

—Keylah, siéntate, ya lo cojo yo —dice JL.

—Niñas, a la mesa —pide Daisy.

Alice y Leia Diago, de nueve años, dejan de ponerle margaritas y girasoles en el pelo a Láhria y corren hasta sus asientos. Me quedo tonto unos segundos. Sin querer, le tiran la servilleta al suelo y cuando le traigo una limpia, me acerco y le susurro:

—¿Puedes dejarte el pelo así para la boda?

Se carcajea.

—No lo sé, ¿vas a estar tú en esa boda de la que hablas?

La beso y un coro de «ewww» nos llega de los renacuajos más cercanos.

—Eh, que van a casarse, esto viene con ciertos privilegios —dice Cleo mostrando su anillo.

—¿Podéis contarnos otra vez cómo os conocisteis, Amy?

—Calíope, hija, que se lo pides cada vez que la ves —le reprende Keylah.

Amy accede empezando por la anécdota de la piscina. *Cada vez que la cuenta, la piscina es un par de metros más profunda.* Mientras Levi-Ryan le explica a JL lo último que ha hablado con Alejandro, sin dar muchos detalles, me percato de algo que ocurre al otro lado de la larguísima mesa.

El hijo de Amy, sentado junto a Katy Vojak, mira a Ayris como si fuera el mar tras haber vivido toda su vida en el desierto. *Y lo es, Ayris es el mar, el cielo y la tierra, pero me preocupo precisamente porque él se dé cuenta.*

—¿Eso lleva pasando desde que dejé de asistir a las cenas familiares? —pregunto dirigiendo la mirada hacia la MacAlister y Zane-Ryder Vojak.

Es dos años mayor que Ayris, y fue adoptado cuando tenía siete, eso es todo cuanto sé y recuerdo.

—Ohhh, ya lo creo que sí. Voy a tener que ponerte al día, mi amor.

—¿Qué tal si me haces un resumen ahora mismo?

—Claro: cuando sean mayores se casarán. Puede que ni esperen a hacerse mayores. Te estás quedando pálido. ¿Quieres vino?

—Quiero cambiarle el sitio a ese crío. O mejor aún… ¡Aquiles, ¿puedes…?!

—Pasarle el agua, cielo. Gracias —Lay tira de mi camisa—. De entrometerse nada. Tú imagínate que somos nosotros, con su edad. —Vuelvo a levantarme y se carcajea—. Vale, vale, mal ejemplo.

—Esto no me hace ninguna gracia. Es Ayris de quien estamos hablando.

—Ay, *tito Kían*, estas niñas tan guapas te van a dar una adolescencia muy sufrida —se inclina y me susurra—. Imagínate si lo primero que tenemos nosotros acaba siendo una

niña.

La idea me hace tanta ilusión que con mucho gusto les construiré una torre y la custodiaré día y noche para que sean felices y vivan alejadas de todo peligro Vojak, o del tipo que sea.

—Uy, miedo me da esa cara. Mira, te lo digo bien clarito desde ya, Lysander. Tendrás que pasar por encima de mí para impedir esa clase de magia.

Gruño para mis adentros, *vale, gruño bastante alto,* pero cedo.

—Si alguien puede conseguir que eso me parezca bien, eres tú.

—Me alegra de que lo pienses porque mi vestido de boda es espectacular —baja más el tono—. Y el de la luna de miel es mejor: absolutamente nada.

Por favor, que sea mía ya.

Puede que estemos en el restaurante de Raphael, pero ni de coña vamos a hacer que ellos sirvan nada. Eso se traduce en que Alex, JL y yo casi no tenemos el culo pegado al asiento.

Cleo me corta el paso cuando voy con platos vacíos mientras JL sirve algunos con más comida, ignorando lo llenos que están nuestros invitados.

—Sé que soy un tío guay, pero lo de atravesar a la gente no se me da bien.

Me coge uno de los platos y lo lleva a la cocina haciéndome un gesto para que la siga.

—¿Que te…?

—Lo siento —interrumpe.

—¿El qué sientes?

—Lo que te dije. He querido disculparme más de un millón de veces, pero no he sido capaz porque cada vez que pienso en las cosas que te dije cuando rompiste con Lay… —se le contrae la cara—. Estaba muy equivocada contigo, MacAlister.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano para que así fuera, Cleo. Pasó lo que buscaba que pasara.

—Aun así, lo siento. Eres todo lo que deseé para Lay y no… durante mucho tiempo yo no creí que fuera posible encontrar alguien digno de ella. Es decir, mi madre le hizo pasar un infierno y ni una sola vez me lo ha echado en cara, ¿qué clase de chica hace eso?

—¿Echártelo en cara? Si mal no recuerdo, tú no organizaste el secuestro.

—Por no hablar de que tú te arriesgaste un huevo saliendo del hospital sin operarte y metiéndote en ese barco de cabeza. Podrías haber acabado muy mal.

—Pero no pasó. Centrémonos en eso.

—Te merece, Kían-Lysander, y tú te la mereces a ella.

—Gracias, Cleo. Significa mucho viniendo de ti.

Hace una mueca.

—¿De verdad que tu corazón ya está bien?

—Estoy como un roble. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no dejarla viuda en al menos cuarenta años.

—No pido más —me da un rápido y sentido abrazo, y se marcha.

Vuelvo a la mesa cargada de risas y mientras digiero la imagen pienso que esta es la mejor comida familiar que he tenido nunca.

Por primera vez, siento que de verdad formo parte de ella.

El sol se desplaza por el cielo, pero el tiempo se detiene solo para nosotros. Llegado un punto, Cleo se levanta de la silla.

—Tenemos que irnos ya, señora MacAlister. Se hace tarde.

Vaya. Vamos a ser enemigos después de todo.

—Entendido, señora D'Angelo —Láhria camina hacia la barra para recoger su bolso.

¿Estaría mal que la frenara?

—Ridelmunt, Nina —sigue la dama de honor y las mencionadas se ponen en pie sabiendo lo que les toca.

—Nosotros vamos a buscar a mamá al aeropuerto —dice Lexi, pues el vuelo de Victoria aterrizará de aquí a poco.

—Mi tesoro, no sé si vamos a tener tiempo —oigo decir a Nina, me giro y la veo junto a Láhria—, pero he comprado esto.

Parece un esmalte de uñas con… ¿estrellas? ¿Brillos? No lo sé.

Se me escapa por qué Lay se emociona, lucha por no echarse a llorar y lo agarra como si fuera el mayor tesoro que posee. Me doy cuenta de que quiero pasarme la vida intentando entender por qué hace las cosas, evitándole las lágrimas malas y procurando que tenga unas cuantas de las buenas.

Voy a hacerte feliz, mi amor, tanto como tú a mí.

—Vale, JL, Alex —me froto las manos—. Toca limpiar platos, ¿me echáis un cable?

—De eso nada —interviene Keylah poniéndome las manos en los hombros y obligándome a girar hacia la puerta—. Cualquiera de vosotros tres ha limpiado más en este restaurante que todos mis hijos juntos. De los platos nos encargamos los Blackwood.

—Todavía tengo tiempo, Key.

—Pues úsalo sabiamente, tonto. —Me da un beso en la mejilla—. Que no te vas a volver a casar en tu vida.

—Podrías ponerte el traje, ir preparándote —propone John-Luke—. Todavía no has elegido qué corbata de papá vas a llevar.

—Oh, mierda —dice Alex abanicándose—. Se vienen lágrimas.

—Keith-Jakaris, ¿te vienes con nosotros?

—¿Yo? —Se levanta de inmediato.

—Claro, necesito la opinión de su hermanastro, no solo la de tu padre. —Hago un gesto a Nolan-Kane y salimos del restaurante.

El día se me ha pasado volando, pero el reloj ha dejado de avanzar en cuanto he llegado al altar. Todos los asistentes ya están en sus asientos compartiendo carcajadas y yo aquí sin poder respirar. *Me he ajustado la corbata trece veces.*

La boda se celebra tras el camino de flores silvestres que da a uno de los muchos acantilados de Saltwater. Nunca la he traído a este lugar, quería que fuera una sorpresa. *¿Y si no le gusta?*

—¿Por qué has querido hacerlo aquí?

—Es el único que tiene una puesta de sol en esta época del año —dice Alex sonándose por enésima vez—. A Lay le encanta Céline Dion, su canción favorita es *My Heart Will Go On*. Kían pensó que esto le recordaría a Titanic, pero sin la parte trágica.

—Sí, lo que ha dicho él —me limito a añadir, con la garganta ardiendo en brasas.

Hemos tenido tantas niñas de las flores como hijas tiene esta familia y porque los niños no han querido sumarse, que en tal caso, no ha sido ningún inconveniente.

La música suave suena, los invitados se ponen en pie y mi agónica espera termina. Siento las piernas de puta gelatina cuando la veo. Láhria aparece por el camino que nace

entre los árboles con un largo vestido blanco.

Emberly MacAlister muere en ese momento.

Mis heridas cicatrizan todas a la vez.

Va cogida del brazo de Nolan-Kane y estoy seguro de que es el único que sabe realmente lo que está a punto de entregarme.

No es hasta que John-Luke me pone una mano en el hombro que me doy cuenta de que estoy llorando. Se acerca y a cada paso que da pienso «esta es la máxima distancia que va a haber entre nosotros a partir de ahora», «esta», hasta que está a solo dos pasos de mí, «esta».

Tiene una corona con pequeños tulipanes y otros cuatro tipo de flores más, en los que reconozco a sus tías. Está envuelta en seda blanca y es exactamente así cómo me la imaginaba cuando soñaba con casarme con ella. *Papá, ¿esto es cosa tuya? ¿Stapleton? Tiene que serlo. Joder, tiene que serlo.*

Abraza a Nolan-Kane y él hace lo que puede por no llorar. Láhria y yo damos los últimos dos pasos que nos separaban el uno del otro a la vez, y el público se ríe cuando chocamos.

—Genial, igual de ansiosos y llorones. Dios, estás guapísimo —dice temblorosa, me limpia la mejilla y la beso porque con ella no puedo esperar.

Con ella lo quiero todo, cuanto antes y para siempre.

Epílogo extra

Láhria



Algunos años después…

La gente tiene que parar de decirme que voy a tener un bebé. No voy a tener un bebé. Un bebé va a tenerme a mí. Ese pedacito adorable de vida va a decidir cómo va el asunto, cuánto dura el asunto, cuántos meses de recuperación necesitaré…

—No puedo hacer esto —jadeo—. No puede salirme una persona del cuerpo.

—Lay, respira, cariño —pide Cleo.

—Si respiro más fuerte voy a provocar un huracán en el pasillo de urgencias del hospital de Saltwater. *—Cleo fue sabia. Paró con el tercer D'Angelo. Por eso no está en esta situación—*. ¿Alguien me ha oído decir que no puedo hacer esto?

—Claro que puedes, mami. Lo hiciste conmigo —dice mi hija Lily, de cuatro años, en brazos de su tío John-Luke.

Naomi, Lily y Elena salieron de mí, sí, con dos años de diferencia cada una, pero sigo sin entender cómo lo hicieron. *Yo no tuve nada que ver, ¿no? Diría que solo recuerdo haberlas ayudado a entrar y luego llevarlas conmigo a todas partes manteniendo una bonita relación tóxica de nueve meses del tipo: yo te doy de comer y tú me haces vomitarme encima.*

—Estás pasando algo por alto, tesoro —dice Nina siguiendo la silla que empuja mi marido con complejo de fórmula uno en cuanto oye que me duele algo.

—¿Sí? ¿El qué?

—Que no tenía este tamaño. Era diminuta cuando nació. Igual que tu primogénita y la pequeña Elena.

Debe ver que estoy al borde del colapso. Todavía recuerdo su parto, estaba tan serena y dispuesta.

—¿Muy diminuta? —le cojo la mano a mi madrastra sin siquiera molestarme en ocultar el tono desesperado.

—Microscópica, mi niña —dice Nina.

—Una cosa chiquitina, chiquitina —se suma Daisy.

—Casi ni se veía. Apenas ocupaba la palma de tu mano —dice Nolan.

Se hace el silencio.

—Hay que saber cuándo parar, tío —le dice JL.

Panda de mentirosos. Vuelvo a mi charquito de pánico y salto encima con mis botas de agua.

—Aurora, amor mío, estoy aquí contigo a cada paso, ¿de acuerdo? —La voz de Kían llega como un eco en altavoz al tiempo que su mano me encuentra. Es ilógico que me calme tanto teniendo en cuenta que él es el culpable—. Puedes con esto, eres la persona más fuerte que conozco.

¿Fuerte? No me lo parece. Dijo «mi sueño era tener una familia», ¿y qué hice yo? Construirla con él, por supuesto. ¿Cómo iba a poder resistirme yo a eso, a ver?

—¿Quieres que lleve yo la silla? —se ofrece mi hermano a mi espalda.

Si hay alguien más asustado que yo, ese es Nolan. Cada parto mira a Kían como si quisiera arrancarle la cabeza y una vez nace el bebé, se vuelve su mejor amigo. A estas alturas ya es una tradición.

—No hace falta.

—¿Estás seguro? —insiste.

—Nolan-Kane, ¿qué tal si les dejamos que Kían y Lay suban solos en el ascensor para que respiren más tranquilos? —propone Nina.

—¿Acabas de llamarme Nolan-Kane?

El truco funciona.

—Mira, tito John, he llamado al ascensor —dice mi preciosa Naomi.

Las puertas de nuestro ascensor se cierran y ni siquiera entonces me creo que nos hayamos quedado solos. Kían se arrodilla delante de mí y mi mano va directamente a su pecho, a su corazón y él como de costumbre, pone una de sus manos encima.

—Esta es la última vez —dice, pues puso solución médica por su parte en cuanto supimos que volvía a estar embarazada y a mí casi me da un pequeño infarto de nada—. Es la última vez que vamos a pasar por esto.

—Lo sé, es solo que estoy un poco nerviosa —*y aterrada.*

—Pero solo un poco —asiente con esa sonrisa dulce armada de hoyuelos que me provoca deseos viscerales de hacerle más hijos.

O hijas, ya que por lo visto, los MacAlister no saben sacar otras cartas.

—Siento que me van a dar de palos por quedarme con mi regalo de Navidad. La he llevado en mi barriga nueve meses, me ha roto la punta del esternón y recolocado todos los órganos, ¿de verdad es necesario este último paso? ¿No podríamos saltárnoslo? ¿Llevárnosla de extranjis sin que nadie lo sepa?

Me besa hasta que mis hombros ceden un poco.

—Te juro que si pudiera librarte de esto, lo haría.

—Lo sé —Se rompió el brazo con tal de salvarme de un accidente de coche hace cinco años. *Kían salta en cuanto me ve en peligro y luego se pregunta cuáles van a ser sus heridas*—. Vale, puedo hacerlo, mi amor. Soy capaz.

—No puedo creer que vayas a darme otra hija —exhala, me besa el pelo y nos saca del ascensor.

Allá vamos.

Unos meses después del parto…

Estoy en el sofá, con la pequeña Xhavia en brazos, viendo como Kían enrolla a mis otras tres hijas en una alfombra y hace un burrito con ellas llenando la habitación de risas. *La carcajada de una niña pequeña es lo más contagioso de este mundo, pero mi favorita sigue siendo la del MacAlister y hace años que no paro de oírla.*

Comparte una mirada conmigo. *Pillada infraganti.*

Acuesto a la peque y me coloco el monitor en el cinturón. Mientras están en el jardín, jugando, le envío un mensaje pecaminoso a Kían. Luego salgo a por ellos.

—¿Puedo unirme al juego? —cojo un tulipán caído y me lo pongo en el pelo.

—Síiii, mami —dice Elena agarrándose a mi pierna.

—No puedes dejar que papá te alcance —me explica Naomi corriendo por su vida, con su vestido rosa volando al viento.

—¿Puedo ser yo la que atrape? —pregunto moviendo los dedos de las manos como patitas de una araña.

Las niñas se alejan de mí entre carcajadas y Kían sufre un repentino ataque de tos. *Justo después de mirar su teléfono. Ups.*

—¿Te estás constipando, papá? —pregunta Lily.

—Si, Lysander, ¿algún problema? —Ladeo la cabeza.

Él me sonríe con la boca mientras sus ojos lanzan esa amenaza lujuriosa de acabas-de-sellar-tu-destino y sí, diría que puedo hacerme una idea de cómo va a ser nuestro matrimonio.

Que se pare el tiempo, quiero disfrutar bien de esto.

Nota de la autora

LMR

🂱

¡Alerta, final a la vista!

Si has llegado hasta aquí significa que has sobrevivido a las desventuras de Kían & Lay, sus traumas, sus problemas cardíacos (literal y figuradamente) y a Nolan-Kane siendo el hermano mayor sobreprotector con el puño más suelto de todo Mountville. Así que primero de todo: ***gracias por leer.***

Encantada de conocerte, soy LMR (Laura Moreno Romero). Estas historias son posibles gracias a ti, a cada lectora devora-libros-adicta-a-largas-copas-de-romance-spicy. Así que os estoy tremendamente agradecida ****llora en cursi*.***

Y solo para que conste, una reseña en Amazon es el equivalente a que Ck se te duerma en el pecho después de un largo día de trabajo



Ahora bien, llega la pregunta importante:

¿Quieres más?

¿Puede que de Zane-Ryder? ¿O de Erick? ¿Keith-Jakaris tal vez? ¿Aquiles? Quedo al pendiente de tus preferencias…

Si este es el primer libro mío que lees, me alegra hacerte saber que las tías de Láhria tienen su historia. La serie origen se llama ***Hermanastras*** *y está compuesta por:*

1.- ***Nolan-Kan****e (Historia de Nina Andrews)*
2.- ***Levi-Ryan*** *(Historia de Lexi Love)*
3.- ***Jay-Duncan*** *(Historia de Amy Harleen)*
4.- ***John-Luke*** *(Historia de Daisy Dooren)*

Son autoconclusivas, así que se entienden al cien por cien por separado. Siéntete libre de no seguir el orden cronológico :)

En caso de que quieras hablar directamente conmigo
Mi Instagram es: ***lmr_author_***
Además, me alegra hacerte saber que dispongo de muchas otras novelas en Amazon, algunas de fantasía y otras de romance contemporáneo como Kían-Lysander.

Gracias una vez más.
¡Nos leemos pronto!
LMR